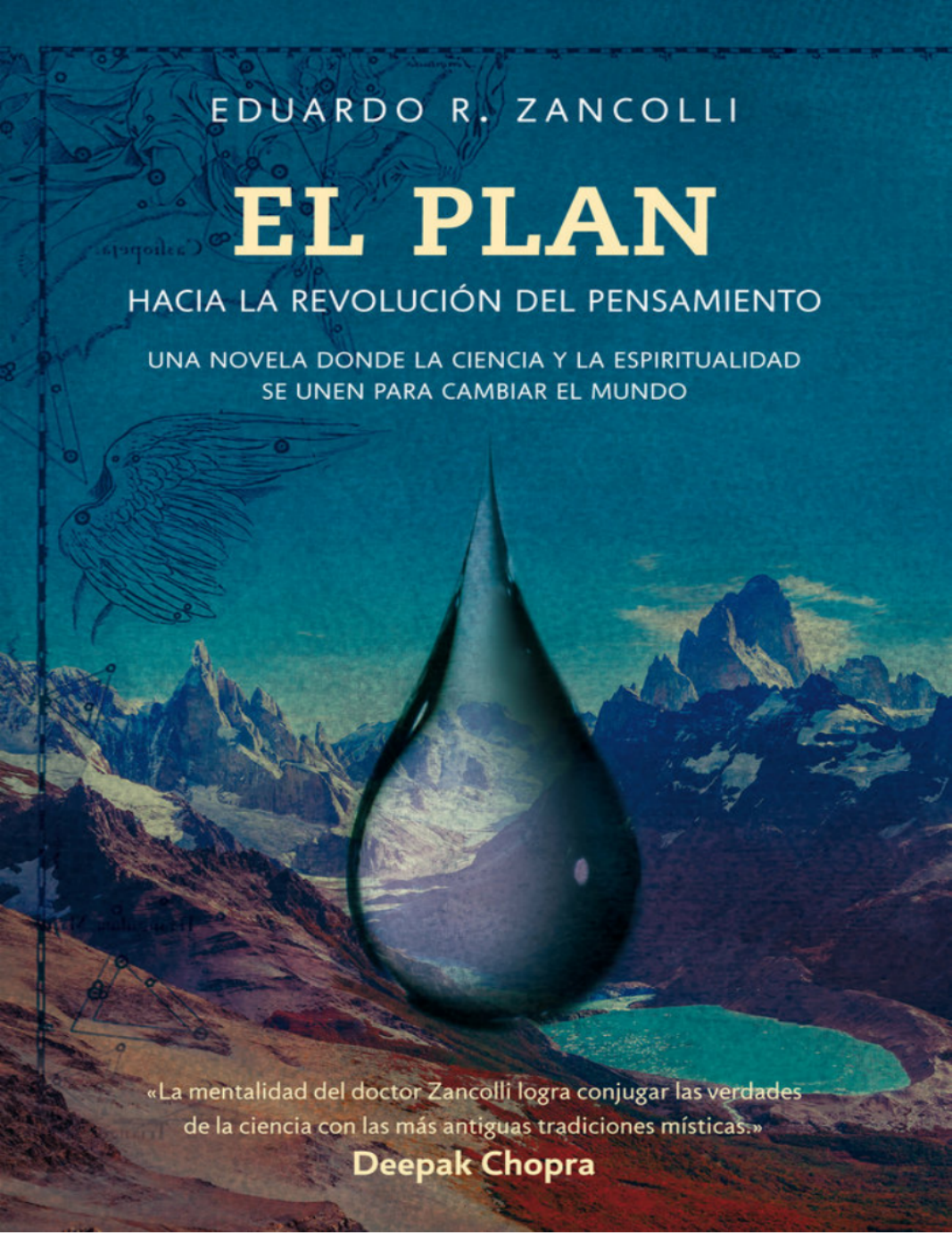
EDUARDO R. ZANCOLLI

EL PLAN

HACIA LA REVOLUCIÓN DEL PENSAMIENTO

UNA NOVELA DONDE LA CIENCIA Y LA ESPIRITUALIDAD
SE UNEN PARA CAMBIAR EL MUNDO



«La mentalidad del doctor Zancolli logra conjugar las verdades de la ciencia con las más antiguas tradiciones místicas.»

Deepak Chopra

Eduardo Rafael Zancolli

El plan

Grijalbo

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleerarg

Penguin Random House Grupo Editorial

La tarea no es pensar sobre lo que nadie ha visto todavía, sino pensar en lo que nadie ha pensado sobre lo que todo el mundo puede ver.

ARTHUR SHOPENHAUER-ERWIN SHRÖDINGER

Matar un error es tan buen servicio como, y a veces mejor que, el establecimiento de una nueva verdad o realidad.

CHARLES DARWIN

Si nosotros quisiéramos deshacernos de los ángeles, tendríamos que rever radicalmente la Sagrada Escritura y con ella toda la historia de la salvación.

JUAN PABLO II (1986)

¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles?

SAN PABLO, I CORINTIOS, 6,3.

Prólogo

Mirando atrás, estoy impresionado por el tiempo que me ha llevado escribir esta novela.

La comencé el 21 de diciembre de 2001 y se va a editar en 2016. La comencé cuando había terminado *El misterio de las coincidencias*, aunque aún sin editor a la vista. Tenía ganas de escribir sobre algo nuevo, alrededor de lo que afirman muchos pensadores que me deslumbran: la necesidad de un nuevo paradigma para la etapa que transita la evolución de la conciencia humana.

Nuestro mundo ha cambiado notablemente desde el Iluminismo del siglo XVIII pero se afirma que seguimos sosteniendo creencias que se arrastran desde tiempos de gran oscuridad intelectual. En la mayoría de las cosas, los humanos seguimos pensando lo mismo que nuestros ancestros. Por eso la necesidad de un nuevo paradigma que debería nutrirse con los *insights* que derivan de lo que en los últimos tiempos, especialmente durante el siglo XX, ha descubierto la ciencia acerca del funcionamiento de la naturaleza y el universo.

Había leído hipótesis y visiones de grandes pensadores contemporáneos, todas en forma de ensayos. Muchos plantean esa imperiosa necesidad de un cambio profundo si es que deseamos sobrevivir como especie en armonía con nuestro planeta. De alguna manera, lo que tan respetados personajes han planteado no dejaba de parecerme una utopía más, aunque debo confesar que, en algunos aspectos, me resultaba tremendamente seductora. Me alentaba a escribir.

¿Qué opciones tenía si decidía intentarlo? Si elegía la forma ensayo, lo más probable era que ni siquiera lo leyeran mis familiares y amigos. Decidí que mi mejor alternativa para despertar interés era narrar un thriller. Y he aquí un problema. No soy escritor, solo escribo, y jamás lo había intentado con ese género.

El comienzo, en diciembre de 2001, me resultó bastante dificultoso. Creo que no llegué a completar más de tres o cuatro páginas. En ellas contaba que un grupo de científicos y místicos se reunían en algún lugar de la cordillera de los Andes para discutir y delinear un nuevo paradigma.

El resultado fue nefasto. Ahí quedó. Muerto. No tanto por no saber escribir una novela sino por solo tener algunas ideas muy básicas sobre el paradigma al que sentía que tenía que referirme.

Sucedió que, a pesar de la crisis argentina 2001-2002, conseguí editores para *El misterio de las coincidencias*. Hicimos la presentación del libro el 7 de octubre de 2002 en Buenos Aires. Además de quienes gentilmente se prestaron a hablar sobre el texto —Enrique Mariscal y Carlos Martínez Bouquet—, además de amigos y familiares, me conmovió la presencia de Deepak Chopra.

Luego de las disertaciones, ya durante el cocktail, entre quienes se acercaban a desearme suerte, un ser maravilloso, a quien admiro y respeto mucho, me comentó algo que me desencajó, aunque más que agradablemente. No recuerdo con exactitud sus palabras, pero a la distancia supongo que el diálogo fue más o menos así:

—Doc, ¿te dieron el folleto que te dejé? —me preguntó Moira con su dulzura habitual.

—No, ¿qué decía?

—Dentro de un mes se reunirán unas veinticinco personas para dialogar sobre los problemas de la humanidad en un evento que se llama *The Call of the Time*.

—¡Qué maravilloso! ¿Quiénes van?

—Pensadores de distintos orígenes y disciplinas. Dadi Janki, Brahma Kumaris, Humberto Maturana, Peter Senge…

—¡Uouu! ¡Qué maravilla! ¿Y dónde va a ser el encuentro?

—En Puerto Octay, Chile, a orillas de un lindísimo lago.

Fue entonces cuando me volvieron a la mente aquellas páginas que frustradamente había insinuado casi un año antes. El mismo tema, la misma categoría de personajes y en la cordillera de los Andes. ¿Una sincronicidad? Velozmente tomé conciencia de que me estaban dando la oportunidad perfecta para retomar aquel proyecto.

—¡Qué lindo! ¿Y la gente puede ir a escucharlos?

—No, es solo para esos veinticinco.

El mundo se derrumbó de repente. ¡Qué lástima no poder asistir! Se me negaba lo que hacía instantes había abierto una puerta. Como Moira percibió mi desazón, se apresuró en agregar lo que hasta el momento no había dicho:

—Pero vos sos uno de los invitados…

Y ese fue el comienzo de esta historia.

Cada ser tiene su propia escala de valores y con ella prioriza algunos aspectos sobre otros de eso que llamamos “realidad”. En ese proceso, por nuestra incapacidad de conocer de manera holística, algunas veces desmembramos, desarticulándola, una realidad que es una unidad “multimembrada”.

Hace ya mucho que Buda, después de revelar sus hallazgos, advirtió a sus discípulos que no creyesen en sus enseñanzas si no lograban comprobarlas por ellos mismos. Muchos siglos después nació la ciencia y, con ella, la duda metódica de Descartes. Herramienta, basada en la razón, indispensable para asistirnos en la confirmación de creencias y en la búsqueda de nuevas verdades. Porque el pensamiento sometido a la duda metódica logra convulsionar y revolucionar nuestras mentes, incluso irritar a quienes se sienten cómodos recostados sobre sus creencias inamovibles. A mi entender la irritación no refleja otra cosa que miedo. Miedo a comprender qué creemos, en qué hemos creído siempre, y que si lo sometemos a la duda metódica tal vez entendamos que se trata de creencias repletas de flaquezas. Creo que el camino más sano es considerar nuestras creencias verdades relativas en lugar de verdades absolutas: “mi” verdad en lugar de “la” verdad. Haciéndola parte de una historia que aceptamos por servirnos pero que, debido a su relatividad, no nos autoriza a imponérsela a nadie ni tampoco a enemistarnos con nadie.

Me puse como objetivo escribir algo que me hubiera gustado leer. Mi esperanza es que disfruten este libro tanto como yo al estudiar a tantos autores y también al escribirlo. Seguramente no coincidirán con algunas de las ideas aquí expuestas, demostrando así la apertura

necesaria para considerar la validez, o no, de ciertos enfoques. Del mismo modo, es muy probable que, pronto, nuevas lecturas y mejores puntos de vista me obliguen a modificar mis verdades relativas de este momento.

En cualquier caso, he tratado de hacer uso del intento que brota del lado bueno del corazón.

1

El hado… Abstracta y misteriosa entidad. Continuamente interactuando con cada uno de nosotros. O tal vez simplemente jugando y tantas veces llevándonos por donde no imaginábamos ni deseábamos. Con resultados disímiles, a veces buenos, muchas otras no. El hado, probablemente atado a alguna ley de la naturaleza cuyos fines y funcionamiento ignoramos.

Leyendo sus papeles una y otra vez, creo no albergar duda alguna. Pedro era plenamente consciente, desde el principio, de que se encontraba en serios problemas.

Sometido por las sacudidas de un intenso devenir, intuía que navegaba a la deriva. Las dudas lo atormentaban. Dudaba, y mucho, sobre si debía seguir dejándose arrastrar, y de aquella manera, por un camino sin demarcación y a la espera del fluir de un destino desconocido y un futuro inmediato plagado de incertidumbre.

Cuenta que fue entonces, en una cabaña derruida y perdida en el medio de la cordillera de los Andes cuando, por analogía, tomó conciencia de la similitud entre lo que estaba viviendo y lo que le habían contado sobre el efecto mariposa. La ciencia afirma que el simple aleteo de una mariposa puede ser la causa, más tarde y en algún lugar distante, de un vigoroso y devastador tornado. Rememorando su vida y cómo se había enmarañado con aquella peligrosa historia, el aleteo no podía haber sido otro que un aparentemente insignificante café en un bar de la Recoleta, momento que escogió para comenzar a relatar su aventura en forma de diario.

El legado de Pedro llegó a mis manos de manera misteriosa. No tengo idea de cómo ni por qué. Todavía sigo tratando de entender esa jugada que también a mí me jugó el destino, de alguna manera involucrándome con su historia extraña. Una jugada que ha llegado a atormentarme.

He pensado mucho sobre qué hacer con su manuscrito.

Nada.

Escribir una novela.

Entregárselo a sus hijos.

Dejarlo hibernando en un cajón de mi escritorio.

Ofrecérselo al fuego.

Finalmente decidí transcribirlo tal como lo he recibido. Después de mucho elucubrar, supongo que es lo que de alguna manera quería Pedro.

Jamás conocí a Pedro. Tal vez al final decida opinar sobre lo que, imagino, le sucedió.

Tal vez no.

2

Diario de Pedro

Cruzar el Rubicón

¿Dejar testimonio por escrito?

Esa era la gran pregunta, sobre la que tanto debía dilucidar. Yendo y viniendo alrededor de esa disyuntiva, que se convirtió en mi propio Rubicón, no lograba decidirme.

A favor, en caso de que nos sucediese lo peor —nuestros asesinatos —, estas líneas podrían convertirse en incuestionable testimonio de nuestras intenciones. Para que las creencias de nuestras almas perduraran más allá de la muerte y que no acabaran encarceladas en rigidísimos cuerpos sin vida, nuestros secretos encerrados bajo esa inexpugnable caja de seguridad que los inmortaliza silentes.

¿En contra? Que estas líneas llegaran al enemigo para tornarse en nuestro principal delator y reactivar nuestra sentencia de muerte.

Finalmente, después de muchísimas elucubraciones y consciente de los peligros, me he decidido por escribir. ¿Por qué? Creo que nos hemos jugado el pellejo en esta historia, y ahora he optado por seguir la línea que hemos tomado, la temeraria. Tal vez esta sea nuestra única esperanza para que ellos no terminen triunfando.

Así es como comenzó esta historia que cambió mi vida de raíz…

3

Martes 19 de septiembre de 2000, 18 horas
La Recoleta, Buenos Aires

Había decidido ir a tomar un café a La Biela. Escogí una de las tantas mesas al aire libre sobre aquella calle convertida en peatonal hacía algunos años, durante un magnífico y soleado atardecer antesala de la primavera.

Elegí una profesión conectada con lo abstracto, lo numérico, y porto un nombre, Pedro, que podría ser relacionado, por alegoría, con la rigidez de las piedras. Sin embargo desde niño, y como tantas otras personas, sostuve una relación particular con distintas expresiones de la naturaleza. Fue así que aquella tarde logré disfrutar de los variados aromas de las flores y los descollantes colores que vertía el cielo. Los anaranjados y rosas mezclándose con celestes intensos lograban filtrarse a través del ancestral gomero a escasos pasos de mi mesa. También percibía las placenteras caricias de aquella típica brisa de primavera, tan rica en aromas recién generados. Era uno de esos momentos en que los sentidos no pueden pedir más.

Al rato de encontrarme allí, y ya por el segundo café, vi que, después de tomarse un tiempo para decidir dónde sentarse, dos hombres elegían la mesa contigua a la mía. Comenzaron a conversar en voz muy baja.

Algo en aquella escena no cerraba: había otras mesas libres, sin gente alrededor, pero los hombres se sentaron junto a mí, y por esa razón se veían obligados a conversar en voz baja. Lograron intrigarme. Algo en mi interior me decía que debía intentar escuchar su diálogo. Ni por casualidad supuse entonces lo que iba a desencadenar minutos más tarde aquella explosiva mezcla de sensaciones, el inofensivo café y aquellos dos hombres.

Si me hubieran desafiado a adivinar algunas características de sus vidas, habría arriesgado que se trataba de profesionales extranjeros, instruidos, ambos rondando los sesenta. Sus fenotipos eran marcados al igual que sus vestimentas. Hablaban en inglés. Por su pronunciación arriesgué que uno era de origen teutón y el otro sajón. El supuesto alemán esporádicamente emitía una dulce sonrisa, llena de amor y compasión, una sonrisa poco común en la mayoría de los mortales.

Mientras los miraba a hurtadillas, escondido detrás de las páginas del poco motivador periódico, me divertía especulando sobre sus vidas. Hasta que sentí que los estaba acosando, al menos con el pensamiento. Como no me gustaba que hicieran eso conmigo decidí cambiar el foco de atención. Bajé el diario y giré la mirada hacia aquellas joyas arquitectónicas, varias veces centenarias, de origen jesuítico: la Iglesia del Pilar y el Cementerio de la Recoleta.

Y fue en ese momento cuando oí lo que jamás debería haber oído.

4

Repentinamente, un cambio en la dirección del viento trajo a mí sus voces. Aquella brisa que hasta ese momento había transportado solamente el aroma a césped y flores en crecimiento, ahora me permitía oír a los dos hombres.

Hoy sé que no fue solo por causa de la brisa que comencé a escucharlos con claridad, sino porque habían elevado el tono deliberadamente.

—¡Es muy difícil y peligroso! Sabemos, no solo desde la ciencia sino también desde la metafísica, que a toda acción sucede una reacción de igual intensidad —aseveró quien aparentaba mayor edad, el alemán—. Intentar el cambio que pretendemos despertará una enorme fuerza contraria, la misma que buscará destruirnos. Todos han sido "asesinados" en el intento. Gandhi, Martin Luther King, Juan Pablo I… ¡Hasta el mismísimo Jesús! Pondríamos en movimiento una gigantesca fuerza contraria —continuó después de una pausa—. Sabemos que las tinieblas pueden alcanzar la misma fuerza que la luz. Como en el ajedrez. ¿Valdrá la pena el intento? —su pelo y barba, canosos, sumados a unos pequeños anteojos, le otorgaban aires decididamente intelectuales.

—Ya sabes que la mayoría hemos coincidido con tu llamado de atención —le contestó el hombre de cabello castaño entremezclado con algunas canas. El anglosajón—. Las leyes de la física, como también las de la metafísica, y por supuesto incluida la Ley del Karma, confirman lo que piensas. Creo que vamos a tener que enfrentar serios problemas si decidimos seguir con el plan. Los enormes intereses que afectaremos no nos dejarán avanzar. Intentarán detenernos por cualquier medio.

—No importa, ya lo sabemos —le respondió el alemán—. Lo hemos sabido desde el principio, pero debemos trascender nuestros temores y

ser valientes. Es una oportunidad única para intentar torcer el rumbo de la humanidad. Si no lo intentamos todo terminará en una verdadera catástrofe. ¿Estás de acuerdo?

No podía creer lo que estaba escuchando. Un par de extranjeros sentados en un bar, discutiendo un plan para cambiar el mundo. ¿Estarán cuerdos?, me pregunté sonriendo en mi interior. Y luego me pregunté si su intención era que yo los escuchara. Habían elegido sentarse junto a mí para iniciar una conversación sobre temas que evidentemente habían discutido antes. Sentí que estaban representando una escena de la que yo era el único espectador. Mi mente comenzó a funcionar a gran velocidad. Pude percibir un aumento de temperatura en la sangre, eso que llaman liberación de adrenalina. Pero también tuve la clara sensación de que alguno de ellos podía detectar mi estado interior. Como cuando un perro percibe, debido al miedo, que alguien está descargando adrenalina. De alguna manera ellos eran los perros y yo el dueño del miedo. ¿Paranoia? Traté de impedir semejante turbulencia sanguínea pero, como en tantas otras oportunidades, me resultó imposible.

Fue en ese momento cuando sucedió lo inesperado. Una repentina mirada de ambos hacia mí, fija y directamente a los ojos. Lo que dijeron a continuación, pero ya en voz perfectamente audible, fue el comienzo del desenlace de todo aquel misterio:

—¿Recuerdas lo que dijo el Gran Oráculo? —preguntó uno de ellos.

—Sí, que lo encontraríamos hoy y en este lugar —le respondió el otro.

Ambos esbozaron sonrisas de complicidad.

Lo que habían dicho, sumado a que no me sacaban sus ojos de encima, me heló la sangre. ¿Un oráculo? ¿De qué están hablando?

En aquel preciso momento se levantaron y, sin pedirme permiso, se sentaron en mi mesa mientras mantenían aquellas miradas acosadoras y sus enigmáticas sonrisas.

—¿Nos permite acompañarlo unos minutos? —preguntó finalmente quien hablaba perfecto inglés.

¿Para qué pedían permiso? Ya se habían sentado. Atiné apenas a asentir con un gesto, seguramente con cara de preocupación y

desbordante de dudas y miedos.

5

Se sentaron uno a cada lado, seguramente para dirigirse gestos y señas mientras yo no podía atender con la mirada más que a uno a la vez.

—Creo que lo mejor sería comenzar presentándonos. Yo soy Segismund —dijo el que aparentemente era alemán—. Él es mi amigo Jeremy —declaró señalándolo con la mano abierta—. Por el momento no podemos decirle nuestros apellidos pero no tema —dijo en tono muy suave, y luego de una breve pausa, agregó—: hemos viajado desde Europa exclusivamente para esto, para reunirnos con usted. Hoy y aquí —dijo al tiempo que gesticulaba, expresando que era inevitable.

—Lo único que le pedimos es unos minutos de su tiempo. Estamos casi seguros de que le interesará lo que hemos venido a decirle. Quizás hasta le estaremos proponiendo concretar un sueño oculto en los planos más profundos de su alma.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —le pregunté.

—¡El Gran Oráculo lo vaticinó! —aseveró el alemán.

¿Qué estaba diciendo ese desconocido? ¿Que un oráculo, aparentemente en Europa, había vaticinado su encuentro conmigo esa mismísima tarde? ¿Con ese propósito habían viajado desde tierras tan lejanas? ¿Cómo sabía aquel o aquella descendiente de pitonisas, siempre que fuese cierto, que yo estaría sentado allí, en aquel preciso momento? ¡Qué disparate!, pensé.

—¿Sorprendido? —añadió el alemán, intentando que volviese al juego.

—No lo dude —le contesté de manera parca en mi no tan aceptable inglés. No obstante, a pesar de estar molesto, necesitaba escuchar aquello que aparentaba provenir de un mundo desconocido, mezcla de diversión, fantasía, intriga y delirio.

—El Gran Oráculo vaticinó este encuentro a pesar de no tener

conocimiento físico de este país y mucho menos de este lugar y de esta mesa. Nos advirtió que usted estaría sentado aquí. ¡Ah!, me olvidaba… También predijo que tendría un cordón colorado alrededor del cuello. Para ser más preciso, un cordón de origen tibetano. Luego enfatizó que deberíamos comprobar si lo llevaba puesto, que debíamos cerciorarnos de no equivocarnos de persona. Discúlpenos, pero necesitaríamos que nos lo muestre para poder proseguir. ¿Le importaría?

—Aquí está —apenas pude murmurar mientras se los mostraba, a regañadientes y estupefacto por la precisión de semejante predicción. Se trataba del cordón que me había obsequiado un lama y me acompañaba desde hacía un par de años. Según dijo, me serviría como protección. ¿Qué estaba pasando?

—Muchísimas gracias. Nos confirma que estamos ante quien debíamos abordar. ¡Usted! —afirmó, mientras sonreía, ahora efusivamente. Tras un silencio lleno de suspenso, que de alguna manera me paralizaba, agregó—. ¿Le cuento?

6

Solo pude asentir con un gesto.

—Por designio de un plano que la mayoría de nosotros apenas vislumbramos, usted ha sido elegido para ser testigo, para dar testimonio de lo más trascendente que probablemente le haya sucedido al planeta en los últimos dos mil años. Pero antes deberá pensarlo bien. Si decide aceptar que sigamos adelante, tiene que saber que podría resultar muy peligroso. Debo ser sincero y confesarle que su vida podría estar en juego —sentenció mientras hacía una pausa para que yo reflexionara sobre lo que había escuchado.

—¿Continúo o prefiere que nos retiremos? —espetó tajante ante mi falta de respuesta después de algunos interminables segundos.

Seguía sin responder. Opté, como el extraño había sugerido, por pensar, aunque vertiginosamente, antes de responder.

—Disculpen, pero necesito pensar.

¿Por qué embarcarme en la locura que me estaban proponiendo? ¿Por qué no seguir con mi cómoda y tranquila vida? Yo era un típico profesional de clase media, divorciado, sin pareja en la actualidad. Mi padre había muerto en un accidente de autos cuando yo tenía apenas ocho años. Una terrible y muy dolorosa pérdida también por la falta de imagen paterna durante mi adolescencia. Como era el primogénito, había tenido que asumir su rol con mis dos hermanos menores. Hasta que cada uno hizo su vida. María se casó y se fue a vivir a una chacra en las montañas de La Rioja, en plena cordillera de los Andes. Jacinto se radicó en México donde se dedicó a la computación. Mi madre, una trabajadora infatigable, siempre sobreprotegió a sus crías, la mayoría de las veces con infundados temores. La recordaba dictando clases de inglés en el living de nuestra casa. Con esa herramienta logró mantenernos y educarnos a los tres. No nos sobraba el dinero pero pudo forjar una familia de luchadores. Murió a los cincuenta y nueve

años, luego de enormes sufrimientos durante su último año de vida. Falleció por una metástasis originada en un cáncer de mama. Mis dos hijos adultos también vivían en el exterior y yo me sentía demasiado lejos de esos anclajes afectivos.

En este punto me encontraba, transitando un camino de soledad y absolutamente exento de emociones y pasiones. Confesaría que una de las pocas cosas que me atraía era juntarme con el sudoku en mis ratos libres. ¿Era yo un típico exponente de la mediocridad?

En ese momento reflexivo, con los ojos entrecerrados para lograr aislarme del entorno, tomé conciencia de que durante los últimos años había estado deambulando desganadamente por la vida, adormilado ante un sentido de la existencia que aún no se tornaba consciente. Traté de consolarme, tal vez sucedía así porque sencillamente todavía no se habían presentado otras alternativas. Lo que me estaban proponiendo estos absolutos extraños de alguna manera me parecía apasionante. Siempre me gustaron los thrillers, y este encuentro parecía la cola de un excitante preestreno cinematográfico. Pero, ¿yo? ¿No se estarían confundiendo de persona? Al fin decidí dejarme llevar por los acontecimientos.

—Prosiga —le contesté abriendo los ojos después de aquellos tensos y silenciosos minutos de reflexión que los hombres respetaron en silencio. Acompañé aquellas palabras con una sonrisa, aunque seguramente percibían que mi desconfianza persistía.

—Un grupo de pensadores ha comprendido que los grandes planes de la humanidad han fracasado. Tanto los sociales como los políticos, económicos y ecológicos. También los religiosos, los filosóficos y metafísicos —introdujo Segismund—. Peor aún, el conocimiento científico ha logrado crecer geométricamente, mientras la conciencia humana solo lo ha hecho de manera aritmética. O quizá menos. Ese es el origen de este enorme problema que tenemos entre manos. Es indudable que la ciencia ha alcanzado logros deslumbrantes, pero para obtener sus conocimientos se ha desmembrado. Separada en especialidades de especialidades, no ha logrado, ni lo intenta, reunificarse. ¿El resultado? Una tecnología sin alma, sin centro. Se ha llegado a un grado de avance inalcanzable para la comprensión

humana. Imagínese esos fragmentos de conocimiento evolucionando por separado, hipertróficamente y aislados de la totalidad, de su totalidad. Asimílelo a lo que podría suceder en su cuerpo. Algunas células, como en el caso del cáncer, creciendo descontroladamente. Controlándolo todo con una información manifiestamente divergente. ¿Qué sucede en ese proceso? Daños irreparables a la totalidad. La ciencia, desmembrada y sin una dirección ni sentido alineados con el propósito del universo y de la naturaleza, ha alcanzado límites insospechados de conocimiento, incluso la capacidad de destruir el planeta en cuestión de minutos. Dejando solo escombros cósmicos de lo que tanto tiempo le llevó crear a la evolución del universo. Un poderosísimo desarrollo manejado por seres sin la evolución espiritual capaz de limitar y encauzar, por sabiduría, la utilización de semejantes fuerzas. Más tarde le diré nuestra opinión sobre este derrotero de la humanidad. Me refiero a si creemos que ha sido espontáneo, fortuito, o si ha sido todo planeado.

—Si hizo semejante aclaración es porque creen que todo ha sido planeado —reflexioné en voz alta—. ¿Quién puede reunir tanto poder como para marcar el rumbo de la humanidad entera?

—Por ahora lo dejaremos ahí. Vea —retomó—, el universo ha tardado al menos quince mil millones de años para lograr esta aventura en la que hoy estamos embarcados, todos nosotros. Seguramente usted se preguntará cuál.

Asentí.

—El espíritu ha encarnado temporariamente en cuerpos, logrando unirse a la materia. Pero con una particularidad: nos tornó conscientes de semejante mezcla. La conciencia mirando al mundo exterior a través de esas ventanas que son los ojos y el resto de los sentidos. Descubriendo ese mundo exterior e intentando darle sentido a lo que nos rodea, consciente, al mismo tiempo, de la confusión derivada de semejante experiencia.

—¿Entonces? —no llegaba a comprender adónde quería llegar.

—Parece tratarse de un juego, si es que podemos llamarlo así, de la conciencia descubriéndose a sí misma. Una simple palabra puede definir el fenómeno —continuó con entusiasmo—: teleonomía. La

maravillosa aventura cósmica de la conciencia descubriéndose a sí misma. Todo nos induce a pensar que de eso se trata el aún velado juego en este planeta. Pero con un agregado, por lo menos para la Tierra. A la conciencia en evolución no solo le es permitido intentar "verle la planta de los pies" al Creador, acercándonos así, cada vez más, a las verdaderas intenciones que Él tiene para el universo, sino que ese platillo tan especial va indefectiblemente acompañado, mezclado más bien, con una salsa muy especial. Una "salsa de sentimientos y emociones".

—No está diciendo nada nuevo, pero creo que resume bien lo que jamás me había detenido a pensar en profundidad —comenté. Ambos sonrieron.

—Lo único que les permite sobreponerse y superar el dolor a quienes han experimentado grandes crisis es el amor. Por lo tanto, parece que esta aventura también es una gran escuela de sentimientos. Si unimos ambos conceptos, podríamos simplificarlo como conciencia descubriéndose a sí misma y alimentándose del amor.

—¿Y el objetivo? —pregunté con desconcierto.

—Aparentemente el objetivo no es otro que espiritualizar la materia. Ser cocreadores, junto con el Espíritu del Universo, en el mundo de la materia —hizo una pausa—. ¿Prosigo o ha cambiado de idea y desea que nos retiremos?

Sí, pensé. Estaba muy interesado en seguir escuchándolos. No solo por lo que aún tendrían por decir, sino porque aparentemente me estaban invitando, de manera sutil, o no tanto, a jugar con ellos en el bando de los supuestos "buenos". Un camino utópico que, viviendo en los corazones de la mayoría en estado potencial, no sabíamos cómo recorrer. Lo que no tenía tan claro era si, en ese particular tablero de ajedrez que el tal Segismund estaba describiendo, las piezas "buenas" estaban representadas por las blancas o por las negras. Sonreí burlándome de mi enorme confusión interior.

7

—Siga, por favor.

—No es que el gran problema al que estamos enfrentados sea nuevo, ha estado siempre presente, pero lo que sucede es que en la actualidad se ha agravado notablemente.

—¿Por qué? ¿No se trata del mismo eterno juego? —pregunté buscando desdramatizar sus palabras.

—No —sentenció categóricamente, pero de buena manera, Segismund—. La gran diferencia radica en que los tiempos se han acelerado.

—No termino de entender —confesé.

—Si analizamos las leyes naturales, veremos que esporádicamente existen períodos de aceleración, propios de la naturaleza misma. Son parte de sus reglas de funcionamiento para la evolución, en todos sus órdenes. En determinado momento, y esto sucede en todas las manifestaciones de la Creación, se aceleran los ciclos de la evolución.

—¿Cómo es eso?

—Tomemos el ejemplo de la evolución del universo. Desde el Big Bang pasaron miles de millones de años solamente con una radiación primordial y gases enfriándose en el universo. Inicialmente, solo átomos de hidrógeno y algunos de helio. Nada más. Tal vez algo de litio. ¿Se imagina un universo así? Luego se fueron formando las primeras galaxias y estrellas. Nuevas explosiones y millones y millones de nacimientos. Las estrellas funcionando como gigantescos hornos de fusión nuclear de hidrógeno dentro de los núcleos, creando así el resto de los elementos que darían vida al universo que hoy conocemos. Logrando la mágica variedad de todos sus elementos.

—¡Qué lindo! —exclamé casi infantilmente—. ¿Creen que todo eso sucedió así solo porque sí?

—Algunos científicos creen que detrás de esos simples o no tan

simples gases, desde el principio, había un propósito. Leyes más que perfectas gobernando e interrelacionando todo lo que estaba siendo creado. De alguna manera, un propósito del universo que desde el inicio conocía el futuro y el devenir de la Creación. Recreándose inteligentemente, y sin cesar, desde aquellas primeras fases. Y repito que hoy estamos en una posición privilegiada de la historia…

—¿Por qué privilegiada?

—Un gran secreto fue descubierto recién en el siglo XX. Me estoy refiriendo a las leyes que rigen a aquellos átomos primordiales a partir de los cuales todo fue creado. Se encontró en esas leyes un orden basado sobre claves matemáticas más que precisas, pero que también se las intuye como tremendamente amorosas.

—¿Amorosas?

—Por su conectividad, cooperatividad y entrelazamiento, siempre que estas tres características sean partes constitutivas de lo amoroso. Una programación aparentemente perfecta. Y se ha necesitado un enorme esfuerzo de la Creación, al menos si evaluamos el tiempo transcurrido, para llegar a este mismísimo punto del devenir del universo.

—Indudablemente ustedes reconocen entonces a un Creador, alguien de inteligencia infinita que todo lo programó.

—Sí. Por supuesto que también existen algunos evolucionistas ateos. Para ellos la verdadera deidad es el Azar, de similar inteligencia, en sus leyes, que la que para nosotros tiene un creador. Pero los científicos de nuestro grupo, casi todos, al estudiar profundamente las leyes de funcionamiento de la naturaleza, han llegado a la misma conclusión: un subyacente Plan Perfecto. Aunque también somos conscientes de que se trata de demasiada inteligencia amorosa para poder ser captada por nuestras limitadas mentes.

—¡Qué maravilloso poder llegar a semejante creencia a través del conocimiento!

—Pero debo aclarar que no estamos hablando de un creador antropomorfo, ese varón anciano y canoso que representa la idea de Dios para un gran porcentaje de humanos occidentales. Estoy hablando de una entidad sin sexo ni edad. Una gigantesca inteligencia

amorosa capaz de concebir todo acontecer, incluso antes de su existencia. Una entidad con una inteligencia mucho más inmensa que todo lo que podamos imaginar. Una entidad que contiene la sumatoria de toda la materia, las leyes matemáticas de la naturaleza, incluida la ley del Azar, y todas las conciencias y espíritus del universo.

—¡Ah, que grandeza! —expresé ante semejante definición.

—Y, como ya dije, esa inteligencia amorosa parece haber diseñado una larga serie de leyes de funcionamiento creativo para lograr materializar su intención. Todas perfectamente relacionadas, cooperando en la evolución. Tal vez la palabra adecuada sea coevolucionando.

—¡Qué lindo!

—Pero no nos alejemos del punto —reconvino—. Ya se enterará llegado el momento de los conceptos que emergen del análisis del Propósito, aquello que ya ha sido esbozado por muchos pensadores iluminados: Aristóteles, el biólogo Lamarck, Bergson a través de su elan vital y tantos otros —hizo una pausa—. Perdóneme que haya utilizado la palabra iluminados, ya que en el futuro podría causarle cierta confusión. Hasta enorme temor…

No sabía a qué se estaba refiriendo pero, sin duda, por el tono con que lo había dicho, a él sí lo atemorizaba.

8

—Como le decía, el universo tardó unos once mil millones de años hasta "hacer aparecer" a la Tierra.

—¿Y cómo lo hizo?

—Es simple. Nuestra estrella, el Sol, en su calidad de gran horno de fusión de átomos, solo tiene la capacidad de crear átomos hasta el número atómico 6, es decir, hasta el carbono. El resto de los elementos más pesados que forman parte de nuestra Tierra, el hierro que circula por nuestra sangre, el yodo de la tiroides, la plata, el oro y tantas otras sustancias, todos esos átomos más pesados que el carbono, provienen de estrellas mucho más grandes y lejanas. Grandes estrellas que tuvieron que "morir" consumiendo sus núcleos. En esa muerte fusionaron átomos pesados para crear átomos más pesados aún, que viajaron hacia la Tierra. Habrá escuchado que los humanos no somos otra cosa que polvo de estrellas. Lo que no es poco —añadió sonriendo con dulzura—. Interesante, ¿no es así?

—Mucho. Continúe, por favor.

—En un principio en la Tierra solo había una "sopa básica", luego apareció el agua. Mucho más tarde las bacterias, y muchísimo después las primeras células y moléculas. Pasó mucho tiempo hasta la aparición de las primeras formas animales. Y solo muy al final de ese camino, el *Homo sapiens sapiens*, nosotros.

—Me cuesta concebir semejantes magnitudes temporales —confesé. No lograba ubicar al ser humano en esa línea de tiempo cósmico.

—No se preocupe, en su momento a todos nos ha pasado lo mismo. Tal vez le sirva un ejemplo que nos ha sido muy útil a muchos de nosotros.

—A ver…

—Imagínese un obelisco, similar al que vi ayer en esa ancha avenida, 9 de Julio, en el centro de la ciudad. Supongamos ahora que

la línea de base de ese obelisco, la línea del suelo, representa el momento en que ocurrió el Big Bang. En este ejemplo el resto de la altura del obelisco representa la evolución del universo hasta la actualidad.

—Bien, ¿entonces?

—Un simple ejercicio —anticipó—. ¿Dónde se imagina que estarían ubicados los últimos doscientos mil años? Doscientos mil años, aproximadamente cincuenta veces más que la historia de la humanidad desde los primeros tiempos de civilización.

—Seguramente deberían estar representados por la punta del obelisco —arriesgué después de un breve intento de cálculo.

—¿Puede ubicarlos con mayor precisión?

—Bueno… En la parte piramidal en la que termina el obelisco.

—No se sienta mal, pero se equivocó por millones de años. Es habitual que no podamos dimensionar semejantes proporciones. Nos ha pasado a todos. Los últimos doscientos mil años en ese obelisco estarían representados, solamente, por algo que se apoyara sobre el vértice. Pero me estoy refiriendo a algo del espesor de una estampilla —aclaró sonriendo.

—¡Uou! —exclamé deslumbrado y también sorprendido por mi tremendo error de cálculo.

—Bueno, todo ese tiempo y trabajo es el que ha necesitado el universo para llegar al punto en que se encuentra la evolución de la conciencia que habita en nosotros, para que la conciencia pueda estar descubriéndose a sí misma. En esta solo muy reciente parte del camino, el último siglo, dentro de ese aprendizaje pero ahora tan acelerado, hemos desarrollado tecnologías con el poder de destruir esos miles de millones de años de esfuerzo y trabajo de la Creación.

—Lo comprendo ahora.

—¿Realmente? ¡Qué bueno! —dijo, tan entusiasta como compasivamente—. Estamos convencidos de que ha llegado el momento de devolverle, pero de manera urgente, el alma a la materia. Ya hemos adquirido demasiado poder. El mayor problema es que no sabemos cómo utilizarlo con sabiduría.

—¿Se trata entonces de un problema ético y moral?

—El problema es que no siempre ha sido fácil reconocer qué es verdaderamente ético y moral. Las diferencias posibles radican en el planteo ancestral sobre el bien y el mal —continuó cambiando algo el enfoque de mi pregunta—. Lo cierto es que no siempre, ni aun hoy, ha estado claro qué era lo que estaba bien y qué lo que estaba mal. Con sofismas es posible sustentar casi cualquier cosa.

—¿No existe entonces una ética objetiva? —pregunté dubitativo.

—Durante el siglo XX nos han sido develadas un sinnúmero de leyes de funcionamiento de los distintos reinos del universo: galáctico, físico, microscópico y cuántico. Debemos crear una nueva manera de ver las cosas, ateniéndonos a lo que podría ser considerado una ética analógica natural.

—¿Ética analógica natural? ¿A qué se refiere?

—Algunos creen que podría o debería delinearse una ética basada en analogías con las leyes del universo, de ahí el nombre. Una ética que fluya con esa misma corriente y no contra ella. Tal vez una visión parecida, y más desarrollada, a la que concibió Baruch Spinoza. En los últimos tiempos hemos descubierto y controlado el poder para crear y destruir materia. Se puede manipular la materia como fin último o, por el contrario, y coincidiendo con esa ética única propia de la Creación, tratando de que lo que desarrollemos y hagamos con la materia se encuentre en armonía con ese supuesto Propósito del universo. Imprimiéndole a todo lo que hagamos el sello de ese Espíritu que impregna todo lo que existe. Discúlpeme que enfatice esto —remarcó—: si los humanos no adoptamos una ética en franca resonancia con el espíritu de las leyes de la naturaleza, el camino indefectible será la extinción. ¿Llega a comprender la magnitud de nuestra responsabilidad por el simple hecho de vivir en este preciso momento, en este momento con tanto poder? —preguntó tratando de llevarme bien al fondo.

Por primera vez Jeremy tomó la palabra:

—Hay un famoso cuento en el que un discípulo le pregunta a su maestro sufí, un tal Idries Shah: “Maestro, ¿cuál es el peor error del hombre?”, hizo una pausa. “Pensar que ha estado vivo, cuando simplemente se ha quedado dormitando en la sala de espera de la

vida.”

—¡Oportuna acotación! —agregó Segismund sonriente—. Le contaré brevemente por qué está sintiendo lo que me parece estar viendo reflejado en su semblante —continuó Segismund—. Detrás de esos ojos, que indudablemente han adquirido un nuevo brillo, posiblemente ha logrado manifestarse su “inocencia cósmica”, esa que todos guardamos en algún lugar de nuestras almas —arriesgó.

—¿Cómo cree que hemos llegado a este punto de discordia en el que nos encontramos? —pregunté.

—Si tuviésemos que marcar un principio, lo que resulta casi imposible, podríamos decir que el problema surgió con el nacimiento de la ciencia en Europa. En aquella época, siglos XVI y XVII, la ciencia resultaba absolutamente necesaria para la evolución del conocimiento. Fue la que puso en duda las ilógicas aberraciones imperantes, sostenidas por el dogma religioso. El paradigma de que el cosmos giraba alrededor de la Tierra, basado en la teoría ptolomeica, fue desterrado entre el siglo XVI y principios del XVII. Con aquella creencia dogmática previa, el ser humano había encarnado la más atroz de las soberbias cosmogónicas: ¡que nuestro pequeñísimo planeta era el centro del universo! Algunos sostenían incluso que el universo entero giraba alrededor del sillón de Pedro en Roma. La soberbia existencial de los humanos en su esplendor. Entonces ocurrió el comienzo del reinado de un nuevo paradigma científico que hasta hoy nos condiciona y gobierna. Desde ese momento todo se sometería únicamente a los sentidos y a la razón.

—Parece entonces que la ciencia en aquellos tiempos nos devolvió, de alguna manera, algún tipo de “humildad” cósmica —reflexioné basándome en sus apreciaciones—. Pero, ¿cómo encaja entonces esa humildad, que se relaciona con nuestra pequeñez en el cosmos, con aquella maravillosa aventura de la conciencia, esa que usted dice que está ocurriendo en este diminuto y periférico planeta?

—Excelente observación. Los humanos no parecemos ser otra cosa que seres conscientes en una incesante búsqueda de sentido. Por siglos y siglos no hemos dejado de hacernos las mismas preguntas. ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Qué papel nos tiene reservado la

Creación?

—¿Entonces? —lo instigué.

—Como seguramente ya sabrá, se ha descubierto que no solo somos periféricos en nuestra galaxia sino que nuestro Sol es simplemente una entre billones de estrellas en la Vía Láctea, una más entre billones de galaxias formadas por billones de estrellas. Todo muy grande, ¿no? A pesar de eso, este pequeño lugar tiene el privilegio de estar hospedando formas materiales con vida, y algunas provistas de conciencia autorreflexiva. Es así que, refiriéndonos a esa humildad y soberbia cósmicas, podríamos afirmar: ¡ni tanto ni tan poco! Seguramente existirán en el universo muchísimos otros lugares con evolución semejante a la nuestra.

—Deduzco, de lo que me está diciendo, que deberíamos cambiar nuestra interpretación de la realidad. Y con ello podríamos reformular la interpretación de la vida. Reinterpretarla…

—Correcto. Albert Einstein dijo: “El mundo que hemos creado depende de nuestra forma de pensar. Es imposible querer cambiar el mundo si no modificamos nuestros modelos mentales. Los problemas que tienes hoy no pueden ser resueltos pensando de la misma manera que cuando los creaste. Locura es seguir haciendo lo mismo y esperar resultados diferentes”. ¿No es interesante? —preguntó con actitud de respetar en todo momento mi libre albedrío.

—Muchísimo, pero si no le importa desearía que cambiemos de tema —le propuse.

En otro momento podría seguir escuchando aquellos sorprendentes conceptos. Ahora me preocupaba, muchísimo más, otra cosa.

—Dígame, ¿para qué me necesitan a mí? ¿Cuál es el sentido de haber venido desde Europa solo para encontrarme?

9

Pude ver que Jeremy le hacía una seña solapada a Segismund, quien asintió con la cabeza.

—Esperábamos esa pregunta —respondió el alemán—. Es, en cierto modo, una confirmación del vaticinio. Su interés por participar.

—¿Cómo sigue esto? —lo interrogué.

—Por razones de seguridad —aclaró—, lamentablemente no puedo darle demasiada información. Aunque en cierto modo ni nosotros lo sabemos con precisión. Lo que puedo anticipar es que tendrá lugar un Foro Secreto. Participarán personalidades de la mayoría de las áreas del conocimiento, provenientes de casi todo el mundo. Personas convencidas de que la humanidad necesita urgentemente un cambio de modelo.

Me pregunté por qué ese foro debía ser secreto.

—Se discutirá allí un eventual nuevo paradigma. Será más que difícil, pero intentaremos unir las diversas cosmovisiones y puntos de vista y, si lo logramos, trataremos de difundirlo. Todos estamos convencidos de que, siguiendo los modelos actuales, inevitablemente desembocaremos en un desastre ecológico, económico, social y, lo más significativo, espiritual.

—¿Y si ya hemos desbarrancado? —cuestioné.

—Un hecho fáctico es que, en cada época, a los humanos les ha sido casi imposible determinar si se podía caer aún más…

—Supongo que siempre se puede estar peor.

—Así parece. Después de miles de años nos seguimos matando por causas religiosas con la misma saña. También por diferencias étnicas o geográficas. La mayoría de los modelos de la historia, excepto algunos pocos, se han impuesto por guerras o revoluciones, violencia al fin. Modelos de los cuales seguimos copiando conductas. La tendencia actual es destruir el mundo por el uso indiscriminado de drogas. De

alguna manera compensan necesidades espirituales que no encuentran cómo ser canalizadas. Además hemos llevado a miles de especies al borde de la extinción. Irresponsablemente. Suena demasiado trágico, ¿no? —me preguntó Segismund.

—Visto de esa manera, así parece.

—Hemos destruido una parte importante de la capa de ozono que protege a la vida de las radiaciones destructivas. Nos estamos quedando sin capacidad de proveer agua potable a los seres vivos. Se asegura que casi la mitad de la humanidad hoy no tiene acceso a ese fluido indispensable para la existencia.

—¿Entonces?

—Creemos que como humanidad debemos replantearnos el sentido de seguir solventando Estados organizados como los actuales. Estados que no son siquiera capaces de proveer de agua potable a sus habitantes. Estamos convencidos de que lo que el sistema no brinde, la gente lo arrebatará.

—Perdón que lo interrumpa, pero insisto: ¿para qué necesitan de mí? —no lograba controlar mi ansiedad. La respuesta que Segismund había evadido me torturaba.

—Perdón… tiene razón —recapacitó, al tiempo que me intimidaba con mirada de pantera. Parecía estar tanteando el estado del terreno que recibiría la respuesta, sin duda poco fértil—. Necesitamos un veedor externo. Alguien capaz de criticar, desde su propia óptica, lo que propongamos. Dicen que los científicos y los seres espirituales no apoyamos completamente los pies sobre la tierra. No es inusual que vivamos navegando por las nubes de la utopía —sonrió con dulzura—. Sus opiniones representarían el punto de vista de la gente común sobre lo que proponga el foro. Según el Oráculo, usted es la persona indicada, la elegida. También predijo que en caso de que a nosotros nos pasara algo… tal vez recaiga sobre usted la misión de divulgar el plan. Bajo estas condiciones, ¿acepta? —preguntó de manera tan escueta y firme que logró conmoverme.

—Antes de contestarles desearía saber cuánto tiempo debería disponer, si es que acepto participar —quise averiguar, aunque sabía que el tiempo no era una limitación en aquellas circunstancias de mi

vida.

—No creo que demasiado. Pero tampoco lo sabemos con certeza. Tal vez una semana ahora, y tal vez cuatro o cinco durante el próximo año. Pero hay algo que aún no le he mencionado, un problema extra y no menor…

—A ver… —lo autoricé, aunque desconfiaba de lo que parecía avecinarse.

—Si la persecución se tornase complicada tal vez tendría que "desaparecer" de su vida habitual por algún tiempo. Como podrá ver, ¡pura incertidumbre! Pero no solo para usted, ¡para todos! —enfatizó.

—Perdóneme, pero ¿quién podría perseguirnos? —si había locura de por medio quería identificar a los enemigos.

—Una organización denominada STRAPP, con doble P final —aclaró, severo, Segismund.

—¿Qué es eso? Jamás escuché ese nombre —comencé a sentir temor.

—Casi nadie ha escuchado sobre ella. Y ese es su verdadero poder. El juego está planteado de manera tal que algunas grandes corporaciones, mafias de la droga, algunos políticos con gran poder y otras organizaciones han establecido reglas que solo son compatibles con la acumulación de poder y riqueza. Un grupo de ellos se ha puesto de acuerdo para establecer un gobierno único mundial, con un gobernante de sus propias entrañas. Sin límite alguno para lograrlo. No me estoy refiriendo a otra cosa que al control del planeta entero.

—¿Puede ser eso real? —inquirí.

—Tendrá que comprobarlo por sus propios medios aunque hasta ahora nos ha resultado imposible saber con certeza de quiénes depende STRAPP. Detrás de todo lo que sabemos parece existir lo que algunos llaman el Gobierno Invisible y otros los Superiores Desconocidos. Aparentemente han programado lo que hemos vivido desde fines del siglo XVIII. Y aparentemente lo que viviremos, a no ser que hagamos algo como lo que intentaremos.

—¿Desde hace más de dos siglos? —pregunté tan sorprendido como desconfiado.

—Fuerzas muy influyentes que han permanecido en las tinieblas,

desarrollando su plan: un Gobierno Mundial, con su "elegido" portando el cetro. Algunos afirman que se trata de adoradores de Lucifer. Aunque no hayamos logrado confirmarlo fehacientemente, semejante sociedad secreta parece seguir existiendo. Y todo indica que STRAPP depende de ella. Recibe órdenes para desmantelar cualquier intento por cambiar las reglas programadas para el logro de sus fines. Descubrimos su nombre por un suceso azaroso. Créase o no, un rayo cayó sobre un correligionario que llevaba un documento que los delataba. Igual que como sucedió con un correo de la secta de los Illuminati, creo que allá por el 1782, cuando descubrieron su plan secreto. Sabemos que STRAPP actúa por lo menos desde hace unas décadas bajo este nombre. Aparentemente apareció con posterioridad a las muertes de J. F. Kennedy y Martin Luther King —aceleraba su discurso—. Seguramente se ha nutrido de las redes conspirativas, técnicas, objetivos y planificación con las que se lograron aquellos magnicidios. Lo único que puedo decirle es que son de temer. No conocen límites para conseguir sus objetivos. Le dan a la vida un valor diferente al que le damos usted o yo.

—¿Dónde puedo encontrar información sobre lo que me está diciendo? —demandé. Desconfiaba sobre la veracidad de su relato. ¿Quiénes eran esos Illuminati?

—Deberá investigar la historia de las sociedades secretas y sus derivaciones. Comience estudiando el giro que se produjo a partir de 1717 y 1723. ¡El nudo gordiano se encuentra en un suceso ocurrido el 1º de mayo de 1776. Parece que en aquel momento, hoy tan remoto, comenzó a planearse todo lo que hemos vivido: las revoluciones americana, francesa y rusa; y las dos guerras mundiales. Manipulación de las creencias para destruir la Iglesia y las monarquías, cambios de sistemas económicos y territoriales, etcétera. Lo que han dado en llamar la Revolución Permanente…

—No dude que investigaré —le contesté desafiante.

10

—¿Qué más puede decirme sobre esa organización que mencionó? —quise saber. Tal vez por el temor que me había infundido y por lo que tendría que enfrentar si aceptaba la propuesta.

—STRAPP es una organización para operaciones clandestinas. Se compone de mercenarios, altamente entrenados y equipados con avanzada tecnología. Efectúa operaciones en todo el planeta, actos criminales incluidos, para lograr asegurar la continuidad de las reglas de juego impuestas por sus mandantes. Parece responder a los intereses de algunas grandes corporaciones inescrupulosas, incluidos algunos megabancos. No solo eso, STRAPP ha infiltrado algunas agencias de inteligencia. Descartamos que los gobiernos se encuentren oficialmente involucrados, pero hemos constatado que algunos miembros de sus agencias y gobiernos, miembros de sociedades secretas, son quienes la contratan y dirigen.

—Demasiado alarmante y desesperanzador —conjeturé.

—No tanto si logramos nuestro objetivo. Recuerde lo que le dije: queremos cambiar las reglas de juego. Y eso no significa otra cosa que el mismísimo destino del planeta. ¿Comprende lo que estaremos enfrentando?

—Me produce pánico —le contesté, sincerándome.

—¿Aun así desea participar? —me preguntó con una dulce sonrisa. ¿Sentía, tal vez, lástima por mí?

Tomé tiempo antes de responder. Durante aquel silencio los vi algo inquietos por primera vez en la tarde.

—¡Estoy en el proyecto! —finalmente confirmé, sin haber hecho una evaluación crítica. Desconocía de dónde estaba emergiendo la fuerza para aceptar semejante desafío.

—¡Lo sabíamos! El Gran Oráculo nos lo había anticipado.

Me llamó la atención lo que sucedió a continuación, considerando

sus etnias: pasando por delante de mí, sin levantarse, se estrecharon efusivamente las manos.

—¿Tiene alguna tarjeta, e-mail incluido, donde podamos contactarlo?

—Aquí tiene —respondí sacando dos de mi billetera. Siempre llevaba algunas para eventuales nuevos clientes.

—En principio trataremos a toda costa de evitar conectarnos por e-mail. Las agencias pueden acceder a los correos —aclaró Segismund.

—¿Significa algo el nombre STRAPP? —se me ocurrió averiguar.

—No es una buena pregunta si no desea atemorizarse más —me anticipó—. ¿Le contesto?

—Sí —le respondí demandante. Me pareció que ya no tenía otra alternativa.

—S por Search; T de Total-Globe; R por Resistance; la A por Against; P, Programmed y la última P significa Paradigm —completó dejándome petrificado.

Inmediatamente traduje la temible sigla: STRAPP: Rastreo de toda resistencia planetaria al paradigma programado.

—Según el Oráculo —agregó Segismund—, usted se ha interesado por el fenómeno de la sincronicidad. ¿Coincide también ese dato con la realidad?

—Puede ser. Parece otro acierto del tan mentado… Oráculo —le devolví, nuevamente sorprendido por el acierto.

Comenzó a interesarme ese tema después de una muy movilizadora conferencia de Deepak Chopra en un teatro de Buenos Aires. Durante los siguientes dos años me dediqué a leer sobre aquel mágico fenómeno. Coincidencias con significado personal, a través de manifestaciones en el mundo físico. Co-incidiendo. Factores incidiendo conjuntamente para provocar eventos en el mundo de la materia que desafiaban las leyes de la probabilidad. Portando mensajes de un orden superior, marcándonos el camino.

“La causalidad de la casualidad”, como le gustaba llamarla a uno de los autores que había leído. Y según el psicólogo Carl Jung, quien había descripto el fenómeno por primera vez, mensajes personalizados provenientes del Saber Absoluto. O como prefería definirlo el mismo

Chopra: “el Todo hablándole a sus partes”. Estudiar ese fenómeno me produjo una conmoción interior que sirvió como chispa de ignición para un intento que todavía no había concretado, la transformación de mi rutinaria y aburrida vida.

—¿Tiene algo que ver la sincronicidad con todo esto? —pregunté luego de unos segundos encerrado en mi mente.

—Hemos analizado el fenómeno en profundidad, primero desde un punto de vista teórico y luego sus aplicaciones prácticas. Todos hemos terminado tan deslumbrados como desconcertados. Tanto que, de alguna manera, hemos entregado a la sincronicidad el poder sobre nuestros destinos en esta cruzada. Es sorprendente cómo nos ha guiado por caminos absolutamente insospechados hasta llegar al punto en que nos encontramos.

—Por fin tenemos algo en común —comenté volviendo a sonreír después de largo rato.

—Algo más predijo el Oráculo… —intervino Jeremy, como si solo entonces lo hubiera recordado.

—¿Qué? —pregunté sin saber si podría soportar algo más.

—Vaticinó que algunas sincronicidades podrían llegar a salvarle la vida —volvió Segismund—, aunque solo si lograba seguir intuitivamente las señales que se le presenten —concluyó de modo casi profético y produciéndome alarma ante las fatalidades que aparentemente se avecinaban.

—Aquí tiene un sobre —intervino Jeremy—. Contiene claves que tendrá que descifrar. Hay además una profecía del Oráculo especial para usted. Nos pidió que se la diésemos. Lo mejor será que la lea más tarde, tranquilo, en su casa.

A continuación todos optamos por lo mismo. Necesitábamos un momento de relajación. Demasiados datos para ser asimilados, por lo menos en mi caso. Tanto Jeremy como Segismund se reclinaron en sus sillas. Por primera vez los noté completamente distendidos.

Perdí conciencia sobre cuánto tiempo pasó, abandonado entre velocísimos e inacabados pensamientos, hasta que aquella pacífica situación fue abruptamente interrumpida.

La violencia de una fuerza que desconocía se había instalado

repentinamente en el aire, como un fortísimo vórtice de instantánea y reciente generación. Un vórtice conformado de miedo y amenaza.

Fue Jeremy quien lo desencadenó. Con expresión de un horror paralizante y máxima tensión, se inclinó sobre la mesa y tomó el antebrazo de su compañero con firmeza desmesurada. A continuación giró la cabeza indicándole el lugar donde debía mirar. Lo imitamos.

Tres hombres. Se encontraban a la izquierda y detrás de Segismund, a unos veinte metros de distancia. Estaban vestidos con trajes negros y se ocultaban detrás de anteojos oscuros.

Al comprender que Jeremy los había descubierto giraron sus miradas en diferentes direcciones intentando evitar lo inevitable: que sospechásemos de ellos. Segismund también se había puesto nervioso, tenso. Algo muy grave estaba sucediendo.

—¡Nos han seguido! Nos mantendremos en contacto —me dijo Jeremy. Ya de pie, algo inclinado y apoyado sobre la mesa, su expresión seguía reflejando terror. Y fue entonces cuando me alertó con desesperación—. ¡Intente desaparecer en unos minutos! Son tres. Seguramente dos nos seguirán a nosotros y uno se quedará para ir detrás de usted ¡Piérdalo! ¡A toda costa! Que no sepa quién es usted ni dónde vive. Que no logre tomarle fotos. ¡Puede estar en peligro todo el plan! ¡Acá tiene su primera prueba sobre la existencia real de STRAPP! —fueron sus últimas palabras.

11

Los dos salieron disparados, intentando alejarse de donde se encontraban aquellos hombres. Lo que supusieron resultó correcto, dos de ellos los siguieron.

Permanecí petrificado unos segundos mientras los miraba escapar, perseguidos. Parecía una pesadilla. Sin perder de vista a quien se había quedado para seguirme —también en eso habían acertado—, fui lacerado por una tormenta de pensamientos, a velocidad sideral y de resolución inconclusa.

¿En qué me había metido? ¿Estaba loco por haber aceptado participar? Olvidate, me ordené. Tenía algo mucho más urgente por resolver. Intentar escaparme de mi guardián. Tal vez, hasta salvar mi vida ¿Cómo? Sorpresiva e inesperadamente, un chico se acercó a mi mesa.

—¿Le lustro los zapatos, señor? Cinco pesos.

¡Qué momento para semejante banalidad! Lustrarme los zapatos justo cuando me estaban amenazando, quizá con la intención de eliminarme. Lo primero que pensé fue echarlo. Pero la intuición me decía otra cosa. Que la presencia del lustrabotas quizá podía atribuirse al presagio del Oráculo: una sincronicidad que podría salvarme la vida. Tal vez no era tan mala idea, me daría los minutos que necesitaba para programar el dificultoso escape. También pensé que mientras permaneciera sentado seguía a resguardo. Demasiada gente, eventuales testigos para que aquel personaje pudiera actuar. De cualquier manera debía proceder rápido, existía la posibilidad de que los otros dos volviesen y, en ese caso, la evasión resultaría imposible.

—Buena idea, pero solo si los podés lustrar muy rápido. No me importa si no quedan perfectos, pero tenés que hacerlo rápido —le aclaré mientras miraba alternativamente a ambos personajes, aunque más al mercenario que al chico—. ¿De acuerdo?

—Por supuesto —confirmó. Mientras lo decía, ya había comenzado. Sin dilación alguna. Era evidente que tenía calle.

En tanto el joven hacía su trabajo imaginé un posible plan, el único que vino a mi mente.

—¿Cuánto ganás en todo un día?

—No más de veinte pesos.

—Por cien, ¿te animarías a hacer algo diferente?

—Siempre que no termine preso… Ya estuve una vez en cafúa un par de días y no se lo deseo a nadie.

—Quedate tranquilo, no te van a arrestar —le aseguré con una tensa y forzada sonrisa.

—Bueno, entonces acepto, maestro —dijo mientras con su mano derecha desbloqueaba su visión, obstruida por aquel negro y poco aseado flequillo.

Después de darle el dinero disimuladamente le expliqué lo que debía hacer, aunque tenía serias dudas de que funcionara. Según le indiqué, después del inconcluso lustrado de mis zapatos el joven caminó con naturalidad, simulando que ofrecía su servicio al resto de las personas sentadas en las mesas camino al espía. El mercenario, custodiándome con mirada fija e intimidatoria, jamás registró el acercamiento del lustrabotas y mucho menos como una amenaza.

Cuando estaba a un metro de distancia de la presa, soltando su desgastado cajoncito con cepillos, franelas y pomadas, el chico comenzó su actuación, digna de un actor de renombre. Memorable. De manera estrepitosa y moviendo histriónicamente sus brazos en alto, comenzó a gritar como pocas veces había escuchado en mi no tan corta vida.

—¡Policía! ¡Este me estafó! ¡Policía! —gritaba desaforadamente señalándolo con su índice a un par de pasos de distancia—. ¡Ayer le lustré los zapatos y se fue sin pagarme! ¡Policía! ¡Policía!

Sin darle tiempo a reacción alguna, el chico se le abalanzó. No solo logró retener al gigante sino que lo hizo trastabillar. El mercenario, absolutamente desconcertado, solo atinó a sacárselo de encima con un fuerte estiramiento de brazo. La gente gritó escandalizada, algunos levantándose de sus mesas y un par de hombres de una mesa contigua

se les acercaron para separarlos. Me sentí más que conforme. Como afirmaban que sucedía siempre, el tan apreciado factor sorpresa había vuelto a funcionar.

En medio del forcejeo, y ya recompuesto y erguido, el espía dirigió su vista un par de veces hacia mí, intentando no perder control sobre mi posición. Fue entonces cuando descubrió que ya me había levantado y me estaba escapando. Lo noté dudar sobre si también él debía escapar corriendo, ya que seguramente no deseaba que se conociese su identidad, o si debía seguir manteniendo el control sobre su presa, yo.

Minutos antes, al elaborar el plan de fuga, había especulado con un factor que podría terminar salvándome. Había un oficial de policía algunos metros más allá de mi supuesto camino de escape, hacia la calle Junín, en dirección contraria a quien me vigilaba. También había imaginado que, ante el escándalo que se desataría, el policía no iba a demorar en dirigirse a la zona de conflicto. Esa sería mi oportunidad para escapar, a espaldas del oficial. Y si todo funcionaba, el cazador se vería obligado a escapar en dirección contraria.

Inicialmente fui afortunado ya que todo sucedió como lo había imaginado. Después de caminar unos veinte metros, continuando aún la trifulca, y con tremendo griterío, comencé a correr como nunca lo había hecho antes. Girando incontables veces mi cabeza para ver si había logrado seguirme. No podía creer que todo estuviera sucediendo según lo planeado.

Después de un par de cuadras dejé de correr. No podía más. Continué caminando desesperadamente sin dejar de darme vuelta para ver si me perseguían. De pronto, al mirar hacia atrás por enésima vez, detecté entre la gente la enorme figura. Indudablemente estaba entrenado y con un mucho mejor estado atlético que el mío.

A los pocos segundos sentí lo que jamás creí que podría suceder: un extraño zumbido muy cerca de mi oído derecho. Instantáneamente el vidrio perforado del local justo delante de mí me confirmó que se trataba de un balazo efectuado con silenciador. Volví a mirar hacia atrás y lo divisé a unos cincuenta metros. Me había salvado de milagro pero la persecución continuaba. Ya estaba al borde del agotamiento

total y las piernas apenas me respondían por el temor y por el cansancio.

La locura y el desorden del tránsito de Buenos Aires, que en los días normales me ponía al borde de un ataque de nervios, me salvó la vida. Nunca más me quejaría de la falta de civilidad de los porteños.

El individuo que me perseguía, casi con certeza extranjero y desacostumbrado a semejante caos, cruzó la calle corriendo para ubicarse en mi misma acera. Pasó por delante de un ómnibus que acababa de reanudar su marcha. Creo que en pocos países del mundo podría pasar una motocicleta a alta velocidad entre el ómnibus del que hacía instantes habían descendido pasajeros y el borde de la acera.

La imagen de lo que vi me paralizó. La motocicleta, que voló por los aires hacia la acera junto a su conductor, había embestido a mi perseguidor haciéndolo caer delante del ómnibus que pasó por encima de su cuerpo matándolo de manera inmediata.

Aterrorizado y muy angustiado decidí alejarme de aquel cuerpo arrollado que había desencadenado un increíble alboroto a su alrededor.

Caminé a paso acelerado un par de cuadras y luego tomé un taxi. Después de indicarle un recorrido sin sentido, por media ciudad, bosques de Palermo incluidos, y mirando de vez en cuando hacia atrás, le indiqué al desconcertado taxista que me dejase de vuelta en Recoleta, a pocas cuadras de mi casa y del café donde todo había transcurrido.

Reconstruyendo los hechos pensé que el lustrabotas y aquella motocicleta me habían salvado la vida. El chico había acudido a la mesa en el momento justo y la moto lo había llevado a la muerte. ¿Casualidad? Parecía demasiada. Me convencí entonces de que la sincronicidad me había salvado.

¿Cuánto duraría la buena racha? Fue entonces cuando me convencí de que había cometido un error. Se había vuelto una locura ser parte de eso que habían llamado el Plan. Recién comenzaba, y estuve a punto de ser asesinado.

12

Solo después de servirme un whisky doble con hielo y telefonear para cancelar un compromiso de esa noche con una excusa mentirosa, saqué del bolsillo de la campera el misterioso sobre que Jeremy me había entregado.

Había dicho que me lo enviaba quien había presagiado todo. Mientras lo abría, intenté reconstruir la trama. Dos extranjeros con quienes inesperadamente me había "encontrado" me confesaron que científicos y sabios de avanzada intentaban descifrar el propósito que se escondía detrás de las leyes de la naturaleza conocidas y, a partir de eso, elaborar un nuevo paradigma para reencauzar el destino de la humanidad, alineado con las fuerzas y la dirección del universo. Hasta ahí todo parecía extraño pero extremadamente lógico.

Sin embargo le daban crédito a los vaticinios de un Oráculo. ¿Qué era eso? ¿Podía ser fiable algo o alguien así? ¿Usaba también él o ella, ya que desconocía su género, vapores sulfurosos para entrar en trance?

Este punto no encajaba con los conocimientos que decía esgrimir aquel grupo. Esa paradoja seguía siendo un enigma indescifrable. Una señal de alerta para desconfiar de Segismund y Jeremy.

Después de aquellas desquiciantes reflexiones procedí a revisar el contenido del sobre. Había varios papeles. Decidí leer primero la profecía que el Oráculo había escrito para mí, según me habían alertado:

Todo no es otra cosa que una partida de ajedrez.
Jugadores suprahumanos y piezas humanas a la vez.
Escogido, usted ya está en el juego.
Una pieza más sobre el tablero.

Tarde la luz, las torres brillan doradas.
El mal envía a las blancas a sus eternas moradas.
El agua, turbulenta, acoge a la mayor parte de las piezas vencidas.
Jaque mate al rey blanco, las negras seguirán siendo temidas.

PARADOJA COMPLEMENTARIA

Después del jaque mate, baja probabilidad de poder seguir en juego.
Ahora, por inexistencia de reglas, incierto y complejo se torna el ruedo.
Los alfiles del mismo bando, complementarios, el secreto de la vida.
Solo ubicando al romántico escritor, podrán seguir la partida.

¿Qué significaba todo eso? ¿Era la manifestación de un psicópata y encima rimada?

De cualquier manera traté de encontrarle algún sentido, aunque no llegaba a comprender las argumentaciones metafísicas y esotéricas que parecían involucradas en tal particular partida. ¿Se trataba del Bien y el Mal batallando eternamente sobre un tablero donde las fuerzas opuestas del universo elegían jugadores humanos para cada nueva partida, en cada época particular?

Lo único que creía poder deducir, ya que era a mí a quien había enviado la profecía, era que probablemente tuviese que tomar el papel de un alfil, pero asociado a otro alfil, su complementario. Deduje entonces que podría llegar a tratarse de una mujer.

¿Y a qué se refería la profecía con lo de torres doradas? Las piezas del ajedrez son blancas y negras. ¿Cuáles eran las doradas?

Estaba tan trabado con la decodificación de la profecía como desconfiado sobre la salud mental de quien la escribiera. Aunque no solía creer en historias de este tipo, no tardé en retractarme. El supuesto Oráculo ya había anticipado varios hechos: el encuentro en el bar, el cordón colorado en mi cuello, mi atracción por la

sincronicidad y las posibilidades que me otorgaría la sincronicidad para salvar mi vida.

Volví a la profecía. La única aparente certeza práctica era la pista de un "romántico escritor" al que debía encontrar. Parecía que, de hacerlo, podría salvar nuevamente mi vida.

Cansado ya de darles vueltas sin sentido a todas aquellas palabras, decidí abandonar la adivinanza por un rato. Tomé otro de los papeles del sobre. Solo contenía unas pocas palabras:

INVESTIGAR: Illuminati
Orígenes en: Cainitas, Templarios, Rosacruces, Priorato de Sión, Jesuitas, Masones.
Derivaciones actuales
FUNDACIÓN ARCTURUS
CONTRASEÑA de seguridad: Lohengrin

Se trataba de una clara referencia a quienes nos habían perseguido. Las imágenes de aquella pesadilla vivida en la Recoleta seguían apareciendo, una y otra vez, en mi pantalla mental. Un verdadero trauma que se repetía permanentemente, como sucede después de un choque automovilístico.

Tras mucho elucubrar elegí el camino que parecía más apropiado. Consultar a un erudito, un especialista en masonería, en quien podía confiar. Mi amigo Guillermo.

A pesar de que los caminos de la vida nos habían separado bastante durante los últimos años, nuestra larga y profunda amistad me autorizaba a recurrir a él.

—¿Podrías ayudarme? —le pregunté por teléfono después de una explicación previa sobre lo que deseaba averiguar. Había tratado de no demostrar la tremenda angustia que me carcomía.

—Sí, supongo que te puedo contar algunas cosas interesantes.

—¿Y cuál es tu opinión al respecto?

—La verdad es que después de todo lo leído y vivido no puedo tomar una posición definida sobre el asunto…

—¿Por qué?

—Demasiado enmarañado. Ya sabés que estoy en esto hace años,

aun así… Se mezclan datos reales con otros, producto de la paranoia de quienes los escriben. Pero es demasiado largo para discutirlo por teléfono. Es tanta la información que tal vez necesitemos un día entero, o a lo mejor varios, de acuerdo a cómo quieras encararlo…

—Como a vos te parezca, todo me sirve —le confesé.

—Hay un problema —acotó—. Mañana me estoy yendo por dos semanas a Europa…

—¿A pasear?

—No. Para una investigación sobre temas de mi cátedra —contestó, aunque algo dubitativo.

—¿Te pagan el viaje? —me parecía que algo me ocultaba.

—No, ya te explicaré cuando nos veamos. ¿Qué te parece si nos juntamos en mi casa de fin de semana? Creo que es el lugar ideal para esto. Dentro de tres fines de semana. Llevaría algunos documentos y, por supuesto, podemos compartir una botella de vino tinto mientras hablamos —propuso. Beber un buen malbec a ambos nos encantaba.

—De acuerdo, pero el vino lo llevo yo. ¿Qué día te conviene más, sábado o domingo?

—Mejor el sábado. ¿Te viene bien a la tardecita?

Lo noté entusiasmado. Posiblemente por ver que su amigo de toda la vida finalmente se interesaba por la temática que a él tanto lo apasionaba.

—Perfecto. ¿Puedo preguntarte algo? —susurré en el auricular. Seguramente percibió el tono de mis palabras.

—Adelante.

—¿Los Illuminati existen?

—Lamento decirte que todo parece indicarlo —respondió lacónico.

Sentí como si un puñal se clavara en mi pecho.

—Muchas gracias por tu ayuda, nos vemos ese sábado —concluí angustiado, tratando de ocultarlo.

Colgué el teléfono con desazón. Me habría encantado escuchar lo contrario, pero confirmaba en cambio que Segismund y Jeremy no me habían mentido.

13

Miércoles 20 de septiembre

El día después de aquel macabro torbellino fui a trabajar como de costumbre. Mis socios y algunos empleados me preguntaron si me pasaba algo. Les mentí aduciendo un problema familiar, pero que no era grave.

Me retiré poco después del almuerzo con la idea de volver a la Recoleta. Durante la comida había buscado infructuosamente en los diarios alguna noticia sobre el personaje atropellado por la motocicleta. Seguía muy confundido y quería comprobar si, regresando al lugar, lograba ver con más claridad los sucesos del día anterior. No me senté en una de las mesas de La Biela sino que opté por un banco de plaza, a unos cuantos metros del ombú. Durante un largo rato mi mente se quedó tildada mirando la mesa que había compartido con los extranjeros.

Mientras navegaba por aquel universo de incertidumbre, un joven depositó sobre mi banco un folleto de promoción turística. Lo tomé para hojearlo y ver de qué se trataba. Era sobre el cementerio contiguo. Las primeras hojas contaban la historia de aquel gigantesco depósito de féretros. Esas tierras, originalmente llamadas Los Ombúes, habían sido cedidas a los acompañantes del comandante de una expedición española, en 1583. Años más tarde, su dueño, oriundo de Zaragoza, hizo construir una iglesia que encomendó a los frailes recoletos, la Iglesia del Pilar. Casi con certeza evocando la Iglesia del Pilar de Zaragoza, de donde era oriundo, y que es donde se afirma que fue la única vez que la Virgen María ha aparecido en cuerpo verdadero. La que tenía enfrente fue luego remodelada, en 1732, para dar origen a la actual basílica.

Casi un siglo más tarde, en 1822, en las tierras que servían de

huerto, más de cinco hectáreas, el gobierno construyó un cementerio donde fueron enterrados muchos personajes ilustres de la historia argentina.

Pasando un tanto rápidamente las hojas y ya por la segunda sección, "Leyendas del cementerio", sin saber por qué me detuve en una historia titulada "Los enamorados": "Se conoce entre las leyendas del camposanto la historia de dos jóvenes que se conocieron frente al cementerio. Seducido, él la buscó más tarde en su casa. Allí se topó con la extraña respuesta de su madre: 'Murió hace años. Está enterrada en la Recoleta'".

Para mi sorpresa, más adelante el folleto mencionaba a algunos personajes significativos de la historia europea. Entre ellos, el nieto del rey Jorge IV de Inglaterra y la nieta de Napoleón. Pero lo que más me llamó la atención fue el dato sobre el Delfín de Francia, Luis XVII, el hijo de María Antonieta y de Luis XVI. La leyenda decía que había llegado al Río de la Plata en 1818, bajo el nombre de Pierre Benoit:

> *Luis Carlos, nacido en 1785 como segundo hijo de Luis XVI y María Antonieta, se había convertido en heredero al trono tras la muerte de su hermano mayor, en 1789. Se trataba de un niño saludable. Lo confirmaba la historia clínica de su médico personal, el doctor Brunnier. Solo había dejado registros de parásitos intestinales y alguna convulsión. También dejó constancia de una crisis nerviosa cuando despidieron a su aya, la duquesa de Polignac, llevándolo a tal estado que el menor ruido lo hacía temblar.*
>
> *Apresada ya la familia real en el Temple, en mayo de 1793, el Delfín, de ocho años de edad, se quejó de un dolor por lo que María Antonieta solicitó la presencia de Brunnier. La Comuna ordenó, en cambio, que lo atendiese el doctor Thierry. Este tuvo la precaución de ponerse en contacto con Brunnier para averiguar los antecedentes del niño. El dolor que lo aquejaba desapareció a las tres semanas. Dos meses más tarde fue separado de su madre y puesto bajo la custodia del ciudadano Simón, zapatero, y su mujer María Juana Aladame. Poco después de la muerte de la reina en octubre de 1793, en enero de 1794, las crónicas relatan que cesaron los malos tratos del tal Simón*

para con el Delfín. Cuatro guardias del Temple serían a partir de entonces los encargados de custodiar al pequeño heredero al trono. El Delfín significaba un enorme problema para la revolución, matar o envenenar también al pequeño inocente habría resultado inhumano ante el pueblo.

El Delfín terminó su existencia histórica de manera más que dudosa. Según la mayoría de los testimonios de quienes tuvieron que declarar, resultaba más que probable que el Delfín hubiera sido cambiado por otro niño en su cárcel del Temple. El médico que lo atendió una vez muerta su madre, Desault, testificó que quien estaba en el Temple no era el Delfín. El día antes de dar a conocer su informe sobre el tema fue invitado a comer por unos convencionales, de quienes se desconocen sus nombres. Fue envenenado. Lo mismo sucedió con su íntimo amigo el doctor Chopart, otro médico famoso y por quien una de las articulaciones del pie hoy lleva su nombre, con quien Desault había compartido sus dudas.

Lo cierto es que quienes a partir de entonces debieron cuidarlo en el Temple no pudieron aseverar si el niño era realmente Luis XVII. El zapatero Simón había sido decapitado y su mujer internada con diagnóstico psiquiátrico. Los nuevos médicos se encontraron con un niño raquítico en muy mal estado general, con tuberculosis avanzada, tumores en rodillas y muñeca, y un agravante: el nuevo habitante de la celda era sordo y mudo. ¿Era ese en realidad el hijo de los reyes decapitados, el heredero de la dinastía caída en desgracia? Todo indicaba que no.

Me conmovió la historia de Pierre Benoit, quien afirmaba ser el Delfín. Es probable que la Revolución le perdonara la vida, siempre que desapareciese. Muy lejos. Y aquella tarea pudo haber sido encomendada por Robespierre a los masones. El hijo de ese personaje, quien como su padre recibió por nombre Pierre Benoit, fue el arquitecto masón que diseñó el frente de la Catedral de Buenos Aires y el plano de la catedral neogótica de la particularísima ciudad de La Plata elucubrada por los masones.

Solo después de un rato pude seguir hojeando el folleto, hasta que

otra historia atrajo mi atención.

¡En 1853 el arzobispo de Buenos Aires le retiró su bendición al cementerio! El problema se suscitó por el entierro de un francmasón que se había negado a recibir los sacramentos, el doctor Blas Agüero. Por esa razón el arzobispo no le concedió cristiana sepultura. El presidente Bartolomé Mitre, interviniendo en una de las tantas confrontaciones entre la masonería y la Iglesia, ordenó por decreto que lo enterrasen. La Iglesia no demoró en contestar: le retiró la bendición a la necrópolis.

¿Un cementerio para masones y el retiro de la bendición del cementerio por causa de un masón protegido?, me pregunté.

Pensé entonces si las historias que me habían interesado de aquel folleto, el amor, las tramas secretas de la historia y la masonería, serían pistas para el devenir, si en mi destino se estaba entrometiendo el fenómeno de la sincronicidad. Ya me había sucedido. Durante los últimos años muchas veces se me habían presentado claras señales que anticiparon el futuro. Como cuando una serie de coincidencias me llevó a decidir cambiar de oficina. El antiguo edificio se incendió por completo a los tres meses de mi partida.

Pero recapacité. Lo más probable era que me estuviera extralimitando en la evaluación de los alcances y poderes de dicho fenómeno. Casi con seguridad estaba deslumbrado y lo proyectaba a todo lo que me sucedía. ¡Basta!, me dije. Debés volver a la realidad.

14

Jueves 21 de septiembre

El gobierno había declarado feriado por el día de la primavera. Me desperté a la hora en que mi reloj biológico habitualmente se activa, alrededor de las ocho. No tenía programa alguno para aquel feriado, excepto terminar en casa trabajo pendiente de la oficina. La tarea no me demandaría más de un par de horas.

Descorrí la cortina del living. Era un día espléndido. Un día maravilloso para los tradicionales picnics de los estudiantes en alguno de los muchos parques de la ciudad, aunque la mayoría optaba por los bosques de Palermo. Día muy especial que invitaba a permitirse una inusual libertad para que sentidos y percepciones sintonizasen con la naturaleza que renacía. Colores y aromas emergentes, símbolos también de la revitalización de la sexualidad, brotaban de la tierra haciéndonos sentir su mágica presencia.

Disfruté una reconfortante ducha, preparé café negro bien cargado y me dispuse, como cada mañana, a leer el periódico.

Los titulares no despertaban gran interés:

Silvia Sapag volvió a acusar a Cantarero por los sobornos en el Senado: citó un supuesto pago para tratar la ley de hidrocarburos

Los empresarios le entregaron al presidente De la Rúa propuestas de reformas impositivas

La evasión del Departamento de Policía: ordenaron dos nuevas detenciones

Investigan el mal olor en Dock Sud

Una de cada tres mujeres es golpeada

Editoriales: El petróleo y la economía argentina, Señales viales para ciegos

Quedaban unas pocas hojas para terminar de leer la primera sección y pasar a la que más me interesaba, la deportiva. Quería averiguar el desempeño de los atletas argentinos durante el día anterior en los Juegos Olímpicos de Sydney. Fue en ese instante cuando repentinamente apareció ante mis ojos lo que jamás habría querido ver. Un título y una foto que me horrorizaron.

SANGUINARIO ASESINATO EN BARRIO NORTE

Un talentoso científico inglés, Robert J. Bowstring, fue brutalmente asesinado en su lecho en el hotel cinco estrellas de la avenida Alvear. Según los investigadores sucedió durante la madrugada del 20 de septiembre pero fue descubierto recién al mediodía, cuando las mucamas se disponían a limpiar la habitación.

Fuentes policíacas aseguran que, cuando encontraron el cuerpo del científico, no solo las sábanas estaban bañadas en sangre sino que había “manchas de sangre” en diferentes lugares de la habitación, posiblemente debido “a los chorros emanados por las lesiones arteriales en el cuello”.

Los facultativos consultados confirmaron que eso ocurre por la enorme presión con la que sale la sangre, con cada latido, cuando es seccionada la arteria carótida. Por lo general la muerte ocurre después de no más de siete latidos. Bowstring fue degollado en su cama, sin que la policía haya logrado encontrar aún el arma asesina ni rastros sobre el posible autor o autora. Los análisis bioquímicos, efectuados por peritos de la policía científica, han detectado que le fue suministrado un potente barbitúrico entre media y una hora antes de ser asesinado.

Tanto el embajador como el cónsul británicos han tomado cartas en el asunto demandando oficialmente a las autoridades locales

una profunda investigación. Por su parte, el Ministerio del Interior se ha comprometido a hacer todos los esfuerzos posibles por aclarar el horrendo crimen del destacado científico inglés.

El occiso había adquirido fama por haber descubierto un nuevo combustible. A partir de mínimas cantidades de silicio logró desarrollar un combustible que permitirá reemplazar el petróleo. Fuentes no oficiales han comentado que por ello había sufrido fuerte resistencia de gran parte del establishment petrolero.

La hipótesis que baraja la policía es que el científico pudo haber contratado una escort, tal vez a través de un anuncio de un diario, y esta, con intención de robarle, le suministró el sedante, degollándolo luego. Sustenta esta hipótesis el hallazgo de un ejemplar de un diario, dedicado fundamentalmente a la información financiera, abierto en la página de los ofrecimientos de escorts. También avala la teoría que todos sus efectos personales estaban desparramados por el piso, sin dejar lugar a dudas de que todo fue revisado. La caja fuerte de la habitación también se encontraba abierta y vacía, aunque las autoridades policíacas no han podido establecer si la víctima la había cerrado y guardado algo dentro.

Los responsables del prestigioso hotel declararon encontrarse absolutamente sorprendidos y consternados, ya que la seguridad interna, de las mejores de Buenos Aires, no detectó nada inusual durante aquella madrugada. ¿Por dónde escapó la supuesta asesina? Las investigaciones continúan sin pausa.

La noticia me heló la sangre. La foto del lecho de muerte que ilustraba la noticia no dejaba lugar a dudas. ¡Era Jeremy!

Todo lo que me habían dicho se había convertido en realidad. Ni una pizca de exageración ni de fantasía. STRAPP había logrado seguirlos y había eliminado a uno de ellos. ¿Y Segismund o como diablos se llamase? ¿Habría logrado escapar?

Luego de unos minutos cargados de turbulentas reflexiones, tóxicas, tomé conciencia de que aunque decidiese abortar mi participación en el encuentro, mi vida ya no podría volver a ser la de antes. No parecía

haber retorno. Casi con seguridad, en aquel bar de la Recoleta debían haberme tomado fotos. Me di cuenta de que me encontraba bajo una tremenda amenaza y de que no cesarían en tratar de localizarme. Sin duda yo era un testigo que era imprescindible eliminar.

¿Y si hubieran asesinado a otros integrantes de aquel grupo, el mismo día, en otros lugares del planeta, en una especie de Día de San Valentín? ¿Cómo enterarme? Seguramente todo terminaría en noticias locales aisladas, sin que nadie encontrara conexión entre ellas. O quizá sin mención alguna, como con el sujeto arrollado por el ómnibus.

La primera idea fue concurrir a la policía. Podría averiguar detalles del asesinato y preguntar por Segismund. Pero la descarté casi instantáneamente. La lógica indicaba que así solo me comprometería más y les daría, tal vez, la pista necesaria para localizarme. Para colmo recordé que le había entregado una tarjeta personal a Jeremy.

Mi angustia y desesperación se tornaron inmanejables. Debía controlar y descomprimir el estado de ansiedad. La única solución era cambiar el foco de atención, siempre que pudiera lograrlo. Decidí afeitarme.

Me quedé mirándome fijamente a los ojos al espejo. Los desconocía. Parecían estar arrastrándose por algún lejano lugar, por un reino de tinieblas. En ese estado de extrañamiento, unas palabras pronunciadas hacía años por un maestro espiritual invadieron mi recuerdo:

—Sin intención de ofenderlo, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Adelante —le había respondido sin comprender el porqué de semejante preámbulo.

—¿No se ha planteado aún el tipo de vida aburrida y rutinaria a la que el sistema nos ha llevado? Cuando a la mañana se acerca al espejo para afeitarse, ¿no se ha preguntado: la misma historia repitiéndose sin fin? ¿No ha pensado más de una vez dejarse barba o bigotes para cambiar su aspecto físico? Esos cambios de nuestra fisonomía reflejan que estamos intentando compensar lo que jamás lograremos de esa manera: un cambio interior. Un cambio que nuestra alma nos está demandando. Pero los cambios que pertenecen al patrimonio del alma solo pueden ocurrir en su propio plano.

Las palabras de aquel ser siguieron frente al espejo rebotando, una y

otra vez, en el desértico plano dimensional que nos separaba, un plano sin tiempo. Un eco insistente en aquella extraña dimensión constituida por los ojos del alma, el espejo y la memoria. Lo sorprendente era que esas palabras parecían ser pronunciadas en aquel mismísimo momento.

15

Principios de octubre, sábado, 18 horas
Pilar, en las afueras de Buenos Aires

Pasaron los días y, para mi sorpresa, nada fuera de lo usual sucedió en mi entorno desde que leí aquella fatídica noticia en el diario, aunque no pasó lo mismo con la turbulencia interior.

Guillermo había sido mi gran e inseparable amigo durante la infancia y la adolescencia, etapas en la que somos casi solo proyectos y sueños. Como nuestras esposas no habían demostrado demasiada afinidad —para ser totalmente sincero apenas se toleraban—, la vida después de casados nos separó bastante. Durante años, hasta nuestros respectivos divorcios, nos reuníamos en forma esporádica. En algún bar después del trabajo antes de volver a nuestros hogares.

A pesar de todo, estoy convencido de que la amistad de la adolescencia une de una manera especial, distinta. Una unión sincera y fluida, exenta del temor a la censura y permanente en el tiempo, creo que por no tener necesidad alguna de proteger la imagen personal. De esa manera nos relacionábamos con Guillermo, confiando desde la región más pura e inocente de nuestras almas.

Habíamos compartido el colegio secundario y todo lo que en esa época suele desbordar de las mentes adolescentes. Aquello de lo se que adolece en esa etapa y forma parte de eso que se podría llamar “la imaginería del despertar”.

Él era un personaje muy particular. A pesar de su profesión ligada a lo material, ingeniero industrial, sus inclinaciones metafísicas y espirituales, sumadas al profundo estudio de la historia, ocuparon un lugar importante en su vida.

Era inteligente como pocos, y siempre admiré su deslumbrante memoria. Algo parco y poco sociable ante desconocidos, mutaba a un

ser encantador y de dulce sonrisa, con un humor irónico muy particular, cuando le tocaba relacionarse con sus afectos.

No sabía qué le seguía divirtiendo de mí, qué seguía sustentando nuestra amistad, si exceptuaba, por supuesto, nuestra historia compartida, los recuerdos que permanentemente rememorábamos. En lo personal consideraba que mi vida era demasiado chata y sin atractivos como para interesarle a alguien con tantas inquietudes y una inserción reconocida en el campo intelectual. Intuía que lo que mantenía viva nuestra relación, lo que Guillermo valoraba, era el afecto que yo sentía por él.

Su cuerpo, comparable al de un verdadero atleta, alto, musculoso y erguido, contrastaba marcadamente con sus intereses e inclinaciones. Recientemente, hacía dos años, había ganado un concurso académico para profesor de Historia Medieval en la Universidad de Buenos Aires, tema sobre el cual había hecho un posgrado.

Había decidido consultarlo a él ya que, hacía ya mucho tiempo, me había comentado que, en su camino de búsqueda, en varias oportunidades había tomado contacto con sociedades secretas. Estaba casi seguro de haberle escuchado decir que había estado “hermanado” con los masones y también con los rosacruces. Lo que no sabía era si aún seguía cerca de aquellos grupos.

Durante años había investigado temas ocultistas, herméticos y esotéricos. Estaba convencido entonces de que nadie mejor que mi amigo para ayudarme a conseguir información sobre los Illuminati. Si lo hubiera hecho por mi cuenta me habría tomado mucho tiempo, además de que resultaría información desprovista de experiencia, “conocimiento sin alma”.

Como lo habíamos acordado, aquel sábado por la tarde me dirigí a su casa de fin de semana. Una suave brisa navegaba casi silenciosa por aquel cielo sin nubes. Un cielo que iba recuperando paulatinamente el celeste intenso que había perdido durante el invierno.

Los rigurosos controles a la entrada de aquel club de campo en Pilar demoraron quince minutos la llegada a su casa. Finalmente, después de perderme por las calles internas del club a pesar del mapa que me habían facilitado los guardias, llegué. Nos saludamos con un abrazo

intenso, sincero, cargado de afecto.

La casa, pintada de color gris azulado claro, con amplios ventanales y techos de chapa blanca a cuatro aguas, no era ostentosa sino acogedora. La nota de color de las paredes y techos blancos del interior estaba dada por alfombras, objetos y numerosos libros ubicados en las dos amplias bibliotecas de aquel no tan espacioso living. Resultaba evidente que su debilidad eran los libros.

Colgado sobre una pared lateral se destacaba un tapiz amarillo ocre con rayas marrones que le marcaba un ritmo particular a aquel recinto. Me contó que lo había traído de un viaje por Turquía, más precisamente de Capadocia.

Después de aquel brevísimo reconocimiento del entorno me invitó a tomar asiento en unos cómodos sofás, en aquel único ambiente que servía tanto de living como de comedor. Los amplios ventanales daban a un jardín con una piscina de la que emanaba un atractivo e intenso color celeste. Me comentó que alternaban la casa con su ex esposa, fin de semana por medio.

—Hoy vamos a poder hablar tranquilos —dijo mi anfitrión abriendo el juego—. Mis hijos no vuelven hasta mañana. Ya sabés, fútbol, cine, visitas a casas de amigos. Tenemos tiempo más que suficiente para hablar de la escabrosa información sobre la que dijiste estar interesado.

Hizo un breve silencio mirándome fijamente a los ojos. ¿Había dicho escabrosa? Decidí no pedirle explicaciones. Por lo menos por el momento…

—Disculpame que te pregunte esto —continuó manifestando sus dudas—, pero el otro día me dejaste terriblemente preocupado.

—¿Por qué lo decís? —traté de disimular.

—Lo que sé sobre el tema no me permite quedarme tranquilo, si me baso en lo que estás pidiendo conocer. No estarás metido en un lío con esa gente, ¿no? —finalmente desenvainó.

—No, para nada —le mentí—. Simplemente un amigo extranjero me comentó algunas cosas al pasar… En su momento no le creí, pero ya sabés cómo funciona la cabeza, no he parado de darle vueltas al asunto. Los humanos somos así, bichos curiosos por instinto. No hay

otra razón para estar interesado en el tema. Entonces me di cuenta de que nadie mejor que vos para conseguir información confiable y una opinión concienzuda. Por eso te molesté. ¿A quién otro, si no?

—Me tranquiliza que no te hayas metido en problemas con ellos. Bueno… en el caso de que estuvieras de su lado, seguramente no tendrías problema alguno. El problema lo tendría quien quisiese oponerse a sus planes. Si es verídico al menos parte de lo que he escuchado, leído y vivido, si alguien intentase ir en su contra estaría exponiéndose a graves peligros.

—¡Ni lo sueñes! Mi vida sigue siendo la que conocés. Muy tranquila, la de un contador común y corriente, un tipo del montón. Bueno —agregué con falsa sonrisa intentando ocultar mi angustia—, tranquila no por la cantidad de horas de trabajo, sino en cuanto a involucrarme en asuntos peligrosos —sentía culpa por ocultarle la verdad.

Me pareció que lo había conformado mi respuesta, y confieso que en ningún momento sospeché lo que él ocultaba. Eso que en el futuro desencadenaría una de las mayores sorpresas de mi vida.

16

—Buenas tardes. ¿Desean tomar algo? —interrumpió con amabilidad la empleada, una joven alta, de armónica contextura, cabello y ojos marrones—. Guillermo abrió su mano derecha hacia mí, dando lugar a que respondiera primero.

—Buenas tardes. Por ahora agua con hielo, por favor —le contesté, y luego volví a Guillermo—. Nada que pueda disminuir mi capacidad de atención y comprensión de lo que vas a contarme. Ya vendrá el momento apropiado para un buen vino.

—Y para mí… un pomelo por favor. Gracias. ¿Querés que empecemos ya o hablamos de otra cosa y después pasamos a tu tema? —me propuso mientras la joven se retiraba.

—Si no te incomoda, preferiría comenzar ahora.

—Empecemos entonces… Como posiblemente sabrás, casi todas las historias oficiales difunden algunos o muchos datos falsos. Espero poder contarte "otra" historia —sugirió gesticulando las comillas—. Una historia que relata los mismos hechos pero que incluye otros datos, también verídicos, descartados de la trama principal por considerarlos intrascendentes o inconexos. Con esos datos, la historia habitualmente termina teniendo una interpretación distinta de la oficial. Alguien ha dicho que la verdadera Historia es la crónica no escrita de acontecimientos que nunca trascendieron. Y no te preocupes por lo que podés llegar a sentir al enterarte de todo esto. En algún momento todos hemos sufrido la misma decepción. Lo cierto es que vas a escuchar algunas cosas que hasta pueden rebelarte en tu juicio interno.

—¿Por qué? —inquirí desconcertado.

—Porque es muy difícil aceptar cambios significativos en nuestras creencias, tomar conciencia y reconocer que hemos vivido hechizados, en las brumas del engaño. Lo que te propongo es que abras tu mente,

que escuches sin someter los datos a condicionamientos previos, evitando un casi ineludible "análisis prejuicioso". Así es como me gusta llamarlo. Hasta que al final discutamos sobre lo que tengo para contarte —añadió—, te pido que escuches esta otra historia, sin aceptarla ni descartarla y, si fuera el caso, recién solo al final eliminarla por disparatada —agregó con cierto énfasis—. Aunque resulta casi imposible que alguien que se interiorice en lo que te voy a contar termine por desecharlo todo por completo. Por lo menos así sucedió conmigo…

—Intentaré estar abierto. Además, confío en vos más que en ningún otro ser sobre esta tierra, máxime conociendo las intenciones que guían a tu corazón —le confesé, aceptando sus condiciones, dudando si sería capaz de lograrlo.

—Gracias por tu apreciación y el crédito que me estás dando. Mi mayor deseo es no decepcionarte algún día…

¿Y eso último? Decidí asumir que era solo una simple expresión de deseo, sin otra intención.

—Se podría afirmar —dijo luego de un incómodo silencio— que existe una historia paralela o, si te gusta más, una historia secreta que solo ha seguido contándose entre sombras, y por unos pocos, aunque sea la que mejor explica y justifica todo lo que ha sucedido. La historia detrás de la historia.

—¡Ah! —exclame sin saber qué otra cosa decir.

—Una historia que pasa por los Illuminati, sobre quienes querés saber, y parece continuar hasta nuestros días. Se trata de muchísima información pero, como te anticipé, te permitirá comprender mejor las raíces de la mayoría de las cosas que estamos viviendo y creyendo hoy…

—Una historia paralela —repetí casi infantilmente—. Parece interesante.

—¡Bueno, basta de preámbulos! —sonrió con enorme simpatía—. Lo que sí, no te asustes con algunas de las opciones posibles.

—De acuerdo —acepté la nueva insinuación, o quizá una advertencia sobre lo que antes, de alguna manera, había calificado como "información peligrosa".

17

Seguíamos relajadamente sentados en los sofás cuando regresó la joven portando una gran bandeja de laca china color terracota con nuestras bebidas y varios tipos de quesos, salamines, jamón serrano, tostadas y aceitunas negras, las que más me gustaban y Guillermo lo sabía.

Luego la empleada se despidió hasta el día siguiente, volvía a su casa.

Nosotros teníamos toda la noche por delante.

—Veamos entonces —decidió volver al ruedo Guillermo—. Me parece que, para que el tema se entienda y que no parezca uno de esos desvaríos que surgen de la nada, tendré que hacer una breve introducción, histórica, sobre la masonería.

—¿Por qué sobre la masonería?

—Porque es el origen, aunque remoto, de los Illuminati. Debería comentar un par de sucesos que ocurrieron en el 1600 porque me parece que condicionaron en parte lo que vendría un siglo después. Si comenzase por el final, contando lo que podría estar sucediendo hoy tras bambalinas, sin comprender de dónde proviene lo que está ocurriendo, seguramente creerías que se trata de simples fantasías. Probablemente pensarías "Mi amigo Guillermo está desvariando. Está viendo fantasmas y complots por todos lados". Y tal vez me colgarías el apodo que reciben quienes piensan así…

—¿Cómo los llaman? —no lo sabía.

—Conspiranoicos. Paranoicos por las conspiraciones. Psicópatas, maníacos de persecución.

—¿Y lo somos? —pregunté riendo.

—Depende… Debemos conocer los antecedentes para opinar a conciencia. Hacer lo contrario significaría aliarnos con el bando de la ignorancia.

—Mi reino habitual —intercalé, al tiempo que desatábamos nuestras risas.

—Si alguien estuviera planeando algo en las sombras, lo que menos desearía es que desconfiaras de él, de ellos. ¿Qué pasaría si decidieras hacer públicas tus sospechas?

—¿Qué pasaría? —repregunté infantilmente.

—Utilizarían el modus operandi habitual. Te tildarían públicamente de loco y paranoico.

—Deduzco que estás insinuando que aún hoy el control del poder depende de algunas conspiraciones —arriesgué.

—Se planificaron tanto la caída de las monarquías como la de la Iglesia —comenzó a destacar—. Años más tarde comenzaron a implementar su plan a través de las revoluciones americana y francesa. También la independencia de las colonias españolas, incluida la de nuestra queridísima Argentina. Las raíces del bolchevismo, la planificación de las dos guerras mundiales… incluso está previsto desde hace mucho cómo sucederá la tercera. Querido amigo, casi todo lo que nos sucede ha sido planeado por alguien —aseveró elevando un poco el tono.

—Ajá —su afirmación me parecía un tanto inverosímil.

—Todos han vivido, y seguimos viviendo, enmarañados en las brumas de la miseria humana. En su momento, y esto no sucedió hace tanto, nadie creyó que detrás de aquel aparentemente insignificante ex sargento se estaba gestando un temible monstruo.

—¿Hitler?

—Correcto. Si recordás, la gente lo votó masivamente. Pero no sospecharon que detrás de Hitler actuaban grupos esotéricos como el de la Sociedad de Thule.

—Tenés razón —concordé. A pesar de que no tenía la menor idea sobre esa sociedad secreta, su argumento parecía lógico. El pueblo había sido totalmente seducido sin siquiera sospechar lo que le deparaba su fatídica ingenuidad.

—Lo curioso es que nadie cree que algo así pueda estar ocurriendo durante su propia existencia. Tenemos una tendencia innata a la negación de los sucesos del presente. Siempre es mucho más fácil no

querer reconocerlo. Es más cómodo, se sufre menos. Veámoslo de otra manera: ¿qué debería hacer yo si me convenzo de que hoy está sucediendo algo semejante? ¿Seguir mi vida de todos los días, así como así? Y si decido cambiar y oponerme, ¿cuánto cambio y riesgo implicaría eso para mi vida?

Lo que decía me recordaba las disquisiciones de Segismund y Jeremy. Guillermo pensaba como ellos. Tomar conciencia nos lleva a enfrentar un enorme problema. Sin duda, resulta mucho más fácil refugiarse en la ignorancia.

Aquel preámbulo se había prolongado un poco, pero comprendí que Guillermo buscaba colmarme de advertencias. "Escabroso" había sido el término que usó para calificar lo que iba a contarme.

Había ya anochecido cuando terminaba de pensar eso, y de pronto se escucharon dos terribles ruidos, algo diferentes entre sí, que helaron nuestra sangre. Casi como un acto reflejo, Guillermo apagó la luz de la lámpara que iluminaba tenuemente el ambiente.

La propiedad de mi amigo ocupaba un amplio terreno y tenía una sola casa vecina a la par, ambas ubicadas contra el cerco perimetral del club de campo. Al llegar a la casa pensé que eso podría resultar peligroso, y no me equivoqué.

El terror nos invadió. Sin saber qué hacer nos dirigimos a la puerta de entrada después de apagar la única luz que aún seguía encendida, la de la cocina. Con profundo temor y de rodillas, la abrimos lentamente. Otro disparo que retumbó en nuestros oídos nos hizo tirar cuerpo a tierra en el hall de entrada.

Se hizo un momento de silencio mientras pensaba "STRAPP está aquí". Desde el piso pudimos ver salir de la casa vecina a tres individuos vestidos de negro corriendo hacia el cerco de alambre que delimitaba el complejo. A pesar de la oscuridad pudimos ver que portaban unas pesadas mochilas. Treparon el cerco con la habilidad de gatos callejeros y se fugaron rápidamente.

De inmediato escuchamos una sirena. Era el vehículo de seguridad interna que se acercaba. Cuando se detuvo, ya estábamos ahí.

—¿Qué pasó? —preguntamos casi al unísono.

—Creemos que se trata de un robo —contestó el guardia que estaba

al volante, mientras descendía con un arma en la mano. Quien lo acompañaba portaba una escopeta que intimidaba.

Desde el jardín pudimos ver, a través de los ventanales de la casa, a la pareja propietaria, atados ambos con precintos a una mesa. Él sangrando por el hombro derecho. Luego nos contaron que había tratado de resistirse con un arma que había disparado sin éxito y que lo habían doblegado con un tiro en el hombro. El tercer tiro había sido intimidatorio, para que arrojase el arma.

Volvimos a la casa de Guillermo. Comimos algo frugal, unas tartas que ya estaban preparadas, con el malbec que yo había llevado.

—Amigo, no sé si estoy de ánimo para seguir hablando de lo nuestro. Si no te importa creo que voy a volver a Buenos Aires.

—Te comprendo. ¿Qué tal si seguimos el sábado dentro de dos semanas?

—Buena idea —le contesté.

—Pero al mediodía. Te espero con un rico asado.

Nos despedimos con un abrazo y con la idea de volver a juntarnos.

18

Dos semanas después, Pilar

No puedo negar que quedé bastante alterado con el incidente en la casa vecina de Guillermo. Sin embargo tenía muchas ganas de que me contase lo que sabía sobre lo que me interesaba. Un maravilloso asado a la usanza argentina me esperaba. Comenzamos con chorizos y matambrito de cerdo con una ensalada de muchos colores que cada uno condimentó a su gusto. Opté por aceite de oliva y aceto balsámico, mi combinación preferida.

—Salud, por nuestra amistad. Y también por tus conocimientos —dije levantando la copa de vino.

—En el fondo, y no tan fondo —se rectificó Guillermo sonriendo—, esta es la verdadera magia de la vida. Tal vez refleja el verdadero ser de los argentinos. Poder compartir con los amigos queridos un diálogo, acompañándolo con un asado y un exquisito malbec.

Mientras comíamos hablamos de nuestros hijos, de las típicas preocupaciones de los padres. Después de contarle que mi nuera había perdido ya dos embarazos, Guillermo me confesó su preocupación por su hijo mayor. Había decidido dejar sus estudios universitarios para dedicarse al surf. Lo que más lo preocupaba era que no tenía proyecto alguno para su manutención. Eso alteraba a su ex esposa. “Está completamente piantada. Me echa la culpa a mí.”

Cuando terminamos el asado Guillermo me propuso retomar nuestra conversación, tan violentamente interrumpida. Asentí con una sonrisa.

—Como ya esbocé, el saber de los Illuminati no se inició con ellos. Tomaron como base el saber de la masonería. Luego modificaron interpretaciones, agregaron algunos principios extremadamente explosivos a aquella ancestral doctrina, y utilizaron esa nueva mezcla para sus, ahora sí, absolutamente novedosos objetivos.

—¿Por qué, antes que nada, no me explicás algo más básico?

—Encantado…

—¿Qué significa la palabra masón?

—Supongo que es un buen comienzo. A pesar de que la Edad Media nos ha legado construcciones en piedra, lo cierto es que por entonces eran escasas y contadas. Se trataba de un privilegio reservado para unos pocos. Solo la Iglesia, el rey y la nobleza tenían suficiente dinero. Para construir una muralla, un castillo o una iglesia debían contratar, inexorablemente, a constructores calificados. A los masones. La palabra masón, en francés *maçon*, significa albañil.

—¡Clarísimo hasta acá! —exclamé contento por comenzar desde las bases.

—En el Medioevo feudal la gente común no acostumbraba alejarse de donde vivía. Como te imaginarás, en aquellos tiempos no era tarea fácil reunir a aquella gente tan idónea y que se encontraba dispersa. Eran pocos y, además, debían desplazarse desde su lugar de residencia hasta donde se los requiriese para la nueva obra. Esa fue la razón por la cual aquellos constructores tan especializados se vieron en la necesidad de agruparse en una organización similar a los actuales sindicatos o gremios.

—Comprendo.

—Siglos más tarde, y perdoname por irme de época, recién a partir del siglo XVIII, según se dice, a ese tipo de constructores se los denominó masones “operativos”.

—Supongo entonces que debieron agregar esa palabra para distinguirlos de otros que deben haber aparecido en el XVIII. ¿Quiénes eran los nuevos? —intenté razonar.

—Los llamados masones “especulativos” o “aceptados”. Estos no eran constructores.

—¿Y qué eran entonces?

—Nobles, intelectuales y científicos. También comerciantes que estaban vislumbrando un mundo nuevo y anhelaban relacionarse socialmente, un nuevo tipo de relación que les permitiese ascender en la escala social.

—Igual que ahora.

—Así es —concordó—, pero a diferencia de la actualidad, cuando casi siempre alcanza con poseer dinero, en aquella época resultaba mucho más difícil. Para alguien que se había enriquecido, o que lo estaba consiguiendo, el contacto igualitario, por llamarlo de alguna manera, todavía le seguía vedado. Por entonces las clases sociales se mezclaban poco. Y he ahí lo interesante del cambio: a partir del siglo XVIII, el ingreso a una logia masónica otorgaba a personas de clase media, un comerciante por ejemplo, la posibilidad de relacionarse, conversar y hasta hacer amistad con personajes que se movían en estratos más altos. Personajes de la cultura, la ciencia o la nobleza. La gente más inteligente de aquel entonces pertenecía a la masonería. Ser miembro de una logia te garantizaba además la ayuda y protección de tus "hermanos". ¿Se entiende la lógica del gran interés para ser miembro de la masonería?

—¡Claro como el agua! —lo hice sonreír—. ¿Y esa otra palabra que he escuchado alguna vez por ahí, francmasón?

—En la Edad Media, y ahora estoy volviendo a los comienzos del siglo XII, existían dos tipos de masones que se dedicaban a la construcción. Los que trabajaban la piedra dura, los "picapedreros o masones rústicos", y los que trabajaban sobre la piedra más blanda, terrosa, la denominada piedra franca. Esta última era la que utilizaban para tallar los elementos simbólicos que hoy podemos ver en las fachadas de las catedrales góticas. De ahí el nombre "masones de piedra franca" o su abreviatura, francmasones.

—Estos datos me sirven mucho —le confesé.

—Para la masonería, que conocía la "geometría sagrada" por lo menos desde la época del rey Salomón, un hecho trascendente sucedió después de la Primera Cruzada. Tras una nueva y misteriosa asociación entre masones, templarios y cisterciences, estos últimos con el famosísimo San Bernardo a la cabeza, muchas cosas cambiaron para la masonería de aquella época.

—Me estás llevando más que bien —lo estimulé.

—Me alegro mucho —expresó contento—. Breve referencia ahora a la toma de Jerusalén bajo la Primera Cruzada, un dato que te ayudará a entender la historia de los templarios que tanto tuvieron que ver con

todo esto. Esa conquista ocurrió casi dos décadas antes de la aparición de los templarios —aclaró para ubicarme en la época—. El 14 de julio de 1099 los cruzados finalmente reconquistaron Jerusalén.

—¿Dijiste 14 de julio? —lo interrumpí—. Perdoname que derive un poco… ¿No coincide esa fecha con la de la Revolución Francesa?

—¡Qué bueno que lo hayas advertido! ¿Coincidencia? —con amplia sonrisa dejó su comentario inconcluso—. Pero esa no es una coincidencia "sagrada" —afirmó sin explicar el calificativo que había empleado—. ¿Qué otra fecha famosa recordamos en la actualidad? —decidió continuar con el juego.

—Supongo que el 4 de julio, el día de la independencia americana —arriesgué—. ¿Esta otra también coincide con algún hecho?

—"Coincide" con otra jornada más que trascendente para los cruzados en Tierra Santa. Es la fecha de la derrota en la batalla de Los Cuernos de Hattin, ¡el 4 de julio de 1187!, que determinó la inmediata pérdida de Jerusalén.

—¡Qué locura! Hasta pueden haber sido elegidas adrede, a posteriori, para fechar sucesos significativos —especulé—. La conquista y la pérdida de Jerusalén.

No me respondió. Se limitó a mirarme fijamente a los ojos, con aquella sonrisa tan misteriosa que no podía significar otra cosa que complicidad y secretismo. Decidió seguir sin más explicaciones contándome sobre la Regla de los templarios y cómo adquirieron y acrecentaron su poderío, tanto político como económico. Y lo que había anunciado, el gran cambio que instauraron los templarios y que, en muchas facetas, persistía hasta nuestros días.

—Ahora viene lo mejor. La misteriosa asociación entre templarios, San Bernardo y los masones. Podría titularse "El complot de Champagne".

—Pará, pará. Antes de que sigas quiero preguntarte algo que me intriga…

—Adelante —dijo amablemente.

—¿Cómo era la relación durante la Edad Media de los masones con Dios?

—Dios… Voy a tratar de satisfacer tus obsesiones, una a una —

bromeó riendo—. Lo que estás queriendo saber es importantísimo para entender la evolución de las creencias masónicas. Un hecho crucial relacionado con tu inquietud, sucedido en el siglo XII, produjo un estrepitoso cimbronazo en sus creencias.

—Me interesa. Parece que ahora viene un gran secreto…

—Al principio, me refiero a los tiempos previos a las Cruzadas, los aspirantes a masones debían cumplir un requisito excluyente. Debían jurar su fe en el Dios de los católicos. El gran cambio sucedió a partir del contacto de los masones con los templarios, o al menos luego de las Cruzadas. A partir de entonces desaparece esa exigencia, cualquier dios y cualquier religión fueron aceptados.

—¿Hay pruebas de que eso sucedió entonces?

—Así lo creo, o por lo menos pruebas indirectas. A partir del vínculo con los templarios la masonería comenzó a incluir en sus obras elementos que hasta poco antes habrían sido considerados blasfemos o heréticos. Algo así como "tolerancia religiosa" a partir de la relación de los templarios con musulmanes y judíos en Tierra Santa.

Me llamó la atención el concepto que yo vinculaba con la modernidad, derivado del diálogo interreligioso.

—¿Y San Bernardo? ¿Qué papel jugó?

—¡Fue el gran promotor de los templarios! —exclamó—. Y, por los resultados, también debió fomentar la unión con los masones y el desarrollo del arte gótico, ¡gárgolas incluidas! Aquellas catedrales siguen reflejando la imagen que Bernardo tenía de Dios: "Dios es longitud, anchura, altura y profundidad". Dios era el Gran Arquitecto del Universo, creencia que coincidía con la Geometría Sagrada de los masones.

—¿Y la palabra gótico?

—Habitualmente se esgrime que deriva de godo pero, según parece, nada más alejado de la realidad. Los godos jamás construyeron nada ni siquiera parecido. El arte gótico es más bien una expresión de la alquimia y la ciencia hermética. Es en el maremágnum de lo hermético donde habría que buscar el origen del término. Por ejemplo, gótico es semejante a goético, que significa mágico. En cambio para Fulcanelli, una de las mayores autoridades en

hermetismo, se trata de una deformación ortográfica de la palabra argótico. Obras de arth goth o argot. Si recordás, se llama también argot a la lengua que utilizan quienes desean comunicarse sin ser comprendidos por el resto.

—¿Cómo es eso?

—Se trata de una especie de Cábala hablada y su nombre provenía de la nave *Argos* en la que viajaban los argonautas en busca del Vellocino de Oro. Una palabra de raíz totalmente hermética y que coincide con lo que expresaban sus construcciones.

—Querés decir entonces que el arte gótico expresa sus conocimientos tomados del paganismo, la alquimia y la simbología…

—Así es, conocimientos profundos sobre el funcionamiento de la naturaleza y la llamada geometría sagrada: los efectos que producían los equinoccios y solsticios, los puntos cardinales, los diseños de construcciones en forma de cruz, la necesidad de asentarlas sobre las venas energéticas, o vórtices, de la Tierra, los secretos de las piedras angulares y tantas otras cosas… Todo un arsenal de secretos aplicados a sus construcciones.

No quise preguntar, aunque no tenía ni la menor idea de qué eran las “venas energéticas” de la Tierra.

—A todo ese bagaje de información se sumaba la posesión del mayor de los secretos: la Piedra Filosofal —continuó sin pausa.

—Un nombre que vulgarmente se usa mucho y seguramente con muchísimos sentidos —comenté—. Te confieso que desconozco su significado exacto.

—Yo también —rió—. Supongo que para saberlo exactamente tendría que ser alquimista y, como sabrás, estoy a años luz de eso —la broma sirvió para distendernos un poco—. He leído muchas teorías al respecto, y tal vez no sea otra cosa que la ubicación estratégica de una piedra simbólica de lo sagrado sobre un santuario pagano, esos que culturas más antiguas habían localizado como puntos energéticos de la Tierra. ¿Quién sabe? Aunque también circulan algunas versiones muchísimo más escabrosas sobre el tema…

—¿Como cuáles? —de nuevo había utilizado esa palabra que tanta angustia me producía.

—Una de las más conocidas es la del Puente de Londres —insinuó creando uno de sus típicos espacios de suspenso.

—¿Qué pasó con el famoso puente?

Guillermo sonrió mientras bebía su vino. Tenía plena conciencia del efecto que me causaban sus silencios.

—Inicialmente construido en madera, fue destruido en 1176 por las fuerzas de la naturaleza. Para ubicarnos en la época, casi cincuenta años después de la aceptación de la Orden de los Templarios… Decidieron reconstruirlo, masones mediante. Lo terminaron en 1209. El nuevo puente, ahora de piedra, logró sobrevivir hasta 1832. Seiscientos treinta y dos años. Y esta vez no fueron las fuerzas de la naturaleza las que lo destruyeron. Terminaron demoliéndolo porque ya no permitía el paso de naves cada vez de mayor calado a partir de la Revolución Industrial de 1769.

—¿Y lo escabroso?

—¡Esperá! —tomó un papel de entre tantos otros después de una breve búsqueda—. El secreto lo podemos encontrar en una canción popular de aquella época:

Construidlo con una piedra tan fuerte,
bailando sobre la dama de la pradera,
pues así durará varios siglos,
junto con una bella dama.

—¿Bella dama?

—Allí parece residir el secreto. Los rumores que circulaban en aquel tiempo, y que dieron origen a la canción, decían que los masones habían emparedado viva a una joven virgen en una de las columnas de piedra del puente.

—¡Qué ritual tan macabro! ¿Para qué?

—Como sacrificio humano para aplacar la ira de Dios e inducirlo a que protegiera el puente de tormentas o inundaciones. Una creencia que al parecer venía de la antigüedad.

—¿Sacrificios humanos para lograr la protección de Dios? Eso estaba muy lejos de la Iglesia…

—Ya te lo mencioné. Décadas antes había comenzado una gran

desviación en las creencias. En rigor, en búsqueda de antecedentes habría que remontarse a tiempos muchísimo más remotos. Las tradiciones esotéricas, y por supuesto la masonería, llevan todo muy atrás. Sacrificios a los dioses… ¿Te acordás de la historia de Abraham y el inacabado sacrificio de Isaac? Aunque todas estas creencias se remontan a una historia todavía más antigua y mejor conocida, la de Caín y Abel.

—¿Esa historia…?

—Te guste o no verás que, de acuerdo a cómo se la interprete, de allí surgieron las dos grandes divisiones del conocimiento esotérico. Te anticipo que se trata de otra historia a incluir en ese rubro que podría llamarse “secretos de los muertos”. Es increíble que hasta la concepción y la imagen de Dios puedan invertirse de acuerdo a la interpretación de aquella particular historia.

—¡Quiero conocer esa historia, ahora! —lo conminé riendo.

—Como quieras, aunque quizá el relato no te siente bien.

19

—Nosotros conocemos la historia narrada en Génesis, pero textos muy antiguos del judaísmo cuentan una historia muy diferente sobre Caín y Abel. Algunas sociedades secretas se basan en esa otra interpretación y terminan adorando a Lucifer.

—¡Uouu!

—Esas tradiciones afirman que en los orígenes de la Creación existían dos dioses que se repartieron el universo. Uno de ellos era el tan conocido por nosotros Adonai. Según esas versiones era el amo de la materia y de la Tierra. El otro era Iblis, a quien también se le han asignado nombres como Samael, Lucifer y Baphomet, amo del espíritu y del fuego. Se dice que Adonai creó al hombre del barro y después lo animó. Afirman que fue en ese momento cuando Iblis y otros dioses secundarios, los Elohim, se opusieron a que el hombre no fuera otra cosa que un esclavo de Adonai y que, por esa razón, decidieron darle inteligencia y capacidad de comprensión.

—¡Qué gran lío! —exclamé.

—Y hay mucho más, complicándolo todo —auguró—. Iblis tenía una hermana, Lilith, que se convirtió en amante de Adán. Fue ella quien le enseñó el misterio del pensamiento. Mientras tanto, Iblis seducía a Eva y la preñaba del futuro Caín.

—¡Ah, bueno! ¡Lo que faltaba!

—De tal manera que Caín nació de la unión de Iblis y Eva, mientras que Abel, como bien sabemos, de Eva con Adán. Es por esta razón que Adán parece haber sentido odio y desprecio por Caín, quien no era su hijo verdadero. ¿Estamos más o menos hasta aquí?

—Sí y no —expresé haciéndolo reír.

—Cuentan que un día, ya expulsados del Edén, Caín que dedicaba su esfuerzo e inventiva a mejorar las condiciones de vida de la familia, cansado además de tanta injusticia e ingratitud, se rebeló y mató a su

hermano Abel. Según otra versión, los orígenes de Caín y Abel eran los mismos que en la anterior, pero en esta Adonai les exigía sacrificios. Abel, que era pastor, le ofrendaba animales.

—Ritos de sangre… —opiné.

—Caín, que era agricultor, le ofrecía los productos de su trabajo.

—¿Granos?

—Quizás. Aparentemente las ofrendas de Caín no agradaban a Adonai, tal vez porque era hijo de Iblis —arriesgó—. Y en este punto vuelven a juntarse ambas versiones. Un día, cansado de no agradar, Caín decidió hacer un verdadero sacrificio de sangre con su medio hermano Abel.

—¡Qué loco! Lo que no entiendo es en qué cambian las posiciones para los que creen en estas versiones y no en la que conocemos nosotros.

—¡En todo! Te advierto que cuando leí en Génesis que a Caín lo destierran y luego tiene descendientes, no pude seguir leyendo.

—¿Por qué?

—En principio porque el mismo Génesis afirma que ellos eran los únicos seres humanos. ¿Con quién fue que tuvo descendencia entonces?

—Ja, ja. Tal vez omitieron decir que luego crearon más seres.

—Quizá. Pero pasemos a lo que sucedió bastante tiempo después. Hiram Abiff fue el grandioso constructor del Templo de Salomón y a quien la masonería toma como modelo. Tanto que aun en la actualidad algunos ritos masónicos de iniciación se basan en su persona y en su historia.

—¿Entonces?

—Las tradiciones masónicas afirman que Caín y un descendiente suyo, Tubal Caín, se le aparecieron al mismísimo Hiram Abiff para hacerle algunas revelaciones. Caín le narró su injusta historia. Le contó que sus hijos, que descendían de Iblis y los Elohim, desde entonces se habían esforzado por mejorar la evolución de los hombres. Adonai, celoso, intentó hacer desaparecer la raza humana con el diluvio. Pero la salvó Noé, quien había sido advertido por “los hijos del fuego”. A Hiram Abiff luego se le apareció Tubal Caín, considerado

el primer forjador de metales, y le anticipó que Balkis, la reina de Saba, le estaría destinada para la eternidad.

—Tal vez de ahí el conflicto por esa mujer entre Salomón e Hiram Abiff —convine—. O sea que la masonería toma como modelo al arquitecto y a la descendencia de Caín…

—Así es.

—Pero en sus dos variantes, los luciferinos y los luciferianos. Creen que en realidad Lucifer es el dios bueno y que todo ha sido trastocado por el dios del mal, el del Antiguo Testamento, Adonai, ese en el que creemos por nuestra educación judeo-cristiana.

—¿Y la diferencia entre esas dos variantes que mencionaste?

—Tal vez me esté adelantando, pero bueno… Los luciferinos consideran a Lucifer un ángel, el ángel divino que "porta la Luz", pero nacido secundariamente en el orden de la Creación. Aparentemente a esta creencia responden algunos grados de ritos masónicos y órdenes como los rosacruces y templarios. Los luciferianos en cambio creen en dos fuerzas iguales, antagónicas, enfrentadas desde el principio de los tiempos. Y consideran que Lucifer es una de ellas desde el mismísimo principio, pero en este caso el verdadero dios. Creen en esto los Illuminati y otras sociedades como las de OTO y Thelema.

—¿Y hay registros de que los Illuminati tuvieran realmente estas creencias?

—Sí, hay distintas fuentes. Tal vez la más contundente sea la afirmación hecha por Albert Pike.

—¿Quién era ese?

—Un general del ejército confederado en la Guerra de Secesión. Pike fue encarcelado después de la guerra hasta que el presidente Andrew Johnson, también masón, lo indultó en 1866. De modo llamativo inmediatamente después, al año siguiente, Johnson fue ascendido al Grado 32 en el rito en el que Pike era el Gran Maestre. A la muerte de Pike el presidente le erigió una estatua en Washington, la única que hay allí de un general confederado.Cuando Pike escribió lo que voy a leerte —dijo mientras buscaba el papel correspondiente— era el mayor dirigente masónico del Rito Escocés en los Estados Unidos. Su libro, *Morals and Dogma of the Ancient and Accepted Scottish*

Rite of Freemasonry, es uno de los tratados masónicos más célebres.

—Leeme lo que dijo Pike.

—Lo escribió en 1889 en un documento titulado "Asociación del Demonio y de los Iluminados": "A vosotros, Instructores Soberanos del Grado 33, os decimos. Tenéis que repetir a los hermanos de grados inferiores que veneramos a un solo Dios, al que oramos sin superstición. Solo nosotros, los iniciados del Grado Supremo, debemos conservar la verdadera religión masónica, preservando pura la doctrina de Lucifer".

—¡Ah, bueno! —exclamé—. ¿Y se enteraban de eso solo los que llegaban al Grado 33? ¿Los otros no? Menuda sorpresa para ellos también, me refiero a los que alcanzaban ese grado.

—Por cierto. Solo a los grados de iniciación más altos, quizá recién al Grado 33, al que muy pocos llegan —aclaró—, se les revela que es Lucifer el dios al que venera la masonería.

—¿Y entonces? —cuestioné francamente alterado—. ¿Cuáles son las consecuencias prácticas de semejantes creencias?

—¡Qué buena pregunta!, pero lamentablemente no te la puedo contestar. Habría que preguntarle a alguno de ellos…

Ya eran las cinco y media de la tarde cuando hicimos una pausa. De una caja de madera que contenía algunas variedades exóticas escogí un té elaborado con mezcla de cuatro frutos rojos.

—Hace poco leí una novela cuyos protagonistas son los Illuminati —recordé—. Afirma que surgieron de un grupo de científicos y artistas de principios del siglo XVII que trataban de romper con los dogmas de la Iglesia.

—¿*Ángeles y demonios*? —me interrumpió.

—Sí, del famosísimo Dan Brown. ¡Excelente novelista!

—Entretenida, pero no es más que una novela. No hay un solo estudioso del tema, por lo menos de lo que he leído, que no es poco, que coincida con sus hipótesis.

—Vayamos entonces al verdadero surgimiento de los Illuminati —le sugerí.

—Todo comenzó una de esas fechas que con el tiempo han

terminado siendo emblemáticas. Sucedió nada menos que el 1º de mayo de 1776, dos meses antes de la Declaración de Independencia norteamericana. Durante la noche del 30 de abril al 1º de mayo se festejaba la conocida y tenebrosa noche de Walpurgis. Se trataba de una antigua fiesta celta que celebraba el fin del invierno. En medio de los bosques y al abrigo y resplandor de las hogueras, se desencadenaban el desenfreno, las pasiones libertinas y los conjuros y rituales de hechicería. Seguramente por algo eligieron aquella noche tan especial para conjurarse los de aquella nueva secta, los Illuminati. Cada 1˚ de mayo, aniversario de la Internacional Socialista y el Día del Trabajo, festejamos hechos revolucionarios para un nuevo orden del mundo —sentenció—. El gran cerebro de todo fue un ex catedrático de Derecho Canónico de la Universidad jesuítica de Ingolstadt, un tal Adam Weishaupt. Ese día fundó la sociedad secreta que posiblemente más ha influido en los acontecimientos mundiales de los últimos siglos.

—¿Y sus compinches?

—Tuvo la inteligentísima sagacidad de escoger a algunas de las mentes más brillantes de la época. Los organizó de forma piramidal, a semejanza de la recientemente abolida orden de los jesuitas, con obediencia ciega a los mandos, y los envió a infiltrarse en las logias masónicas por toda Europa. El objetivo de aquella secta era muy poco ambicioso —estaba ironizando—: ¡conquistar el mundo! Controlarlo todo hasta imponer un Gobierno Único Mundial presidido por uno de sus entrañas, un adorador de Lucifer. Buscaban, lo habrás escuchado en más de una oportunidad, un Nuevo Orden Mundial.

—¡Uouu! —exclamé—. Lo que te pido es que vayas más despacio. Hasta aquí, desarrollando otros temas, fuiste de a poco. Y ahora, con lo que más me interesa, te despachás de golpe comenzando por conclusiones que me erizan la piel. Vas a tener que ir más despacio… Vayamos al principio —le propuse—. ¿De dónde salió semejante personaje?

—Tenés razón. Las emociones son difíciles de controlar. Comenzaré entonces con un detalle sobre su nombre. Adam, como el primer hombre de la Biblia, Adán. O como Adam Cadmon del que habla

posteriormente la teosofía de Blavatsky. Y su apellido, Weishaupt, que en alemán quiere decir algo así como "sabia cabeza", aunque otros lo asocian con "weis", saber; y "haupt": líder o capitán. Era hijo de George Weishaupt, también catedrático de la misma universidad, en las materias Instituciones Imperiales y Derecho Penal. Provenían de una familia de judíos conversos, por aquellos tiempos un mecanismo muy usual ante la necesidad de supervivencia. Como quedó huérfano a los cinco años, se hizo cargo del chico su abuelo, el barón Johan Adam Ickstatt, también convertido al cristianismo. Hicieron ingresar a Adam al colegio de los jesuitas, y luego a la Facultad de Derecho de la misma universidad. Siempre se destacó por su enorme memoria e inteligencia. Era una especie de superdotado. Desde muy joven se interesó por la masonería. En un viaje a París conoció a Maximilian Robespierre y a un extraño personaje de apellido Kolmer que había tratado de crear una sociedad secreta mezclando conocimientos egipcios con fundamentaciones maniqueas.

—¡Qué mezcla!

—Viste… Ese tal Kolmer inició a Weishaupt en los llamados Misterios de los Sabios de Memphis. Cuando los jesuitas descubrieron semejantes actividades de uno de sus docentes, lo expulsaron. Para entonces ya era catedrático después de haber sido profesor titular, ¡a los veinticinco años!

—¿Cómo reaccionó Weishaupt?

—Con odio. Desde ese momento comenzó a odiar a los jesuitas mientras deambulaba por el deísmo, el maniqueísmo, el dualismo y el panteísmo.

—Una mente brillante, precoz pero al mismo tiempo tóxica.

—Cierto. Fue un verdadero genio —confirmó—. Tan brillante como peligrosa su ambición. Nada menos que poner en marcha una conspiración para lograr el control del mundo. Perdón por la obviedad, pero para lograr su objetivo era imprescindible derrocar el altar y el trono, la Iglesia y las monarquías, para conducir a la humanidad a una era de paz y prosperidad jamás vista.

—El objetivo no parece nada desdeñable.

—Tenés razón, pero ya verás que lo verdaderamente tenebroso eran

los medios para lograrlo.

—¿Y los jesuitas? ¿Qué hicieron cuando descubrieron su proyecto?

—Nada…

—¿Cómo que nada?

—Para entonces eran inoperantes. Después de que los expulsaran de España, Portugal y otros países en 1767, finalmente fueron disueltos por Clemente XIV en 1773. Inexistentes, o mejor dicho como dije antes, inoperantes, hasta 1814 cuando fueron restaurados. Lo cierto es que aquella disolución temporaria favoreció al joven Weishaupt. Formó una cúpula de mando reducidísima, el Areópago, algo así como "reunión de personas sabias y competentes" —precisó aunque sin darme aún los nombres—. Inicialmente no se llamaron Illuminati sino la Orden de los Perfectibilistas. Solo con el tiempo pasaron a llamarse los Iluminados de Baviera o simplemente Illuminati. Lo de Iluminados viene de la veneración a quien consideraban el verdadero portador de la luz, ¡Lucifer!

—¡Uouu!

—Con una filosofía marcadamente anticlerical y pretendiendo derrocar a los gobiernos establecidos se propusieron, como lo habían logrado los jesuitas, infiltrar una sociedad secreta dentro de otra sociedad secreta. A los Illuminati dentro de la masonería. Tal vez te resulte interesante que te lea su objetivo.

—¡Claro! —respondí mientras Guillermo buscaba la hoja correspondiente en una carpeta.

—Aquí está. Te leo: "Establecer un régimen de dominación universal, una forma de gobierno que se extienda por todo el planeta. Para ello es preciso reunir una legión de hombres infatigables en torno a las potencias de la Tierra, para que extiendan por todas partes su labor, siguiendo el plan de la orden".

—¡Impresionante! ¿Tendremos hoy aquí en Argentina a alguno o algunos de ellos?

—Casi con seguridad. ¿Por qué no? Pero si te impresionó lo que te acabo de leer, sus principios son también más que conmovedores. Te voy a leer los cinco propósitos revolucionarios de la Orden: "1º La abolición de la monarquía o cualquier otra forma de gobierno. 2º La

abolición de la propiedad privada y los derechos sucesorios. 3º La abolición del patriotismo y el nacionalismo. 4º La abolición de la familia y de la institución del matrimonio, estableciendo un sistema en comuna para la educación de los niños. 5º La abolición de las religiones".

—¡No se andaban con chiquitas! Parecido a lo que se hizo después de la Revolución Cubana.

—Muy similar —coincidió—. Pero ahora escuchá esto: "Los reyes son padres. El poder paterno cesa cuando cesa la incapacidad del hijo, y el padre ofendería al hijo si pretendiera retener su derecho más allá de dicho período. Cuando una nación madura, su permanencia en la guardería acaba".

—Un extraordinario argumento para incitar a la revolución. ¿Quién quiere seguir sintiéndose tratado como un hijo dominado de por vida? Pero Weishaupt no actuaba solo. Me debés los nombres de sus laderos, los que formaban el Areópago.

—No se conoce demasiado sobre cómo y cuándo fueron ingresando, pero sí se sabe el nombre de algunos de los más significativos. No dudo de que la mayoría de ellos te sorprenderán… El filósofo Moisés Mendelssohn, el escritor Johan Goethe y… Meyer Amschel Rothschild.

—¡Rothschild!

—Pero necesitaban seguidores. Necesitaban a alguien influyente dentro de la masonería para que los ayudara a difundir su plan y para la captación de adeptos masones.

—¿Quién? —intercalé ansioso.

—El barón Adolf von Knigge, un masón del más alto grado. El plan para el adoctrinamiento de masas y la revolución social de Weishaupt lo convenció. Von Knigge introdujo a Weishaupt en la logia de Munich en 1777 y también colaboró en su velocísimo crecimiento. De ese modo cinco gatos locos, tras infiltrar el poder, al poco tiempo ya tenían nobles entre sus filas, incluidos príncipes como Ferdinand de Brunswick y Karl de Hesse. Un buenísimo plan, ¿no? Aunque lo cierto es que cuando lograron expandirse la mayoría de los nuevos iluminados ignoraba los fines revolucionarios, excepto un grupo de elegidos.

—¿Cómo conseguían mantener el control sobre los adeptos subalternos?

—¡Excelente pregunta! Mirá esto —y volvió a leer después de buscar—: "Cada adepto debe llevar un diario donde anotará las particularidades concernientes a las personas con las cuales se relaciona. Hemos colocado a miembros de la Orden en cuatro cátedras eclesiásticas".

—Como la inteligencia de un servicio secreto…

—Exacto. Solo a través del control de lo que se enseña se puede hacer perdurar una ideología.

—¿Y los otros personajes?

—El filósofo Mendelssohn, según muchos estudiosos, era el otro gran genio de aquel tan selecto grupo. Por aquel entonces el judaísmo tenía sus propios problemas internos. Se debatía entre la aceptación o no de un movimiento llamado Haskaláh del que Mendelssohn era uno de los máximos exponentes dentro de la Sinagoga. Los ortodoxos combatían a ese movimiento.

—¿Y esa palabra qué significa? —lo interrumpí.

—Tiene varias acepciones: cultura, civilización, inteligencia, ilustración. El movimiento promovía la educación de los niños en asignaturas profanas, como dominar la lengua del país en que residían, pero sin dejar de estimular el estudio del hebreo. Se trataba de un movimiento de modernización, integrador, más abierto.

—¿Y a Goethe qué le pidieron?

—No se sabe, pero de cualquier manera algo podemos intuir si nos basamos en su obra. Inmortalizó tanto la noche de Walpurgis como la entrega del alma al diablo a cambio de poder terrenal. Me ha sorprendido mucho que, según dicen, en su lecho de muerte no dejaba de gritar: "¡Luz! ¡Más Luz!". Y otra cosa. En una oportunidad dijo que sus escritos no eran más que "fragmentos de una gran confesión". ¿Seguimos o preferís que paremos aquí?

—¡Ni sueñes con parar!

20

—Todos usaban seudónimos —continuó—. Weishaupt eligió uno muy particular, Spartacus. En honor al famoso Espartaco. ¿Te acordás?

—De la película —le aclaré—. Fue quien dirigió la revuelta de esclavos que casi logró imponerse sobre el poder imperial romano.

—El del Barón von Knigge era Filón, en honor al filósofo alejandrino contemporáneo a Jesús. El de Goethe, Abaris, y el de Mendelssohn, Longinos. Otro de los que casi seguro formó parte del Areópago, ya que estuvo con ellos desde el comienzo, fue el barón Xavier von Zwack. Su seudónimo fue Catón. Estoy casi seguro de que se denominaba así a los de una secta que se dedicó durante siglos a custodiar en secrecía la Vera Crocce, la cruz de Jesucristo. Este Von Zwack escribió de puño y letra: "Por recomendación de los Fratres, Pylade se ha convertido en el tesorero del Consejo eclesiástico, por cuyo medio la Orden tiene a su disposición las rentas de la Iglesia". La estrategia de infiltración Illuminati debía suceder en todos los órdenes, y uno de los totalmente imprescindibles era el económico. Control, corrupción y, si era necesario, robo o apropiación. Las palabras del barón prueban que, por gestión de los Illuminati, habían logrado transferir al Consejo las rentas de los jesuitas en Baviera.

—La famosa "caja" de los gobernantes de turno.

—Nada nuevo bajo el sol. Se conserva una carta de Weishaupt en la que justifica la hipocresía que promovían: "La franqueza es virtud solo cuando se manifiesta con superiores jerárquicos". En esa carta Weishaupt menciona al grupo areopagita: Confucio, Raimundo Lulio —¿te acordás de aquel místico, Raimundo Llul, que llegando al 1300 proponía la unión de las órdenes de templarios y hospitalarios? —acotó al margen sin esperar mi respuesta—, Escipión, Alcibíades y Solón.

—Parece que el fin justificaba los medios…

—Weishaupt no se oponía ni al crimen ni al homicidio. Te cuento algo más que te va a interesar… Los Illuminati decidieron utilizar el sexo a gran escala. Aunque no de manera explícita, pero lo alentaban: "Es únicamente pecado lo que nos perjudica, pero si el provecho es mayor que el daño, se convierte en virtud".

—Mirá vos que sofisma más interesante.

—Inteligentes como eran, ¿qué te parece que crearon como brazo político asistente? Pensá en un recurso efectivo —intentó orientarme.

—Supongo que alguna organización paramilitar, tipo los camisas negras de Mussolini o los camisas pardas de Hitler —arriesgué.

—Buen intento. Eso hicieron después, en la Revolución Francesa con Los Forajidos. No, algo muchísimo más astuto, vinculado con la debilidad del hombre y relacionado con lo que te mencioné recién…

—¡Ah! ¡Ya sé! ¡Las mujeres!

—¿Viste? Con la pregunta adecuada y sin demasiadas elucubraciones cualquiera puede llegar a las mismas conclusiones que el genial Weishaupt —bromeó—. Lo cierto es que fueron tremendamente innovadores. Crearon una Orden Femenina con dos ramas. Ninguna conocía de la existencia de la otra rama, ambas ignoraban que estaban dirigidas por la orden masculina.

—¿Y por qué dos ramas?

—Porque los objetivos eran dos. Por un lado procurar dinero para la Orden y por el otro acceder a secretos. Si las víctimas eran formales y recatados, les enviaban gente del grupo de mujeres virtuosas, pero si eran propensos a la lujuria, los abordaban mujeres de vida fácil.

—No hay secreto que no se pueda desbloquear en la cama. ¡Brillante el joven Weishaupt!

—¡Brillante es poco! Fue así como La Orden Femenina, concediendo sus "favores", permitió el control de sus "clientes". Amenazas de escándalo y chantaje, revelación de secretos, soborno, tráfico de influencias y, por supuesto, dinero para la Orden.

—¡Qué nenes! ¡Suerte que nosotros no caímos en la redada!

—Lo cierto es que la Orden duró poco en los papeles oficiales. Cuando los soberanos tomaron conciencia del peligro de la conjura Illuminati, se los comenzó a perseguir a partir de 1783. La Orden fue

suprimida el 22 de junio de 1784 por edicto del duque Karl Theodor, elector de Baviera. Algunos dan otra fecha para la supresión de la Orden, el 2 de mayo de 1785, aunque también afirman que ya para entonces Weishaupt había sido desterrado a Ratisbona.

—O sea que ahí, en una u otra fecha, terminó todo.

—Te equivocás. Poco más tarde, la noche del 10 de julio de 1785, el hado le jugó una malísima pasada al abad Lanz, que era un correo de Weishaupt. ¡Cayó fulminado por un rayo!

—¿Entonces?

—Fue trasladado a una capilla en las cercanías donde le encontraron papeles que comprometían a los Illuminati con los procesos revolucionarios.

—A ver, ¿cómo fue eso?

—En 1785, después de la ya comentada disolución, en Nueva York se creó la Logia Colombia de la Orden de los Illuminati. Algunas logias actuales derivan de aquella de Nueva York.

—¿Cuáles?

—Skull and Bones, a la que pertenecen los Bush, y la Grand Lodge Rockefeller. Fijate lo que pasó con el símbolo de los Illuminati, la pirámide truncada, que se relaciona con el Gran Sello de los Estados Unidos y con el dólar, lo mismo que el Ojo Que Todo Lo Ve dentro de la pirámide, otro de los símbolos iniciales de los Illuminati.

—Vuelvo atrás porque mencionaste a un Rothschild y no me contaste nada sobre él. ¿Tiene alguna relación con los famosos banqueros?

—Inteligente como era, Weishaupt se dio cuenta desde el principio de que necesitaban apoyo económico y conocimiento sobre cómo manejar las finanzas. ¿Y qué mejor que un banquero? Meyer Amschel Rothschild lo era. En 1786, después de haber sido abolida la Orden, aparentemente algunos Illuminati se reunieron en la casa del banquero en Frankfurt. Según diversos expertos, en aquella reunión se diseñaron los preparativos para la Revolución Francesa. Dicen que allí se acordó el proceso de agitación prerrevolucionaria, el juicio público de ejecución de Luis XVI y la creación de la Guardia Republicana para proteger al nuevo régimen. También se diseñó el plan para diseminar

la revolución por el resto de los países europeos. Todo indica que los cinco hijos varones de Amschel también fueron Illuminati. Los enviaron a ciudades diferentes. Amschel hijo permaneció en Frankfurt, Karl fue a Nápoles, Nathan a Londres y Salomón a París. James sustituyó a su hermano en París cuando Salomón instaló una sucursal del banco en Viena. Años más tarde apoyaron tanto a Napoleón como a Wellington, pero fue Waterloo lo que finalmente catapultó a la cima económica a aquella familia.

—¿Cómo fue?

—A diferencia de lo que sucede hoy con la información a la que podemos acceder en tiempo real, por aquel entonces poseer información antes que nadie significaba enormes ventajas y beneficios. Imaginate: Waterloo acaba de finalizar. Los oficiales de Wellington, desde distantes puntos del campo de batalla, se reúnen para hacer una evaluación conjunta antes de redactar el parte y enviar emisarios con el resultado oficial de la batalla. Seguramente brindis y abrazos, comentarios y poco apuro.

—Lo puedo imaginar perfectamente. ¿Y qué hicieron los Rothschild?

—Sus propios emisarios llegaron a Londres con la información antes que nadie. Entonces los operadores de los Rothschild comenzaron a vender acciones y bonos británicos English Stock Market. El resto, conociendo el sistema organizado por los Rothschild para obtener información, supuso que Napoleón había ganado y comenzaron las ventas masivas de los títulos. Los valores se derrumbaron hasta tocar precios irrisoriamente bajos. Fue entonces cuando Nathan Rothschild, a través de operadores desconocidos, volvió a comprar todo por escasas monedas.

—¡Qué jugada!

—¡Brillante! Fue insultado hasta en las primeras planas de los periódicos, pero, como pasa siempre, el tiempo todo lo sana. Además, los poderosos siempre necesitan de los banqueros. Por su parte los banqueros exigían cierta cuota de poder a cambio de prestarles dinero a las coronas, con lo que accedían a títulos nobiliarios o a controlar negocios o tierras públicas cuando no podían pagarles. Así se generaba

una nueva categoría de cortesanos. ¿Un simple ejemplo?

—Adelante.

—En 1823 Salomón Rothschild le prestó cuatrocientos millones de francos a Luis XVIII. Meses más tarde fue condecorado con la Legión de Honor. En Viena se convirtió en amigo personal del canciller Metternich y también llegó a prestarle dinero al mismísimo Vaticano.

Guillermo miró la hora y lo imité. Ya eran pasadas las seis y media.

—No sé si todo esto te ha servido de algo. En un rato vuelven mis hijos y deberíamos ir concluyendo.

—¿Me vas a decir que no vas a contarme cómo llegan los Illuminati hasta nuestros días?

—Si querés te anticipo brevemente cómo estaba planificado lo que iba a suceder en el siglo XX —anunció—. Nos queda media hora.

21

—Los Illuminati, desorientados tras el fracaso en Francia, primero con la Revolución y luego con el proyecto de un gobierno único con Napoleón, siguieron entre las brumas del anonimato, aunque se dedicaron a hacer un análisis crítico de sus errores. Tomaron conciencia de que uno de ellos había sido la insuficiente masa crítica para consolidar su proyecto y, otro, lo que en aquella época escaseaba, las comunicaciones para la propaganda. Encontraron una solución, tiempo después, en las enseñanzas filosóficas de Hegel, un admirador de la toma de La Bastilla, fecha que celebró toda su vida.

—¿Por qué en las ideas de Hegel? —pregunté sorprendido.

—La dialéctica hegeliana, un nuevo tipo de lógica, decía que para llegar a la síntesis debían existir tanto la tesis, en este caso un tipo concreto de sociedad, como la antítesis, un tipo contrario. Solo así se podían unir los opuestos, en un vínculo que no solo los abarcaba sino que los superaba a ambos.

—¡Eureka! —exclamé.

—Los inteligentísimos Illuminati comprendieron que, aunque controlaban el poder financiero, para corresponder a la teoría de Hegel les faltaba el modelo opuesto. Imaginaron a la tesis y la antítesis luchando y amenazándose y, finalmente, probablemente después de algunas generaciones, llegaron a un sistema híbrido que correspondiese a la síntesis especulativa, esa que los Illuminati anhelaban. Sucedería cuando la gente, harta de guerras y amenazas, reclamase paz y unión.

—Algo que se opusiese al modelo europeo…

—En efecto. Pero lo que no pudieron calcular fue que el desarrollo de semejante concepto implicaba tiempos mucho más largos que los que inicialmente había imaginado Weishaupt. Fue así como se abocaron a programar una nueva sociedad que respondiese a la

antítesis.

—¿Cómo? —pregunté aunque sospechaba que se trataba del comunismo.

—Hegel afirmaba que "el conflicto provoca el cambio y el conflicto planificado provocará el cambio planificado". Resultaba obvio entonces que para el diseño de la antítesis en la nueva sociedad solo debían promover los valores opuestos, invertidos. Si la tesis significaba gobiernos monárquicos, cristianos y adaptados al libre comercio y a las finanzas privadas, la antítesis sería gobierno del pueblo, ateísmo, y economía y finanzas en manos del Estado. Resultaba también obvio que en semejante sistema los individuos perderían la autodeterminación y sería el Estado el gran amo y patrón.

—¿Es cuando aparece Marx?

—Así es. Era otro de esos seres dotados de brillantez extrema. A los veinticinco años ya era profesor adjunto de Filosofía de la Universidad de Bonn. Y fue tal vez por su enorme inteligencia que fue "el escogido".

—¿Por quién?

—Por los Illuminati. Su padre era un judío converso al protestantismo, miembro de los Illuminati. Cuando a Karl, que era uno de los jóvenes hegelianos de izquierda, lo expulsan de su cátedra, el presidente de la Asociación Judaica para el Desarrollo de la Ciencia, Baruch Levi, le recomienda escapar esa misma noche. Se fue a París con lo puesto y una carta de Levi para Jacobo Rothschild. Cuentan que no solo lo recibió sino que le dio alojamiento en una hermosa residencia en avenida Mac Mahon.

—O sea que Marx también era Illuminati.

—Los hechos permiten suponerlo. Lo cierto es que, al año de estar en París, Prusia pidió su extradición al gobierno francés. El primer ministro francés, Guizot, quien de entrada había convalidado la extradición, cambió de opinión por influencia de los Rothschild y solo lo expulsó del territorio de Francia.

—¿Qué hizo entonces?

—Se fue a Londres, donde otro de los Rothschild, Lionel, lo recibió y le dio las llaves de una residencia en Greenwich Park. También lo

conectó con Engels, con quien organizaron las "jornadas revolucionarias" en París, a las que tuvo que asistir ilegalmente. Habló dos horas en la conferencia de cierre sobre el tema "lucha de clases". Al finalizar, y en medio de estruendosos aplausos, lo apresaron.

—¿Fue a la cárcel?

—No, solamente lo devolvieron a Inglaterra.

—¿No es inverosímil que un banquero haya fomentado la obra de Marx?

—Si no es por el lado de los Illuminati, considerando la similitud de objetivos, sería casi imposible de comprender. Fue así que poco tiempo después de que se publicara *El capital* se fundó la Primera Internacional, la Asociación Internacional de Trabajadores. Pero para el enfrentamiento entre ambas posiciones, de tesis y antítesis, era imprescindible incorporar otro nuevo concepto, el de la guerra permanente, de la que se harían cargo los obreros. Y, para hacerla corta —dijo mirando nuevamente su reloj—, una vez que no tuvieron más rivales en Europa se pusieron como meta la conquista financiera de América. Recordá que allí había un grupo de Illuminati, los que habían escapado en 1785, y ya estaban bien organizados.

—¡Genios! —exclamé.

—Como resumen y resultado del accionar y planificación de los Illuminati, en los acontecimientos de casi todo el siglo XX han estado involucradas dos fuerzas. Por un lado un movimiento que favorece la concentración de capital, el capitalismo internacional, con los individuos de alguna manera desatados a sus fuerzas individualistas y, por otro, el movimiento comunista, donde el Estado todo lo gobierna y donde los únicos individuos que realmente se favorecen son los que manejan el régimen.

—Tesis y antítesis…

—Dos campos en franca oposición. Izquierda y derecha, capitalismo y comunismo, ambos tendiendo sus redes para el control mundial.

—Insinuaste que los sucesos ocurridos en el siglo XX fueron planificados… ¿Qué pruebas hay?

—La prueba apareció casi un siglo después de la desaparición de los Illuminati. Fue a fines del siglo XIX, varias décadas antes de que

ocurriesen —precisó—. Datado alrededor de 1890, se divulgó un escrito que describía cómo sucederían la Revolución Rusa y las dos guerras mundiales.

—¿En dónde? —seguía boquiabierto.

—En unos documentos conocidos como los Protocolos de los Sabios de Sión.

—Ahora que los mencionás, creo haber escuchado ese nombre alguna vez. ¿Y su origen?

—Más que dudoso. Lo más probable es que no hayan surgido del congreso judío, como tiempo después afirmaron los nazis. Parece que fue urdido por un allegado al zar de Rusia, algunos hablan de su jefe de policía, aparentemente para predisponerlo en contra de los judíos. A pesar de su oscuro origen, esos documentos tuvieron gran difusión en Europa décadas más tarde. Y en la Alemania de los comienzos del nazismo fueron fundamentales para alimentar la animosidad antisemita.

—Bueno, pero si eran falsos… ¿por qué darles importancia?

—Lo realmente importante no es quién lo escribió sino lo que allí estaba escrito. Todo estaba ahí, perfectamente detallado desde entonces. Prediciendo o programando con enorme exactitud lo que sucedería varias décadas más tarde. Diseñado por algún grupo, desconocido o no tanto. Delineando, en lo conceptual, un nuevo modelo o paradigma que luego ejecutaron. Haciendo realidad hechos trascendentes para la humanidad, de alguna manera inventando el futuro al mejor estilo Steve Jobs. Y si lo asociamos con lo que antes habían hecho los Illuminati…

—Contame algo de lo que decían esos “protocolos” —le rogué.

—Parece que fueron publicados por vez primera allá por 1903 en San Petersburgo, aunque todo indica que fueron escritos con anterioridad, posiblemente una década antes o quizá más. Primero circularon en algunos reductos, y se generalizaron después de 1920 cuando la Primera Guerra Mundial constató fehacientemente que sus profecías ya se estaban cumpliendo al pie de la letra —Guillermo extrajo unos papeles de uno de los estantes de la biblioteca—. Si realmente te interesa te puedo leer algunos puntos concretos de

aquellas “profecías”.

—Por favor…

—A ver… Comencemos por el orden religioso —decidió—: “Ataque a la religión cristiana hasta borrar el concepto de Dios de su mente… Inocular disidencias entre las religiones… Fomentar el ateísmo”.

—Creo que se trata de objetivos bastante bien cumplidos —acoté.

—¿Te interesan algunas consideraciones políticas del documento?

Guillermo sabía perfectamente que ni soñando me perdería aquello. Asentí, sonriendo, mientras me miraba por encima de sus lentes.

—“Usar todos los medios posibles de fuerza e hipocresía” —leía pausada y enfáticamente mientras se reacomodaba sus modernosos anteojos de lectura, llamativamente colorados—. “La política nada tiene que ver con la moral. La honestidad y la sinceridad resultan vicios en política.” “No hay que retroceder ante la corrupción, el engaño o la traición si sirven para el triunfo de la causa. Contra el enemigo no es inmoral valerse de todos los medios para vencerlo.”

Me parecía que lo que leía tenía mucho en común con lo que había esgrimido Weishaupt.

—¿Querés que pase a algunos vaticinios que se han cumplido? La Primera y la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, anunciando cómo sucederían y entre quiénes. “La desaparición de las casas reales y la eliminación de la importancia de la nobleza. La implantación del Comunismo, primero en Rusia y luego en media humanidad.”

—¿Tanto había impactado Marx? —intervine.

—Más de lo que podemos imaginarnos. Tal vez luego, u otro día, podamos hablar sobre Marx con mayor detalle. ¿Sigo? Las guerras económicas. El centralismo administrativo. La tendencia hacia el Gobierno Mundial. La eclosión de China y Japón como potencias de primer rango —bombardeaba información impidiéndome reflexionar sobre cada punto—. El encumbramiento de gobernantes ineptos. La instalación del terrorismo. El sufragio universal. La corrupción de la clase política. La falsificación de la Historia. La corrupción jurídica. La proliferación de magnicidios. El desprestigio de los líderes políticos.

Escuchar todo aquello no solo me producía angustia sino también una desagradable revuelta estomacal. Sin embargo, estaba

describiendo nuestra degradación moral.

—La generalización de las huelgas. La crisis financiera. ¿Te acordás de la de 1929? La lucha de clases. La carrera de armamentos. El aumento progresivo de la burocracia estatal. La desaparición progresiva de las monedas por cheques, tarjetas de crédito, etcétera. El auge del alcoholismo y la drogadicción…

—Bueno… ¡suficiente para mí! Me hace mucho mal escuchar un plan que deliberadamente buscaba erosionar, mejor dicho pudrir, las raíces de la humanidad. ¡Cuánta maldad!

—Otros dirían que estaban sentando las bases de un "nuevo mundo" —me aclaró con suspicacia—. Lo cierto es que las guerras mundiales fueron indudablemente promovidas. Todos afirman que el asesinato de Sarajevo, el que desencadenó la Primera Guerra Mundial, fue un complot, y algunos están convencidos de que se trató de un asesinato nada más ni nada menos que por encargo del legendario Trotsky.

—¿Trotsky? Pero Trotsky no era Illuminati, ¿o sí?

—Aunque muchos lo han aseverado, no lo puedo confirmar. No obstante, fue él el principal promotor de aquella estrategia ideada por los Illuminati, la Revolución Permanente. Los Illuminati, o sus sucesores, han estado en todos lados. Infiltrados en el poder. Tomando las decisiones que a ellos les convenían, por encima incluso de los intereses que representaban. Mirá si no lo que sucedió después de la Primera Guerra Mundial en el famoso Pacto de Versalles.

—Te confieso que no tengo ni idea.

—Fue el desencadenante de la Segunda Guerra, por lo menos desde el punto de vista de los alemanes. Alemania no había perdido por completo en la Primera Guerra. Muy por el contrario, hasta podría considerarse que por lo menos había empatado. Sin embargo, con la firma del tratado de paz de Versalles, no solo perdió Alsacia, Lorena y el corredor polaco, que lo comunicaba con Prusia Oriental, sino también todas sus colonias, que pasaron fundamentalmente a manos de Francia y Gran Bretaña.

—¿Cómo sucedió eso si, como decís, no habían terminado de perder en el campo de batalla?

—Se argumentó que Alemania había sido el agresor y que debía, y

le correspondía, redimirse. El resultado del Tratado no produjo otra cosa que gran indignación en el pueblo alemán. De alguna manera consideraron que fueron "vendidos" en aquella negociación. Algunos afirman que aquellos acuerdos fueron lo que necesitaba el grupo que estaba moviendo los hilos. Para sus objetivos futuros —aclaró insinuante—. Los Illuminati o quienes habían pergeñado los Protocolos de Sión… ¿Quién sabe si fue así? Pero alguien fue y de esa forma sucedió. Hubo, además, otras cláusulas del tratado humillantes para el pueblo alemán…

—¿Como cuáles?

—Restricción total de armamentos para la Armada y el Ejército. La ocupación de la orilla oriental del Rin por las fuerzas aliadas hasta terminar de retirarse, escalonadamente, según lo programado, recién en 1935. También la obligación del pueblo alemán de pagar reparaciones materiales a los otros países por ciento cuarenta mil millones de marcos. Otra cláusula los discriminaba y segregaba. Los dejaron fuera de la Sociedad de Naciones, esa organización que luego terminaría siendo lo que hoy conocemos como Naciones Unidas.

—¡Qué paliza les dieron! —comenté sorprendido—. Y, por lo que me contás, en una mesa de negociaciones. Es decir que alguien firmó el acuerdo en nombre de Alemania. A ver si estoy entendiendo. Lo que estás diciendo es que los hechos relevantes, incluso ese pacto, han sido decididos por algunas sociedades secretas para concretar sus fines.

—Así es, de otra manera resulta inexplicable mucho de lo que ha sucedido. Años más tarde, algunas sociedades secretas nutrieron mítica e ideológicamente al nazismo. Durante la Segunda Guerra hasta llegó a desencadenarse una guerra entre "magos blancos" y "magos negros".

—Creo que ya es demasiado… ¡Basta! —exclamé bromeando.

—Es lógico que te pongas así, querido amigo. Uno de los mayores obstáculos de la Sociedad de Thule, aquella que nutrió a los nazis, era un mago blanco llamado Rudolph Steiner. Si te interesa, en algún momento hablamos de eso.

Como no atiné a responder, continuó.

—Muchos hechos inexplicables de otra manera están relacionados

con hermandades pertenecientes a sociedades secretas. Como debe haber sucedido con aquel famoso vuelo de Rudolph Hess a las islas británicas, en mayo de 1941, en plena guerra. Un affaire tan extraño que no puede tener otra explicación que una reunión entre "hermanos". De diferentes logias y bandos, pero masones al fin…

—No comprendo. ¿No eran francos enemigos?

—Entre masones eso no tiene nada que ver —contestó sin pausa—. Códigos entre hermanos masones: aunque estén alineados en bandos enemigos, se respetan. De alguna manera saben que están emparentados por un mismo juramento y por similares creencias. Ya te he dado algunos ejemplos. Y, en este caso en particular, se trataba de una historia ocultista que manejaba, incluso, poderes sobrenaturales… Pero volvamos al eje central. Resumo porque ya es casi hora de concluir. Aparentemente, desde tan temprano como el siglo XVIII, se han trazado objetivos, como los de los Illuminati, con el ambicioso propósito final de dominar el mundo entero. Para lograrlo era imprescindible, como condición, terminar con el poder que detentaban la Iglesia y las monarquías. Para darle sustento a la agitación ideológica que pretendían, esgrimieron como señuelo principios humanistas, filantrópicos y democráticos. De esa manera captaron a personas influyentes, necesarias para la concreción de sus objetivos. Todo un plan.

Yo lo escuchaba en silencio, agobiado y angustiado. Y de algún modo, también contrariado. Aunque me hiciese mal escuchar todo aquello, necesitaba conocer la historia de las sociedades secretas, incluidos STRAPP y aquellos misteriosos Illuminati. Debía intentar comprender cómo había llegado al punto en que me encontraba y con quiénes me estaba enfrentando. No es otra cosa que una cuestión de paradigmas, pensé. "Paradigma", otra de esas extrañas palabras que recientemente estaba incorporando a mi vocabulario cotidiano.

—Aunque no falta demasiado para terminar de contarte lo que me pediste, siempre es bueno dejar algo para nuevos encuentros —comentó después de mirar su reloj.

—Ya me voy —le anticipé comprendiendo las razones que justificaban suspender el diálogo—, pero antes, aunque sea muy

brevemente, anticipame los nombres de quienes podrían estar sucediendo a los Illuminati.

—Te doy los títulos —convino como anticipo de una futura reunión —. La Trilateral Commission, el Council on Foreign Relations y el Club Bilderberg.

—¿Qué es el Club Bilderberg?

—Gran amigo, lo que preguntás necesita desarrollo —sonrió—. Si no te enojás lo dejamos para la próxima.

—No sabés cuánto te agradezco todo lo que me has contado.

Nos dimos un extendido abrazo. Al separarnos me dedicó una firme mirada, de alguna manera escudriñando y tratando de comunicarse con mi alma. Parecía que quería decir algo pero no se animaba.

—Cuidado con quienes te vayas a relacionar —finalmente se decidió a advertirme.

Y por su cara me di cuenta de que no estaba bromeando.

22

Noviembre, Buenos Aires

Sucedió a principios de noviembre, algunos días después de la charla con Guillermo. Una tarde, al volver del trabajo, me encontré con un sobre que alguien había pasado por debajo de la puerta de mi departamento. No tenía remitente. Su enigmático contenido era un simple pasaje de ómnibus.

27 de noviembre
22.00 horas
Empresa T.A.C.
Asiento V 11
Buenos Aires-San Rafael, Mendoza

¿Lo habría enviado Segismund? Nunca más había tenido noticias de él. Si, como suponía, se había ido de la Argentina, para comprar este boleto y pasarlo por debajo de mi puerta debía contar con algún contacto en Buenos Aires. Y de ser así, ese mismo personaje, o algún compañero, probablemente me habrían estado observando durante todo aquel tiempo.

¿Y si no era él quien enviaba el pasaje?, pensé aturdido y desconcertado. ¿Sería una trampa? Inmediatamente mi intuición me convenció de que no. Si efectivamente había sido localizado por los perseguidores, habrían terminado su faena en mi departamento. Como lo habían hecho con Jeremy. Sencillamente y sin miramiento alguno.

Llegué entonces a la conclusión de que no podía ser otro que Segismund, o alguien relacionado con él, quien me había enviado el boleto.

Durante los largos y vacíos días transcurridos hasta la fecha

señalada por el pasaje no paré de pensar, atrapado en ideas recurrentes, espejismos intermitentes de algo que parecía no haber sucedido en la realidad. Quería convencerme inútilmente de que se trataba simplemente de una pesadilla. Solo con gran esfuerzo lograba cumplir mi rutina diaria de balances, auditorías e impuestos. Había cambiado mi conducta, manejada por una coercitiva paranoia. Controlaba permanentemente si me seguían cuando caminaba por la calle. Manía persecutoria, como la llamaban los especialistas.

23

Finalmente llegó el día indicado. El lunes 27 de noviembre, después de haber organizado el funcionamiento de mi estudio durante mi ausencia, me dirigí a la terminal de ómnibus con la más grande de las incertidumbres. ¿Dónde me llevaban? Pero otra incógnita más inmediata me aquejaba: quién se sentaría a mi lado. Si Segismund era el artífice del viaje, también lo habría programado.

Cuando el ómnibus estacionó en el andén fui el primero en subir, quince minutos antes de la partida. Asiento 11, ventanilla, vociferó el conductor tras chequear el boleto. Después de ascender al piso superior, y ya en mi asiento, los minutos pasaron demasiado lentamente. Durante ese lapso, cargado de ansiedad, observando cada cuerpo que aparecía por la escalerilla, intenté descubrir quién sería mi eventual acompañante. Fui descartando familias y parejas hasta que vi a aquel hombre de unos cuarenta y cinco años, alto y delgado, de cabello castaño oscuro, tal vez vestido con excesiva elegancia para la ocasión. Portaba un pequeño bolso. ¡Ahí está! ¡Seguro que es él!, intenté adivinar. Sus anteojos negros de alguna manera lo delataban, no había razón para utilizarlos de noche. Lo miré fijamente mientras avanzaba hacia mí por el pasillo, pero el extraño jamás levantó la vista. Ni siquiera insinuó mirarme. Pasó a mi lado como si nada. Se ubicó en un asiento en la parte trasera del ómnibus, también del lado de la ventana.

Pasaron los últimos minutos hasta que la puerta se cerró y el gigante motorizado de dos pisos se puso lentamente en marcha. Repasé cuidadosamente las ubicaciones. El ómnibus estaba completo excepto los asientos vecinos al del hombre de lentes oscuros y el mío.

Al poco tiempo de partir la azafata pasó a mi lado. Una joven de rasgos extremadamente marcados y de una belleza distante con la que el cine encarna a las azafatas de avión. La impaciencia me llevó a

detenerla. Le pregunté en voz muy baja al tiempo que señalaba el asiento vacante:

—¿Va a subir alguien en alguna otra parada, o este asiento no se ha vendido?

—A ver —dijo. Repasó rápidamente una hoja llena de datos—. Parece que quedará libre. Aquí consta que fue comprado en Buenos Aires, por lo que tendría que haber subido aquí, en Retiro. Me llama la atención —comentó.

—¿Por qué?

—Cuando alguien no puede viajar trata de no perder el dinero del boleto —explicó con marcada tonada mendocina—. O lo da de baja o pide un cambio de fecha antes de la hora de partida. Pero nada de eso sucedió en este caso —concluyó prosiguiendo su camino. Se dirigió hacia la parte trasera y comenzó a distribuir mantas para la fría noche que se avecinaba. Casi con seguridad el fuerte aire acondicionado no podía regularse.

Supuse entonces que Segismund, o quien fuese, debía haber comprado también el asiento vacante. ¿Habría temido que, por mi ansiedad y miedos, fuera imprudente con algún desconocido?

Cené mientras me entretenía con una novela de Katherine Neville, *El ocho*. Fascinante. Hablaba de un juego de ajedrez mágico y todopoderoso que había sido enterrado por Carlomagno y redescubierto durante la Revolución Francesa. El misterioso juego cósmico-terráqueo del que hablaba el libro me recordaba la misteriosa profecía del Oráculo.

Desperté sin saber cuánto tiempo había transcurrido. Me había dormido con la novela caída sobre mis muslos. Por lo que pude ver en un mojón de la carretera, ya habíamos recorrido doscientos treinta kilómetros.

Cuando bajé la escalera para ir al baño quise detectar si había alguien sospechoso en el piso inferior. Todos dormían. La mayoría parecían parejas y familias. En el piso del minúsculo baño ya se había formado ese tan característico charco que hacía dudar sobre dónde pisar. Tétrica escena para aquel pequeño reducto bajo los influjos de una tenue iluminación azulina. Por fuera de la diminuta ventana, solo

la noche con sus perennes lamparitas estelares intentando recordarnos la inmensidad del universo.

Cerca de trece horas después de la partida, tras recorrer cerca de mil kilómetros, finalmente llegamos a San Rafael. Antes de descender miré por la ventana. Buscaba la resolución del enigma que no había dejado de aquejarme durante aquel largo y tedioso viaje: ¿quién me estaría esperando?

El resultado de la observación fue decepcionante. Solo vi un par de familias y algunos maleteros circulando por el solitario andén.

¿Y ahora? ¿Qué hacer si no aparecía nadie? ¿A quién debía esperar? ¿Cuánto tiempo debía aguardar antes de decidir volver a Buenos Aires? Pensé que me había involucrado tontamente en un juego tan incierto como peligroso. Peor aún si tenía presente el relato de Guillermo. Datos, algunos, que me erizaban la piel.

24

Martes 28 de noviembre
San Rafael, Mendoza

Las pesadas ondulaciones doradas del aire enrarecido por el creciente calor difuminaban lo que debía verse claramente. Parado solo en aquel andén de la terminal de ómnibus de San Rafael me sentía realmente un tonto. En un andén que ya casi se había convertido en páramo y del cual habían desaparecido todos excepto dos personas. El encargado del kiosco de diarios y revistas y un maletero, añoso y cansino, sentado en el cordón del andén con su espalda vencida hacia delante y mirando perdidamente el suelo.

De pronto algo me llamó la atención. El hombre de quien había sospechado, el de los anteojos negros, salió del edificio de la terminal y se detuvo sobre el andén, a unos metros de distancia. Curiosamente, no lo había visto descender del micro. De la misma manera que yo, miraba hacia los lados, aparentemente ansioso por encontrar a quien debería haber venido a buscarlo. Nuestras miradas se cruzaron brevemente. Pude percibir en sus ojos quizá lo mismo que demostraban los míos, cierta desesperación.

Nada sucedía. El tiempo parecía haberse detenido. Pocos minutos después, y con la temperatura ambiente en franco incremento, algo cambió en aquel estático escenario. Una antigua camioneta tipo pick-up, gris clara, paró a algunos metros de distancia. Tenía el sector de carga trasero acondicionado con bancos laterales, y como techado un tanto precario, una lona verde sujetada por cuerdas.

Bajó un hombre que caminó a paso lento hacia el andén. Mis pulsaciones se incrementaron. Tendría unos cincuenta años, barba y pelo largo, canoso y atado en forma de cola. Vestía una típica indumentaria de campo, bombachas y camisa color caqui, todo un

tanto desacomodado. Con una dulce sonrisa me preguntó:

—¿Es usted Juan o Pedro?

—Pedro —le contesté tranquilizándome.

—Yo soy Carlos —dijo, tendiéndome la mano amablemente—. Espéreme un segundo, por favor —agregó mientras se dirigía hacia el otro solitario.

—¿Es usted Juan?

—Así es.

—Vengan conmigo por favor, soy su enlace. No tengan miedo —nos advirtió una vez que nos había juntado—. Todo parece tranquilo. He estado observando el entorno durante unos minutos antes de acercarme. ¿Traen algún equipo electrónico o teléfono celular?

—Sí —contestamos casi al mismo tiempo.

—Como ya sabrán, emiten señales y podrían ser utilizados para localizarnos. Si no les parece mal los dejaremos aquí. No se preocupen, cuando se vayan se los devolveremos —dijo educadamente mientras se los entregábamos, en mi caso dudando, y los colocaba en una bolsa de rafia—. Perdónenme, pero es necesario que también dejen aquí sus documentos de identidad, tarjetas de crédito y tarjetas personales. En otras palabras, cualquier cosa que pueda servir para identificarlos. No solo no serán necesarias sino que, si los atrapan y no tienen identificaciones, no pondrán en peligro a sus familiares o a otros miembros del encuentro. Relájense, esa posibilidad es bajísima. ¿Alguna pregunta?

—Por mi parte ninguna —le contesté mintiendo con enorme descaro. Tenía una y mil preguntas y, además, muchísimo miedo.

Carlos le entregó la bolsa de rafia a un niño que había aparecido como de la nada y, casi sin detener su marcha, salió disparado hacia algún lugar por detrás de la ochava de la solitaria y tan venida a menos terminal.

Nos acomodamos en la parte posterior de la camioneta, como nos indicó Carlos. Una vez ubicados en los asientos nos estrechamos la mano. Con cierta firmeza. En mi caso, y supongo que él sentía lo mismo, con la clara sensación de que nuestros destinos estarían ligados a partir de ese momento.

—Pedro Ursus —me presenté con tímida sonrisa. De algún modo intentaba resultar amistoso.

—Juan Basanio, encantado —respondió mientras nuestras manos aún permanecían en contacto.

Después entramos en un profundo silencio. Carlos había bajado la lona verde de la parte posterior, y así quedábamos ocultos. La única posibilidad de ver hacia dónde nos dirigíamos era a través de una pequeña rendija, entre la lona y la carrocería, que se entreabría ligeramente con los vaivenes del andar.

—¿Sabe adónde vamos? —le pregunté sonriéndole nuevamente.

—Ni idea —contestó el supuestamente llamado Juan. Reforzó su negativa con un movimiento de cabeza y apretando sus delgados labios.

—¿Es usted de Buenos Aires? —cambié de tema. Intentaba distenderme.

—Sí, ¿y usted?

—También.

Era evidente que ambos estábamos estudiando el terreno.

—¿Te parece bien si nos tuteamos? —le propuse sin saber cómo romper el hielo.

—Iba a proponerte lo mismo.

—¿A qué te dedicás, Juan?

—Soy biólogo. Trabajé mucho tiempo con Humberto Maturana, en Chile, hasta que hace poco volví a Buenos Aires.

—Disculpá mi ignorancia. ¿Quién es Maturana?

—Un famoso biólogo chileno. Se lo conoce por sus importantísimas investigaciones sobre la evolución de la conciencia en la naturaleza. Ha formulado conceptos maravillosos sobre las llamadas estructuras autopoyéticas. Sus ideas e intuiciones hoy son citadas por gran parte del mundo científico. Pero más importante que su calidad científica, que es enorme, es su calidad humana. Una persona extraordinaria, en todo sentido. Uno de esos seres que han llegado a acariciar la santidad, pero en su caso a través del camino de la ciencia. ¿Y vos a qué te dedicás?

—Nada muy excitante. Soy contador… —le contesté sin saber qué

más agregar—. ¿Cómo te contactaron?

—Hace un año, mientras estaba trabajando en Santiago con Maturana. ¿Y en tu caso?

—Hace dos meses en Buenos Aires. En circunstancias que resultaron un tanto… complicadas.

—¿A qué te referís? —me preguntó intrigado.

—Circunstancias en las que de alguna manera se mezclaron adivinomancia y muerte. Si te interesa después te cuento —le respondí dejando la explicación en suspenso ya que necesitaba forzar mucho la voz para hacerme oír. La camioneta emitía fuertes ruidos después de haber ingresado a un camino de tierra lleno de pozos. Se sumaba, además, cierta dificultad para respirar por la cantidad de tierra suspendida en el aire.

Volví a mirar por la rendija de la lona. Un cartel anunciaba Cañón del Atuel. Transitando por un sinuoso camino de cintura, estábamos dejando atrás un maravilloso lago color esmeralda. Minutos más tarde, ambos dormitábamos. El ómnibus nos había causado estragos físicos durante la noche previa. Al despertar, volvió insistente la pregunta que había revoloteado, incansable y molesta, antes de dormirme: ¿dónde nos estarán llevando?

25

Dos horas después de haber emprendido camino, finalmente se produjo nuestra primera parada.

Esperábamos ansiosos en aquel abandonado puesto de estancia, perdido en algún lugar entre las inmensidades de la cordillera de los Andes. El calor del mediodía se estaba haciendo sentir recalentando y apretujando hasta el último milímetro cuadrado de nuestra piel. Respetando la indicación de Carlos —que bajo ningún punto de vista saliésemos de aquella casa en ruinas—, ni siquiera hablábamos. Carlos nos había depositado allí hacía casi una hora. Nos dejó una bolsa con un sándwich y una manzana para cada uno que ya habíamos consumido. Solo nos quedaba agua mineral.

Alrededor de media hora más tarde, repentinamente algo nos estremeció. El sonido de cascos de caballos hizo que nos abalanzásemos hacia la ventana y tuve la sensación de cierto bienestar. Tímidamente asomados por aquella derruida abertura de madera, con su vidrio roto hacía tiempo, divisamos la aproximación de un hombre con tres caballos y una mula. A unos veinte metros del puesto se dispuso, de espaldas a nosotros, a atar los animales a la sombra de unos álamos. Luego, y un tanto cansinamente, se dirigió hacia la casa. La antigua puerta, también de madera y desvencijada, chirrió.

Apenas ingresó se detuvo abruptamente. Mientras nos escrutaba, sonreía. Nosotros, de pie a algunos pasos de distancia, esperábamos expectantes.

—Buenas tardes. No tengan miedo, por favor —dijo, seguramente en respuesta a lo que expresaban nuestras facciones—. Me llamo Tomás. Vengo para transportarlos hasta el lugar donde los están esperando.

Avanzó para saludarnos con firmes apretones de manos.

—Perdónenme, pero lamentablemente antes de partir debo confirmar: ya deben haber dejado con Carlos sus aparatos electrónicos y material de identificación. ¿No es así?

—Le hemos dado todo lo que requirieron —respondió Juan.

—Excelente. Perdonen que les hayan hecho vaciar sus bolsos. Seguramente habrán traído elementos para sus anotaciones —dijo cambiando de tema—. Llévenlos. En caso contrario les proveeremos lo que les haga falta. Consideren que hará frío de noche, así que tengan a mano sus abrigos. Por favor, pasen el resto de lo que contengan sus bolsos a estas mochilas. Son herméticas e impermeables. Serán necesarias en caso de que tengan que evacuar.

—¿Cómo es eso? —quiso saber Juan, alterado, casi tanto como yo.

—Por ahora no les puedo dar más información. ¿Alguna otra pregunta?

—Por mi parte creo que ninguna —dije mintiendo nuevamente.

Procedimos a seguir sus instrucciones con respecto al contenido de los bolsos.

—Deberán ponerse estos sombreros. Les servirán para el sol y, en caso de que nos divisen a lo lejos, pensarán que somos gente de la zona. Igual sucedería con los satélites de observación.

Además de los chambergos negros nos dio unas bombachas de campo para cabalgar más cómodamente.

—Salimos en un par de minutos, cuando terminen de cambiarse. Pueden colocar también sus pantalones en las mochilas. Tenemos casi tres horas de cabalgata —anunció al tiempo que nos regalaba su primera sonrisa franca, justo antes de partir hacia lo desconocido.

26

Después de una desgastante y larga cabalgata, Tomás nos informó que estábamos llegando a destino. Al abandonar un largo desfiladero estábamos entrando a un valle enmarcado por montañas. En el centro resplandecía un pequeño lago de agua clara color azul esmeralda.

En una de las cadenas montañosas que lo delimitaban sobresalía un pequeño volcán. Me produjo una extraña sensación ver su pico nevado pero al mismo tiempo destilando humo. A pesar de ser de día aún, imaginé aquella montaña de fuego iluminando el paraje por la noche.

Aún cabalgando, Tomás nos anticipó que estaba prohibido cualquier tipo de iluminación dentro de los aposentos que en pocos minutos nos serían asignados. Para compensar la falta de luz artificial por la noche habían elegido, además de la suave luz emitida por el volcán, noches de luna llena. Tal vez confiando en que el cielo fuese lo suficientemente condescendiente como para no ocultar detrás de nubes la mágica luz blanca lunar. Luego especulé que debió existir algún conjuro chamánico entre quienes planificaron el encuentro y la madre naturaleza, porque así sucedió.

Hacía décadas que no cabalgaba. Llegado el momento de desmontar, me costó muchísimo bajar de aquel animal tan amigable. Un dolor intenso en ambas ingles, en la parte interna de los muslos y también en la columna lumbar me hicieron comprender que el paso de los años estaba haciendo estragos en mi cuerpo. Mucho más que un simple desarreglo.

—Los años no vienen solos —le dije a Juan sarcásticamente al darme cuenta de que me había estado observando.

—Aquí nos despedimos, fue un placer traerlos. Hasta pronto —nos dijo Tomás con su bondadosa sonrisa. Después de un intenso estrechón de manos se volvió por donde habíamos venido, con los caballos y la mula.

Nos dejó muy cerca de una pared montañosa, casi vertical, en el límite oeste del valle. Pronto vimos avanzar hacia nosotros a un joven de unos treinta años alto, morocho, de tez blanca y musculoso.

—Les agradecemos enormemente que hayan hecho semejante esfuerzo por venir —comenzó diciendo con una gran sonrisa y mirada intensa—. Mi nombre es Sebastián y estoy encargado de la seguridad. Si les parece bien, primero iremos a ver las cuevas que les hemos asignado como moradas. Son contiguas —aclaró—. Allí tendrán oportunidad de refrescarse y lavarse.

Hizo una pausa mirando hacia el piso. Con una suave patada corrió una pequeña piedra que de alguna manera hacía irregular su estar.

—Encontrarán unas palanganas de piedra con agua fresca. Si lo desean pueden sacarse las bombachas y depositarlas en unas bolsas de mimbre que encontrarán en sus cuevas. Luego nosotros las recogeremos —nos explicó mientras comenzábamos a caminar hacia las cuevas. En mi caso, con paso cansino y algo dificultoso todavía, debido a mis endurecidas articulaciones—. En unos cinco minutos vendré a buscarlos para una recorrida por el complejo de cavernas. Luego comprenderán por qué es imprescindible que se familiaricen con el lugar.

Me sorprendió que el encargado de seguridad estuviese desarmado. Tomás nos había dicho que la gente de seguridad era experta en artes marciales, pero a mí me parecía más que insuficiente frente a una eventual irrupción de los de STRAPP. Pero por otro lado pensé que si esta gente promulgaba la paz, no portar armas era coherente con su discurso. Lo que por un lado me producía gran temor, lo justificaba éticamente por otro.

El encuentro, según Tomás, duraría un par de días o un poco más. Lo que resulte necesario, me había dicho durante la cabalgata.

Las cuevas estaban horadadas de manera natural en la montaña, con pequeñas aberturas algo camufladas por la vegetación. Por imágenes vistas en libros, se asemejaban a las cuevas hogares de las montañas en Capadocia. Aquellas que, cuentan, refugiaron a San Pablo y a los primeros cristianos y que mucho más tarde inspiraron a Gaudí y a tantos otros artistas.

Dentro de la cueva no tuve sensación alguna de asfixia ni de ahogo. Por simple curiosidad procedí a medir la "celda" con mis pasos. Me pareció simpático llamarla así, igual que los monjes que utilizaban esos reductos para reposo, oración y meditación. Tenía aproximadamente unos cuatro metros de frente por seis de profundidad. Habían colocado un delgado colchón sobre una especie de catre esculpido en la roca y, cerca de la pared opuesta, un fragmento suelto de mole rocosa seguramente para ser utilizado como asiento.

En uno de los rincones, sobre el piso, había un pequeño almohadón como los que se usan para meditar. Estaba enfrentado a algo, también esculpido en la roca, a casi un metro de altura del nivel del suelo. Era como un pequeño altar, vacío de objetos y cubierto por un género de diseño incaico. Imaginé que lo habían ideado para colocar allí objetos rituales según la creencia de cada uno.

Pero no era mi caso. Había llevado solo una brújula y uno de esos clásicos cortaplumas suizos, tal vez por haber visto tanto aquella serie televisiva, *MacGyver*. Con mi inocencia habitual, tan criticada por mis seres queridos, había creído que esos dos simples objetos serían suficientes en caso de tener problemas.

Me lavé la cara y las manos con aquella agua helada. Me sequé con un paño que servía de toalla. Inmediatamente apareció Sebastián.

—¿Listo para la visita guiada? —me preguntó sonriendo. Juan ya estaba a su lado.

—Preparado —le respondí cortésmente, aunque muerto de cansancio.

Nos mostró que en cada celda, en su parte interna, se abría un angosto pasadizo de no más de un metro de altura que conducía a un complicado laberinto que interconectaba las cuevas. Por allí, por pasadizos cada vez más amplios, nos internamos en la montaña.

—Estas son las duchas —comentó mientras nos mostraba tres pequeños habitáculos, separados entre sí por algunos metros, en los que desde arriba caían fuertes y gruesos chorros de agua natural. Vertientes originadas en algún lugar de las inaccesibles y ocultas entrañas de aquella mole rocosa—. El agua es bastante fría, por lo que

me imagino que solo optarán por bañarse en caso de extrema necesidad —dijo liberando una simpática risa—. En estos baños respetamos la ecología. Es por eso que podrán utilizar jabón pero no champú. ¿Ven aquel muro? —dijo señalando a unos diez metros de distancia—. Detrás encontrarán unos pequeños inodoros esculpidos en la piedra. Las heces se autodegradan a gran velocidad debido a unas bacterias muy especiales que les hemos introducido. ¿Qué les parece la montaña?

—Maravillosa. ¿Tiene nombre? —le preguntó Juan.

—Sí, desde antaño la han llamado Carahuasi. En idioma autóctono significa casa de piedra —respondió Sebastián con una extraña mezcla de ternura y fortaleza.

—Un nombre quechua —complementé—. Tal vez haya sido un asentamiento inca…

Sebastián dijo que eso era lo que afirmaba una de las leyendas de la zona. Siguiendo hacia el interior, y a medida que se perdía el contacto con la luz del exterior, pudimos apreciar que las paredes, lisas y brillantes, producían un resplandor fosforescente, de color verde claro. Esa iluminación natural, de bajísima intensidad, se amplificaba por las llamas que emanaban de enormes cirios encendidos.

Mientras nuestra visión se iba adaptando progresivamente a aquella penumbra, desembocamos en una cueva enorme y alta. Sus formaciones rocosas, afiladas y largas, y cortadas hacia lo alto, de alguna manera remedaban un templo gótico. Me impactó tanto que me dejó sin habla. Imaginé que podría tratarse de uno de esos portales que algunos afirmaban que conducían al interior de la Tierra.

—Esta es la que llamamos La Catedral.

¡Era deslumbrante! Tal vez nos encontrábamos en aquel lugar que, según una leyenda, había intentado descubrir Charles Darwin. Se cuenta que viajó a la región de Mendoza, por alrededor de un mes, tratando de ubicar un lugar que le había mencionado su padre: una entrada al mundo intraterreno. Muchos personajes ilustres como Julio Verne, Isaac Newton y tantos otros creían que el interior de la Tierra era hueco. Circulaban muchísimas leyendas al respecto, incluidos los relatos, ya no tan legendarios, de los descubridores de los polos y el

caso del famoso almirante Byrd. Varios investigadores aseveran que Byrd ingresó volando al interior de la Tierra en la primera mitad del siglo XX.

Comunicada con La Catedral se encontraba la cueva donde se celebraría la Asamblea, según la denominó Sebastián. En ella había un gran lago similar a los cenotes típicos de las tierras mayas, en la península del Yucatán. Desde la gran altura de su techo colgaban cientos de estalactitas. Las gotas que se deslizaban por ellas caían sobre aquellas aguas claras y profundas produciendo un sonido especial y suaves ondas que navegaban pacíficamente por su superficie. Allí, en aquel espacio de encantamiento, los sentidos parecían funcionar en una sintonía armónica.

De origen incierto, la luz de aquella cueva-auditorio, como la había llamado Juan, era más intensa y de un fosforescente verde claro. Por delante del lago, los sitiales para los participantes, esculpidos en la roca, estaban dispuestos a la manera de los anfiteatros semicirculares griegos. Al frente, y en un lugar ligeramente más elevado, también en piedra, una especie de escritorio con un sitial de respaldo de gran altura. La temperatura parecía ser igual que en todas las otras cuevas: fresca y siempre mantenida por la Madre Tierra a unos once grados, un número “maestro” en metafísica, según me había comentado Guillermo en alguna oportunidad.

Lo que más nos llamó la atención fue lo que veíamos en el centro, sobre el suelo, entre el aparente podio y el resto del anfiteatro. Extrañísimo. Se trataba de un piletón circular, también tallado en la piedra, de unos siete metros de diámetro. Estaba relleno de un raro material, como un cristal líquido. Algo espeso, entre transparente y grisáceo.

Aquella sustancia parecía lo único artificial de todo lo que habíamos visto. La curiosidad nos llevó a acercarnos para investigar, mientras Sebastián sonreía. El círculo de piedra tenía cuatro pequeñas bocas laterales, como enchufes, en cada uno de los señalados puntos cardinales, y conectados a cuatro computadoras.

—Casi no consume energía, alcanza con las baterías de los ordenadores —nos aclaró Sebastián sabiendo lo que estábamos

tratando de dilucidar.

Lo realmente deslumbrante eran unas palabras que flotaban de manera fantasmagórica sobre su superficie: aquel pozo aparentemente poseía algún tipo de inteligencia.

—¿Les sorprende, verdad? Es una especie de computadora líquida. Su función consiste en analizar las ideas de las conciencias humanas y ver cuáles se correlacionan coherentemente con las leyes de la naturaleza. Ya pronto tendrán oportunidad de ver cómo funciona. Nos va a indicar lo que los científicos han denominado "índice de coherencia natural". Luego se los explicarán con más detalle. Se expresa a través de colores. Cuando alguien diga algo y la sustancia tienda hacia el blanco puro, significará que está cerca de dar en la tecla. En caso de evacuación, verteremos dentro una sustancia que degradará biológicamente el líquido. Desaparecerá en aproximadamente un minuto, sin dejar residuo ni rastro alguno.

Luego Sebastián nos guió hacia una caverna contigua por un pasadizo descendente estrecho y oscuro.

—Deben grabar particularmente la ubicación de este lugar. Si les indicasen que deben evacuar, deberán dirigirse a esta cueva siguiendo las instrucciones que les den en ese momento. Por estos escalones estamos descendiendo a un río subterráneo que es un pequeño afluente del Atuel. En caso de necesidad, evacuaremos por aquí en botes. Durante el Foro recibirán el resto de las instrucciones. ¿Puedo hacerles una sugerencia? A partir de ahora olvídense de esa posibilidad. Simplemente disfruten de su participación en el encuentro.

Fueron sus últimas palabras, no demasiado tranquilizadoras, mientras giraba, en silencio, para acompañarnos de regreso a nuestras cuevas.

27

Estaba programado que aquella noche de luna llena comenzaran las deliberaciones. Eran las ocho y todavía había suficiente luz. Decidimos con Juan dar un paseo tranquilo por el valle. Necesitábamos descontracturarnos de la cabalgata y pacificar nuestras mentes para lo que vendría.

Pero la contemplación cesó abruptamente, transmutándose súbitamente en pánico. Algo inesperado sucedía en el aire anunciando el comienzo de los temidos problemas. Parecía ser el ruido de un helicóptero que se aproximaba. Rápidamente nos escondimos entre unos grandes montículos de piedras. No había nadie rondando, nadie aparentemente a la vista, solo nosotros. Lo más probable era que nos hubiesen ubicado por imágenes satelitales. La presencia del helicóptero reavivó la manía persecutoria que se había apoderado de mí desde hacía unos meses. El asesinato de Jeremy me había permitido confirmar la eficacia de STRAPP.

Poco a poco el sonido del helicóptero se fue debilitando. En cambio, se escuchó claramente un silbato muy particular. Según nos había instruido Sebastián, remedaría el sonido de un pájaro que no existía en la región, de fácil identificación. Ese silbato indicaba peligro. En caso de que sonara, cada uno debía retornar de inmediato a su cueva y permanecer allí hasta nuevas instrucciones. Percibí el hecho como un mal presagio. Deduje la ineficacia de la seguridad ya que nos habían alertado solo después del paso del helicóptero.

Recién después de un rato finalmente asomó una dosis de un optimismo que me visitaba poco. Debía sentirme feliz ya que faltaba poco para el momento tan esperado. Suponía que no conocería a nadie más que a Juan Basanio y, siempre que se encontrase allí, a Segismund.

Sebastián nos había anticipado que todos los presentes usarían

seudónimos. No parecía existir diferencia con lo que Guillermo me había contado sobre el modus operandi de las logias secretas. ¿Sería esta una logia secreta?

Le había preguntado a Sebastián la razón de semejante medida.

—Simple seguridad. En caso de que alguno resultase apresado después del encuentro, el hecho de no conocer la verdadera identidad de los otros integrantes dificultaría la búsqueda del resto —espetó con alarmante naturalidad.

"Su seudónimo será Parsifal", me había anticipado Sebastián. Me pareció un tanto extravagante, pero no me disgustaba. Antes del incidente del helicóptero, mientras caminábamos despreocupadamente, Juan me confesó que el suyo sería Wallace, nombre que coincidía con su profesión de biólogo. Él mismo lo había elegido en honor al codescubridor, junto a Charles Darwin, de la Teoría de la Evolución. Supuse también que el nombre Segismund era falso. El del asesinado Jeremy era Robert J. Bowstring, tal vez por su segundo nombre.

Lo cierto era que toda esa historia de los seudónimos me parecía más que dudosa. Lo más probable era que la mayoría de los científicos se conocieran por el simple hecho de compartir sus profesiones, y que el único convidado de piedra fuera yo. Y sospeché que era de mí de quien temían que los expusiese.

De regreso en la cueva, y mientras seguía dando vueltas a tantas dudas, escuché un nuevo sonido. Indicaba que eran las ocho y media, que faltaba solo media hora para el encuentro. A partir de aquel momento era conveniente que nos dispusiésemos en silencio y estado meditativo "para ordenar e iluminar las ideas que cada uno compartirá con el resto", nos había sugerido Sebastián.

Traté de seguir las indicaciones, pero lamentablemente no logré entrar en el tan deseado estado. Mi mente seguía acelerada, demasiado inundada por sentimientos encontrados. Por un lado pensaba que estaba loco por haber aceptado participar de un encuentro de posibles chiflados, pero por otro lado mi curiosidad se mantenía encendida por un fuego hasta entonces desconocido. Probablemente era esa utopía característica en los soñadores y en los

eternos buscadores, una sensación que por primera vez experimentaba mi opacada alma.

28

La nueva señal indicaba que era hora de dirigirnos al auditorio. Ya me había puesto una larga túnica blanca de lino que habían dejado en mi cueva. Esa vestimenta me parecía más de lo mismo: herramientas rituales. ¿Qué diferencia había con la masonería o con otro tipo de sectas?

Cuando llegué, muchos de los invitados ya se habían ubicado. Cada uno tenía un lugar asignado, señalado por un cartel con el respectivo seudónimo. Comencé a buscar el mío, saludando tímidamente a quienes encontraba a mi paso.

Había allí unos cincuenta participantes, la mayoría hombres, entre cuarenta y cinco y sesenta años, y no más de diez mujeres.

Iluminaba aquel majestuoso anfiteatro de piedra caliza un conjunto de antorchas y grandes cirios. Contribuía con la sensación de extravagancia la luz que emanaba del círculo central. Desde nuestros asientos, vestidos de blanco, completábamos un marco impactante que parecía más propio del mundo de los sueños que de la realidad.

Caminando serenamente hacia el sitio de quien aparentemente oficiaría de coordinador del encuentro, ingresó ¡Segismund! Con una sonrisa que solamente esbozaba, pero que sostenía, se sentó de frente a nosotros. Recorriendo el auditorio con su mirada, detectó mi sorpresa. Por algunos segundos se detuvo intentando penetrar mi alma.

—Buenas noches —comenzó al cabo de un rato en su particular y muy marcado inglés. Juntó las manos delante del corazón inclinando la cabeza hacia delante, al modo oriental—. Todos portamos un seudónimo —dijo deteniendo su mirada en mí—. Comenzaré explicando por qué escogí el mío, Clisteneo. Es posible que muchos de ustedes conozcan el origen de este nombre, y para los que no, una breve explicación.

Se acomodó en su silla de piedra antes de continuar. Sonrió, ya que se dio cuenta de que pudimos percibir que no estaba del todo cómodo sobre la dureza de aquel macizo asiento.

—Alrededor del 510 antes de Cristo, cuando cayó el régimen tiránico en Atenas, se sucedieron enfrentamientos entre los miembros de la aristocracia por ocupar el poder vacante. En ese contexto Clisteneo reformó la Constitución e instituyó un gobierno colegiado al que llamaron sinarquía, que significa "con orden o con armonía". Ese gobierno estaba formado por sabios y místicos reconocidos, y ellos, a su vez, aconsejados por filósofos. La sinarquía se oponía a la pleonexia, defendida por una minoría, la de los plutócratas, esto es, los dueños de la riqueza. Clisteneo y los suyos se preguntaron cómo lograr la persistencia del cambio. El secreto, dijeron, era educar al pueblo. Comenzaron a instruirlo a través de las academias, abriendo una etapa de equilibrio que duró décadas. Fue el nieto de Clisteneo, el famoso Pericles, quien luego instituyó aquello que se denominó democracia.

Me desconcertaba que en la actualidad se siguiese llamando con el mismo nombre, democracia, a los sistemas de gobierno. No encontraba a filósofos o sabios orientando a los gobernantes. Lo actual me sonaba más a plutocracia disfrazada, como una "democracia a lo Caperucita".

—En su honor, y con máximo respeto, he escogido mi seudónimo —continuó Segismund—. Al igual que Clisteneo, tengo la fortuna de coordinar a un grupo de sabios, científicos, místicos y filósofos.

¿Y qué diablos hago yo aquí?, me pregunté una vez más.

—Debemos agradecerles a todos que hayan venido, algunos desde lugares muy distantes. Hemos seleccionado minuciosamente vuestras mentes y corazones y estamos esperando ansiosamente lo que tienen para decirnos. El objetivo final de esta Asamblea, Foro, Encuentro o como les guste llamarlo, es encontrar un marco más sustentable para la evolución de la conciencia humana. Tal vez, si recibimos la iluminación necesaria, logremos el fruto tan anhelado. Y si logramos tener éxito, será la historia la que recuerde este feliz encuentro.

Entonces cerró los ojos, exhaló marcadamente y luego inhaló de

manera profunda. Repitió esa respiración tres veces y todos lo imitaron. Sin comprender por qué, hice lo mismo pero totalmente a destiempo.

—Antes de comenzar, es hora de responder a la curiosidad que algunos me han manifestado acerca de este círculo que hemos denominado "Rompecabezas del Universo". Se trata de un dispositivo de reciente desarrollo y se basa en una programación extremadamente sofisticada. Su valor reside en que permite cuantificar el "encaje" —dijo gesticulando las comillas— entre las ideas que se expongan con las leyes conocidas de la naturaleza. Simultáneamente con las disertaciones, nos irá indicando el grado de coherencia entre lo que ustedes expongan y las leyes naturales. Se han considerado todas, incluidas las de la astrofísica y las del reino cuántico, y actualiza permanentemente datos de todas las ramas de la ciencia.

Mientras Segismund hablaba, sin darme cuenta cómo, se había activado el cristal líquido de aquel mágico círculo.

Al principio, extraordinarios colores emergieron separados. De repente, y como por arte alquímico, se mezclaron formando extravagantes e intensas tonalidades que navegaban ondulando con suavidad. Su luminosidad se tornó tan potente que llegaba a iluminar paredes, techo y estalactitas. Coloreaba además, por reflejo y de manera cambiante, la superficie del cenote. Y también nuestras túnicas. Todo el lugar parecía encantado. De fondo, una suave y armoniosa melodía acompañaba aquel rítmico ballet de colores danzantes. Al mismo tiempo, las letras de un pensamiento habían comenzado a inscribirse mágicamente en la superficie de aquella misteriosa sustancia:

Por caminar demasiado deprisa,
nuestras almas se han quedado atrás.
Debemos nutrir nuestras mentes
desde el corazón.

En caso contrario,
nuestras almas seguirán extraviadas.
En el mismo camino aunque muy rezagadas,

sin poder alcanzarnos jamás.

De pronto, algo alteró la paz que inundaba el ambiente. Sebastián, el encargado de la seguridad, se había acercado al coordinador, respetuosa pero presurosamente, para susurrarle algo al oído.

—Debo hacerles un comentario, y en mal momento.

Evidentemente nervioso, Clisteneo había interrumpido el silencio.

—Ha sucedido algo muy preocupante y aparentemente complicado. Lo que tanto esperábamos que no sucediera, ha ocurrido.

Se notaban la tensión, la impaciencia y la incertidumbre en el ambiente. Sebastián, de pie, no podía mantenerse quieto.

—Acabamos de recibir información de que STRAPP nos está rastreando. Habrán escuchado o visto un helicóptero. Todo indica que eran ellos. Nuestra gente ha detectado, en Malargüe, a seis o siete personas que han estado haciendo preguntas sobre nosotros. Por suerte allí nadie nos conoce. Lo que no sabemos es cómo consiguieron información sobre el encuentro. Quiero aclarar que no tenemos duda alguna sobre ustedes, pero sospechamos que alguien, involuntariamente, ha brindado información conducente. Nuestro análisis indica que no ha sido por satélite como nos detectaron. De ser así no estarían tan cerca. Les habría llevado un par de días llegar a este preciso lugar. Sin más dilaciones me veo obligado a darles, en este mismísimo momento, instrucciones en caso de que debamos evacuar —hizo una pausa para retomar fuerzas—. Existen dos alternativas, dependiendo de la hora. Ambas en bote, por el río subterráneo que ya les tienen que haber mostrado. Si la evacuación fuera nocturna saldrán al río, fuera de la montaña, parando en un lugar no demasiado lejano que ya hemos preestablecido. Desde allí serán transportados, por vía terrestre, en diferentes direcciones. En caso de que suceda de día, habrá variantes para no levantar sospechas. Seguirán por el río un trecho mucho más largo hasta desembarcar en el puerto. En el camino se confundirán con la gran cantidad de turistas que en esta época del año practican rafting. Una vez que alcancen el puerto, donde todas las excursiones de turismo aventura terminan sus travesías, serán transportados en automóviles. El alerta para la

evacuación será verbal en caso de suceder cuando estemos reunidos. Por el contrario, utilizaremos tres ladridos de perro, rítmicos cada tres segundos, si nos encontramos dispersos. Si los escuchan, deberán dirigirse rápidamente, y en absoluto silencio, al río subterráneo. Perdónenme por estas palabras, pero las instrucciones pueden hacer toda la diferencia. Volvamos a lo nuestro…

Tuve desenfrenadas ganas de huir. ¿Por qué no cancelan el encuentro y huimos? ¡Ya! Me costó un enorme esfuerzo controlar mis emociones.

29

Clisteneo hizo una pausa prolongada en la que pareció entrar en estado meditativo, como intentando recobrar la frecuencia o vibración necesaria para el diálogo que vendría.

—Antes de seguir debo presentarles a alguien —retomó notoriamente recompuesto—. Un personaje que no han visto previamente en foro alguno, científico o intelectual. Lo hemos invitado como espectador para que emita su opinión sobre lo que se plantee al final de cada encuentro —comenzaba a sentirme más que incómodo—. Representa el juicio de un hombre común, ese al que pretendemos hacer llegar los nuevos modelos mentales. Tal vez nos ayude a no "volar" tanto, a elaborar un plan comprensible y aplicable. Con los pies sobre la tierra. Complementará lo que nos informe el Rompecabezas del Universo.

Clisteneo me miraba. La mayoría del auditorio lo imitó. Una situación embarazosa que me obligó a ponerme de pie pero con la cabeza gacha.

—A pesar de no ser científico, ha estudiado en los últimos años un fenómeno que a todos los presentes nos ha interesado. La sincronicidad, según nuestras evaluaciones, es una fuerza muy poderosa que puede ayudarnos a lograr nuestro objetivo. Usará el seudónimo Parsifal, en honor a los buscadores del Sagrado Grial. La mítica búsqueda del hombre consciente que aún desconoce. Bien, habiéndoles presentado a nuestro amable "auditor", haré una breve introducción sobre nuestros objetivos.

Ya sentado nuevamente, recién entonces logré levantar la vista. Tímidamente, y sin girar la cabeza. Algunos miraban a Clisteneo, otros revisaban sus papeles. Lo peor parecía haber pasado. Sin embargo, dos personas mantenían su mirada en mí. Uno era mi nuevo amigo Juan. Al cruzar miradas me guiñó el ojo.

La otra mirada me estremeció. Esa mujer era lo más bello que hubiera visto jamás. La vestimenta blanca le sumaba aires angelicales. No cedía en mantener sus ojos en los míos, con una dulce sonrisa. Sensaciones que no experimentaba desde la juventud afectaron todo mi cuerpo. No atiné a otra cosa que a devolverle la sonrisa. La mía era tensa, un matiz que la de ella, sin dudas, no expresaba.

—Uno de nuestros mayores desafíos —continuó Clisteneo— es lograr objetividad. Estamos absolutamente condicionados por las creencias aprendidas y la emocionalidad que las acompaña. Aceptación o rechazo, verdad o mentira, acierto o equivocación, indignación, sentido de trascendencia y tantas otras cualidades unidas a nuestras creencias previas. Es muy difícil luego separar lo uno de lo otro. Siempre quedan más que vestigios de aquellas cenizas. Otro factor que nos condiciona, y mucho, es haber adquirido conocimientos fragmentarios. Una parte encaja perfectamente dentro del todo, mientras que un fragmento es algo roto de esa configuración total, y que por su rotura deformada es muy difícil de volver a ensamblar. Las divisiones del conocimiento han resultado en visiones también fragmentarias. Solo fragmentos, y con suerte partes, del verdadero Todo. Para la gran mayoría de ustedes, el Todo es mucho más que la simple sumatoria de sus partes. Esta convicción es fundamental para el nuevo paradigma. Que el Todo —enfatizó— tiene características propias, no exhibidas por ninguna de las partes si son analizadas por separado. La política ha analizado los problemas de la humanidad desde compartimientos estancos, sin esa visión totalizadora. Mucho más grave aún, se ha convertido en una profesión más, oportunista, en ocasiones saprófita. Se ha convertido en una herramienta de organización social completamente desalmada. Prometiendo imposibles y mintiendo hipócritamente con el único fin de mantenerse viva como profesión. En política casi no son consideradas nuestras responsabilidades más ineludibles como humanidad: los objetivos a largo plazo. La economía ha acompañado a la política de la mano. La ciencia económica es un fin en sí misma, evolucionista, ya que las fuerzas de la economía privilegian la supervivencia de los más fuertes. Y las religiones… Los humanos hemos convertido en creencias

aceptadas la Palabra Revelada de aquellos que tuvieron la gracia de escuchar lo emanado por la divinidad creadora. Pero sin ser su objetivo manifiesto, han desencadenado grandes enemistades. Los conflictos desatados en nombre de la fe no han parado de derramar sangre por lo menos durante los últimos dos mil años. Nos merecemos un análisis serio de lo que ha pasado y nos sigue pasando…

Clisteneo hizo una pausa prudencial.

—Comenzaremos ahora a disfrutar de sus disertaciones. Hemos pensado que lo mejor será comenzar por el análisis de los paradigmas, qué son, cómo se forman y nos condicionan. Platonio, por favor. ¿Puede ser usted el primero en hablar?

Luego de escuchar la presentación de Clisteneo, sentía que me encontraba en una muy difícil situación. ¿Estaba preparado para confrontar todas las creencias con las que había sido educado?

Dirigí mis ojos hacia aquella mujer, pero ella ya no me miraba.

30

Platonio se puso de pie. Era alto y muy flaco, casi desgarbado, sesentón, pero su mirada intensa impactaba detrás de aquellos ojos oscuros enmarcados por gruesas cejas negras.

—Gracias. Muy buenas noches a todos. Como podrán deducir, mi seudónimo, Platonio, intenta honrar a uno de los padres del conocimiento, el célebre Platón. Hace alrededor de veinticuatro siglos, a través del Mito de la Caverna, en *República*, fue el primero en describir claramente cómo el conocimiento y las experiencias, sensoriales y empíricas, condicionan nuestra interpretación de la realidad. Se preguntarán por qué invocar el pasado si lo que buscamos es un nuevo paradigma. La respuesta es que el ejemplo de Platón sigue siendo tremendamente actual. La escena descripta por Platón ocurre en una caverna. Su única comunicación con el mundo exterior es a través de un larguísimo túnel, lo suficientemente largo como para impedir la entrada de luz solar. Una fila de hombres, prisioneros, mira hacia el muro donde termina la cueva. Están sentados, completamente inmovilizados, encadenados por el cuello y las piernas, sin posibilidad alguna de realizar el más mínimo movimiento para ver qué sucede detrás de ellos. Solo pueden ver el muro que tienen delante, la pared del fin de la caverna. Han permanecido en esa posición durante toda su vida, es decir que lo único que han conocido y conocen es lo que han visto reflejado sobre ese muro. Detrás de aquellos hombres arde una gran hoguera, delante de la cual pasan hombres que sostienen figuras de "hombres, animales y mil formas diferentes" sobre sus cabezas. Las sombras de esos objetos se proyectan sobre el muro que ven los prisioneros. Ese conjunto de sombras y ecos es lo único que los prisioneros están condenados a percibir. De hecho, para ellos, esas sombras son la realidad. Platón se pregunta qué ocurriría si se liberase a uno de esos prisioneros de sus cadenas: "¿Qué habría de responder,

entonces, si se le dijera que momentos antes solo veía vanas sombras y que ahora, más cerca de la realidad y vuelta la mirada hacia objetos reales, goza de una visión verdadera?". Arrancado por la fuerza a través del largo túnel hasta el exterior de la caverna, cegado por la luz del sol, seguramente querría retroceder, confundido, para volver a la cómoda visión de las sombras proyectadas. Sería incapaz, durante algún tiempo, de entender aquella realidad del mundo exterior. Pensemos ahora qué ocurriría si, una vez que se hubiese acostumbrado a permanecer en ese nivel superior de la realidad, y habiendo ya comprendido lo que significan el sol y las estrellas, regresara a la caverna para contarle al resto de los prisioneros su experiencia. Seguramente sería ininteligible. Se reirían de él, lo tildarían de demente. Quizá llegarían a matarlo si quisiera liberarlos y llevarlos con él. Como se desprende de esta alegoría, el ser humano es prisionero de su cuerpo e incapaz de ver claramente, incluso su propio mundo. La experiencia de la realidad depende de lo que los sentidos informan a la mente. Solo creemos lo que nuestros sentidos nos permiten percibir, y eso no siempre será la verdadera realidad.

—¡Maravilloso! ¡Y explicado hace tanto tiempo! —exclamó Clisteneo—. Creo que el Mito de la Caverna ha sido la mejor introducción posible para el concepto paradigma, sobre el que ahora ahondaremos. La cultura que nos rige desde hace siglos es la newtoniana-cartesiana, que avala un paradigma solo si proviene de la ciencia. Me gustaría pedirle al Doctor DC que nos resuma lo que la filosofía ha dicho acerca de los sentidos y la experiencia de la realidad.

—Me dedico a la divulgación científica, de ahí las siglas DC en mi seudónimo. No parece que he estado demasiado creativo, ¿no? —comentó, riéndose de sí mismo. Se trataba de un personaje de figura esbelta y mucho más joven que el anterior. Tenía cabello castaño claro, un tanto largo, y una mirada que parecía demostrar astucia.

Comenzó recordando que John Locke, filósofo británico, impresionado por los conceptos desarrollados por Newton, fue quien primero utilizó el término "científico" con el sentido moderno, como equivalente de certidumbre y demostración. Locke y sus colegas

empiristas, el obispo George Berkeley y David Hume, sostuvieron que todo conocimiento provenía de las sensaciones del observador. No obstante afirmaban, especialmente Hume, que el observador se encuentra separado de lo que observa. Con el paso del tiempo entendieron que se había creado, o mejor, la habían creado ellos, una gran paradoja. ¿Cuál era? Resultaba imposible basarse en las sensaciones del observador y luego sostener que estaba separado de lo que observaba.

—¿Y cuál parece ser hoy la verdad? —le preguntó Clisteneo.

—Les daré un mero adelanto, ya que hemos convenido que tratará el tema el próximo expositor. Durante el siglo XX, la física cuántica dio respuesta a las discusiones que hasta entonces eran patrimonio exclusivo de la filosofía. Y es desde entonces que la ciencia nos ha regalado un nuevo par de gafas para entender y decodificar la realidad. Ya lo verán, algo totalmente novedoso.

—Muchas gracias. Sigamos entonces —continuó Clisteneo—. Profesor Karltho, por favor.

Se puso de pie. Su imagen era imponente. Alto, de tez blanca y ojos azules, nariz un poco ganchuda. Su cabellera blanca, algo rizada, le cubría el cuello.

—Mi seudónimo se basa en la combinación de los nombres de dos personajes que, a nuestro entender, son quienes más han desarrollado nuevas perspectivas sobre los paradigmas. Me estoy refiriendo a Karl Popper y a Thomas Kuhn.

A diferencia de los oradores previos, comenzó por una breve reseña de la vida de Popper. Comentó que, educado en las décadas de 1920 y 1930, le tocó vivir un tiempo muy especial. Dos nuevas y desconcertantes teorías estaban revolucionando la validez de todos los conocimientos previos: la relatividad y la teoría cuántica. Esas ideas eran las que cuestionaban lo que el orador previo había mencionado.

—¿Recuerdan? La noción, aceptada hasta ese momento, de que un científico estaba separado de lo que observa. Fue por la influencia de esos conceptos que muchos de los pensadores de esa generación, Popper entre ellos, se repreguntaron el significado de la objetividad. La física cuántica ha establecido un punto fundamental para la

observación de la realidad. Es imposible separar los tres componentes de cualquier fenómeno de observación —afirmó—: lo observado, el aparato de medición y el observador. Nos guste o no, el observador, la medición y lo observado, son parte de un mismo fenómeno, un mismo sistema. Se trata, como lo denominan, de un único estado cuántico.

—¡Qué enorme cambio! —convino Clisteneo.

—¡Revolucionario! Y es esa nueva concepción la que nos permite deducir la importancia de la conciencia en el universo y, en el caso que nos toca tan de cerca, la evolución de la conciencia humana.

Continuó diciendo que, sobre esas bases, Popper había emprendido una revisión radical de la imagen de la ciencia y la teorización científica. Uno de esos nuevos hitos había sido reconocer, definitivamente, que el científico, como observador objetivo, no está del todo separado de las cosas que observa.

—Vivimos interactuando con lo que observamos. Un verdadero traspié al viejo concepto de creer que podemos ser objetivos —acentuó.

—Discúlpeme la interrupción —observó Clisteneo—. Creo que lo que está diciendo nos induce a una profunda reflexión. Habitualmente tomamos, o nos han enseñado a tomar, las teorías científicas como dogmas. Ese dogma flaquea. De no ser así, no se habrían sucedido tantas teorías científicas con el paso del tiempo. Si se han transformado es porque la teoría previa no describía la realidad como realmente era. O, tal vez mejor, que las nuevas se van acercando cada vez más a la realidad, a lo que verdaderamente es.

—Totalmente de acuerdo. Fíjense lo que Popper esgrimió en ese sentido, lo citaré: “La ciencia objetiva no tiene pues nada de absoluta. La ciencia no reposa sobre terreno rocoso. La audaz estructura de su teoría se yergue, por así decirlo, sobre un profundo pantano. Es como un edificio construido sobre pilotes, hundiéndose en el pantano sin apoyarse en ninguna base sólida natural”.

—¡Qué bueno! —exclamó Clisteneo.

—Popper ha cambiado la visión sobre la ciencia. Estaba convencido de que las leyes naturales son regulares, definitivas e inmutables, pero admitió que la ciencia, aún, no ha logrado formularlas.

—Existe un gran problema —intervino nuevamente Clisteneo—. Los dictados de la ciencia generalmente se han circunscripto a las esferas de sus propias áreas. Muy pocas veces esos conocimientos han bajado al resto de los intelectuales y a la población en general, creo que por no poder traducirlos a palabras y conceptos sencillos. Es por eso que nuestro desafío, basándonos en un nuevo modelo que describa mejor la realidad, será explicarlo de una manera comprensible para que pueda ser difundido a nivel masivo. ¿Cómo se le ocurre que podríamos lograrlo?

—Supongamos —propuso Karltho, pensativo— que tuviéramos que defender la validez de una nueva concepción científica, una que, por revolucionaria, fuera rechazada por la opinión pública. La manera más eficaz sería usar analogías.

—¿Podría darnos algún ejemplo?

—Supongo que sí… Podríamos utilizar el sencillo ejemplo de la evolución histórica de la cara humana a través de la pintura. Entre los primeros registros podríamos referirnos a los egipcios. Como bien saben, los egipcios pintaban los rostros solo de perfil. No existen dudas de que la pintura cambió, y mucho, desde aquella época, pasando por innumerables etapas, hasta llegar al presente.

—No llego a comprender —intervino Clisteneo, creo que representándonos a muchos.

—Perdón, aún falta la conclusión. Un simple análisis nos dice que lo que cambió fue la forma en la que el hombre describió la figura humana a través del arte, y en este ejemplo preciso, las caras. No mejoró ni progresó. La realidad es que el cuerpo humano fue siempre el mismo. Lo que fue cambiando es el modo de describirlo.

—Ahora sí, muchas gracias —convalidó Clisteneo.

Karltho continuó con una interesante metáfora.

—Y para llegar a esos cambios, revolucionarios en cada época, los artistas necesitaron colocarse gafas totalmente novedosas, de algún color jamás usado previamente, que les permitieron ver lo mismo pero desde una óptica diferente, retratar como nunca antes la misma naturaleza de siempre, la que siempre había estado ahí. Ante los ojos de los contemporáneos, en un principio, la nueva manera de describir

la realidad casi siempre parece antinatural y distorsionada. Difícil de entender por ojos acostumbrados a lo aprendido. Pero con el paso del tiempo logran adaptarse a la nueva visión y, entonces, se vuelve imposible ver las cosas de otra manera. Parece que la mayoría de las nuevas visiones nacen de la intuición de los creadores. Ellos, al principio, parecen rebeldes a los ojos de la época en que viven. Los evaluadores y críticos, regidos por paradigmas previos, por lo general han rechazado los nuevos paradigmas. Pero solo por un tiempo. Thomas Kuhn, el otro personaje a quien hace honor mi sobrenombre, creía que lo mismo ocurre con las teorías científicas. La evolución histórica muestra que los científicos han ido saltando de paradigma en paradigma. Esos saltos podrían inducirnos a error y hacernos pensar que las leyes de la naturaleza son cambiantes, y no lo son.

—No lo son —acordó Clisteneo.

—Pero hay algo más, algo que nos ha producido una tremenda sorpresa. Se ha descubierto un universo donde todo parece llevarnos a que el observador es lo observado. Es por ello, de nuevo, que hoy se cree que resulta imposible observar con absoluta objetividad. La visión paradigmática tiene doble filo —comenzó explicando—. Y les doy un ejemplo de lo que sucede en física cuántica. Los físicos actuales interpretan la naturaleza en términos de partículas elementales, las partículas subatómicas. Están convencidos de que la realidad está totalmente compuesta por electrones, protones, neutrones y neutrinos, y que a su vez estas partículas se componen de entidades más elementales llamadas quarks. Un sistema interrelacionado mantenido en armonía por fuerzas extraordinarias. Es el método científico el que obliga a tratar de demostrar la validez de semejante modelo. Y para eso los científicos construimos aparatos, pero solo basándonos en dichos modelos hipotéticos, para poder demostrarlos. Como los aceleradores de partículas, por ejemplo, máquinas específicamente diseñadas para observar la conducta y la producción de las partículas elementales teorizadas en el modelo. Pero hay una trampa —advirtió Karltho—: el aparato se construye con un propósito específico. Los aceleradores de partículas elementales solo permiten observar las partículas que se deseaba observar, solamente las que a priori se

supuso que existirían. Si un fenómeno totalmente nuevo ocurriera, el científico no necesariamente lo vería con ese dispositivo. La mayoría de las veces porque simplemente no está diseñado para registrarlo. De todo lo expuesto se deduce que solo tratamos de probar la validez de un fenómeno previamente concebido por nuestras mentes.

—Alguien afirmó una vez: "Si lo buscas, ya lo posees" —ilustró Clisteneo—. ¿Qué se hace cuando sucede algo que no encaja con el paradigma imaginado?

—Un gran problema, un tema extremadamente álgido. Kuhn lo denominaba "crisis del paradigma". En los períodos de crisis deben surgir, necesariamente, nuevas teorías que de alguna manera expliquen las anomalías del modelo. Y son esas nuevas teorías las que entran en competencia, intentando convertirse en el nuevo paradigma. Discutidas en ámbitos científicos, lo que sucede entre los participantes puede ser comparado con un diálogo entre sordos. Si estuviesen tratando de leer la misma brújula no se pondrían de acuerdo acerca de la dirección de la aguja.

—¿Es tan así? —dudó Clisteneo.

—Sin duda. Alguien ha hecho otra interesante comparación. Dice que la ciencia a veces se asemeja a la teoría meteorológica, cuando no logra predecir un evento con precisión…

—¿Cómo es eso?

—Los meteorólogos no abandonan sus teorías cuando no llega el pronosticado día de sol o cuando se desata un tsunami no previsto. Los científicos, aceptando que suceden anomalías dentro del paradigma, afirman lo mismo que podría decir un astrólogo: "Demasiadas variables e incertidumbres dentro del sistema".

—¿Cuánto hay de objetivo y cuánto de subjetivo para que eso suceda? —intervino Clisteneo.

—Un punto interesante. Influye mucho el ego de los contendientes. No obstante, parecería que para un científico, y también para el resto de nosotros, hay algo peor que el fracaso personal.

—¿Y qué es eso?

—Descubrir que existe una realidad totalmente distinta de como pensamos que es. Que todo lo que hemos creído durante años ha sido

erróneo. Imagínese a un fiel de cualquier religión a quien la vida le da un duro golpe. Bajo esta situación, aceptaría mucho más fácilmente que ha cometido algún error como individuo que juzgar la religión en la que ha creído toda la vida. En el caso de los científicos, ante el fracaso de un experimento, generalmente hacen lo mismo. Les resulta más fácil pensar en una falla personal momentánea que en el fracaso de toda su historia previa. En el segundo caso necesitarían cambiar sus creencias sobre la naturaleza de la realidad. Demasiado traumático.

—¡Interesante observación! Muy pocos aceptan el gran cimbronazo de semejante cambio y casi todos han tenido que pagar un costo personal muy alto. Tal vez es lo que nos sucederá a nosotros —opinó el coordinador sonriendo—. Lo cierto es que en este preciso momento de la evolución estamos atravesando una tremenda crisis de paradigma.

—Cada uno debería preguntarse si considera que las recientes tecnologías han constituido un verdadero avance —propuso Karltho—. Tomaríamos conciencia de que, en muchos sentidos, la tecnología nos aleja más y más de la naturaleza y que ha producido más niveles de ignorancia que de progreso. Contaminación, desechos, armamentos nucleares, congestión urbana, destrucción de la vida silvestre y tantas otras cosas. Y en este punto nos enfrentamos a otra gran paradoja, esta vez casi rayando lo patológico. Por un lado se siguen decodificando maravillosamente las leyes de la naturaleza: genética, inteligencia distribuida de las especies, estructura y funcionamiento del átomo, formación de galaxias, etcétera. Y por otro, nuestras acciones divergen cada vez más de los verdaderos principios que rigen la naturaleza.

—Pensándolo bien, posiblemente tendríamos que recalificarnos —acotó Clisteneo—. ¿Qué les parece si en lugar de *Homo sapiens* nos redefinimos como *Homo sapiens caprichosus* —sugirió mientras todos nos distendíamos riendo.

—Un autor contemporáneo ha formulado una hipótesis interesante. Dice que los humanos hemos inventado la tecnología porque queríamos llegar a diversos lugares y conectarnos con mayor cantidad de gente. En el fondo de nuestros corazones sabíamos que eso era posible debido a una tendencia del inconsciente colectivo a la

interconectividad globalizada. Quisimos viajar en forma más efectiva e inventamos vehículos de todo tipo. Soñamos con volar y logramos fabricar aviones. Quisimos comunicarnos con mayor rapidez e inventamos cables, telégrafos, radios, teléfonos y televisión para ver qué estaba sucediendo en otros sitios. Finalmente hemos descubierto que el campo electromagnético utilizado para las imágenes de televisión puede también usarse para vincular casi instantáneamente el espacio donde nos encontramos con un espacio remoto. El verdadero papel de la tecnología ha sido ayudarnos a reforzar la fe en que podemos hacer todas estas cosas por nuestros propios medios, con el poder interior del ser humano. Pero es aquí donde surge la contradicción. A pesar de tan impresionante intercomunicación y conectividad, la mayoría de los individuos se sienten cada vez más solos y encerrados en sus hábitats de extraordinaria tecnología.

—El gran desafío es qué debemos hacer para torcerle el brazo a este camino tecnológico sin alma —reflexionó Clisteneo—. Pero para eso primero debemos cambiar individualmente, avanzar, según nuestra escala de valores, hasta el punto de asumir que la comprensión espiritual es más importante que el dinero y el control. En la actualidad sobran proyectos que buscan dominar a los demás. Vigilancia, chips implantados y todo tipo de controles, tanto de ondas cerebrales como de nuestros e-mails y comunicaciones telefónicas. Nos mienten cuando nos dicen, hipócritamente, que defienden la libertad individual con la bandera de la democracia. Pero en la práctica sucede todo lo contrario, se restringen cada vez más nuestras libertades individuales. ¿Por qué, para terminar, no nos cuenta algo sobre el paradigma del espía? —le solicitó Clisteneo riendo.

—Buena idea —convalidó Karltho.

—Pero antes de continuar, si les parece bien, haremos un breve silencio —propuso Clisteneo.

Me sentía tranquilo. Hasta podría haber asegurado que en paz y plenitud. No sé cuánto tiempo pasé inmerso en aquel pacífico silencio. Cuando desperté me di cuenta de que me había dormido profundamente. Noté que algo más me estaba sucediendo. Una sensación que no lograba identificar pero que me producía cierta

revolución interior. Cerré nuevamente los párpados tratando de registrar de qué se trataba. Ahí la encontré, dentro de mi mente. La mirada de aquella mujer se paseaba por mi interior, navegando a su antojo. No podría explicar si aquello sucedía en mi mente o en el corazón.

31

Cuando volví a abrir los párpados, sin saber si habían pasado segundos o minutos, todo parecía estar en su lugar pero más claro, más nítido. Había tomado conciencia de la importancia de lo que estaba viviendo, como también de que aquella bella mujer había obtenido carnet de membresía dentro de mis sensaciones.

Mientras tanto, Karltho comenzaba a explicar el paradigma del espía.

—Lo que les voy a relatar sucedió con frecuencia durante la Guerra Fría. Uno y otro bloque procuraban infiltrar espías en búsqueda de información, avances tecnológicos, desarrollo científico. El principal problema consistía en cómo preparar a dichos espías. Estar del otro lado resultaba extremadamente peligroso, y para lograr la penetración necesaria era imprescindible que nadie pudiera dudar mínimamente sobre ellos. De modo tal que eran entrenados y preparados casi a niveles de lavado de cerebro. Se contemplaba hasta el detalle más insignificante para protegerlos: idioma, entonaciones según regiones, dichos y comentarios característicos, argots, costumbres familiares y comunitarias, fiestas, creencias. Debían hacer carne propia de todo aquello. La mayoría lo lograba, pero con una salvedad: por temor a ser descubiertos, muchos ni siquiera se permitían pensamientos relacionados con su propio modelo. Con el tiempo, no fueron pocos los que se convencían de que el paradigma de sus contrincantes era el correcto y se pasaban de bando. El paradigma del espía es entonces un claro ejemplo de cómo se puede modificar la manera de interpretar la realidad, una extraordinaria demostración de la posibilidad de sufrir una profunda transformación a partir de ser educados en un nuevo modelo.

—Para concluir la sesión de hoy —anunció Clisteneo— abordaremos otro paradigma, trascendental para tratar de justificar la

inserción de los humanos en el universo: el nacimiento del tiempo —propuso.

Miré el reloj y ya era tarde. Ya estaba empezando a sentir hambre y sueño. Instintos básicos, pensé. Tuve que esforzarme para seguir concentrado y tomando notas. Si al final iban a requerir mi opinión, no debía relajarme.

—Nuestro astrofísico, por favor.

La mirada de Clisteneo se dirigió a un sexagenario de rasgos sajones. A pesar de su edad, se puso de pie con cierta dificultad. Su cuerpo parecía arrastrar todo el cansancio de su vida.

—He escogido el seudónimo Arthur. No por el rey Arturo —aclaró riendo—, sino en honor a sir Arthur Eddington, el primer visionario de la astrofísica. Esa ciencia que tanto contribuyó a establecer el nacimiento del tiempo. El tiempo ha sido un problema central de todas las civilizaciones y sus cosmogonías. ¿Cuándo sucedieron la Creación y el comienzo del tiempo? Para la visión judeocristiana existe un solo Dios y un solo acto creativo del universo, los conocidos siete días de la Creación en Génesis. Otras culturas antiguas de Oriente como la hindú y la china, las civilizaciones precristianas en Grecia y las culturas en América Central entienden la creación del universo como un ciclo eterno de nacimiento, muerte y renacimiento. Consideraban la eternidad del universo pero recurrente, con un ritmo regular. Tal vez sorprenda a quienes desconocen este dato, pero hasta hace solo unos siglos la doctrina cristiana enseñaba que el mundo había sido creado en el año 4000 antes de Cristo. ¿En qué se basaban para tal afirmación? En un cálculo de Martín Lutero y sus colegas en el siglo XVI, hecho sobre el recuento de las genealogías registradas en el Viejo Testamento. Desde Adán hasta Jesucristo. La mayor parte de los primeros científicos aceptaba esa fecha. Hasta que Johan Kepler, el famoso precursor de la astronomía alemana nacido en 1571, sugirió considerar un evento que podía modificar dicha creencia. Propuso que el oscurecimiento del cielo durante la crucifixión de Jesús se había producido por un eclipse solar. Nuevos cálculos de astrónomos de su tiempo demostraron que, efectivamente, un eclipse solar había ocurrido cuatro años antes de la fecha de la crucifixión, según el

cristianismo. A partir de ese dato se infirió que todos los sucesos relatados, incluida la mismísima Creación, habían ocurrido cuatro años antes. Se corrió la fecha de la Creación. Había sucedido en el ¡4004 antes de Cristo!

Se detuvo unos instantes para estudiar las expresiones del auditorio. Muchos reímos.

—En aquellos siglos no había conflicto alguno entre los cálculos de los teólogos y las estimaciones de los científicos. Los astrónomos carecían de base alguna para efectuar cálculos que pudiesen demostrar lo contrario. La verdadera investigación sobre el comienzo del tiempo, sobre el principio del universo, se inició en el siglo XVII cuando Galileo, Descartes y Newton se atrevieron a desafiar los dogmas religiosos. No fue tarea fácil investigar y acercarse a la verdad. Para que tengamos idea, cuando Newton tenía dos años de edad, creo que fue en 1644, el vicecanciller de la Universidad de Cambridge, un tal John Lightfoot, declaró que había logrado determinar, basado en las Sagradas Escrituras, que Adán había sido creado a las nueve de la mañana, hora de la Mesopotamia, del sábado 26 de octubre del año 4004 antes de Cristo.

Mientras escuchaba las carcajadas me pregunté cuántas de nuestras convicciones serían igual de erróneas.

—Aquella fecha y hora exacta fue anotada en el margen de la versión autorizada de la Biblia y se mantuvo hasta bien entrado el siglo XIX, cuando la ciencia objetó seriamente ese bastión de la creencia religiosa. Ya se ha mencionado que la mayoría de los cambios suceden a partir de observaciones de anomalías de determinado modelo. Pues bien, un dato de la observación no encajaba con lo que se afirmaba sobre la edad de la Tierra: el registro fósil de las rocas. Esos fósiles petrificados, que podían encontrarse por doquier, sugerían edades muy superiores a los pocos miles de años que afirmaba la Iglesia. Quien primero registró la presencia de restos fósiles de peces en zonas montañosas —estratos rocosos a muchos metros por encima del nivel del mar— fue un erudito árabe. Un tal Alhazan, allá por el año 1000. Conjeturó que el lecho oceánico se había elevado hasta las alturas de las cadenas montañosas transportando esos peces cubiertos

por sedimentos marinos. Pero era una simple especulación a partir de la lógica racional, ya que era un dato imposible de demostrar con los instrumentos de la Edad Media.

—¿Qué opinaba la Iglesia sobre esos restos fósiles? —preguntó Clisteneo.

—Que el fenómeno podía explicarse por el diluvio bíblico —explicó Arthur—. Siglos más tarde, Leonardo Da Vinci hizo una observación similar a la de Alhazan en las montañas de Lombardía, a 400 kilómetros del mar. Se preguntó cómo podía haber sucedido aquello en los cuarenta días y noches que duraron las lluvias y los ciento cincuenta días que, según las Escrituras, habían cubierto la Tierra. En 1778 algunos, entre ellos el conde de Buffon, dijeron que para establecer la edad de los fósiles era necesario conocer el tiempo requerido para enfriar una masa del tamaño de la Tierra. A partir de entonces todo empezó a cambiar. La edad de la Tierra ya no era de 4000 años, sino de 75.000. Alrededor de 1830 el maestro de Darwin, Charles Lyell, poco antes de que Darwin iniciara su viaje en 1832, calculó una edad mucho mayor. Luego, la teoría de la evolución de las especies ratificaba esos cálculos ya que el lento proceso de evolución por selección natural necesitaba de tiempos muy prolongados. En la última mitad del siglo XIX biólogos y geólogos ya estaban convencidos de que la Tierra era muy vieja. Hacia 1897 su edad fue estimaba en veinticuatro millones de años. Hoy se afirma una antigüedad de cuatro mil millones de años. Se llegó a esa cifra gracias a un hecho fortuito, uno de esos hallazgos valiosos no buscados. Un subtipo de ese fenómeno tan particular llamado sincronicidad. Serendipidad es el término que se utiliza para coincidencias significativas relacionadas con hallazgos científicos.

Aquel comentario me produjo una maravillosa sensación. Me conectaba con lo que había estudiado y tanto me seducía.

—Sucedió un hecho extraordinario que cambió definitivamente la historia y el paradigma. Como si alguna fuerza de la naturaleza hubiera forzado la situación para que descubriésemos uno de sus grandes secretos. Como muchos sabrán, el físico alemán Wilhelm Röntgen descubrió los rayos X en 1895. Un tal Bequerel, a partir de las

investigaciones de Röntgen, se propuso cargar con luz solar unas sales fosforescentes, esas que brillan en la oscuridad, para luego imprimir su irradiación sobre placas fotográficas. Pero sucedió algo fuera de programa, como siempre ocurre para que se manifieste la sincronicidad. El cielo en París estaba nublado. Como habría hecho cualquiera de nosotros, Bequerel guardó las sales en un armario junto a las placas fotográficas, simplemente esperando que el cielo se despejara. Como el clima no mejoraba, y por alguna razón que hasta el mismo Bequerel debió desconocer, decidió, de todos modos, revelar las placas fotográficas guardadas en aquel armario. Llamativamente, las fotografías mostraban el efecto de la irradiación de las sales a pesar de la ausencia de exposición al sol. Había descubierto una nueva forma de radiación. Una nueva emisión de energía que pronto fue denominada radiactividad. Se cumplía, una vez más, la acertada sentencia de Karl Popper: "La naturaleza no da respuestas a menos que se la presione".

—¿Puede aclarar esa frase? —le requirió Clisteneo—. Bequerel estaba buscando otra cosa. De modo alguno presionó para obtener la información que le devolvieron.

—Ese es el punto. Se presiona siempre conociendo lo suficiente para verificar algo por demostrar, pero planteado previamente como hipótesis. Si me hubiera ocurrido a mí, seguramente aquella novedad habría pasado inadvertida. Solo puede interpretar la novedad quien posee un saber previo. Recuerden aquella otra frase famosa: "La suerte solo favorece a la mente preparada".

—Así parecen suceder las cosas —avaló Clisteneo—. Supongo que lo fortuito de ese suceso no difiere demasiado del descubrimiento de la penicilina y tantas otras cosas importantes.

—Bequerel descubrió que la irradiación encontrada provenía de las sales de uranio. Tiempo más tarde observaron que lo mismo sucedía con el polonio y el radio. Luego los científicos descubrieron que la radiactividad era una propiedad emanada de los átomos. Ernest Rutherford avanzó aún más en el estudio de la radiación. Encontró que las emisiones podían ser de dos tipos: rayos beta, electrones en movimiento rápido, y rayos alfa, átomos de helio que perdían dos

electrones. Y en este punto es donde el relato se cruza con nuestra historia del tiempo. Rutherford se dio cuenta de que la materia posee una especie de reloj biológico, útil para medir la edad de la Tierra: se sabía que el uranio que decaía formaba helio. Si se lograba medir en una roca cuánto uranio y cuánto de sustancias de degradación estables contenía, se podría saber su edad a partir del cálculo de cuántas vidas medias habían ocurrido. Midiendo el helio se llegó a una nueva edad para el origen de la Tierra. Quinientos millones de años.

—Todavía estaban lejos de la cifra que conocemos hoy —interpuso Clisteneo.

—Por cierto. Un poco más tarde, un tal Boltwood dio el siguiente paso. Descubrió que el uranio no solo se degradaba en helio sino también en plomo, mucho más fácil de medir. A partir de esos nuevos cálculos la edad de la Tierra fluctuó entre cuatrocientos y dos mil millones de años. Esa fue la primera aproximación de aquella técnica que fue denominada “datación radiométrica”.

—Es decir que recién a principios del siglo XX se alcanzó una estimación bastante aproximada de la edad de la Tierra —comentó Clisteneo.

—Efectivamente. En 1921, época en que estaba en pleno desarrollo la teoría cuántica, la Asociación Británica para el Avance de la Ciencia declaró que existía consenso entre geólogos, biólogos, zoólogos y físicos sobre la edad de la Tierra: unos cuantos miles de millones de años. Un tiempo más tarde se pudo establecer, al estudiar también los meteoritos, que la edad del Sol era de aproximadamente cuatro mil quinientos millones de años.

—Antes de concluir, una última pregunta —interrumpió el coordinador—. ¿Cuándo estuvimos convencidos de que el universo se extendía más allá de nuestra propia galaxia, la Vía Láctea?

—Hasta finalizado el primer cuarto del siglo XX los humanos seguíamos creyendo que la Vía Láctea era la única galaxia del universo, que no había nada más allá —respondió Arthur—. Hasta que en 1925, un tal Russell presentó un trabajo científico sobre las nebulosas que probaban sin lugar a dudas que el universo se extendía más allá de la Vía Láctea.

—Hemos visto hoy cómo solo recientemente ha cambiado el paradigma sobre la concepción del nacimiento del tiempo y el espacio en el que estamos inmersos —apreció Clisteneo—. ¡Cambios radicales para la interpretación de nuestra realidad! ¡Los nuevos paradigmas! Pero ya es medianoche. Si les parece, pasamos a un cuarto intermedio hasta las nueve de la mañana. Antes de retirarse a descansar, ahí —dijo al tiempo que señalaba una gran mesa de piedra llena de alimentos contra una de las paredes laterales de la cueva— podrán encontrar ensaladas, frutas, agua y jugos. Mañana, a partir de las ocho, podrán desayunar en este mismo lugar. Se los despertará a las siete y media con unos simpáticos sonidos de ranas —sonrió.

Mientras eso decía, Sebastián, acompañado por otros dos encargados de seguridad, ingresó al recinto con paso apresurado. Clisteneo, con evidente preocupación, escuchaba atentamente lo que Sebastián le transmitía al oído.

—Por favor, les pedimos que nadie salga —solicitó Clisteneo con tono de orden. No podía ocultar cuán contrariado estaba. Los que se habían puesto de pie volvieron a sentarse—. Acaban de comunicarme una noticia indeseable. Un grupo de desconocidos ha salido a caballo desde Malargüe y parece dirigirse hacia aquí. Se encuentran a unos cuarenta kilómetros. Nuestros vigías nos mantendrán al tanto. Existe una altísima probabilidad de que se trate de gente de STRAPP —sentenció.

32

No lo podía creer. De nuevo STRAPP.

—Existe la posibilidad de una evacuación de urgencia durante la noche —continuó Clisteneo presagiando lo peor—. Sería prudente que después de la cena carguen sus pertenencias en sus mochilas. Deben estar preparados para escapar rápidamente, en cualquier momento, a partir de este instante. Si nada sucede antes, mañana, cuando vengan a desayunar, traigan sus mochilas. Les recomendamos permanecer en silencio absoluto hasta la sesión de mañana. Aparte de ser nuestro mejor aliado durante la noche, el silencio servirá además para la concepción de ideas creativas —Segismund intentó sonreír pero le salió muy mal—. Algo más, por favor, tampoco prendan velas. Les deseo que logren descansar en paz —auguró visiblemente intranquilo.

Todos se levantaron de sus asientos para dirigirse a las mesas, algunos hiperquinéticos, otros extrañamente ralentizados y algunos como desarticulados. Presas perfectas del temor, la angustia y la incertidumbre. ¡Qué disparate!, pensé.

Tan alterado estaba yo también que, involuntariamente, susurré la primera frase que se me ocurrió. Se trataba de una frase que alguna vez me había impactado: “Más vale un espía dentro que un ejército fuera”. Rápidamente miré a los lados para ver si alguien había detectado semejante falla. Hablar para uno mismo, en voz audible, era un síntoma fácilmente asociable a la insania. Fue entonces cuando otra idea loca vino a mi cabeza. Temí que alguno, o varios, sospecharan del único totalmente desconocido para el resto y, además, quien se había incorporado último. Es decir, yo.

Basta de pavadas, me dije, y me dirigí adonde ya se encontraba el resto. Con una intensa mirada, Juan logró transmitirme toda su preocupación. Estoy casi seguro de no haberle devuelto una señal consoladora.

Fui colocando en un plato algunas rebanadas de queso y pan, una manzana y una banana. Llené un vaso con un jugo de naranja que parecía exprimido hacía instantes. A mi lado, Juan seleccionaba sus alimentos. Luego fuimos juntos hacia las mesas, lentamente, procurando no dejar caer lo que llevábamos en las manos.

Al pasar frente a la primera de las mesas me topé con la mirada de aquella mujer tan especial, extremadamente sensual. Una erudita en artes de seducción, reí para mis adentros. Hacía gala, como había visto antes solo en películas, del atrapante misterio de su sexo. Mi ya bastante ajetreada armadura no pudo resistir aquel poderosísimo embate. De alguna manera ella había logrado lo que nadie había conseguido desde hacía mucho tiempo. Arrancarme la máscara que solía portar, desarmándome. Era a mí a quien miraba. ¿Por qué? Se trataba, indudablemente, de una situación que no encajaba con mi nivel de autoestima.

Juan percibió lo que estaba sucediendo. Giraba la cabeza, alternativamente, mirándonos a ambos. Pero debimos haber irradiado algún tipo de energía demasiado fuerte, ya que con el rabillo del ojo descubrí que lo mismo hacían otros que se encontraban cerca. Tal vez habían percibido lo que estaba sintiendo en mi cuerpo. Una intensísima sensación, totalmente desconocida. Un aumento de temperatura corporal que no podía contener. Sentía, además, que ese calor se esparcía, inundando el aire. Se me había pasado el cansancio, rebosaba de energía. Estás cada vez más loco, me dije.

Con una seña, mientras esbozaba una sonrisa de complicidad, Juan me sugirió seguir nuestro camino hasta un rincón de la cueva, interrumpiendo aquel hechizante contacto.

Elegimos una de las mesas semicirculares de piedra esculpidas en las paredes de la cueva aún desocupada. Grandes rocas servían de asientos.

Mientras comíamos mi mente volvió a descontrolarse, atravesada por una extraña y desaforada mezcla de pensamientos. La casi onírica aventura en la que estaba inmerso, la amenazante persecución, aquel inesperado lanzazo de atracción. Demasiada conmoción. En cuanto terminé aquella cena frugal, me despedí de Juan. La mujer ya no

estaba. ¿Qué sentí? Desazón.

Pasé largo rato mirando la intensidad de la luna llena enmarcada en la entrada de mi cueva. Esa inmensa e inabarcable inteligencia amorosa me masajeaba con su esplendorosa luz. Como una señal de que nos ayudaría, tanto con el nuevo paradigma como con nuestra supervivencia. Tuve entonces la clara percepción del amor que el universo continuamente nos regala.

Lamentablemente luego me di cuenta de que la luna también iluminaba el camino de quienes nos estaban rastreando. El amor es para todos, incluso para ellos, pensé.

Más allá de aquel revoltijo mental y sentimental logré dormirme con gran placidez. El aire de montaña es un majestuoso inductor del sueño.

33

A pesar del presagiado posible peligro, nada sucedió. Cuando desperté, sin poder recordar si había soñado, un magnífico y desacostumbrado pensamiento deambulaba por mi conciencia. Pensaba lo maravilloso que sería funcionar como un reflector de la luz del sol, como la luna. Lo tomé como un buen augurio para el nuevo día, aunque luego me daría cuenta de que estaba equivocado.

Después de pasar por el baño, me dirigí a desayunar. La ducha, aquel potente chorro de agua helada que caía desde lo alto de la piedra, al principio me causó disgusto, pero luego pude percibir su poder revitalizador. Cuando llegué al recinto, muchos ya se encontraban desayunando. Saludé con la cabeza y una tímida sonrisa a algunos que me dirigieron la mirada. El silencio dominaba el recinto. La mujer no estaba.

Poco antes de las nueve nos dirigimos a los mismos asientos que habíamos ocupado el día anterior. Ella ingresó al auditorio a último momento, sobre el comienzo de la sesión. Su cabello mojado sugería que se había duchado mientras el resto desayunábamos. Sospeché que tal vez lo había hecho así por pudor. ¡Qué lástima no habernos cruzado en la ducha!

—¿Descansaron bien? —preguntó Clisteneo inaugurando la sesión matinal. La gran mayoría asintió—. En primer lugar les diré que no hemos tenido más noticias sobre las personas que parecían dirigirse hacia aquí, de modo que, por el momento, relajémonos. Pudo haber sido una falsa alarma. Esta mañana conversaremos sobre la globalización, el karma y la reconquista de la confianza en la vida. Si les parece bien, comencemos. Chardinius, por favor, su visión sobre la globalización.

—Me dedico a la sociología y a la filosofía —dijo el nuevo expositor.

El tal Chardinius tenía alrededor de cincuenta años, el cabello corto y castaño, tal vez teñido, demasiado rojizo. Era delgado y alto, de piel cobriza, nariz algo aplanada y ojos levemente saltones.

—Elegí mi seudónimo en honor a Teilhard de Chardin. Pronto verán por qué. Antes que nada, quiero confesarles que me siento un privilegiado por estar aquí. Sobre la globalización, empezaré por las conclusiones, aunque les pueda chocar: pensamos que se trata de un fenómeno irreversible y, además, absolutamente necesario a nivel evolutivo. Podemos encontrar los fundamentos para sostener dicha creencia en la misma naturaleza. Ya es un hecho absolutamente demostrado que el universo entero está totalmente interconectado. Por lo tanto, sería una anomalía cósmica si la conciencia sobre la Tierra siguiera otro camino. Teilhard de Chardin era un jesuita. No solo teólogo sino también geólogo y antropólogo. Durante el segundo cuarto del siglo XX desarrolló, entre tantos otros, dos maravillosos conceptos: Noosfera y Punto Omega. Este jesuita creía que la fuerza y el empuje de la naturaleza, encaminada hacia una evolución de la conciencia, llevaron al cambio biológico que permitiría el despertar del Pensamiento. Con mayúscula. En ese camino, el paso fundamental fue la autorreflexión. Un acto que afectaría a la vida misma y transformaría el estado del planeta entero. A ese desarrollo tan particular del espíritu lo denominó Noogénesis. Se trataba de un hito trascendental por el cual, por primera vez, el instinto podía mirarse en el espejo. Mucho más maravilloso es lo que describe que con ello se creó. Las chispas de las primeras conciencias reflexivas formaron a su alrededor una nueva capa, por encima y por fuera de la biosfera. La capa “pensante” de nuestro planeta. Y le dio un nombre, Noosfera. Algo así como la conciencia de la atmósfera terráquea o conciencia planetaria. Fue entonces cuando comenzó una nueva era. La Tierra había cambiado “su piel”. Había desarrollado su alma, o creado una nueva y más evolucionada, con la suma de las almas de sus nuevos hijos. Teilhard imaginó que a partir de entonces la Tierra, vista desde el espacio exterior, no solo sería azulada por sus extensos mares, o verde por sus bosques y marrón por sus montañas, sino también fosforescente por esa nueva capa de Pensamiento. Describe el

fenómeno como Pensamiento haciéndose Número. Conquistando todo el espacio habitable. Con multiplicación y expansión organizada —hizo una pausa mirando al coordinador, tal vez para que le confirmase si la explicación que había elegido se adaptaba a la expectativa y si resultaba comprensible.

—¡Maravilloso! —exclamó Clisteneo—. Siga, por favor.

—Estaba convencido de que la conciencia debía culminar, en el tiempo de la evolución, en una conciencia superior, en una verdadera esfera del mundo. Y sucedería en un punto de confluencia al que denominó el Punto Omega. Sorprendente, ¿no? Teilhard pensaba que se trataba de un proceso irreductible. Los elementos aislados de cada grado de evolución combinándose para crear nuevos órdenes. Estaba convencido de que la razón cósmica de Omega era una Razón de Amor, también con mayúsculas, que bajo su irradiación mantenía la unanimidad de las partículas reflexivas del mundo.

—Planteado así, parecería que no tendríamos que preocuparnos, hiciéramos lo que hiciéramos —reflexionó el coordinador—. La fuerza es tan grande que casi con seguridad nos arrastrará con ella.

—Teilhard creía que Omega era limitada en relación con los efectos de las atracciones y repulsiones humanas. Nos dio a entender que esa sería nuestra función en la tarea evolutiva. Pero, paradójicamente, afirmó que el Punto Omega es independiente de la caída de las fuerzas con las que se teje la evolución. A diferencia de nuestras acciones, el Punto Omega es irreversible. Con marcha evolutiva constante. Los rayos cada vez más cálidos de Omega encaminándonos hacia una convergencia final, operando en paz. Finalmente Teilhard planteó el gran dilema sobre el cual deberemos decidirnos. Cada uno de nosotros, como individuo. ¿De qué lado estamos? De la sinergia en el seno de la simpatía o, en franca contraposición, con la sinergia mecanizante, bajo la fuerza bruta. Según él, no nos queda otra alternativa. Deberemos escoger.

—Se intuye entonces que encaminándonos por el sendero de Omega nos acercamos al propósito de la divinidad creadora —especuló Clisteneo.

—Así parece —le respondió Chardinius con una sonrisa

marcadamente amorosa—. No nos caben dudas de que nuestra conciencia autorreflexiva, esa que "sabe que sabe", se encuentra en permanente evolución. A cada paso intentando acercarse a la Divinidad Creadora. Lo más interesante es que todo indica que esta última se complace en ser conocida por nosotros. Los medios más frecuentes han sido las experiencias místicas y la filosofía. En los últimos siglos se ha incorporado una nueva herramienta: la ciencia, que ha ido descifrando y descubriendo las Leyes de la Creación con las que el Creador puso en funcionamiento este creativo universo. No hay dudas de que ambas sendas, la mística y la científica, siguen aún escindidas. No hemos podido integrarlas aunque existen algunos ejemplos de esa integración. Sabemos que en India la palabra "yoga" significa simplemente unión. Una de sus modalidades se aboca a los planteos intelectuales para tratar de conocer a la Divinidad Creadora. Se trata del gnani yoga o jnani yoga. Y para ir concluyendo, algo sobre la separación entre las religiones y la evolución científica. Personajes tan respetados como el Dalai Lama han opinado que las religiones clásicas deben ir adaptándose a los nuevos descubrimientos.

—Esa capa de Pensamiento a la que se refirió, ¿cómo influye sobre la humanidad? —le preguntó Clisteneo.

—Teilhard de Chardin sostenía que la evolución de la conciencia no es tan solo individual, es también colectiva. Es así que esa conciencia de la humanidad, y por ende la de la Tierra toda, evoluciona paralelamente creando una "atmósfera mental-espiritual" que circunda la totalidad de la Tierra. Como un globo mental rodeándonos, formado por el resultado, o la sumatoria, de todos nuestros pensamientos, creencias y acciones. No sería otra cosa que la Gran Mente de la Tierra, la conciencia global planetaria. Si se analiza el problema objetivamente, siempre que la objetividad sea de alguna manera posible, no nos quedarán dudas de que hoy esa Gran Mente está repleta de confusión, polución y desesperanza. Un enorme contenido de sentimientos acumulados, muchos heredados, de odio, venganza y destrucción.

—¿Y ejerce eso algún tipo de influencia sobre los individuos?

—Supongo que lamentablemente no podemos escapar de eso que

hemos creado como Humanidad Una. Repercute indefectiblemente en nuestros pensamientos y emociones, en nuestra vida diaria. ¿Por qué? Porque somos parte de ella. Cada árbol es parte del bosque. Se podría pensar la Noosfera como el Inconsciente Colectivo de la humanidad. Algún junguiano hasta podría considerar que de ella emergen los arquetipos, de alguna manera cambiantes, si sucede que el concepto de Noosfera es cierto. No debemos olvidar que ese "globo" que nos rodea y actúa como una verdadera atmósfera física nos influye y afecta la sintonía de todos nuestros cerebros.

—¿Cree usted que nuestras almas tienen algún tipo de capacidad para captar ese tipo de ondas o vibraciones? —preguntó Clisteneo.

—Así lo creemos. Sugiero que pensemos en el funcionamiento de los televisores. Supongamos que hemos sintonizado determinado canal. Ese canal es lo único que vemos, y sin embargo las señales del resto de los canales están ingresando simultáneamente al sistema. Si no las sintonizamos no sabremos qué están emitiendo, sin embargo existen como realidad no visible. Nuestros cerebros actúan como "cerebro-visores". La mayoría de nosotros no estamos capacitados para captar emisiones como la de la Noosfera. Se transmiten por un canal que nunca sintonizamos o cuya sintonía aún no hemos descifrado. Sin embargo, sus emisiones se producen.

—Interesante. ¿Y en qué punto de la evolución cree que nos encontramos?

—Creemos que ha sido solo hace muy poco, aproximadamente después de mediados del siglo XX, cuando ha comenzado a integrarse la Noosfera bajo la fuerza del Punto Omega. Tal como Teilhard percibió que sucedería. Los tiempos de comunicación se fueron acortando hasta lograr que la información circule a la velocidad de la luz. La imagen y el sonido de cualquier evento que imaginen, un partido de fútbol, un cantante o una guerra, viajando misteriosamente montados sobre fotones, partículas-ondas de luz. Imágenes y sonidos provenientes de los lugares más apartados rebotando en satélites para luego ser captados por antenas. Finalmente decodificados por televisores que recomponen la imagen original. Nos cuesta comprender cómo las imágenes y el sonido de un bombardeo en

Bagdad pueden viajar fantasmalmente montados sobre fotones para luego aparecer, casi inmediatamente después de sucedido el evento, en una pequeña pantalla en nuestras casas. ¿Comprenden lo que hemos logrado? Viajamos con la imagen, sonido incluido, montados en invisibles partículas u ondas, sobre transportadores invisibles, los quanta de luz. A velocidad fabulosa. Nuestra impresión es que, en los últimos años, el teléfono, el fax, la televisión e Internet han terminado de integrar todo lo que compone la Noosfera. A pesar de que las globalizaciones política y económica no se hayan consolidado, tomaremos conciencia de que el fenómeno globalizador proviene de una fuerza irreversible, otra. Ya está entre nosotros, aunque siempre lo haya estado, y no hay marcha atrás —sentenció Chardinius.

—¿Se deduce de esto que la globalización resultará beneficiosa para el conjunto? —especuló Clisteneo.

—No necesariamente. El problema no radica en el fenómeno de globalización en sí, sino en el contenido de lo que globalizamos. Eso sí puede ser completamente variable y es lo que determinará los resultados a los que usted hace referencia. Cuando se habla de globalización, lamentablemente, casi todo se limita a la economía. Tal vez sucede así porque los que pugnan por la globalización del comercio y los mercados son quienes más empujan. Es por eso que el foco de discusión se ha centrado en si la globalización ayuda o daña a los más pobres del planeta.

—¿Entonces? —acotó Clisteneo.

—La respuesta es que la globalización puede tanto traer problemas como solucionarlos —respondió Chardinius—. Se han hecho estudios, y parece no depender tanto de la globalización de los mercados en sí, sino de las condiciones imperantes en el país donde se aplica el sistema. Los factores que determinan el resultado ahora parecen estar bien definidos. Si se practica en países con poca o nula protección social, falta de acceso al crédito, escasa infraestructura, inseguridad en los derechos sobre las tierras y con gobernantes ineptos o corruptos, los resultados muestran una profundización de la pobreza. Los pobres serán más pobres y habrá una brecha mayor entre clases sociales. Se han comparado países que comenzaron en condiciones similares. Al

aplicar las leyes del mercado libre globalizador, a unos les fue bien y otros empeoraron. Es decir que comparando estados base de alguna manera semejantes se han detectado resultados totalmente dispares, hacia uno y otro lado. Ejemplos antagónicos han sido Mauritius con Jamaica, Corea del Sur con Filipinas, Botswana con Angola.

—Es decir que la globalización puede resultar fructífera si sucede en un país con ética local.En el caso opuesto solo producirá concentración de la riqueza en unos pocos y aumento de la pobreza. ¿Es así? —intentó resumir Clisteneo.

—En efecto— contestó Chardinius.

—Sería interesante que nos contara de dónde surgen las ideas del modelo globalizador —sugirió el coordinador.

—Encantado. En estos momentos dirige el proceso globalizador un grupo de personas que lo imaginan de manera específica. Se trata en general de economistas, empresarios, militares, científicos y expertos en relaciones internacionales, los llamados consejeros o asesores de los gobernantes del mundo. Ateniéndonos a su mensaje y por los resultados, es evidente que es un camino en el que se ha perdido el alma. Sus opiniones procuran favorecer los intereses de pequeños grupos, generalmente corporaciones multinacionales.

—Sería instructivo saber cómo logran imponer sus ideas —puntualizó Clisteneo.

—Lo consiguen a través de intermediarios. Bajan sus dictados a formadores de opinión. Estos, a su vez, a través de los medios, vuelven apetecibles esas ideas, influyendo fácilmente sobre aquellos a quienes estos temas interesan poco, y sobre los que tienen escasa o nula información y formación. Demasiadas ocupaciones y obligaciones en la vida diaria. En países tan avanzados como los Estados Unidos, el habitante promedio sabe muy poco sobre temas tan básicos como historia y geografía. Muy por el contrario, los temas relacionados con la economía global son la ocupación central de consejeros y formadores de opinión. Sin duda es una gran desventaja comparativa para el ciudadano común, que solo adquiere información escasa y limitada como para tomar partido con sensatez y responsabilidad.

—¿No estaremos subestimando a ese hombre común? —dudó

Clisteneo.

—Creo que no. Analicemos por un instante la propaganda política y su efecto sobre las masas. Si esto que estoy diciendo no resultase tan cierto, sería inexplicable que tantos pueblos cultos hayan apoyado regímenes que terminaron haciendo estragos. Al nazismo, por ejemplo. Contestando al objetivo de este encuentro, es decir, cómo promover un gran cambio, estoy convencido de que la batalla debe librarse en los medios. Quienes los manejan tienen el poder de "descargar su software" en las mentes de la masa. Diseñan el paradigma reinante, nuestras creencias. Sutilmente también nos inculcan la manera en que debemos percibir tanto la realidad como el futuro. La mayor batalla de los grandes intereses se ha librado con un objetivo preciso: ingresar a cada una de nuestras casas, que hoy son verdaderas fortalezas personales. La pregunta que algunos se han hecho hace ya tiempo es: ¿cómo lograr interactuar con la familia en el momento que se relaja de las obligaciones diarias? La única manera es estar dentro de sus casas. Y eso sucede a través de la televisión o de Internet. Han logrado ingresar a nuestras fortalezas sin violentarlas porque cada uno de nosotros se los ha permitido, los hemos autorizado. Nos transmiten la información que les interesa y nos ocultan otra. Condicionan nuestros pensamientos, nuestras creencias, nuestros sentimientos. La "realidad" que nos muestran ya viene interpretada. De alguna manera los medios, incluyendo sus mensajes, han pasado a ser no solo parte de nuestra familia sino además nuestros verdaderos tutores.

—Se podría dudar entonces de los pretendidos beneficios de la globalización —se cuestionó Clisteneo.

—A corto o mediano plazo puede que no reporte beneficios pero, como ya dijimos, se trata de una fuerza imparable. Nuestro desafío debería consistir en cómo modificar el rumbo en pos de uno nuevo en el que las acciones humanas fueran encaminadas por el alma. Cargando a la Gran Mente con mejores y más puras intenciones, más compasivas con todos los seres sintientes. Un verdadero reencuentro entre la acción y el espíritu —concluyó Chardinius.

34

—Muchísimas gracias. Seguramente todos hemos quedado un tanto preocupados con lo que acabamos de escuchar —dijo Clisteneo. Y luego de una pausa reflexiva presentó al siguiente orador—. Por favor, Sancho, lo escuchamos.

—Mi seudónimo es Sancho por aquella bien conocida frase, que además ahora parece tan a propósito de este encuentro: "Ladran, Sancho, señal de que cabalgamos".

La irónica referencia a STRAPP desencadenó nuestras risas.

—He dedicado mi vida a la divulgación científica de la filosofía y las ciencias —continuó—, incluidas las ciencias sociales. En ese camino frecuentado por tantos, he escrito algunos pensamientos sobre espiritualidad y evolución, nada originales, aunque quizá puedan ayudarnos por resultar integradores. Como la mayoría, coincido con que el odio, el materialismo, las ansias de poder, la violencia y la devastación de la naturaleza están llevando al mundo a un callejón sin salida. Lo interesante es que aparentemente con nosotros, los humanos, la naturaleza ha llegado a un punto crítico. Y es en los puntos críticos donde se generan las condiciones para los saltos cuánticos evolutivos. En nuestro caso, el momento oportuno para un salto cuántico de la conciencia. Nos estamos acercando al nivel desde el cual podríamos ascender al escalón superior en la evolución de la especie. Pero será imposible si antes no modificamos nuestros modelos mentales.

—Ha mencionado la palabra cuántico —intervino Clisteneo—. ¿Podría aclarar su alcance en este contexto específico que está describiendo?

—No sé si voy a poder… —dijo haciendo una graciosa mueca que nos hizo reír—. Se ha demostrado que a nivel de los átomos y sus partículas, el llamado reino cuántico, la vida toda evoluciona por

“paquetes”. Esos paquetes son denominados quanta, el plural de quantum. De ahí proviene el nombre de la física cuántica o mecánica cuántica. Un cuanto, o quantum, es un paquete de algo. Se ha llegado a la conclusión de que la energía no se presenta en unidades, como por ejemplo las manzanas, sino en paquetes. Es así que una unidad de energía o viene en un paquete o no viene en nada. Por lo menos aún no se han encontrado unidades individuales por debajo de esos paquetes. Tampoco se puede afirmar siquiera que existan. Para ser gráfico, creo que podría ser útil el concepto de familia. Una familia es, de alguna manera, un paquete de individuos. Cuando alguien está solo en la vida, decimos “no tiene familia”. Una familia no puede estar integrada por una unidad.

—¿Y a qué se refiere al decir salto cuántico? —solicitó Clisteneo.

—Bien. En el reino cuántico ocurren algunos comportamientos muy particulares. Uno de ellos es el salto cuántico. Para explicarlo tendré que remitirme a lo que sucede con los electrones. La descripción más ajustada al funcionamiento de los electrones es decir que son nubes de probabilidades. Podemos pensar en un modelo sencillo, el de órbitas. Como si fuesen planetas alrededor del Sol. Igual que los planetas alrededor del Sol, los electrones circundan el núcleo del átomo. Los planetas pueden habitar una sola órbita. Los electrones pueden habitar en cualquiera de las órbitas, pero con una salvedad, que aparenta ser mágica. Pueden estar en una órbita o en otra, pero no pueden ubicarse en un punto medio entre órbitas. La pregunta es qué ocurre en ese ínterin, en ese espacio intermedio entre las órbitas que están saltando. ¡No se sabe! Desaparecen transitoriamente en algún universo intermedio. Desconocido e invisible. Eso es un salto cuántico. Un salto fuera del tiempo-espacio lineal. Un salto de un punto a otro sin un pasaje lineal por el espacio intermedio, desapareciendo no se sabe dónde en semejante transición. En otro plano, más cercano, la naturaleza evoluciona por saltos cuánticos. Tal vez esa sea la razón por la que no se ha hallado el famoso eslabón perdido. Puede que no esté realmente perdido. Posiblemente no ha existido jamás. Podría tratarse de una forma intermedia, inhallable, solo existente en estado de salto cuántico, sin manifestación en el reino de la materia. Mono y

Homo sapiens, con nada en el medio. Las alteraciones y mutaciones genéticas que producen enfermedades funcionan de la misma manera. No se van expresando gradualmente en los cuerpos de la progenie en distintas generaciones, más allá de que se conocen algunas manifestaciones llamadas "frustras". Es información grabada en el código genético, información latente en los genes, sin manifestaciones físicas de la mutación existente, hasta que en algún individuo se expresa, con todo su esplendor, en el plano corporal. Otro ejemplo de salto cuántico es la conciencia humana, uno de los planos del alma. ¿No les ha sucedido que, después de evolucionar en algún aspecto de la vida, luego se han sentido estancados hasta que tiempo después logran dar otro gran paso?

—Al comienzo de su exposición anunció la posibilidad de un gran salto evolutivo como especie, un salto cuántico, con la condición de modificar nuestros modelos mentales. ¿Qué propondría para que ese cambio ocurra? —intervino Clisteneo.

—La expansión de la conciencia es imperiosa. Todos los grandes pensadores lo afirman. El gran problema es que no sabemos cómo hacerlo. Muchos lo han buscado por medios artificiales: tecnología y drogas. Pero ese camino es demasiado peligroso. Antes, unos pocos más inteligentes y evolucionados pensaban por el resto. Hoy, debido a la educación, la gran mayoría de los individuos está en condiciones de pensar por sí mismos. Implica también que cada uno puede buscar el camino de su propio crecimiento espiritual, sin depender ya más de la experiencia espiritual de terceros. Creo que el mayor problema es que aún seguimos aferrados a fórmulas antiguas, que avanzamos más lentamente que la evolución, de ahí el gran desfasaje. No hay dudas de que la gran familia humana está sufriendo, y mucho. Este doloroso proceso, que no es otra cosa que una crisis intensa, puede ser capitalizado como punto gatillo para una gran transformación, un nuevo paradigma. Ya Hegel afirmaba que no se pueden encontrar soluciones si no se pasa por una crisis.

—¿Entonces…?

—El problema es que primero debemos tomar conciencia plena sobre nuestro estado de situación. Cualquier doctrina o modelo que no

tenga en cuenta esa necesidad intrínseca humana de descubrir su relación con lo que está más allá de la materia y ayudarlo a unirse a la Divinidad Creadora, solo nos traerá más miseria espiritual y material. Si reflexionamos sobre el sentido de la existencia humana, algunos factores parecen incuestionables. Por un lado la gran mayoría de nosotros cree o intuye que el espíritu perdura más allá de la materia. Un espíritu sabio que comparte la información de la totalidad, conectado con ella. Si esto es así deberíamos preguntarnos entonces con qué fin la conciencia habita la materia. Hay una palabra, "teleonomía", que encierra la enorme aventura de la conciencia descubriéndose a sí misma en el reino de la materia. ¿Y cuál podría ser su finalidad? Que operemos como intermediarios, quizás hasta como cocreadores en la espiritualización de la materia, cada uno en sus propias áreas de influencia.

Por primera vez el Rompecabezas del Universo, que se había mantenido en estado de flotación con sus múltiples e intensos colores con mínimas variaciones, viró casi hasta llegar al blanco.

—¡Un bello aporte sobre el sentido de la vida! —exclamó Clisteneo observando lo que estaba pasando—. Gracias por compartirlo con nosotros. Si me permite, una última pregunta: ¿estamos seguros de que la conciencia ha evolucionado lo suficiente como para producir el gran cambio?

—Sin duda —fue la opinión de Sancho—. Ya han mencionado a la conciencia planetaria única, el Punto Omega del que hablaba Teilhard de Chardin para la consolidación de la Noosfera. Pero en vista de los conocimientos actuales habría que agregar un elemento importantísimo. Lo mismo que sucede con la evolución de las especies, llega un punto en el que el tiempo se acelera. ¡Y vertiginosamente! Peter Russell, a través de una analogía con los agujeros negros, ha denominado a ese tipo de aceleración de la evolución "agujeros blancos en el tiempo".

—Podemos deducir entonces que lo que estamos viviendo es menos negativo que lo que se sospecha —reflexionó Clisteneo.

—Sí, pero siempre que logremos el cambio a tiempo. Uno de nuestros mayores impedimentos es que nos cuesta demasiado mirar el

pasado con imparcialidad. A través de las tradiciones familiares nos han inculcado que todo tiempo pasado fue mejor. Y creo que eso no es verdad. La buena noticia consiste en que el odio y la violencia hoy son despreciados por lo menos por la mitad del planeta. Ya no se los justifica como antes. Gran parte de la humanidad sale hoy a las calles a oponerse a las guerras. Clama por la paz y cree en el diálogo. A nuestro entender, es un gran avance. Una parte no ha cambiado, ciertamente, pero otra, por lo menos igual de grande, ya puede imaginarse un mundo nuevo. Como John Lennon en "Imagine" —acotó riendo.

—Tal vez tenga razón —murmuró Clisteneo.

—Hasta no hace mucho la Iglesia y las monarquías occidentales tomaban las grandes decisiones, sin importar demasiado lo que opinaba la gente. Con el advenimiento de la democracia los políticos, disfrazados los lobos, han hecho lo mismo. Pero hoy tenemos algunos frenos. Por ejemplo, nuevas formas de organización de la ciudadanía, que han producido un gigantesco vuelco en las interrelaciones. Bueno, creo que terminé —expresó abruptamente.

—Parece entonces que, a pesar de que todos deseamos vivir mejor, el problema es que aún no sabemos cómo canalizar ese anhelo —apreció Clisteneo—. Nuestra fuerza en las democracias se limita casi exclusivamente al voto y se ve que, en muchos países, la mayoría de las veces se vota por emoción. Ni racional, ni espiritualmente. Es indudable que falta un nuevo modelo. Eso reclaman las nuevas generaciones. Y como no encuentran alternativas, no les queda otra que la rebelión destructiva. Bien. Ahora, si les parece, haremos un breve descanso en silencio, para los que quieran, meditativo.

Se hizo un profundo silencio. Podían palparse casi las ondas de paz flotando por la misteriosa cueva, bañando nuestros cuerpos y mentes. Por lo menos eso sentí. Estaba feliz de estar allí, derritiendo mi ignorancia.

35

Tras algunos minutos de silencio se escuchó la voz del coordinador que suavemente nos convocaba a volver al diálogo.

Yo había estado pensando en lo que diría al final, cuando se requiriese mi opinión. Tarea para nada simple. Dudaba de poder hacerlo con un mínimo de solvencia.

Clisteneo, con voz pausada y calma, nuevamente le puso proa al temario.

—Vamos a referirnos ahora a la ley de causa y efecto, también llamada de acción y reacción o, como la conocen en Oriente, Ley del Karma. Ese principio según el cual cada una de nuestras decisiones y acciones genera consecuencias. La palabra Karma se ha vuelto de uso frecuente, aunque no siempre se comprenden sus profundas connotaciones. Basándonos en las exposiciones previas sobre la globalización y la Noosfera, la pregunta sería: ¿afectan de alguna manera esos factores el funcionamiento del Karma? Yoginanda, por favor —le solicitó a un nuevo orador.

Unos pocos pelos asomaban por los márgenes de su turbante blanco. Mientras se ponía de pie pausadamente, casi con ritmo ceremonial, sus grandes ojos oscuros, que hablaban sin palabras, recorrieron los rostros de los asistentes. Tenía alrededor de setenta años y la tez aceitunada, ajada por los efectos de la edad y el sol.

—Vengo de Oriente, de India —dijo con voz pausada y amorosa sonrisa—. En nuestro ashram, con corrientes internas del hinduismo y del budismo, hemos asumido la dificultosa tarea de actualizar las enseñanzas milenarias a la luz de los nuevos descubrimientos científicos. El actual sufrimiento del mundo se puede explicar perfectamente si se lo analiza bajo la óptica de la milenaria doctrina del Karma. Pero hagamos primero una brevísima referencia a las enseñanzas del budismo. En sus Cuatro Nobles Verdades Buda se

expide sobre la inevitabilidad de enfrentar el sufrimiento. Es parte inherente a la vida. También nos enseñó que se puede avanzar sobre la ignorancia y de esa manera disminuir el sufrimiento. ¿Cómo? Enfocando y comprendiendo los eventos desde una dimensión más profunda. Siendo conscientes de la vacuidad que se encuentra detrás de todo, como también de la transitoriedad de las cosas. El estado actual del desarrollo de la humanidad no es otra cosa que la consecuencia directa de nuestras decisiones individuales, de nuestro libre albedrío. Como también de nuestra ignorancia por cómo hemos interpretado la realidad. El problema no es tan simple como para creer que solamente somos responsables de nuestras acciones individuales, de las familiares y comunitarias, solamente responsables de nuestro entorno inmediato. La situación se ha vuelto mucho más complicada. La globalización de la conciencia de la Tierra ha vuelto más y más complejas las relaciones kármicas. Hoy no solo somos efecto de lo que hemos hecho como individuos o grupos étnicos acotados. Actualmente también sufrimos debido a la falta de unidad coherente a nivel de la Noosfera, dependiente de la gran familia humana que somos. De manera tal que, en cierta medida, ahora también somos responsables por el planeta. En algunos planos ya no tenemos dudas de que contamos con herramientas para ejercer influencia sobre la totalidad. El mundo financiero es un buen ejemplo. Se “resfría” económicamente Tailandia y el contagio, en mayor o menor medida, llega aquí, a las personas que habitan estos pueblos cercanos a la cordillera de los Andes. Lo mismo sucede en todos los órdenes. Nos guste o no la globalización, ya hemos concretado la interconectividad a nivel planetario. En muchísimos aspectos el mundo funciona como una unidad. Somos uno. Y no nos sirve patalear para impedirlo, es imposible. Como conclusión, lo que deberíamos intentar en cambio es devolverle la salud a ese inconsciente colectivo, a esa mente planetaria. Comenzando por supuesto por la salud de cada mente individual. Hoy cada individuo es global.

Noté que nuevamente el misterioso fluido del gran círculo de piedra cambiaba de tonalidad, virando sus colores hacia el blanco. Aunque tampoco llegó al blanco perfecto, si es que eso era posible.

—Iluminador. Muchas gracias, Yoginanda. Sería interesante escuchar ahora alguna reflexión desde la biología —propuso Clisteneo.

Supuse que convocaría a mi amigo Juan o, mejor dicho, a Wallace. Pero no fue así.

—Aphrodisias, por favor —solicitó el coordinador.

Me estremecí al ver de quién se trataba. Aquella mujer me hacía sentir que mi vida no era la de siempre. Solo cuando comenzó a hablar pude volver a concentrarme, aunque seguía subyugado.

—He elegido Aphrodisias como seudónimo, pero quiero aclarar que no encierra connotación erótica alguna —su introducción despertó sonrisas.

Apenas había comenzado y ya tenía ganas de interrumpirla. Tuve ganas de decirle: "Disculpame, pero discrepo".

—Soy bióloga. Se ha demostrado hasta el cansancio que todo en la naturaleza responde a opuestos y complementarios —dijo deslizando sus palabras con tono sensual y suave sonrisa—. Todo en el universo es una danza creativa a partir de la sexualidad. Sexualidad, concepto que merece ser diferenciado de otra palabra con la que habitualmente se la confunde: genitalidad. La sexualidad se halla tanto en la creación de las galaxias y estrellas como en las especies de la Tierra. El amor de los complementarios, esos que simbolizan la fertilidad propia de la Creación. De ahí la connotación de mi seudónimo. Lamentablemente no ha podido venir nuestro maestro, Humberto Maturana, pero con mi colega Wallace trataremos de exponer sus pensamientos y también algunos aportes propios —dijo dirigiendo su mirada a Juan.

No podía creer que fuese amiga de Juan Basanio. Intenté descifrar su país de origen a partir de una entonación particular que se escuchaba a veces, a pesar de su perfecto inglés. Finalmente arriesgué: debía ser chilena.

—Nuestro maestro plantea que uno de los mayores problemas a resolver es cómo devolverle la confianza a la vida humana.Para el ser humano, la confianza en la vida solo puede ser restituida a través del reencaje con la naturaleza. Tengo la esperanza de poder explicar este concepto en forma sencilla y comprensible —auguró—. Aquí en la Tierra existen seres vivos, incluidos nosotros, que responden a una

particularidad formativa. La principal característica de los seres vivos terráqueos es que sus cuerpos, con sus formas, órganos y sentidos, responden a las características particulares del medio ambiente donde se van a desarrollar y desenvolver. Formas que de alguna manera podríamos considerar efecto del "matrimonio" entre la Tierra y el Sol. Si analizamos a los animales, notaremos que todos nacen con una característica común: tienen forma. Formas diversas, algunas hasta extravagantes. Pero a pesar de sus enormes diferencias, todas esas formas "encajan" con su hábitat natural. Esa adaptación es lo que les permite vivir. Formas que se desarrollan desde la genética pero que funcionan como si estuviesen dependiendo de particularísimos planos de arquitectura. En eso se basa la Teoría de la Evolución: en un encaje tal que resulte sustentable con el medio. A diferencia de los humanos, los animales no necesitan hacerse planteos sobre la adaptación. Nacen con la confianza intrínseca, indisolublemente ligada a eso que denominamos instinto, de que sus formas encajarán perfectamente con la naturaleza. Son esas formas encajadas las que les permitirán alimentarse, ingerir agua, construir su refugio. Probablemente ese sea el secreto de la evolución de la vida. Algo tan simple como eso, formas en resonancia con el medio, formas encajadas. Formas complementarias como el macho y la hembra, como el yin y el yang.

El Rompecabezas del Universo produjo un cambio en sus coloraciones, nuevamente tendiendo al blanco. Me pareció que, quizás, un poco más que en ocasiones anteriores.

—Consideremos ahora lo mismo, pero desde otra perspectiva —continuó Aphrodisias mientras mostraba cierta sorpresa por los cambios en el misterioso círculo—. Hace ya muchos años que mi padre me planteó un maravilloso problema relacionado con los mecanismos de defensa utilizados por la naturaleza. Todos sabemos que ante una situación de agresión o peligro, una abeja tiene dos opciones: escapar o atacar. En caso de optar por la segunda, picar, utilizará su aguijón. Y no existen dudas de que actúa por instinto —recalcó—. Aunque de Perogrullo lo que he dicho, lo interesante es preguntarnos por qué sucede de esa manera. Para haber llegado a ese diseño de su forma, que le es útil como arma de defensa, en algún

lugar debe existir suficiente inteligencia como para saber qué le produce daño al atacado. Y en este caso saber, con certeza, que el atacado debe, necesariamente, sentir dolor para que su ataque resulte efectivo. Sin planteo intelectual alguno, la evolución ha llevado al diseño de las formas de la abeja, a la certeza de que su aguijón resultará eficaz. Sobre ese punto podemos reflexionar ¿Cómo saben, una abeja o una rosa, que su atacante posee sensibilidad y que su mecanismo de defensa le producirá dolor? Sin duda existe inteligencia en algún lugar de esa plantilla formativa. ¿Cómo aplicamos estos conceptos a la vida de los seres humanos? Parece que hemos creado grandes problemas a partir de nuestras mentes racionales y de los modelos desarrollados para vivir en sociedad. Uno de los más importantes es haber concentrado gran parte de la vida en ciudades. Y es evidente que es precisamente en las urbes donde no se verifica ese encaje natural entre las formas del ser humano y la naturaleza. Los grandes inconvenientes de las ciudades derivan del simple hecho de haber perdido contacto con la tierra: necesidad del uso de preservantes y congelación de los alimentos, poca disponibilidad de agua potable y el agregado de cloro y tantos otros factores que ustedes bien conocen. Para plantearlo de otro modo, los importantísimos avances en derechos de los ciudadanos en Grecia y Roma, los Derechos del Hombre durante la Revolución Francesa y los Derechos Humanos en el siglo XX, no han asegurado derechos mucho más simples, y que me gusta denominar Derechos de los Animales. ¿Qué son esos derechos? Los que responden a la confianza en que por el solo hecho de haber nacido en este planeta nuestras formas necesariamente encajarán con su medio, y que serán suficientes para obtener cuatro cosas: alimento, agua, transporte y refugio. La pregunta siguiente entonces sería: con todo lo que hemos creado los humanos, ¿nos hemos asegurado los mismos derechos de los animales? En situaciones de correspondencia natural, como las de nuestros ancestros remotos, se obtenía agua de ríos o arroyos, se trabajaba la tierra o cazaban y pescaban para obtener alimentos. ¿Cómo satisface la humanidad esas necesidades básicas? Al no poder hacer encajar nuestras formas con una obtención natural de las

necesidades básicas, hemos adoptado un medio para adquirir aquello de lo que nos hemos alejado: el dinero. Los Estados cobran altísimos impuestos para mantener esa dirección. En los países más desarrollados, un individuo tributa aproximadamente la mitad de su trabajo cada año. El modelo podría no ser tan malo si los administradores de esos recursos aseguraran a todos los ciudadanos la provisión de esas carencias básicas derivadas de la falta de encaje con la naturaleza. Lamentablemente, los resultados a la vista demuestran que el modelo es un fracaso, al menos para las mayorías. La mayor parte de los Estados no han logrado siquiera proveer agua a sus habitantes, mucho menos de manera gratuita por el solo hecho de haber aceptado vivir en sociedad y pagar impuestos.

El círculo perdió su tonalidad tendiendo al blanco y yo no entendía por qué. Lo que había dicho era una realidad. ¿Por qué se habrá opacado?, me cuestioné. Después de unos segundos concluí que más allá de que lo que había dicho Aphrodisias eran verdades, tal vez había planteado la última parte de manera algo confrontativa. Quizás el nuevo paradigma solo aceptará modalidades pacifistas, evitando mencionar los aspectos negativos. Solo soluciones positivas. Mencionaría esto cuando me tocara hablar.

—Dos mil millones de humanos sufren hoy déficit de agua potable —prosiguió Aphrodisias, pero ahora con voz más amorosa—. ¿Qué hemos hecho con nuestro encaje con la naturaleza? Seguimos desarrollando precisas tecnologías de destrucción, pero no tomamos las riendas de problemas tan básicos como la provisión de agua. ¿Podremos cambiar? ¿Podremos volver a encajar con el medio natural, del que también estamos constituidos y somos parte, por el solo hecho de existir como seres vivientes en este bendito planeta?

¡Fantástico!, pensé. Pero inmediatamente me pregunté si me habían impactado sus palabras o quien las había dicho.

Al término de su exposición, como había sucedido con el resto de los oradores, se impuso el silencio para la decantación de ideas.

Seguramente también como señal de respeto a quien había hablado. Recordé un concepto oriental. Afirma que si verdaderamente respetamos a quien está dialogando con nosotros, debemos escucharlo

con la mente en blanco. No deberíamos permitir que pensamientos personales invadieran nuestra mente mientras otro nos habla. Tal actitud es una manera de cultivar la percepción plena y de demostrar respeto por el prójimo.

No era mi caso. No lograba hacer buen uso del silencio. Mente y cuerpo eran traspasados por infinidad de pensamientos y sensaciones. No podía dejar de mirarla. La atracción era demasiado fuerte, y ahora además admiraba su inteligencia.

Fue entonces cuando Aphrodisias, ya sentada, dejó sus anotaciones, y como si hubiera percibido mi llamado mental, levantó la cabeza y fijó en mí aquella intensa mirada de ojos color miel, casi amarillos. Con la timidez de un niño, intimidado por la posibilidad de que descubriese lo que estaba sintiendo, sin saber qué otra cosa hacer, levanté el pulgar a modo de emperador romano y luego bajé la vista. Al volver a alzar el rostro, ella seguía allí. Ahora, en un choque de almas extremadamente intenso, esbozó algo así como una sonrisa de complicidad.

Clisteneo invitó a tomar la palabra a un hombre mucho más joven que el resto, alto, delgado y atlético, de cabello rubio y ojos azules. Lo único que no encajaba en aquel conjunto era su larga, delgada y algo torcida nariz aguileña.

—En este encuentro soy Corpus. No he sido muy creativo al elegir este seudónimo ya que mi terreno de investigación es el cuerpo humano y su funcionamiento —sonrió casi infantilmente—. Me dedico a la inmunología y a la fisiología, y mi aporte será breve… Lo que Aphrodisias ha dicho coincide exactamente con el funcionamiento de nuestros cuerpos. Debemos remontarnos a 1894, cuando Paul Ehrlichdescubrió el funcionamiento de la cadena de producción de anticuerpos. En ese modelo cada célula elabora una gran variedad de receptores en su superficie, con una multiplicidad de formas de lo más disímiles. Cuando un antígeno agresor ingresa al organismo, por ejemplo una bacteria o un virus, su forma particular es reconocida por un receptor celular, con forma exacta pero complementaria. Un mecanismo de encaje a través de formas complementarias de tipo llave y cerradura. Macho y hembra. Más tarde se dieron cuenta de que

los receptores no existían previamente. Que los anticuerpos, en su variadísima gama de receptores de superficie, son sintetizados pero utilizando el antígeno como modelo, tomándolo como molde para fabricar la forma complementaria. Dicho de otra manera, solo cuando el antígeno ingresa al organismo se selecciona el anticuerpo complementario, induciendo a la formación adicional de ese anticuerpo en particular. Es lo que hoy técnicamente se denomina "mecanismo ligando-receptor". Confirmando lo ya dicho entonces, también las células responden a ese mecanismo de encaje que existe en toda la naturaleza. Y el cuerpo lo usa tanto para enviar mensajes como para reconocer lo propio y lo extraño. En síntesis, es indudable que la naturaleza opera produciendo formas con encaje complementario. Como dijo quien me ha precedido, la vida misma parece basarse en la confianza que despierta el encaje de las formas.

—Fíjense lo que ha sucedido en el Rompecabezas. Parece que devolver la confianza a la vida nos está permitiendo acercarnos —comentó Clisteneo—. Quizá avancemos un paso más si analizamos la relación entre las propiedades de los cuerpos humanos y la gravedad terrestre. Para eso tenemos la suerte de contar entre nosotros con un exastronauta. Laicus, por favor —anunció Clisteneo mientras se ponía de pie un hombre alto y corpulento. Un sexagenario con cabellera blanquecina que intentaba ocultar tras un evidente teñido amarillento. Su fisonomía era impactante.

—Mi seudónimo hace honor a aquella perra rusa, Laica, el primer ser vivo en viajar al espacio en 1959.

Su acento era duro y trabajoso, quizá Laicus fuera oriundo de Rusia.

—En efecto, lo dicho por los oradores previos se corresponde con lo que se ha descubierto que sucede con los cuerpos en ausencia de la gravedad terrestre, fuera de su "encaje". Los cuerpos de los seres vivos están específicamente diseñados para responder a la gravedad de la Tierra. No son eficientes fuera de ella. La plantilla formativa de nuestros cuerpos, o si se quiere expresarlo con conceptos modernos, su campo mórfico, contiene exclusivamente la información de las propiedades correspondientes a la fuerza de gravedad terrestre, y en base a ella los construye y va adaptando su evolución. Este concepto

parecería una obviedad y sin demasiado sentido práctico si no considerásemos qué nos pasaría bajo otras condiciones, bajo una fuerza de gravedad distinta, en algún otro lugar del majestuoso universo. A partir de Einstein sabemos que la gravedad existe en casi todo el universo y, también, que el espacio-tiempo consta de cuatro dimensiones. El tiempo, la cuarta —aclaró—. La gravedad produce la deformación de lo que llaman el tapiz del espacio-tiempo, deformándolo como si apoyásemos una bola pesada sobre una plancha de látex. Sabemos que la gravedad no es uniforme. La Luna, por ejemplo, tiene aproximadamente un sexto de la gravedad terrestre. En espacio vacío no hay gravedad o es casi nula. De manera tal que los cuerpos vivientes de la Tierra, aquí tan útiles, resistirían muy poco en algún lugar con mucha menor gravedad.

—¿Podría contarnos —intervino Clisteneo— qué sucede entonces con los cuerpos de los astronautas bajo esa microgravedad durante tiempos prolongados?

—Encantado. Se ha descubierto que el espacio exterior afecta al cuerpo humano de muchas maneras —respondió—. Enumeraré las consecuencias devastadoras que ocurren sobre el cuerpo en ese contexto. Espero que no resulte demasiado técnico y seguramente se sorprenderán al escuchar todo lo que le sucede. Pérdida de hueso a una tasa de 1 a 1,5 por ciento por mes, produciendo cambios similares a lo que conocemos como osteoporosis. Aumento de riesgo de contraer cálculos renales y fracturas óseas, ambas patologías asociadas al proceso de desmineralización. Pérdida de masa muscular y de fuerza, especialmente en los miembros inferiores. Disminución de la función cardíaca, con posibilidad de arritmias y redistribución de los fluidos corporales, de los miembros a la cabeza. Alteraciones en el sistema neurovestibular, que conducen a la desorientación. Disminución de la coordinación neuromuscular y, finalmente, disrupción severa del ciclo circadiano, el que regula rítmica y horariamente nuestras hormonas, pero de manera muchísimo más intensa que lo que sucede con el jet lag cuando cambiamos de huso horario. Disminución del volumen sanguíneo, inmunodeficiencia y disminución transitoria de los glóbulos rojos.

—¡Una verdadera catástrofe corporal! —exclamó Clisteneo.

—Una verdadera catástrofe —continuó Laicus— para estos maravillosos cuerpos que parecen tan perfectos en su ámbito de encaje. El medio ambiente espacial contiene rayos cósmicos galácticos, iones pesados como el hierro con el agregado de electrones, protones y neutrones. Semejantes radiaciones pueden producir cataratas y cáncer, y afectar muchos procesos fisiológicos. Como si todo esto fuera poco, se puede sufrir hipotensión ortostática, es decir disminución de la presión arterial. Evidentemente, nosotros y todos los seres vivos estamos diseñados para funcionar bajo esta gravedad específica, bajo la intrincada simbiosis entre los cuerpos y las propiedades emergentes de lo creado por ese "matrimonio" entre la Tierra y el Sol. Somos producto de nuestro planeta y ese plan perfecto funciona, exclusivamente, con esta gravedad y estas condiciones de medio ambiente. Nuestras formas responden al medio ambiente y a sus fuerzas. Y nosotros también somos esas fuerzas. En definitiva, si queremos encajar, no podemos nadar contra la corriente de sus leyes —afirmó mientras suspendía su disertación por lo que estaba sucediendo.

Mientras el círculo viraba al blanco nuevamente, Sebastián, evidentemente perturbado, se había acercado a Segismund. Le hablaba al oído. El auditorio permanecía en silencio, pero tenso. Llamativamente, el mágico líquido viró casi hasta el negro absoluto. ¿Estaría captando nuestros estados de ánimo?

Las facciones de Segismund, repentinamente, se habían crispado.

—Disculpen, estimados amigos —dijo con voz firme pero sin poder ocultar su enorme carga de angustia—. Ha sucedido lo peor… Nos han localizado y es urgente la evacuación. Se encuentran a dos kilómetros y avanzan decididamente en esta dirección. ¡Pero no desesperen! —trató de contenernos en nuestros asientos—. Según los cálculos de nuestra seguridad, creemos que no lograrán alcanzarnos. Avanzan cien metros cada tres minutos, lo que aproximadamente nos da una hora para evacuar. Y lo haremos en mucho menos tiempo. ¡Queda suspendido temporariamente el encuentro! Por favor, no se vayan aún —solicitó ante el movimiento de algunos que empezaban a

incorporarse—. Debemos darles algunas indicaciones imprescindibles para la evacuación.

36

La tensión en el auditorio era insoportablemente angustiosa.

Aunque sin llegar al descontrol, la mayoría había perdido la quietud y la armonía dominantes durante el encuentro. Sebastián se retiró corriendo del recinto de una manera que permitía sospechar que no todo estaba realmente bajo control.

—No sabemos qué los guió hasta nosotros —retomó Clisteneo con una manifiesta carga de intranquilidad. Sospeché que estaba ocultando algo—. Les pediremos en un momento que recojan sus mochilas y sigan al guía a la cueva vecina —dijo señalando a otro de los miembros de la seguridad—. Si alguien no la ha traído, avísele a seguridad, ellos se la entregarán más tarde. Tendrán que descender unos escalones de piedra un tanto irregulares, traten de evitar caídas. Una vez abajo encontrarán los botes. Ya han sido asignados los lugares. Se les indicarán al llegar. Cuentan que este río subterráneo era utilizado por los incas. La corriente los llevará sin esfuerzo. Debido a la hora, a menos de tres kilómetros se confundirán con un sinnúmero de turistas que estarán haciendo rafting. Cuando arriben al puerto de desembarque los estarán esperando los transportes terrestres. Gracias por el saber compartido y por querer servir a la evolución de la gran familia humana. Ya ven que no nos resultará fácil, ¡pero insistiremos! Hasta pronto. ¡Suerte a todos! —deseó Segismund haciendo una breve pausa para tomar aire—. ¡Me olvidaba! —gritó cuando todos, aceleradamente, nos estábamos poniendo en movimiento—. Recuerden esto: la próxima clave a seguir será Arcturus. ¡Disfruten el escape! —concluyó un poco más distendido según reflejaba su sonrisa, tal vez algo forzada.

El peligro acechaba pero prometía una aventura que no me disgustaba del todo. De alguna manera, en poco tiempo me estaba convirtiendo en un experto en escapes.

Noté que los asistentes se comportaban de manera bastante controlada. Tomaron sus mochilas y se dirigieron al lugar de embarque en orden y aparente calma. Me pregunté cómo habría reaccionado ante una circunstancia similar pero en otro entorno, entre otra gente. Imaginé que si se tratara del escape de un cine o un teatro, habría corrido descontroladamente. ¿Quién sabe?, pensé a continuación.

Una vez que bajé la escalera de piedra, me acerqué disimuladamente a la mujer que tanto me deslumbraba, aunque no era momento para iniciar un diálogo. Había poco tiempo y debíamos utilizarlo bien. La tensión se palpaba claramente en aquel silencioso ambiente en el que solo se escuchaba el marcado sonido de los pasos.

Pero debía decirle algo, conciso. Significativo pero también coherente con lo que estaba sintiendo. La tomé del antebrazo con suave firmeza. Sabía que no debía romper la regla de seguridad pidiéndole información personal, aunque ganas no me faltaban. Después de mirarla brevemente a los ojos, me acerqué a su oído.

—Creo que deberíamos darnos la oportunidad de conocernos —le susurré lo primero que se me ocurrió.

Se limitó a mirarme a los ojos, pero en silencio.

Dudé entonces si me había equivocado o apresurado. Pero de pronto la mirada de sus ojos color miel cambió. Sentí que me acariciaba el alma.

—Sucederá si corresponde —dijo al tiempo que, acercando lentamente su cara, me dio un suave beso en la comisura de la boca estremeciendo mi columna vertebral.

Mi corazón palpitó más fuerte que nunca.

—¡Debemos apresurarnos! —ordenó acercándose uno de los guías —. Aphrodisias, bote número cuatro. Parsifal, al último bote.

No nos quedó otra alternativa que abordar los botes asignados, distribuidos según los transportes que tomaríamos al desembarcar. Íbamos tres participantes y un piloto en cada bote. Mientras nos colocábamos deprisa las camperas y los pantalones de agua, casco y chaleco salvavidas, la miré. La intuición me dijo que no sería la última vez.

Como era previsible, Juan Basanio y yo fuimos ubicados en el mismo bote. El tercer pasajero era una mujer, brasileña o portuguesa, de unos cincuenta años. No había expuesto, por lo cual ignoraba quién era y a qué se dedicaba.

Como la corriente del río interior era mínima tuvimos que remar. A unos doscientos o trescientos metros salimos al exterior, acoplándonos al vertiginoso cauce del Atuel. Preocupado, miré corriente arriba para ver si divisaba a nuestros perseguidores, pero no detecté señales de ellos. Comentamos que habíamos salido al río mucho más abajo que el lugar donde se encontraban las cuevas. Como si hubiésemos tomado algún tipo de atajo. En cualquier caso, parecíamos ejemplares perfectos de turismo aventura.

La corriente nos transportaba con velocidad cambiante entre los rápidos, entre peligrosos y divertidos. Noté que se habían tomado precauciones para que los botes fueran de distintos colores y modelos, lo mismo que la indumentaria de los pasajeros. Solo los del mismo bote vestíamos igual.

En el camino, y sin dejar de atender las instrucciones del piloto, volví a pensar en ella. Desde hacía años estaba convencido de que jamás volvería a sentir nuevamente aquella olvidada pasión juvenil. ¿Amor?

Una dramática advertencia del piloto me sacó abruptamente de mis pensamientos.

—Allí vienen —nos advirtió gritando mientras miraba hacia atrás.

En efecto, venía acercándose un bote con tres hombres vestidos con trajes de agua negros. Estaba a unos setenta metros. Era un bote más grande que el nuestro. Dos remaban y otro parecía portar un arma larga. Instantes después escuchamos disparos.

—¡Agáchense todo lo que puedan! —nos ordenó el piloto.

Dos balazos impactaron contra uno de los lados del bote, que por tener compartimientos estancos no se hundiría por el momento. Con lo poco que entendía de armas deduje que se trataba de un fusil automático. Ahora no solo teníamos que cuidarnos de ser despedidos del bote por las turbulentas corrientes, sino también de las balas.

La segunda andanada de disparos resultó fatal. Dos balas

traspasaron el tórax de nuestra acompañante brasileña produciéndole una muerte inmediata.

—¡Arrojen el cuerpo al agua! —nos ordenó.

Nos miramos con Juan sin saber qué hacer.

—¡Sáquenla del bote, ya! ¡Después me encargaré de eso!

Lo obedecimos automáticamente. El cuerpo se perdió entre las aguas.

—Agáchense, que viene la parte más difícil. Máxima atención y sigan mis instrucciones.

Así lo hicimos. Nuestro piloto hizo una repentina y abrupta maniobra que nos salvó casi milagrosamente de chocar contra una enorme roca en el medio del río. El bote había llegado a ponerse casi de costado y tuvimos que balancearlo yendo hacia el lado elevado para evitar que se diera vuelta.

Esa misma roca nos salvaría instantes después. En su afán por eliminarnos, el portador del fusil se arrastró para ubicarse en la proa unos segundos antes de enfrentar a aquella gigantesca roca. Su posición impidió que los remeros la viesen a tiempo. No pudimos ver nada más hasta que poco después nos alcanzó el bote, vacío.

Solo entonces nuestro guía pudo comunicarse por radio.

—Por suerte nada ha sucedido con el resto de la gente —nos tranquilizó.

Empapados, seguimos río abajo. Unos diez minutos más tarde sucedió lo que nos habían anticipado. A orillas del río un grupo de turistas estaba embarcando, y otro grupo acababa de partir.

—Salúdenlos. Griten como si estuvieran excitados por la travesía —nos sugirió, aunque en tono casi de orden.

Para entonces yo había tomado el otro remo para ayudar a nuestro guía. Seguimos enfrentando rápidos otros quince minutos, hasta que por fin la corriente disminuyó. Los tres reímos, con enormes ganas, liberando la gran tensión acumulada. Poco después nos acercamos al puerto de desembarco. Estaba lleno de gente y de un buen número de botes de goma y kayacs. A orillas del río había un bar con mesas al aire libre repleto de personas que, luego de su aventura, se habían sentado a tomar algún refresco y a comer un sándwich. Me dieron

ganas de hacer lo mismo, aunque sabía que no era posible.

—Una vez que amarre quítense la ropa náutica y déjenla en el bote. Desembarquen sin demostrar apuro —nos advirtió a pocos metros de la llegada—. Luego busquen una camioneta Renault en el estacionamiento. Verde. La patente termina en 034. Actúen con naturalidad, por favor. Fue un placer haberlos acompañado —dijo mientras intercambiábamos intensos apretones de manos mojadas. Ambos le agradecimos habernos salvado la vida.

Ubicamos la camioneta. Juan se sentó en el asiento delantero. Al volante estaba nuevamente Carlos.

—¿Cómo están? —nos preguntó serio.

Debió pensar que estábamos enojados porque ninguno le respondió. Seguíamos padeciendo el enorme estrés de la persecución.

—Fue muy grave lo que les pasó. Pero ya está —dijo volteando la cabeza por un instante dirigiéndose a mí, mientras nos desplazábamos por la ruta a velocidad moderada—. Los voy a llevar a General Alvear, a unos cien kilómetros de aquí. Allí deberán esperar hasta las ocho de la noche, hora de salida del ómnibus. En el bar de la estación, en unas horas, podrán confundirse con la gente que estará mirando el partido de la Selección. Manténgase separados pero en estado de alerta. A eso de las ocho menos veinte diríjanse a la terminal de ómnibus. Aquí tienen sus boletos. Vayan separados y en la estación no se hablen. En ningún momento den señales de conocerse. En caso de necesidad imperiosa, por su seguridad, dialoguen en algún lugar retirado y sin gente. En el baño, por ejemplo. Los asientos del ómnibus son contiguos.

Permanecimos en silencio el resto del viaje, cada uno inmerso en su propio mundo interior. Un kilómetro antes de llegar a General Alvear paramos en un descampado bajo el cobijo de unos árboles. Allí nos devolvió nuestras pertenencias.

—Lo mejor para ustedes —nos auguró a modo de despedida.

En cuanto Carlos partió, antes de separarme de Juan, no pude contenerme.

—Juan, necesito hacerte una pregunta. ¿Cómo se llama tu amiga, la bióloga chilena?

—Jajaja. ¡Lo sabía! —me respondió con entusiasmo—. Te golpeó fuerte, ¿no? Casi un knock out. Pero no sé si debo decírtelo. Por seguridad… —ironizó.

—Por favor.

—Okay, pero solamente su nombre. Se llama Vicky.

—Mil gracias, amigo. Te debo una —le confesé sonriente.

Nos separamos. Eran las primeras horas de la tarde y faltaba mucho para abordar el ómnibus. Una botella de agua de litro, un sándwich y varios cafés me acompañaron hasta la hora del partido. Para entonces ya había logrado distenderme, de manera tal que varias veces me sumé a los gritos de la gente ante las jugadas de peligro.

Juan, en cambio, permaneció en una mesa distante, leyendo y tomando té. Evidentemente no lo atraía el fútbol.

Durante el tiempo que permanecimos allí, ninguno pudo evitar mirar quién ingresaba cada vez que se abría la puerta.

Una vez más, había salido ileso de un ataque de STRAPP. Sentí que me estaba convirtiendo en un hueso duro de roer para ellos, y no pude dejar de preguntarme: ¿Cuántas vidas más le quedarán a este gato?

37

Marzo de 2001, Buenos Aires

Nada sería igual después de aquel inconcluso encuentro en la cordillera. Demasiada movilización, en todo sentido. Si a lo sucedido le agregaba la conversación con Guillermo y aquella tarde en Recoleta, el cuadro era desesperante.

A pesar de todo, y no sin dificultad, con el paso de los días logré retomar el ritmo normal y la rutina. Diálogos con compañeros de trabajo, con mis hijos vía telefónica o e-mail, encuentros con algunos amigos y conocidos, golf algunos fines de semana.

Me había convencido de que la mente tiene su propio mecanismo de curación, siempre haciéndonos olvidar lo que nos daña. O tal vez archivándolo en cajones herméticamente cerrados. En cualquier caso, aunque quisiese, ya no podría volver atrás.

Lamentablemente no tenía con quien compartir lo que me había sucedido. Mi única alternativa era Juan, pero habíamos decidido no vernos ni hablar por teléfono, salvo que ocurriera algo extremadamente grave.

En rigor, mi rutina sufrió un par de cambios. Modifiqué mis lecturas. Entre los temas planteados por Guillermo y los del nuevo paradigma, opté por estos últimos. Como lo había señalado aquel extrañísimo Rompecabezas, por el camino de lo positivo y alejado de las confrontaciones y conflictos.

Por supuesto, conocía mis enormes limitaciones. No me proponía adquirir conocimientos tan profundos como los de los participantes, sino lograr cierta visión holística como la que ellos habían demostrado.

Me resultaba complicado seleccionar mis lecturas, hasta que encontré una solución: me dejé guiar por la intuición. Entraba a una

librería, me detenía e intentaba sentir qué libro tomar de los estantes. Luego, al leer las contratapas, corroboraba su pertinencia. Me habían contado que esa modalidad era una subcategoría dentro del fenómeno de la sincronicidad. "Ángel de biblioteca" denominan a la sincronicidad aplicada a los libros.

Me sorprendía al comprobar que la mayoría de las elecciones hechas de esa manera encajaban perfectamente con lo que había escuchado en la cordillera, sobre lo que necesitaba informarme.

También dejaba que la intuición guiara mi modo de leer. Aprendí a limitarme a identificar la primera sensación que los libros me producían antes de someterlos al análisis racional. Cada nuevo conocimiento, instantáneamente, me producía la sensación de ser valedero, evidente, irrelevante, falso. En ese período leí varios inspiradores ensayos sobre el nuevo paradigma: Ervin Laszlo, Ilya Prigogine, Rupert Sheldrake, Humberto Maturana, Fritjof Capra, Deepak Chopra, Edgar Mitchell, entre ellos. Sin dudas, alguna extraña fuerza me había convertido en un lector insaciable, en uno de esos seres poseídos por esa misteriosa llama que los obliga a aprender.

En el foro había comprendido que el mayor de los problemas de la humanidad radicaba en cómo se pensaba, y eso dependía de las bases, en este caso, de las creencias utilizadas para decodificar la naturaleza de la realidad. Decidí entonces, y solo a modo de juego ya que no era mi responsabilidad, pensar formas de implementar a nivel masivo el nuevo paradigma que se diseñase. La verdad es que continuamente fracasaba. No tenía idea de cuál podía ser el camino.

El otro gran cambio ocurría en el mundo de mis sentimientos. No pasaba un día en el que no recordara a Vicky, su enorme ternura flotando como un hada en mi pantalla consciente. Nunca antes había extrañado. Siempre sentí que a los seres que amaba los tenía "entrañados". Dentro de mí. Y eso hacía imposible extrañarlos, estuviesen donde estuviesen. Llevaba su amor dentro, en algún lugar de mis entrañas.

Con Vicky no pasaba lo mismo. Solía imaginar cómo sería nuestra vida juntos. ¿De qué hablaríamos? ¿Qué sentiríamos? Cuando me encontraba en algún lugar agradable, el deseo inmediatamente la

colocaba a mi lado. Una fuerza muy poderosa había tomado control de mis sentimientos, y yo no tenía idea de cómo canalizarla.

38

Era sábado por la mañana, promediando el otoño. Desperté con mi habitual deseo de tomar café y leer el diario. Camino a la cocina, en calzoncillos y remera ya que no me gusta utilizar pijamas, abrí la puerta en busca del matutino que diariamente me deja el encargado. Junto al periódico había algo que me llamó poderosamente la atención. ¿Una postal?

Con el fax y luego Internet, hacía años que no recibía ni veía una de esas tarjetas que familiares o amigos enviaban cuando viajaban, una costumbre completamente en desuso.

Tenía impresa una magnífica foto de Estambul, una imagen típica que varias veces había visto en anuncios publicitarios. Mostraba las cúpulas de sus mezquitas bañadas por un intenso dorado durante uno de los mágicos atardeceres de aquella gran capital, punto de unión de Oriente y Occidente.

Extraña postal. No provenía de Turquía sino que había sido estampillada en Brasil. No tenía remitente. Tampoco mensaje alguno escrito a mano, una de esas frases típicas como “Desde este lugar tan maravilloso, te recordamos con mucho cariño, firmado tal y cual”. Solo había un texto impreso, en letras poco llamativas, casi disimuladas:

2nd International Annual Convention
Ciragan Palace Kempinsky
Istambul, Turkey
May 23/27, 2001
Arcturus Foundation

¡La clave! ¡La citación tan esperada casi cinco meses después! Pensaba que luego del incidente en la cordillera habían abortado

definitivamente el Plan. Pero esto abría una nueva puerta para seguir con el análisis de un nuevo paradigma. Y para reencontrarme con Vicky…

Tuve que controlar mi ansiedad hasta la mañana del lunes, cuando me dirigí a la agencia de viajes.

—Necesitaría comprar un pasaje de avión y averiguar sobre un hotel en Estambul —le solicité a la agradable joven que me atendió. Marcela, indicaba la identificación que colgaba de su escotado pectoral izquierdo, por cierto bastante llamativo.

—Comencemos por el pasaje… ¿Me dijo a Estambul?

—Así es, Estambul.

—¿Fecha? —preguntó mientras tecleaba en su computadora.

—Necesitaría estar allá la mañana del 22 de mayo. El regreso probable sería el 28. No —cambié de parecer—. ¿Es posible dejar la vuelta abierta? Tal vez me quede un tiempo más.

—Por supuesto, solo que lo encarece levemente.

—Si no es mucho…

Pensé que si todo salía como lo presentía, podría quedarme unos días y viajar con Vicky a algún lugar.

—Es tan lindo Estambul… —acotó la joven levantando la vista de la pantalla mientras esgrimía una sonrisa—. Veamos… Para estar allá la mañana del 22 tendrá que salir el 20, llegando tarde la noche del 21. ¿Está bien?

—Perfecto.

—¿Me puede dar su número de pasaporte, por favor?

—16.716.914

—Hay lugar en el vuelo. El pasaje ya está reservado —me confirmó al cabo de unos segundos—. ¿Nombre del hotel? —me preguntó mientras seguía tecleando con agilidad.

—El hotel se llama Ciragan. Pienso que voy a necesitar una reserva desde el 22, saliendo el 28. Bueno… siempre que el precio también sea razonable.

—¡Mmm! —exclamó después de unos segundos—. Lamento decirle que el precio no tiene nada de razonable. En esa época los precios varían entre 400 y 800 dólares las habitaciones comunes.

—¿Tiene algo de particular para que cueste tanto? —inquirí contrariado.

—A ver… —tecleó y esperó unos segundos—. Parece que se trata de un antiguo palacio otomano que reciclaron como hotel, a orillas del Bósforo. Por lo que muestra aquí parece que tanto el palacio como el entorno son magníficos. Aquí dice que acaba de recibir la distinción de ser el segundo mejor hotel de Europa. Además, ahora veo que aunque quisiera reservar no podría —continuó la joven desalentándome aún más—. Para esa fecha, en pantalla aparece que está totalmente ocupado… Lo han bloqueado.

—¿Dice por quién? —pregunté comenzando a sospechar lo que sucedía.

—No, no lo dice, pero seguro que se trata de alguna convención —susurró sin dejar de mirar el monitor—. ¿Le busco otro hotel cerca?

—No, gracias —contesté. Especulé que ellos ya habrían hecho nuestras reservas, casi con seguridad invitándonos la estadía. En todo caso, una vez allí buscaría alojamiento en algún hotel de la zona—. ¿En qué compañía es el vuelo?

—Alitalia. Desde Buenos Aires, vía Roma. Desde allí tiene conexión a Estambul.

—¿La tarifa?

—Mil doscientos cincuenta y ocho dólares, impuestos incluidos.

—¿Hasta cuándo dura la reserva?

—Diez días corridos.

—Muchas gracias, la semana próxima vengo a emitirlo —le aseguré.

39

20 de mayo, Ezeiza-Fiumicino
21 de mayo, Fiumicino-Estambul

Con enormes expectativas me dirigí al aeropuerto de Ezeiza. Con dos horas de anticipación, como se solicitaba para vuelos internacionales en aquella época.

Considerando la posible presencia de STRAPP, había optado por transfigurar mi imagen. Era posible que mercenarios de STRAPP, o sus conexiones locales, estuvieran controlando el aeropuerto. Quizás hasta con fotos para identificarnos. De ser así, iba a darles trabajo. Tanto, que a mí mismo me costaba reconocerme frente al espejo. Barba crecida, cabello teñido color castaño oscuro, anteojos. Les había hecho colocar lentes neutras ya que no necesitaba corrección ocular.

¿Le agradaría a Vicky mi nueva imagen?

Después del check-in me senté a tomar un café. No logré disfrutarlo en paz por la obsesión persecutoria. Permanentemente alerta por si detectaba algún indicio de peligro en los alrededores.

El vuelo 681 de Alitalia despegó a las 13.35, tal como estaba programado. Mi obsesión no cesó dentro del avión. Solo un par, en clase ejecutiva, me parecieron sospechosos. También traté de encontrar a Juan, tanto en la sala de embarque como dentro de la nave. Infructuoso, no viajábamos en el mismo avión.

La aeronave llegó sin contratiempos al aeropuerto de Fiumicino a las 7.30 de la mañana del día siguiente. Después de pasar migraciones y aduana, estaba obligado a esperar varias horas hasta abordar la no tan cómoda conexión a Estambul, que salía recién a las 20.35.

Tenía tiempo suficiente como para visitar Roma por unas horas, pero varias razones me hicieron desistir. Una, la habitual dificultad del tránsito para ingresar y salir de aquella enmarañada ciudad. Era

un pretexto hipócrita. La verdadera razón era la posibilidad de que Vicky llegara en otro vuelo y nos cruzásemos en el aeropuerto.

Las dudas me habían torturado durante los últimos meses. ¿Saldría con alguien? ¿Seguiría viva aquella magia del encuentro en la cordillera?

El vuelo 702 de Alitalia arribó a Estambul a las 23.55. Sentía un enorme cansancio. Casi un día y medio para llegar, sumado a los estragos hormonales característicos por el cambio de horario.

Tomé un taxi. Durante el camino hacia el hotel sentí que recuperaba energía por la fascinación que producía aquella ciudad dominada por sus cúpulas iluminadas.

—Estamos cruzando el Cuerno de Oro —me anunció el taxista mientras atravesábamos un puente.

—Maravilloso —le respondí, también en inglés, aunque no tenía idea de dónde estábamos. No había suficiente luz como para identificarlo en el mapa que había pedido en el aeropuerto.

El marco del Bósforo, a la derecha, era imponente. Un par de kilómetros más adelante, después de dejar atrás la Torre de Gálata, fundada por los venecianos, según me explicó, pasamos frente a la entrada de un enorme palacio.

—¿Y este lugar tan impactante?

—El Palacio Dolmabache. Fue construido a mediados del siglo XIX por un sultán llamado Abdülmecit I —aclaró con aires de guía turístico experto.

—¡Ah!

—Tiene seis cuadras de frente que miran al Bósforo —continuó—. El fundador de la república turca, Atatürk, murió aquí en 1938. No deje de visitarlo, está muy cerca de su hotel. Le encantará.

Pocas cuadras más adelante se detuvo ante el Ciragan Palace Hotel, un palacio otomano que había sido ampliado con un hotel moderno de varios pisos.

—Muchas gracias por las explicaciones —pagué dejándole una buena propina—. Ha sido usted muy amable. Una magnífica recepción a Estambul.

—Gracias a usted —devolvió después de mirar el dinero—. Le

cuento algo… —agregó—. Si sigue caminando por esta calle, más o menos unos quince o veinte minutos, llegará a un barrio que está de moda, lleno de restaurantes. Ortakoy. El lugar ideal para ir a cenar con una bella dama o para encontrar alguna allí —sugirió riendo.

Ingresé a la espléndida recepción después de que un botones se hiciese cargo de mi equipaje. Nadie registrándose, tal vez por la hora. Tampoco vi demasiado movimiento en aquel espacioso y lujoso recinto. Solo un par de guardias de seguridad del hotel haciendo su ronda. Detrás del amplísimo mostrador atendía una joven rubia, de ojos claros, un tipo de mujer muy diferente al que creía que encontraría en aquella etnia, la turca. Después de darme la bienvenida, algo tímidamente pero con acogedora sonrisa, me preguntó si tenía reservación.

—Supongo… Pedro Ursus —le contesté.

Tecleó mi nombre antes de volver a hablar.

—Disculpe, pero no lo encuentro bajo ese nombre…

¡Qué tonto! Tendría que haber pensado antes. Me arrepentía de haber puesto en evidencia, gratuitamente, mi verdadera identidad.

—¿Podría estar bajo otro nombre? Todas las reservas que aparecen aquí aparentan ser seudónimos…

—Puede que esté a nombre de Parsifal —retomé tratando de calmarme.

Fue entonces cuando noté que otro recepcionista, un joven moreno de unos veinticinco años, también detrás del mostrador pero apartado unos metros, anotaba algo en un papel.

¡Imbécil!, continué recriminándome. Había cometido una equivocación que podía tener serias consecuencias.

—Sí señor, tiene habitación reservada —confirmó.

Sentí cierto alivio. Salir a buscar alojamiento a la deriva a esa hora de la noche no iba a ser para nada agradable.

—Habitación 911 —continuó—. Habitación single, ¿correcto? —asentí—. Le ha tocado una habitación magnífica, con vista al Bósforo. Por esos ascensores, por favor —dijo después de entregarme una tarjeta magnética—. En un par de minutos le harán llegar su equipaje.

—¿Necesita una tarjeta de crédito personal? —pregunté, ya que la

recepcionista no estaba siguiendo el procedimiento habitual. No quería que al rato me hicieran bajar.

—No señor. En el caso de ustedes los han puesto bajo una única cuenta, extras incluidos. La Fundación se hace cargo de todo.

—Muy amable —le dije.

La habitación era amplia, confortable y bastante lujosa. Lo primero que hice fue descorrer el cortinado. Debajo, una magnífica piscina iluminada parecía derramarse sobre el Bósforo. En el estrecho, a esas horas, solo se veían los reflejos de las luces de ambas márgenes. Maravilloso cuadro. Estaba feliz, exultante.

Segundos más tarde golpearon a la puerta. Después de depositar el equipaje, el botones me entregó dos sobres.

—Han dejado esto para usted.

—Muchas gracias —respondí mientras le daba una propina.

Coloqué el clásico cartel "Do Not Disturb" y cerré la puerta con bloqueo de seguridad. Me senté en la cama con los sobres en mano. Uno cerrado, grande pero sencillo, de papel madera. El más pequeño era uno de los clásicos, de color blanco y con el logo del hotel. En el frente, escrito a mano, decía "mensaje". Tenía la esperanza de encontrar un mensaje de Vicky pero decidí ejercitar el control de la ansiedad. Opté por desarmar la maleta, luego darme una prolongada ducha, y solo recién, dedicarme a los sobres.

Disfruté la expectativa, pero muchísimo más aquel baño. Los gruesos chorros parecían llevarse gran parte de mi cansancio. Volví a la cama envuelto con una robe de toalla blanca con el monograma del hotel. Rompí el sellado del sobre más grande. Contenía un folleto, una credencial y otros dos sobres más pequeños, también cerrados.

Comencé por la credencial:

C.O.S.T.A.S.
2nd International Annual Convention
PARTICIPANT

¿Qué significaban aquellas siglas? Me sorprendió la ausencia de toda mención sobre la Fundación Arcturus. Si no fuera porque había encontrado mi reserva y mi seudónimo en el sobre, habría asegurado

que me había equivocado de convención.

El folleto, en inglés y bajo el mismo nombre, C.O.S.T.A.S., detallaba el programa.

Día 22: libre
Día 23: 9 hs, Palabras de Bienvenida y comienzo de las sesiones
12 a 14, Almuerzo
14 a 18, Sesión de la tarde
19, Cocktail de inauguración
Cena: libre
Día 24: Mañana libre para turismo
14 a 18, Sesión de la tarde
Cena: libre
Día 25: Mañana libre para turismo
14 a 18, Sesión de la tarde
18.30 a 23: Paseo en barco por el Bósforo (puesta de sol: "imperdible")
Día 26: Mañana libre para turismo
14 a 18, Sesión de la tarde: Conclusiones y Diseño final del objetivo
Día 27: 9 a 12.30, Definición de política para implementación del objetivo
Tarde libre
20, Banquete de Clausura

Me pareció una excelente idea que hubieran dispuesto tiempo libre para conocer aquella mítica y lujosa ciudad que había servido de punto de convergencia de las culturas de Oriente y Occidente.

Tomé luego los sobres que acompañaban la credencial y el programa. Los dos me alarmaron. Sellados, su portada advertía:

ABRIR SOLO EN CASO DE EMERGENCIA

Superando el impulso de abrirlos, los guardé en la caja fuerte junto con el pasaporte, pasajes y dinero en efectivo. Había llevado nueve mil dólares. Durante el encuentro en la cordillera habían retenido

nuestras tarjetas de crédito, y supuse que ahí tampoco debería usarlas.

Después de programar mi clave personal, 1901, y cerrar la caja, tomé el sobre que venía con la palabra “mensaje”. Ya había esperado lo suficiente.

Día 22: ¿Desayuno en la piscina a las 9?
APHRODISIAS

¡Uouu!, exclamé mientras arrojaba la nota hacia el techo. Estaba conmocionado. Después de un rato de mirar televisión, pero con la mente proyectada cien por ciento en el encuentro de la mañana siguiente, logré dormirme con una sonrisa de felicidad.

40

Solicité que me despertasen a las ocho y media. Temía quedarme dormido por el cansancio del viaje. Al despertar me di cuenta de que me había dormido con el mensaje sobre mi pecho. El día ansiado finalmente había llegado.

Comencé por una breve ducha. Sorprendentemente, ya que hacía mucho había perdido la costumbre, me duché cantando. No puedo ocultar que me llevó bastante trabajo decidir cómo vestirme. Después de algunas pruebas frente al espejo opté por un look bastante clásico aunque poco original. Pantalón blanco, una camisa de un celeste profundo, zapatos náuticos y anteojos para sol.

Mientras bajaba el ascensor hasta el nivel de la piscina, me estudié varias veces en sus paredes espejadas. Caminé por la extendida terraza, mirando en todas las direcciones y un tanto nervioso, hasta que finalmente la divisé a lo lejos, sentada en una de las tantas mesas, acompañada por Juan. Lucía majestuosa, pero me decepcionó que la cita no fuera a solas.

Ellos me vieron cuando estaba a unos pocos pasos de la mesa. Respondí a sus sonrisas agitando la mano en alto.

Los saludos fueron extremadamente cariñosos, francamente sentidos. Con Juan un abrazo, con Vicky un beso seguido de otro abrazo, un tanto más prolongado. De alguna manera percibía que nos alegrábamos de seguir vivos. Me senté en el lugar que deferentemente habían guardado para mí, una silla con vista al Bósforo.

—¿Cómo han estado? —feliz, fui quien abrió el juego.

—Maravillosamente —contestó Juan—. No te creas que no nos hemos dado cuenta de tu cambio de look —agregó riendo.

Al ver que ambos soltaban una carcajada los acompañé, pero embarazado, ya que también me parecía que mi nuevo look rozaba con el ridículo. No atiné a otra cosa que pasarme la mano por el

cabello.

Ella estaba divina, tal como la había imaginado durante todo ese tiempo sin verla. Vestía blue jeans y una camisa blanca, suelta. Como si evitara exponer sus encantos físicos.

—Ya me contó Juan por lo que tuvieron que pasar en aquel río —Vicky cortó la risa con aquellas lúgubres palabras, cargadas de angustia.

—¿Y vos cómo estás? —le pregunté sospechando que algo le pasaba.

—Yo, tensamente preocupada.

—¿Por qué? —le pregunté sobresaltado.

—Sucede que también padecí una pésima experiencia —dijo con voz entrecortada—. Y ahora estoy segura de que se trataba de un miembro de STRAPP. Ya se lo conté a Juan —detuvo el relato pues llegaba el camarero con café y jugos.

—¿Sucedió aquí? —insistí una vez que el joven, casi con seguridad turco, se había retirado.

—No, en Santiago, en mi trabajo. Una semana antes de venir. ¿Quieres que te lo cuente?

—Por favor —le demandé.

—Una tarde se presentó en mi oficina un personaje extraño. Dijo que venía de los Estados Unidos y que quería contratarme para una investigación sobre una especie particular de algas. Supuestamente habían descubierto que podían ser útiles para disminuir el calentamiento global y que me necesitaban para una serie de experimentos con los que evaluarían sus posibles alcances.

—¿Cómo era físicamente? —quise saber.

—Alto, como de un metro ochenta y unos cuarenta años. Tenía tez blanca, ojos azules y pelo castaño, con marcadas entradas en sus parietales. Iba bien vestido con un traje oscuro. Supongo que tendría entre cuarenta y cinco y cincuenta años —repitió sin darse cuenta—. Si me preguntases por alguna seña especial, te diría que lo único llamativo era una bastante fea cicatriz en el dorso de la mano derecha.

—¿Y? —intervine ansioso. No podía manejar la espera.

—A los pocos minutos tenía que irme a escuchar una conferencia en

la universidad. Como me pareció un proyecto interesante, quedamos en seguir hablando al día siguiente. Nos reunimos en un pequeño restaurante, informal, un sitio donde se comen unos mariscos riquísimos. Se llama Azul Profundo. Todo parecía marchar bien. Luego comenzó a hacer preguntas.

—¿Qué te preguntó? —intercalé con angustia.

—¿Qué opina sobre el futuro del mundo? ¿Está conforme con cómo van las cosas a nivel planetario? —hizo una pausa para tragar saliva. Era evidente que le costaba relatar aquel episodio—. Le contesté que mi impresión era que todo marchaba de un modo previsible, pero que muchas cosas podrían cambiarse, para bien. "¿Por ejemplo?", me preguntó. Hasta ahí todo parecía normal, pero tras mi respuesta noté la transformación de su rostro. Ahí sospeché que algo raro sucedía.

—¿Qué le contestaste?

—Que tal vez necesitábamos cambiar algunos de nuestros paradigmas que nos atan al pasado y condicionan nuestra interpretación de la realidad. ¡Eso le cambió la cara!
—hizo otra pausa—. Intentando demostrar inocencia, agregué que de todas maneras eso a mí no me interesaba, que mi camino era la ciencia.

—¿Y terminó todo ahí? —inquirí.

—¡Ojalá! Volvió al tema de las algas por unos minutos hasta que, de pronto, una pregunta descolgada me descolocó. "¿Ha estado en la cordillera?". Le contesté que obviamente sí, que desde siempre, que vivía junto a la cordillera, como todos los chilenos. Fue entonces cuando la repregunta me dejó helada: "No, me refería a algún lugar del lado argentino, hace algunos meses. ¿Quizá cerca de Malargüe?".

—¡Uouu! ¿Qué le dijiste?

—Tuve que hacer una pausa para recomponerme. Sabía que no debía demostrar sorpresa. Luego negué conocer Malargüe con la sonrisa más tierna que pude fingir. Entonces volví al tema de las algas, como si nada hubiese sucedido. Lo que no sé es si terminó creyendo mi mentira.

—¿Y en qué quedó el asunto de las algas?

—Dijo que me llamaría en un par de días, después de hablar y

discutir con su oficina y con el laboratorio en Estados Unidos. Nunca más tuve noticias de él.

—Supongo que esta semana habrás estado bastante paranoica —especulé tratando de conocer su estado de ánimo.

—Sí, no la pasé bien. Volví a mirar hacia atrás cuando caminaba por la calle. Volví a tener temor al entrar a mi casa, ya sabes.

—Por suerte estamos todos aquí —agregó Juan.

—Bueno, cambiando de tema —dije intentando descomprimir las emociones mientras dejaba la taza de café sobre la mesa—. Tengo entendido que hoy tenemos día libre. ¿Qué tal un poco de turismo?

—Iba a proponer lo mismo —se sumó Vicky.

—Si no se ofenden, yo paso —se disculpó Juan—. Prefiero quedarme en esta maravillosa piscina. Tengo que repasar mi intervención para cuando me toque hablar.

—¡Libertad! ¡Libre albedrío! —le contestó Vicky riendo con su entonación chilena, casi cantada para el oído de un argentino.

Mientras terminábamos de desayunar, divirtiéndonos con historias y anécdotas de nuestras vidas, fuimos reconociendo en mesas cercanas a varios asistentes al encuentro en la cordillera.

—A ver, ¿qué tal un pequeño acertijo? —los consulté.

—Aceptamos el desafío —respondió Juan.

41

Lo que se me había ocurrido era tan banal que estaba casi seguro de que acertarían.

—Muy bien, acá va… Considerando la historia de la humanidad, ¿cuál les parece que ha sido el evento que más ha igualado a las clases sociales? —les propuse sonriendo.

Inteligentes como eran, seguramente especulando que era una pregunta con trampa, no se apresuraron en responder. Fue Juan quien primero arriesgó una respuesta:

—Creo que me inclinaría por la Revolución Francesa…

—¿Te parece? —cuestioné.

—¿Y por qué no?

—Porque la libertad, la igualdad y la fraternidad resultaron una simple expresión utópica y de alguna manera hipócrita que alcanzó a unos pocos —estaba citando a Guillermo—. Después se instalaron el odio, el miedo a hablar, el Reino del Terror, Robespierre, la guillotina. Y lo peor, ante la falta de ideas de cómo continuar con el gobierno del pueblo, un desenlace ridículo: terminar gobernados por un emperador con todas las letras.

—Retiro mi postura —se retractó Juan sonriendo.

—Creo que la respuesta es la democracia —arriesgó Vicky, con aire de victoria anticipada.

—Tal vez no sea lo que parece —la contradije.

—¿Por?

—La democracia no ha cumplido con sus objetivos de igualdad. Primero porque en la mayoría de las naciones no se permitía el voto femenino. Luego, ya en el siglo XX, cuando se generalizó el voto a los dos sexos, se tornó evidente que la libertad se acaba en el cuarto oscuro. En la práctica, las democracias solo simulan serlo para conseguir votos. Luego hacen lo que quieren, sin consultar a los

ciudadanos.

—¿Por ejemplo?

—Devalúan tu dinero a la tercera parte de la noche a la mañana o te meten en una guerra. Y tantas otras cosas importantes, a su entero antojo. Ante situaciones nuevas y de las que no saben la opinión del pueblo, ni se les ocurre consultarnos. Por todo eso, tan descreídos estamos de la democracia que cuando al poco tiempo de ser elegidos hacen algo que ni por asomo habían anunciado durante la campaña electoral, no hacemos nada.

—Voy a copiarlo a Juan. También me retracto —se desdijo Vicky—. Ahora es tu turno, estimado amigo —dijo desafiándome—. Y no dudes de que también nosotros haremos de abogados del diablo…

—Les voy a dar una pista. La respuesta es visible aquí, en esta mesa… —insinué sin ganas de terminar el juego. Ellos reían, sospechando que la cosa iba a terminar en un disparate mayúsculo.

—El café —respondió Vicky lanzada.

—La Coca-Cola —fue la de Juan superponiéndose con Vicky.

—Se van acercando pero no, ninguna de las dos es la respuesta. Se trata de un fenómeno de la cultura al que todavía no se le ha dado la importancia que merece —comenté riendo.

—¿A ver? —intermedió Juan.

—De verdad ha igualado a las clases sociales. Lo usa tanto un príncipe como alguien que habita en una villa de emergencia. Ha igualado además a los sexos, a las etnias. Y finalmente —reí— también ha igualado las edades. Lo usan padres, hijos y abuelos…

—¡Ya sé! —interrumpió Vicky—. ¡Los blue jeans! —exclamó ahora segura de su victoria.

—¡Usted es la vencedora! Se ha hecho acreedora a pedir lo que desee —sentencié bromeando y con doble sentido. Tenía más que claro lo que me habría gustado que pidiera.

—Lo voy a pensar… ¿Puedo solicitarlo más tarde? —respondió seductoramente.

—Aceptado, pero el plazo vence terminada la cena —reímos.

Eran ya casi las diez. Dejamos a Juan y nos dirigimos al mostrador de la conserjería para que nos ayudaran a decidir qué hacer durante

aquel día libre.

—Opuestos complementarios —comentó Vicky de pronto. Me miraba sensualmente mientras esperábamos que el conserje terminara de hablar por teléfono.

—¿Nosotros? —pregunté sorprendido. Después tuve miedo de haber malinterpretado aquellas palabras. Pero ya estaba, no podía dar marcha atrás.

—Sí. ¿No lo ves? Ambos estamos vestidos de celeste y blanco, pero de manera complementaria —me aclaró.

—Tenés razón. ¿Querrá decir algo?

—Tal vez… —insinuó con una sonrisa cargada de picardía.

El conserje había colgado el auricular y esperaba nuestra consulta. Le pedí que nos aconsejara qué lugares visitar. Nos marcó en un mapa varios puntos de interés.

—Aunque hay muchísimos lugares para conocer en Estambul —agregó.

—¿Conviene contratar un único guía para todo el día o uno distinto en cada lugar que visitemos?

—No se preocupen. La compañía que los invita ya ha pensado en eso. Quienes lo deseen, tienen guías asignados. ¿Quieren llamarlo?

—Supongo que sí —respondió Vicky mirándome para ver si estaba de acuerdo.

—¿Cuáles son sus nombres?

—Aphrodisias y Parsifal —contesté con un esbozo de sonrisa que casi no pude ocultar—. Aunque quisiera, no podría dar tu verdadero nombre —le susurré al oído.

—Vicky García Aquitania —me devolvió también en voz muy baja y al oído, haciéndome cosquillas con aquella erógena brisa que transportaba sus palabras.

—Supongo que si no preguntás por el mío es porque Juan ya te lo dijo —especulé.

—Acertaste —respondió con aire sensual.

—A ver… —dijo el conserje luego de revisar unos—. A ustedes, junto con el señor Wallace, les han asignado al señor Abdulgani. ¡Excelente guía! —observó—. ¿Desean que me comunique con el señor

Wallace para preguntarle si quiere salir con ustedes?

—Estuvimos con él, y hoy no hará turismo —le dijo Vicky.

—Puedo conectarlos ahora con el guía, si les parece bien.

—Por favor, nos encantaría —le pidió Vicky.

Mientras se comunicaba, le pregunté a Vicky por qué nos habrían agrupado a los tres.

—Supongo que por ser sudamericanos del Cono Sur. Simple afinidad regional y de idioma —fue su más que lógica respuesta.

—Aquí tiene, señor Parsifal —anunció el conserje extendiéndome el auricular.

Advertí que al decir señor Parsifal el conserje tampoco pudo contener una sonrisa, apenas insinuada pero burlona. Lo comprendí. En su lugar me habría pasado lo mismo. No había dudas de que el nombre sonaba demasiado pretencioso.

Habló Vicky con el guía. Pasaría a buscarnos por el lobby del hotel cuarenta minutos más tarde. Mientras, nos dirigimos a nuestras habitaciones a buscar lo necesario para la caminata.

En el lobby, el guía nos dio la bienvenida con una sonrisa muy especial, dulce y amistosa, casi infantil, pero al mismo tiempo cómplice. Nos comunicamos en inglés, ya que apenas hablaba español.

Medía alrededor de un metro setenta y eran evidentes algunos kilos de más, aunque no llegaba a la obesidad. “Tiene una pancita simpática, ¿viste?”, me dijo Vicky al oído cuando el guía se detuvo a hablar con el conserje. Su edad, difícil de calcular, ¿rondaría los sesenta? Tenía tez aceitunada, calvicie en la parte central y superior de la cabeza y pelo corto, bastante ondulado, solo a los costados. Parecía culto, educado y, por sobre todo, extremadamente calmo.

Su rasgo más notable eran unos gruesos y tupidos bigotes. Negros como su pelo, salpicados con algunas canas. Y toda su imagen parecía conducir al punto de mayor atracción, sus enormes ojos negros. Brillantes y sagaces, daban la impresión de poder perforar todo tipo de resistencia hasta llegar al alma. Aquella contextura vestida con blue jeans y una remera gris sin cuello, fuera del pantalón, anticipaba un personaje muy especial.

Nos preguntó si queríamos visitar algún lugar en particular.

—Todos —contestó Vicky jocosa y con entusiasmo.

—¿Y usted? —me preguntó ante la imprecisión de Vicky.

—Hace años vi una película sobre un robo en el Palacio de Topkapi. Me encantaría conocerlo y también ver esa famosa daga incrustada con esmeraldas.

—Si les parece comenzaremos por ahí. Se llevarán algunas sorpresas —auguró.

42

Tomamos un taxi. Cuando llegamos al palacio saqué entradas para nosotros dos. “Yo no necesito, ingreso con mi credencial de guía”, nos había informado Abdulgani.

En el enorme jardín de entrada nos contó que el palacio había sido construido entre 1459 y 1465, solo seis años después de que los otomanos conquistasen Constantinopla.

—También seis años después de la fecha que se acepta como comienzo del Renacimiento. Vengan por aquí —nos señaló el rumbo —. La vista del Bósforo desde esta terraza es bella. Nos permite ubicar el sitio donde está emplazado el palacio, pero también nos da una idea de cómo les gustaba vivir a los sultanes y a su corte. Maravillosa vista, ¿verdad?

Tenía razón, aquella majestuosidad nos deslumbró. La miré y ella, dulcemente, frunció la nariz como un conejito.

—Ese que ven allí es uno de los tantos buques petroleros procedentes del Mar Negro. Se dirige al mar de Mármara para luego internarse en el Mediterráneo.

—¿De dónde viene?

—Puede venir de Rusia, Rumania, Bulgaria o Azerbaiyán. Si luego pasan un tiempo observando el estrecho, podrán ver transbordadores, barcos recreativos y tal vez algunos buques de guerra. ¿Han leído ya algo sobre Estambul?

—quiso saber para adaptar sus explicaciones.

—Muy poco, acabamos de llegar —fue la respuesta de Vicky. Cada vez que hablaba, quedaba hechizado por su encantadora voz.

—Entonces les contaré una breve historia de la ciudad. En el siglo IV después de Cristo, el emperador Constantino entendió la importancia estratégica de este lugar tan particular en el que, como ven, casi se tocan las tierras de Europa y Asia. Fue así que el 11 de

mayo del año 330 se convirtió en la nueva capital del Imperio Romano. Un nuevo reino bajo el dominio cristiano que duró más de mil años. Con algunos desmanes de fieles intercalados —agregó sin mayor aclaración.

—¿Cuáles? —lo forcé por curiosidad.

—El más grave de todos debe haber sido el saqueo del Hipódromo, durante la Cuarta Cruzada.

—Desconozco la historia de aquella época —me disculpé—. ¿Cuándo sucedió eso?

—En 1204. Los católicos, abortando la que iba a ser una nueva Cruzada a Tierra Santa, decidieron quedarse en Constantinopla. Tomaron y saquearon la ciudad, destronaron a las autoridades y formaron el Reino Latino que perduró hasta 1261, con un intermedio bajo el reinado de Federico II. Casi medio siglo de usurpación —resumió—. Finalmente, el emperador Miguel VIII Paleólogo logró expulsar a los latinos de Constantinopla, restaurando así el Imperio Bizantino.

—¿Qué pasaba antes de Constantino? ¿Había aquí una ciudad o era un territorio deshabitado? —interpuso Vicky.

Nos explicó que existía la ciudad de Bizancio. Había sido fundada muchos siglos antes, en el 667 antes de Cristo, por el líder megarense Byzas, de ahí su nombre. Permaneció bajo ese dominio hasta el 133 antes de Cristo, cuando pasó a formar parte de la provincia romana de Asia, momento en el que último rey de Pérgamo le legó su reino a la República Romana.

—Pocos años después del reinado de Constantino —prosiguió el interesante relato— y luego de la muerte de Teodosio I, el Imperio Romano se dividió en dos. En el 359 Constantinopla se convirtió en la capital del Imperio Romano de Oriente, con igual jerarquía que el de Occidente. Se trataba de una ciudad de extrema importancia y había que protegerla. Si recuerdan, por aquellos tiempos Roma estaba decayendo y comenzaba a sufrir el asedio de los bárbaros. Viendo lo que le estaba pasando a Roma, Teodosio II ordenó la construcción de una nueva muralla que rodeara toda la ciudad. Constantinopla se convirtió en una plaza casi inexpugnable. Un siglo después, o poco

más, la ciudad tuvo un período de esplendor durante el reinado del emperador Justiniano, entre el 527 y el 565. Logró extender su área de influencia desde España hasta Irán. Por entonces Roma ya no era un centro de poder. La Iglesia de Roma, por su parte, no tuvo otra opción que pactar su amenazada supervivencia con los francos, más precisamente con los reyes merovingios. Durante el reinado de Justiniano se construyó la iglesia de Santa Sofía. Un verdadero hito.

—¿Y está en pie desde entonces? —preguntó Vicky.

—Así es, desde aquel 26 de diciembre de 537, aunque con algunas transformaciones. Cuentan que cuando Mehmet II, El Conquistador, entró a la ciudad en 1453, quedó absolutamente deslumbrado con Santa Sofía. Entre los innumerables cambios que luego introdujeron los otomanos, entre ellos el nombre de la ciudad, Estambul por Constantinopla, El Conquistador consideró que Santa Sofía debía ser transformada en mezquita.

—¡Qué interesante! —comentó Vicky.

—Y ahora, dediquémonos a la historia del lugar que estamos visitando. Por favor, caminemos hacia aquel edificio —señaló con su rechoncho dedo índice—. Como ya les comenté, después de la conquista Mehmet se dedicó a construir este palacio. La obra de todo lo que verán duró solamente seis años, difícil de igualar aun en tiempos modernos. Les daré más detalles de esta maravilla cuando estemos dentro. Antes quería contarles que El Conquistador no tuvo un final feliz. Fue sucedido por su hijo, Bayaceto II, en el 581, bajo circunstancias un tanto tenebrosas…

—¿Qué le pasó? —pregunté.

—Lo más probable es que haya sido envenenado por su médico personal, inducido por el propio Bayaceto. Fue recién durante el reinado de Bayaceto cuando el jefe de los eunucos negros, un tal Huyesin Aga, se encargó del deseo de Mehmet de transformar Santa Sofía en mezquita.

Luego recorrimos el interior del palacio. Maravilloso. Más tarde comentamos que lo que más nos había impactado fue la famosa daga y el harén, donde el sultán vivía con su madre, esposas, y un enorme séquito de servidoras y eunucos. Una majestuosa exhibición de

dorados y mosaicos multicolores, un palacio dentro del palacio que permitía imaginar fielmente, a la distancia, una forma de vida esplendorosa aunque absolutamente extraña a nuestra cultura occidental.

—¿A que no se imaginan qué había allí abajo? —nos preguntó riendo mientras señalaba, en el piso del harén, una gran reja de hierro finamente trabajada.

—¿Criptas? —repreguntó Vicky.

—No, calabozos —la corrigió.

—¿Para quiénes? —cuestioné sorprendido. No podía imaginar presos debajo de las esposas del sultán.

—Para ellas, para las esposas del sultán —respondió después de hacer una pausa mientras estudiaba la reacción en Vicky—. Cuentan que si alguna osaba mirarlo de frente a los ojos, mostrando la más mínima actitud desafiante, terminaba en el calabozo.

Terminamos la visita al Palacio de Topkapi con un almuerzo liviano en el restaurante del museo.

—¿Qué nos puede contar sobre Santa Sofía? ¿Alguna leyenda interesante? —quiso saber Vicky.

—Hay algunas. Tal vez la más importante, y la más interesante, sea la de Justiniano y los sueños. La leyenda cuenta que era aún joven cuando fue acusado de traición. Lo sorprendente es que se salvó gracias a un sueño milagroso.

—¿Cómo fue eso?

—Sucede que, tiempo antes, dos soldados romanos habían muerto en martirio. Sergio y Baco —enfatizó pausadamente cada uno de los nombres—. La leyenda cuenta que esos soldados se le aparecieron en sueños al emperador Anastasio, asegurando la inocencia de Justiniano. Parece que el emperador creyó el mensaje de aquel sueño porque salvó la vida del futuro emperador. Sergio y Baco, honrados por Justiniano, fueron nombrados patronos de Santa Sofía.

—¡Así es como se ha escrito la historia! —acotó Vicky riendo—. ¿Qué haremos ahora?

—Pensaba llevarlos al Gran Bazar. Les gustará recorrer ese laberinto.

—Excelente idea —respondí luego de sondear aprobación en la mirada de Vicky.

—Antes de irnos, quiero convidarlos con algo —dijo con una sonrisa mientras sacaba una bolsita del bolsillo de su saco.

—¿Qué son? —parecían frutos secos.

—Afrodisíacos. Son muy populares en Turquía. Si les gustan y desean más, pueden comprarlos en el Bazar de las Especias, un edificio pegado al Puente del Gálata.

Mientras los comíamos cruzamos miradas cómplices. Creo que los dos pensábamos en lo mismo.

43

Terminado el café a la turca —no me agradó demasiado— y los afrodisíacos, tomamos un taxi para ir al Gran Bazar. Un largo trecho con tránsito enloquecedor. Mientras nos despedíamos de Abdulgani a la entrada del Gran Bazar, nos dio su tarjeta para que lo llamásemos para programar la siguiente jornada de turismo.

—Y para cualquier otro requerimiento o duda… —agregó.

Me sorprendió la seriedad con la que pronunció esas últimas palabras, un modo que hasta entonces no había mostrado.

—Mañana estamos todo el día ocupados —le aclaró Vicky—, pero los dos días siguientes tendremos las mañanas libres. ¿Estará usted disponible?

—He sido contratado para atenderlos exclusivamente a ustedes mientras estén en Estambul. ¿Les parece bien entonces que los pase a buscar por el hotel pasado mañana a las nueve?

—Magnífico —le confirmó Vicky.

—Van a entrar ahora al Kapali Carsi, algo así como una ciudad dentro de la ciudad. Es un espacio enorme y mágico para algunos. Allí dentro hay alrededor de mil tiendas solamente para la venta de alfombras. Verán que existen calles principales y un sinnúmero de pasadizos. Las calles principales, todas bajo techo y luz artificial, están especializadas, cada una, en un tipo de mercancía. El gran problema es que todo parece igual, como si uno estuviese dentro de un gran laberinto. Traten de no separarse porque es muy fácil perderse. Y si se pierden, lo más probable es que no puedan volver a encontrarse hasta llegar al hotel. Un último dato y no los entretengo más. Los vendedores son personajes muy especiales. Muchos estarán fuera, en la puerta de sus negocios, y los acosarán para que ingresen a sus locales. Como la gran mayoría habla varios idiomas, probablemente se dirigirán a ustedes en algún idioma extranjero, intentando adivinar su

nacionalidad y lengua de origen. A usted le preguntarán, ¿italiani? —dijo dirigiéndose a mí.

—¿Cómo sabe que tengo sangre italiana? —inquirí sorprendido por el acierto.

—Es todo un arte. Creo que aquí ya todos lo llevamos en nuestros genes —sonrió—. Miren, ya en el 1200, en Anatolia, y principalmente en Konya, se crearon las primeras universidades para comerciantes. Elevaron el arte del comercio a un nivel casi científico. Imagínense la evolución desde entonces…

—¡Increíble! —exclamó Vicky sonriendo.

—Los turcos son los mejores comerciantes —agregó con sonrisa pícara—. Una vez que logren hacerlos ingresar a alguna tienda, harán lo imposible para concretar una venta. Los harán sentar y les ofrecerán té de manzana o café. Incluso pizza si es la hora del almuerzo.

—¿Cuál es el sentido de semejante conducta? ¿Pura hospitalidad? —quiso saber Vicky.

—El objetivo es retenerlos y que toda la transacción sea lo más amigable posible. Además, mientras estén en esa tienda no estarán tratando con la competencia. ¿Se entiende?

—Lo que más me interesa son las joyas. Supongo que hay joyerías allí —comentó Vicky.

¡Qué buena idea!, pensé. Sería una excelente oportunidad para regalarle algo y, si fuera posible, como sorpresa.

—Kapakcilar Caddesi…

—Ca-pac-ci-lar Ca-de-si —repetí con extremada dificultad aquel nombre que probablemente jamás podría retener.

—Allí podrán encontrar piedras preciosas y semipreciosas, también oro y plata. Podrían pasar una semana entera aquí dentro y no conocerlo todo. Me olvidaba, no dejen de comprar sus amuletos contra el mal de ojo.

Se despidió tomando nuestras manos derechas entre las suyas.

—Fue un placer.

—¿Cuánto le debemos, Abdulgani? —dije mientras sacaba mi billetera para pagarle por sus servicios.

—Nada. La Organización ya me ha pagado. Les repito algo por si no quedó claro —recalcó, por segunda vez, con un tono de inusitada severidad—: ¡llámenme ante cualquier inconveniente!

Al separarnos de Abdulgani coincidimos en que su última advertencia nos había preocupado. ¿Estaría refiriéndose veladamente a STRAPP? ¿Cómo iba a saber el guía algo sobre aquel asunto? Hasta allí llegaban nuestras especulaciones, perdidos en el reino de la incertidumbre.

Con solo ingresar al Gran Bazar nos dimos cuenta de que Abdulgani no había exagerado ni un poco. Nos pareció incluso más enmarañado de lo que había anticipado.

—¿Escuchaste lo que nos sugirió? —me susurró Vicky al oído.

—¿Cuál de todas sus sugerencias?

—Comprar amuletos para el mal de ojo.

—No parece mala idea —comenté.

—Supongamos que se presente STRAPP. Si queremos neutralizarlos con amuletos, tendremos que llevar a cuestas todos los que haya en existencia.

Su ocurrencia nos hizo reír a carcajadas.

44

Después de la visita al Gran Bazar, y tras una larga caminata, volvimos al hotel, casi todo el tiempo debatiendo sobre los objetivos del Encuentro y las probabilidades de difundirlos entre la gente. Sentía que el tiempo avanzaba más lento al lado de ella. Una ducha y un breve relax, para luego encontrarnos a cenar. Ninguno de los dos, en mi caso conscientemente, propuso preguntarle a Juan si quería acompañarnos.

Siguiendo la sugerencia del taxista que me había transportado desde el aeropuerto, caminamos hasta el barrio de Ortakoy. Nos sentamos a una mesa frente al agua. Ambos escogimos pescado y lo acompañamos con un exquisito vino blanco chileno.

Durante la cena hablamos de gustos personales y sobre algunos segmentos muy particulares de nuestras historias. Confesiones relacionadas con nuestros matrimonios frustrados y amoríos posteriores. En un par de ocasiones nos regalamos timoratas confesiones referidas al placer de mantener tan buen diálogo con alguien del sexo opuesto.

Durante la caminata de regreso estuve varias veces por proponerle pasar la noche juntos. Pero por alguna razón, que no encajaba con la lógica ni con el deseo, sentí que debía dejar que la relación madurase. Lentamente. No debía apurarla como había sido mi costumbre con otras mujeres que terminaron siendo solo relaciones pasajeras. También pensé que si ella hubiera querido estar conmigo durante la noche me lo habría planteado. Era una de esas mujeres que no esquivaban lo que desean.

Aquella mañana del 23 de mayo comenzaría el encuentro. Desperté en mi habitación, solo, pero completamente renovado y feliz por el día maravilloso que había compartido con Vicky.

¿Será amor?, me pregunté con sana ironía mientras me afeitaba

frente al espejo del baño, al tiempo que de algún centro inconsciente surgía una sonrisa. Pero enseguida irrumpió otro pensamiento que me produjo angustia y temor. Me preocupaba que este nuevo encuentro se desarrollase de manera tan visible como localizable. ¿Acaso STRAPP había dejado de buscarnos? Lo único que pude sacar en limpio fue que los espejos debían encerrar algún misterio. Como en tantas otras oportunidades, una vez más me hacía tomar conciencia de la realidad.

Habíamos olvidado arreglar para juntarnos a desayunar, aunque suponía que igual la vería. Bajé una hora antes del horario fijado para el comienzo del encuentro y fue entonces cuando resurgieron los problemas. Inesperadamente, al abrirse la puerta del ascensor, me topé con Sebastián, el encargado de la seguridad en la cordillera. Me preocupó que me reconociera instantáneamente a pesar de mi significativo cambio de imagen.

Nos saludamos como viejos amigos. Sebastián mencionó el escape en botes por el río y quiso saber, especialmente, si había tenido miedo.

—Algo, con una gran descarga de adrenalina —le respondí escuetamente—. Pero ahora estoy muchísimo más intranquilo… —esperaba ver su reacción.

—¿Por qué? ¿Por esto? —contestó sin darle, aparentemente, mucha importancia al asunto.

—Así es. No lo veo ni tan secreto ni tan protegido —desenfundé, liberando todos mis temores—. ¿Qué pasó con STRAPP? ¿Dejó de existir?

—Es verdad que el encuentro no tiene tapadera alguna, excepto por el nombre de la fundación. Sin embargo creemos que esa es su verdadera fortaleza. Ha sido organizado bajo la fachada de una de esas típicas convenciones que realizan las compañías de seguros de vida, incluso hemos creado una página web para la convención.

—No entiendo, ¿cómo puede resultar seguro estar tan expuestos?

—Justo por eso. A veces, lo más expuesto es de lo que menos se sospecha —repuso Sebastián con aparente convicción—. Por lo menos eso es lo que creemos —agregó, demostrando una mínima cuota de duda.

Me pareció una explicación demasiado infantil en boca de un supuesto profesional, y eso me exasperó.

—¿Y STRAPP? ¿Creen acaso que se olvidaron de nosotros?

—Creemos que nos han perdido el rastro, por lo menos temporariamente. Esta es información secreta… —imagino que dijo eso para intentar tranquilizarme—. Nuestros informantes están convencidos de que en este momento no somos un objetivo prioritario.

—¿Cómo es eso, Sebastián? —le pregunté desconcertado.

—La información que tenemos es parcial. Parece que se está tejiendo algún otro asunto, algo demasiado importante y trascendente que sucederá a nivel internacional. Escuchamos decir que se trata de un evento después del cual el mundo ya no volverá a ser el mismo. Parece avecinarse un gran cambio, absolutamente radical. Por eso hemos elegido esta fecha, ya que en apariencia están ocupados con ese otro tema.

—¿Se sabe de qué se trata? —pregunté muy intrigado y bajando el tono.

—Poco. Nuestra inteligencia pudo interferir algunos e-mails que hablaban de una operación que denominan “Nueva Cruzada”. No sabemos si STRAPP la está programando o si está tratando de interferir. Por eso este momento de aparente distracción nos pareció ideal para realizar la convención.

—Entiendo —dije a modo de despedida. A pesar del gran esfuerzo, no logré sonreírle.

La información de Sebastián tenía cierta lógica, pero mi intuición me advertía que algo no terminaba de encajar.

Nuevamente desayuné mirando el Bósforo. Los barcos navegaban lenta y mansamente por el estrecho. Culturas tan diferentes en su punto de máximo contacto. Miles de años de historia confrontándose, con algunos períodos de tolerancia sobre una muy estrecha base de sustentación, en inestable equilibrio.

Tal vez algún día todo sería diferente. Un mundo menos ambicioso y en paz, solucionando sus problemas exclusivamente a través del diálogo. Pero para llegar a ese punto se necesitaba una profunda transformación en la especie humana. Una nueva concepción sobre el

sentido de la vida. Fue entonces cuando volví a dar crédito a las intenciones de Segismund y su grupo: un nuevo paradigma para la humanidad.

Mi lado pesimista apreció que, quizá, todo terminaría en una nueva frustración. Y la causa de la frustración no era otra que la Esperanza. De los males de la Caja de Pandora, el que quedaba en el fondo. Esperanzas que nunca llegan a cumplirse. Y en cierta manera, si uno logra no abrigar esperanzas, no queda lugar para la frustración.

Permanecí en silencio contemplativo, con la vista fija en las áureas ondulaciones del agua. En algún momento miré el reloj. Faltaban quince minutos para las nueve, la hora fijada para el comienzo. Empezaba a intranquilizarme que Vicky y Juan no hubiesen bajado a desayunar, cuando la vi acercándose. Lucía rozagante y feliz, plena. Una remera negra sin mangas demarcaba sus estilizados y sensuales hombros. El prototipo de hombros que más me gusta: delgados y armoniosamente redondeados por músculos marcados, las clavículas elevando algo la piel. La remera ajustada resaltaba sus maravillosos pechos, altos y algo más grandes que el promedio, y dejaba expuesta una gran franja de piel en la región del ombligo, plana, con los músculos abdominales algo delineados.

Una pollera blanca semitransparente traslucía los contornos de su figura. La luz del sol detrás lograba difuminar a través de la pollera sus piernas largas y estilizadas. Muslos largos y formas que se adelgazaban armónicamente a nivel de rodillas y tobillos.

Me resultaba difícil elegir un solo punto donde contemplarla. Lo que más resaltaba eran sus profundos ojos color miel, por donde sentía que podía comunicarme, sin barreras, con su adorable alma.

—Buen día, ¿descansaste bien? —me preguntó con enorme dulzura.

—Mejor que nunca. Logré sentir tu presencia a pesar de los pisos que nos separan —fue mi piropo acompañado de una sonrisa.

A un paso de distancia ella gesticuló un suave beso, juntando sus labios con una leve proyección hacia delante. Luego se sentó a mi lado.

Pedí para ella un café junto con la cuenta, porque disponíamos de poco tiempo.

—¿Sabés cuál es el temario para hoy? —le pregunté.

—Sí. Estuve leyendo el programa del día que me dejaron en la habitación. Veo que no has hecho tus deberes —esgrimió riendo.

—A mí no me lo dejaron —dije a modo de disculpa—. ¿Querrá eso decir algo?

—Sí, que no te consideran —contestó bromeando al tiempo que nuevamente fruncía el ceño como un conejito—. Hablarán primero de la necesidad de lograr una masa crítica para el paradigma. Luego se discutirá sobre la paz y el terrorismo. Más tarde está programado tratar el tema de los opuestos, incluyendo el Bien y el Mal. A continuación, algunas nuevas hipótesis sobre el funcionamiento del alma…

—¡Uouu! —la interrumpí con mi exclamación preferida.

—Lo que no dice el programa es si te pedirán la devolución de lo que se habló en la cordillera.

—No hay problema. Tuve tiempo suficiente para pensar qué decir. Nada demasiado lúcido, pero creo que es un prolijo resumen desde el punto de vista de un ciudadano común. De cualquier manera me intimida un poco tener que hablar delante de todos —le confesé—. ¿Algo más está programado para hoy?

—Depende, si queda tiempo se seguirá con las novedades sobre algunos experimentos que han realizado con el agua, y se tratarán algunas leyes del reino cuántico que parece que pueden ser aplicadas al aprendizaje humano.

—No parecen temas menores, ¿no? —comenté soltando la risa.

Le trajeron su café, que tomó con cierta prisa. Mientras caminábamos hacia el auditorio, no pude evitar compartir con ella mis temores.

—Me encontré con Sebastián, el de la seguridad. ¿Te acordás de él?

—Perfectamente.

—Le pregunté cuán seguro era este encuentro. ¿Sabés qué me contestó?

—Ni idea.

—Que creen que hacerlo a la vista de todos, tan expuesto, es una excelente protección.

—Mmm. No me tranquiliza en absoluto —coincidió.

45

Llegamos al hall que servía de antesala al salón de conferencias. Amplio, elegante, pero sin la magia natural e inspiradora del Carahuasi.

Contrastando también con el encuentro en la cordillera, la vestimenta de los participantes era libre. Resultaba así más evidente la multiplicidad de etnias, sus preferencias de colores y diseños de lo más disímiles.

—Habría resultado sospechoso que en un grupo que dice pertenecer a una compañía de seguros estuviesen todos vestidos con largas túnicas blancas —ironicé al oído de Vicky.

—En este lugar vestido de blanco, y llamándote Parsifal, habrías estado más para un manicomio que para un encuentro de sabios —replicó haciéndome reír.

Nos saludamos afectuosamente con quienes nos íbamos cruzando. Los comentarios reflejaban expectativa y entusiasmo al tiempo que la mayoría avizoraba la conclusión del utópico proyecto. Una cola corta, de tres personas, Juan incluido, se enfrentaba a una pequeña puerta lateral.

—Buen día —saludé a Juan, palmeándolo cariñosamente sobre el hombro—. ¿Y esa fila?

—Todos debemos pasar por ahí antes de ingresar al auditorio. ¿No les dijeron?

—No, acabamos de entrar —le dijo Vicky.

—Nos sacarán una foto. También tomarán huellas digitales y deberemos firmar. No han explicado para qué, y yo no quise ni pensar en eso. Creo que a esta altura cualquier cosa puede aterrarme —confesó.

Seguimos el procedimiento indicado, uno a la vez. Terminado el trámite, escuchamos una música suave y armoniosa, señal de

dirigirnos a nuestros asientos, nuevamente asignados según seudónimos. Habían dispuesto mesas de trabajo, en filas, a lo ancho del auditorio. En cada uno de los asientos, blocks de papel y lapiceras de colores, ambos con el logo C.O.S.T.A.S. impreso, jugos y frutas. Un pequeño cartel se repetía frente a todos los asientos. Las palabras allí escritas me conmovieron: Paz, Amor, Gratitud.

Una vez que nos habíamos sentado, con unos veinte minutos de retraso, Segismund hizo una pacífica entrada, con paso lento pero firme y sonriendo. Seguía irradiando, igual que en el encuentro anterior, sabiduría, amor y dulzura.

Al pasar junto a mi mesa me regaló un guiño de ojo. Se sentó finalmente en el escritorio que estaba al frente y sobre una tarima. Levantó ambas manos hasta la altura de los hombros, el gesto típico de solicitud de aquietamiento, sugiriendo que aplacásemos nuestras almas. Un creciente y profundo silencio se prolongó por unos minutos. La mayoría meditó.

—Paz, Amor, Gratitud… —fueron las primeras palabras de Clisteneo, apenas murmuradas, suspendiendo el majestuoso silencio—. Gracias por estar aquí. Quizá muchos hayan dudado en concurrir después de la experiencia en la cordillera. ¡Un rafting salvador! —agregó riendo. Intentaba minimizar el hecho para descomprimir la perceptible tensión—. Como ya habrán notado, en esta oportunidad no hemos armado aquel analizador de coherencia que vieron en la cordillera. Habría despertado sospechas. Sin embargo, nuestra intención es someter lo que aquí se diga al análisis del Rompecabezas del Universo, ya que el encuentro será grabado. Antes de pasar al temario —agregó ahora muy serio—, quiero comunicarles que tengo una desafortunada noticia que darles —dijo al tiempo que elevaba nuevamente las manos para que no nos alarmásemos—. Seguramente recordarán a alguien que intervino en el anterior encuentro, me refiero a Sancho. Ha fallecido. Ya no tiene sentido seguir ocultando su verdadero nombre, Sergio Heliogábalo Altúnez Rodríguez. Vivía en Madrid. Publicó un aviso en el diario solicitando una empleada doméstica. Se presentó una señorita sudamericana, a la que contrató. Al poco tiempo, Sancho comenzó a sentirse muy mal. Después de

varios días de enorme sufrimiento, encontró la muerte. Lo sospechoso del asunto fue que, poco antes del deceso, la empleada abandonó su puesto. Dijo que debía regresar a su país por problemas familiares. Oficialmente, la muerte de Sancho ha sido atribuida a una intoxicación alimentaria. Un médico allegado a nuestro grupo fue a investigar. Lo desgraciado del hecho es que detectó los mismos síntomas y cambios orgánicos del líder de Ucrania Víctor Yushchenko. ¿Se acuerdan? Se trata de un modus operandi típico de organizaciones clandestinas que responden a algunos poderosos que se mueven en las tinieblas. El mismo cuadro que algunos dicen sufrió Trotsky, impidiéndole asumir el poder tras la muerte de Lenin. El mismo cuadro que padeció William Harding, presidente de los Estados Unidos, cuando se afirmó que se había intoxicado en Alaska con cangrejos. En este último caso la investigación demostró que ¡jamás había comido cangrejos! Nuestro informante nos ha asegurado que se trató de un envenenamiento por dioxina mezclada con los alimentos. La misma vieja técnica que han utilizado tantas veces. Sancho cometió un error por apresuramiento. Y no lo digo como crítica a nuestro amado amigo sino como aprendizaje: en un reportaje de un medio gráfico había anticipado que se estaba desarrollando un plan para cambiar el rumbo de la evolución de la conciencia humana. Cuando le preguntaron de quiénes se trataba, Sancho respondió que era un grupo de científicos e investigadores de diferentes áreas, del que él era parte. Por favor, que nadie intente imitarlo, por lo menos hasta que creamos que ha llegado el momento —nos alertó Segismund.

Percibí claramente el clima enrarecido. Yo estaba totalmente alterado, la sangre se me había helado. Intuí que era un mal presagio de lo que vendría.

—Tal vez sea necesario recalcar por qué los mandantes de STRAPP nos consideran una amenaza. Sabemos que el mundo se rige por intereses consolidados y que, para obtener el máximo provecho de distintas circunstancias, es necesario imponer ideas. Las ideas compiten entre sí; cuando una idea logra captar la atención de la opinión pública lo hace a expensas de derrotar otras ideas. Y eso es justamente lo que nosotros estamos haciendo. Tratar de introducir

nuevas ideas que contradicen los intereses de algunos de los poderosos del mundo. Ideas que procuran cambiar valores, la manera de ver la vida, deseos y necesidades, la forma en que empleamos nuestro tiempo y, además, en qué gastamos nuestros recursos. Como podrán apreciar, no es poco. Algunos no están dispuestos a ceder poder ni sus rentas, ni a soportar a un grupito de idealistas que cuestionan el modelo cultural que explotan en su beneficio.

Su explicación no mejoró mucho el cuadro de situación emocional, por lo menos en lo que a mí concernía.

—Lamento haber comenzado así, pero creo que es nuestra obligación no ocultarles la realidad. Si alguien así lo decide, aún está a tiempo de retirarse en este momento… Están en todo su derecho y lo comprenderemos.

Me volvió la irritación de la mañana. La situación no era como la había planteado Sebastián. Parecía que STRAPP seguía marcándonos muy de cerca. Pensé seriamente si debía retirarme, pero si lo hacía perdería la posibilidad de estar cerca de Vicky. Aunque debo confesar que si ella se hubiera levantado, sin dudarlo la habría seguido. Pero no fue así. Nadie se retiró.

46

—Intentemos ahora pacificarnos nuevamente —nos propuso Segismund—. Tratemos de proyectar un futuro con amor, sin resentimientos. Sustentándonos en lo que nuestras intenciones comunes han decretado —dijo cerrando los ojos para iniciar otro breve período de silencio. Surtió efecto, ya que pude percibir que el ambiente se pacificaba.

Después de un rato invitó al primer orador, un científico inglés que se presentó como Johannes. A diferencia de la convención en la cordillera, no explicó el porqué de su seudónimo. Rondaba los setenta. De tez blanca surcada por arrugas marcadas. Su espalda algo encorvada lo obligaba a adelantar la cabeza con respecto al cuerpo. Eso lo avejentaba. Vestía pantalones color caqui, camisa blanca y un chaleco de lana sin mangas con dibujo escocés. Se refirió brevemente, pero a mi entender con enorme precisión, al concepto de masa crítica.

—Buenos días a todos —comenzó algo histriónicamente—. En el encuentro previo se habló extensamente sobre los paradigmas. Pues bien, hoy en día, en todos los ámbitos, se acepta que para consolidar un paradigma es necesaria una masa crítica, esto es, la cantidad mínima necesaria de habitantes convencidos de alguna idea para lograr imponerla a nivel masivo. Puede tratarse de una idea política, de una creencia, de una moda. Lo cierto es que es difícil establecer el número exacto para alcanzar una masa crítica. No obstante, se han arriesgado cifras que algunos establecen entre el tres y el diez por ciento de una población determinada. Por encima de esos números, la masa crítica estaría asegurada. Deseo hacer una salvedad al respecto. En una oportunidad entrevisté al reconocido biólogo Rupert Sheldrake. Le pregunté qué entendía él por masa crítica. Su respuesta es lo que quería compartir con ustedes. Dijo que no le gustaba hablar de masa crítica, ya que el término derivaba de la mínima cantidad de

material radiactivo, uranio, necesario para desencadenar una reacción atómica. Prefería usar, me dijo, consolidación de un campo mórfico.

—¡Ah!, un concepto nuevo. ¿Puede explicarnos qué son los campos mórficos? —lo interrumpió Clisteneo.

—Lo intentaré, aunque no creo que se entienda si no explicamos antes un par de ideas. ¿Puedo? —solicitó autorización al coordinador, que asintió con un gesto—. Veamos… Se podría decir que existe un principio que anima a toda la naturaleza. Una fuerza vital con algún tipo de energía. Para que resulte más gráfico, se trata de lo que hace la diferencia entre un cuerpo que en un momento está vivo y una fracción de segundo más tarde, muerto. Nada ha cambiado en su cuerpo excepto la pérdida súbita de esa energía vital. Una energía presente en todos los organismos vivos, y que se mantiene con lo que extrae del medio ambiente. Las plantas de la fotosíntesis y los animales de lo que comen y respiran. La energía es la misma para todos, pero es utilizada por cada uno según las características de la especie. Sheldrake ha explicado que el hecho de que una misma energía pueda asumir tantas formas nos obliga a mirar un poco más allá de lo físicamente evidente. Asume que debe existir algún principio que organiza y conduce a las diferentes formas. Un factor que denomina “principio formativo”.

—Tengo entendido que Aristóteles ya había identificado ese factor —intervino Clisteneo.

—Así es, aunque Aristóteles lo llamó de dos maneras. Psyché, alma, y con una palabra un tanto misteriosa, difícil de captar en toda su dimensión y muy difícil de definir y comprender. Entelequia. Se refiere a lo que tiene fin en sí mismo, lo que tiene fin en sus propósitos intrínsecos. A ver… —continuó—. La vida, por encima de la energía vital, debe depender de, y tal vez estar diseñada por, una suerte de flujo energético universal. Este flujo energético universal es el que contiene el principio formativo, el que delinea las diversas formas y sus fines particulares. Con esta introducción, que espero haya resultado clara —sonrió—, puedo intentar explicar los campos mórficos.

—Adelante —lo estimuló Clisteneo.

—En la década de 1920, algunos biólogos comenzaron a interpretar la naturaleza fuera de la concepción puramente materialista de la Teoría de la Evolución. Podríamos decir que de manera más holística. Y era lógico: con el boom de la relatividad y la mecánica cuántica se debía hacer el intento de analizar la biología desde otra perspectiva más acorde con los nuevos descubrimientos. Ya se había demostrado que los campos de la física poseían propiedades holísticas hasta entonces desconocidas. Es así que comenzaron a hablar de campos morfogénicos, concepto un tanto diferente a campos mórficos, que surgió con posterioridad —precisó—. Esos campos morfogénicos daban génesis, u origen, a las formas. Regiones invisibles pero absolutamente determinantes, como sucede con los campos magnéticos. Influyendo tanto desde afuera como por dentro a los organismos. Campos de órganos, campos de tejidos, campos de células y campos dentro de campos.

—¿Se puede trazar alguna analogía entre estos campos y los magnéticos? —intervino Clisteneo, buscando hacer más accesible la explicación.

—Creo que sí. Si cortamos imanes en pedazos obtenemos imanes más pequeños pero, llamativamente, también completos. A pesar de la división, cada uno mantiene su propio campo magnético. Los científicos de aquel entonces vieron que lo mismo sucedía con algunos organismos vivos. Si cortamos gusanos planos nos quedamos con fragmentos de gusanos pero, también, con campos completos que por ende contienen funciones completas. De alguna manera ocurre lo mismo con las células madres y los cultivos de tejidos. ¿Cómo vamos?

—Creo que bastante bien —le respondió Clisteneo, escaneando el auditorio.

En mi caso no estaba tan seguro. Tendría que volver a leer esta exposición, si la transcribían. A pesar de eso, me interesaba la idea de un mecanismo de la naturaleza que actúa detrás de lo visible. Desde niño me perturbaban las formas de los animales, tan diferentes. A quién se le podía haber ocurrido la forma de las trompas del elefante y del oso hormiguero. O los cuellos de la jirafa y el flamenco. Y qué decir de las diferencias entre las patas de los mosquitos, los cocodrilos

o los rinocerontes.

—Se conceptualizó que los campos morfogénicos atraían a los sistemas en desarrollo hacia ese tipo de "planos" que contenían las formas, fines y metas de cada especie. Como si esos planos contuviesen los diseños ideales de todos los organismos posibles. Para algunos puede tener correspondencia con la hipótesis del diseño inteligente bajo la supervisión de la mente de un creador. En 1981 Sheldrake incorporó un nuevo concepto, la causación formativa. Sheldrake ha usado como ejemplo lo que sucede con el campo de las jirafas. Como los campos de cualquier especie, las jirafas también han evolucionado. Por un lado han heredado la genética de las jirafas anteriores. Y es aquí donde entran los campos mórficos. Sheldrake aclaró que los campos morfogénicos se relacionan solamente con el desarrollo, el mantenimiento y la morfogénesis de los cuerpos de los organismos. La genética repitiéndose a través del genoma, dependiendo de lo pasado. Sin embargo, todas las jirafas están contenidas en un campo común, una especie de memoria colectiva, que tiene la capacidad de aprender. Cada individuo puede potencialmente agregar aportes a lo que vino determinado por lo genético, y a esto en ciencia se lo denomina "epigenésis". Y sucede en la naturaleza que cuando un individuo aprende, es más fácil que los demás también aprendan. Se ha demostrado que cuanto más se repite una pauta de desarrollo, más probable es que sea seguida y repetida por otros miembros de la misma especie. Sheldrake denominó "resonancia mórfica" al fenómeno de modificación del pasado genético por el aprendizaje del presente.

—Parece tener lógica —participó Clisteneo.

—Para concluir, tal vez sea útil verlo desde otro ángulo. Se trata de un fenómeno muy particular, con ambas propiedades operando en simultáneo. La verticalidad de la genética recibiendo la información de la horizontalidad del aprendizaje, lo epigenético. Y podemos observarlo a diario. ¿A quién no le ha impresionado la velocidad con que los niños comprenden y manejan la computación? Ese tipo de aprendizaje ya está incorporado al campo mórfico de la especie. Pero a los de esa generación. Ese aprendizaje les resulta mucho más difícil

a las generaciones de mayores.

—Muchas gracias, Johannes —apreció Clisteneo, riendo—. Ahora haremos una pausa de aproximadamente media hora. Luego escucharemos algo totalmente novedoso.

47

Muchos salimos sonrientes del salón. Me parecía casi mágico que la naturaleza funcionara de esa manera. Con Vicky elegimos un par de jugos y fuimos a sentarnos al borde de aquella piscina volada sobre el Bósforo que no dejaba de extasiarnos.

Sus sonrisas esporádicas y la forma en que a veces fruncía la nariz hacían que estuviese completamente subyugado. ¡La disfrutaba tanto! Y más allá del deslumbramiento que me producían su alma y su inteligencia, deseaba su magnífico cuerpo.

Concluido el tiempo de descanso volvimos al auditorio.

—Les anticipé algo totalmente novedoso —retomó Clisteneo una vez que todos nos acomodamos—. Una hipótesis sobre un supuesto modelo para estudiar el mecanismo de funcionamiento entre el campo morfogenético y el genoma. Cómo logran comunicarse, como sugiere Sheldrake. Wallace, por favor.

¡Quien había desarrollado ese supuesto nuevo modelo no era otro que mi amigo Juan!

—Antes que nada, la elección de mi nombre, en honor a un destacadísimo personaje olvidado por la historia, coautor, con Darwin, de la Teoría de la Evolución de las Especies. Descubrieron al mismo tiempo lo mismo. Tal vez se trató de un aprendizaje que rescataron al mismo tiempo del campo mórfico —rió. Lo veía distendido, a sus anchas—. Lo que les voy a contar no es más que una teoría sobre un nuevo modelo, un principio para comprender lo que anticipó Clisteneo. Un modelo que explique la comunicación entre el genoma y el campo mórfico, hasta hoy un verdadero misterio. Ya nos ha explicado Johannes cómo un organismo en desarrollo se conecta sincronizadamente con los campos mórficos de su especie. Con lo que se recibe del pasado más el aprendizaje del presente se va conformando una especie de memoria colectiva de ese preciso

momento. Lo más llamativo es que las conductas aprendidas horizontalmente pueden pasar, a partir de ese instante, a las próximas generaciones como herencia. No cambia la genética sino las conductas. Y a mi entender, y es solo mi opinión, las conductas no necesariamente afectan a los genes sino que, por el contrario, repercuten sobre el campo. Y es el campo el que a partir de la conducta aprendida modifica la genética de las formas según las nuevas necesidades. Resulta entonces que el campo no solo es modificado por las mutaciones genéticas, lentas y solo con sentido vertical y lineal, sino también por el aprendizaje de algunos especímenes pertenecientes a ese campo de manera horizontal. Una especie de masa crítica que invade el campo para afectarlo horizontal y simultáneamente, consolidando lo que devendrá en el nuevo campo mórfico. Modificándolo. Mi objetivo es contarles, brevemente, qué plantea nuestra hipótesis. Lo que aún se desconoce es la forma en que se comunica el campo mórfico con la química de los genes, tanto para traducir cambios en las formas como para transmitir lo aprendido por algunos de sus miembros a la intuición de la especie. Para llegar a eso creo que debemos comenzar por algo más básico aunque fundamental. La Teoría de la Selección Natural en la que se basa la Teoría de la Evolución de Darwin y Wallace, habla de mutaciones al azar y dice que los que sobreviven mejor, es decir, los que logran mutaciones más beneficiosas para encajar con el medio ambiente, dejan más progenie y, por lo tanto, terminan siendo más numerosos e imponiéndose a otra especie o subespecie. Algo contrapuesta es la teoría de Jean Baptiste Lamarck, desechada por mucho tiempo, y que hoy se está comenzando a reivindicar, por lo menos en parte. ¿Qué decía Lamarck? Entre otras cosas, que en la naturaleza todo tiene un “propósito” y que, aparentemente, los caracteres adquiridos por causas ambientales —también se podrían incluir las conductas aprendidas— se pueden transmitir a las generaciones siguientes. La teoría lamarckiana se contrapone entonces con el gradualismo darwiniano, según el cual las especies cambian, poco a poco, por pequeñas alteraciones de los genes. Mutaciones producidas por el estrés del entorno. Pero vayamos poco a poco… El darwinismo afirma que no existe un propósito detrás

de todo, sino que la evolución es, en definitiva, adaptación al medio ambiente. Ahora bien, intentemos analizar el medio ambiente pero desde otro ángulo. Clásicamente se interpreta la evolución como el mecanismo por el cual se desarrollan y adaptan las especies vivas a un cuerpo inerte, la Tierra. Pero el medio ambiente podría no ser otra cosa que manifestaciones de ese gran "cuerpo" que es la Tierra, si se lo considerara un ser vivo. Si el medio ambiente no fuera otra cosa que emanaciones de ese gran cuerpo terráqueo vivo y, por ende, de las condiciones reinantes para albergar la vida sobre ese cuerpo, entonces la adaptación al medio ambiente no sería otra cosa que la imperiosa necesidad de los seres vivos para vivir sobre ese cuerpo tan particular y de condiciones cambiantes. Y también el factor por el cual la Tierra dirige la vida que existe sobre su cuerpo, por no decir que la Tierra es su verdadero factótum o entelequia. Si ese "cuerpo" alberga vida en su superficie, pero también es quien la permite, y además es cambiante, y si los seres vivos deben adaptarse a sus condiciones para seguir viviendo, se puede vislumbrar un nuevo "propósito" detrás de todo. Los seres vivos podrían no ser otra cosa que las células de esa Tierra viva. Es así que cuando se habla de medio ambiente se debería hablar de adaptación a las condiciones del cuerpo de la Tierra. Entonces, el propósito de todos los seres vivos que alberga la Tierra sería esa adaptación —enfatizó.

—Interesante. Podría conjeturarse entonces un propósito para el evolucionismo darwiniano.

—Correcto. Para decirlo de otra manera, la selección natural sería la selección de la Tierra, o lo que hace la Tierra para la supervivencia de lo que le es afín. Sus "células" deben ser afines a su cuerpo. Ese sería el propósito, y pertenecería a la naturaleza de la Tierra. Por supuesto que, a pesar de ser tan simple, esta hipótesis cambia azar por propósito. Y se puede ir más allá, ya que a esta cadena de ideas le está faltando un eslabón importante.

—A ver… —lo estimuló Clisteneo.

—Falta decir lo que sucede a nivel genético con las mutaciones ya mencionadas, que provienen tanto del azar como de lo aprendido, y el link o conexión de estas con el campo mórfico. Y aquí una hipótesis

que hasta podría ser disparatada… —miró a Clisteneo como preguntando su opinión.

—Bajo ningún punto de vista nos vamos a ir sin conocerla —bromeó y desató nuestras risas.

—Los cambios genéticos beneficiosos que darán lugar a las adaptaciones de la selección de la Tierra, como también las conductas aprendidas, podrían informarse al campo mórfico, modificándolo, y desde allí transmitirse a los genes de muchos de los integrantes de la especie para acelerar los cambios adaptativos de un número mayor de sus integrantes. ¿Cómo podría el campo mórfico estar haciendo esto? Tal vez a través de los que hasta este momento son considerados genes neutros. O tal vez los genes neutros ya llevan en estado latente, aunque no los necesiten en ese preciso momento, los cambios que en algún momento requerirá el futuro campo mórfico.

—Excelente. Se acerca la hora del almuerzo. ¿Podría regalarnos un resumen de este fenómeno complejo?

—Cómo no. La Selección Natural o Selección de la Tierra no funcionaría movida por la fuerza del azar sino por el propósito de la necesidad de adaptación de sus propias "células" a ese gran organismo. La Selección Natural no sería otra cosa que el encaje derivado, y además requerido, por las características especiales, fuerzas y formas de la Tierra. La necesidad de adaptación, por estrés del entorno, es lo que afecta la necesidad de mutaciones beneficiosas. Estas se informan al campo mórfico que las imprime o activa, si ya estuviesen ahí, en los genes neutros de los miembros de la especie, dándoles una función útil, convirtiéndose en genes positivos. Y de ser así, esos campos mórficos no estarían en éteres lejanos sino muy cerca, aquí mismo en la Tierra, en la inteligencia de nuestro planeta. Gracias por su atención —concluyó Juan al tiempo que el auditorio lo premiaba con un cerradísimo aplauso.

—Ya son las doce. Probablemente nos hayamos extendido un poco al desarrollar los conceptos que hemos tenido la suerte de escuchar. Pero creo que nos serán de enorme utilidad para un eventual modelo de funcionamiento de la naturaleza. Ya que este punto parece estar más que claro, y si no lo está, igual, nos detenemos aquí —bromeó

Clisteneo—. Haremos un descanso hasta las catorce.

Necesitaba realmente aquel descanso. Como era de esperar, nos juntamos los tres, Vicky, Juan y yo, a tomar jugo de naranjas en uno de los rincones de aquel gran hall. Lo felicitamos de corazón, con prolongados abrazos.

—Te esperamos para almorzar al lado de la pileta, si te dejan —le dije a Juan, por la cantidad de participantes que se acercaban para felicitarlo y hacerle preguntas.

48

El primer orador de la sesión de la tarde era un hombre, Nicholas. Su tema era el terrorismo internacional y las creencias que lo alientan. Había elegido su seudónimo en honor a quien tanto había trabajado por la paz universal, el pintor ruso Nicholas Röerich, quien a partir de un tratado de paz estuvo al borde de evitar la Segunda Guerra Mundial.

—Intentaré ser breve. Como todos saben, estamos viviendo momentos de tensión creciente en las relaciones internacionales. El principal conflicto sucede entre las potencias occidentales, junto con Israel, enfrentadas con algunos países musulmanes y los musulmanes entre sí. Rencores, resentimientos, odios y venganza en una rueda interminable, retroalimentándose sin fin. El mayor problema es que ninguna de las partes logra, y ni siquiera intenta, ver el problema desde la óptica del otro. Unos basan sus vidas en el paradigma de la democracia, que de alguna manera va asociado al concepto de libre comercio. Para los del otro paradigma, la vida tiene otro sentido. Su leitmotiv es vivir de acuerdo a las Escrituras, y la religión es el eje de la vida. Con una visión de trascendencia después de la muerte de acuerdo a cómo hayan vivido sus vidas. Para ellos la democracia es un concepto que tiene un valor relativo, totalmente diferente al nuestro. Por supuesto que de uno y otro lado hay quienes quieren aprovecharse de la situación manipulando todo para provecho de pequeños grupos. Es así que de un lado hay algunas sociedades secretas, o grupos secretos, que promueven ir a guerras para sacar provecho, y del otro, algunos hacen interpretaciones muy particulares de las Escrituras para justificar el terrorismo y la matanza de inocentes. Igual que los cristianos en las Cruzadas, justificando el “malecidio”.

—¿Qué se debería hacer con el terrorismo en el nuevo paradigma? —lo interpeló Clisteneo.

—Lo primero que debemos hacer es tomar conciencia de que un mundo en el que no comprendamos al otro puede colapsar. Einstein afirmaba que el mundo que hemos creado depende de nuestra forma de pensar, y que si no cambiábamos nuestros modelos mentales era imposible que el mundo cambiara. Estaba convencido de que los problemas no pueden ser resueltos pensando de la misma manera que cuando los creamos, que es una locura seguir haciendo lo mismo y esperar resultados diferentes. Muchos otros líderes sabios nos han advertido sobre la necesidad de dicho cambio, necesario tanto en pensamiento como en percepción. Uno de ellos, para nombrar alguno, es el ex presidente checo Vaclav Havel. En su discurso ante el Congreso de los Estados Unidos en 1990, se refirió a la anticuada visión bipolar advirtiendo que, sin una evolución global en el nivel de la conciencia, nada cambiará. De ahí la importancia de lo que estamos intentando —concluyó.

—Muchísimas gracias, Nicholas —le expresó Clisteneo devolviéndole una sonrisa—. Nos ha demostrado que no deberíamos confrontar defendiendo a ultranza la democracia, cuando del otro lado sostienen otros valores. Aunque creemos que la democracia es el sistema más igualitario de todos, quizá no tenga por qué ser universal. Y tal vez un día nos animemos a plantearnos si puede ser mejorada —reflexionó—. La intervención de Nicholas nos permite introducir el siguiente tema, los opuestos y el Bien y el Mal. Ilya, por favor —anunció.

El cabello castaño de Ilya, que por lo rizado aparentaba ser duro y grueso, con algunas pocas canas y con dos grandes entradas de calvicie, le daba un aspecto de cierta extrañeza. Sus ojos eran azul profundo.

—Buenas tardes a todos —comenzó sonriente—. Mi seudónimo hace honor a un verdadero sabio de las ciencias: Ilya Prigogine, quien en 1977 recibió el Premio Nobel de Química y quien tan bien nos ha instruido sobre las Leyes del Caos. Hablar sobre los opuestos y el Bien y el Mal, en tan poco tiempo, no es sencillo. Y, por supuesto, totalmente alejado de demostraciones científicas. De modo tal que tomen lo que les voy a decir como lo que es, simplemente opiniones

personales sobre el asunto. Son mis verdades hoy, pero seguramente cambiarán con el tiempo. A más tardar mañana —bromeó—. Comencemos entonces por algunas reflexiones sobre los opuestos. Formularé unas preguntas que servirán de guía para el trabajo grupal, no sé si programado para mañana o pasado. ¿Tiene alguna necesidad y, por ende utilidad, la existencia de opuestos en el universo? ¿Cuál es su función, si es que logramos encontrarle algún sentido? —nos dio unos instantes para que pensásemos—. Para los ateos, la lucha entre el Bien y eso que hemos dado en llamar el Mal es fácil de comprender. ¿Pero qué sucede con los creyentes en un Creador? Para estos la cosa se complica bastante. Si el Bien es a lo que deberíamos aspirar para la evolución de la raza humana, y si además todo responde a una Creación inteligente y amorosamente diseñada, ¿por qué no fue creado lo humano, desde el inicio, solamente con el Bien? ¿Por qué fue aceptado desde la aparentemente poderosísima Creación, desde su "propósito", la existencia del Mal? Más aún: si el Mal nos produce dolor, ¿por qué fuimos creados para padecerlo? Si pudiésemos decidir el futuro de nuestros hijos, ¿no elegiríamos para ellos la felicidad, la ausencia de dolor y sufrimiento? —hizo una pausa—. Otro aspecto importante y relacionado es el destino. Existe toda una gama de posiciones intermedias pero, para mayor claridad, extremaremos posturas contrapuestas. ¿Está todo predeterminado o todo depende del libre albedrío? A los que les parezca bien —y espero que sean todos—, les pido que reflexionen unos minutos sobre la respuesta de cada uno a estos interrogantes.

Me costaba tomar posición sobre todos esos puntos. Más aún sobre la pregunta referida al destino. Creía que algunas cosas estaban predeterminadas, por ejemplo el nacimiento y la sincronicidad. Como si detrás de esos eventos actuara una inteligencia no comprensible a nivel humano. ¿Y el libre albedrío? Podría haber rechazado a Segismund y Jeremy en la Recoleta. Podría haber desistido del viaje a Estambul, y también podría haberle dicho a Vicky anoche que tenía ganas de hacer el amor, especialmente después de aquellos frutos afrodisíacos. Frutos afrodisíacos con Aphrodisias. ¡Qué combinación explosiva!, pensé bromeando. Necesitaba algo frívolo en qué pensar,

tal vez ya estaba algo indigestado de tanta profundidad.

Pasado el lapso establecido, Ilya retomó sus consideraciones.

—¿Logró alguien cortar el nudo gordiano? Yo tampoco —bromeó nuevamente—. A continuación, y brevemente, les comentaré algunas reflexiones sobre las preguntas que hemos formulado. Reitero que no tengo la más mínima intención de mostrarlas como verdades. Son simples aportes que espero que alimenten sus propias reflexiones. Comencemos tratando de responder si el universo necesita de opuestos. Para ello creo que será útil otra pregunta, tal vez conducente a la pregunta madre. ¿Qué consecuencias produce la existencia de opuestos? La respuesta parece emerger sin dificultad si analizamos un par muy simple, el blanco y el negro. Los opuestos son los extremos de una gran gama de intermedios, una multiplicidad gigantesca, y me gustaría saber si infinita, de grises. ¿Qué más sucede con los opuestos? Se crea una fuerza entre ellos, aparentemente en pugna o competencia. Se trata de una fuerza muy fuerte que crea estados intermedios. Creo que todo esto no nos diría mucho si no nos hiciésemos la pregunta opuesta. ¿Cómo sería un universo sin opuestos? Si nos remitimos al ejemplo básico previo, tendríamos un universo todo blanco o todo negro, con ausencia de la gama de grises y del resto de los colores. ¿Qué les parecería un universo todo blanco? Ustedes, mi persona, las mesas, los animales, los alimentos, el cielo.

Se llevó las manos a la cabeza e hizo una mueca graciosa que nos hizo reír, expresando que un universo completamente indiferenciado resultaría desquiciante.

—Podríamos inferir entonces que los opuestos son necesarios para la diferenciación y la multiplicidad. La multiplicidad creada a partir de la gama de opuestos. Así funcionan los mismísimos átomos, basamento de todo lo creado. Se repelen las fuerzas opuestas del protón y del electrón, manteniéndolos a distancia. La evolución es además una fuerza dinámica, en movimiento continuo. Si todo fuese monocolor el universo sería estático, no evolucionaría. ¿Conclusión provisoria, si es que se puede llegar a conclusión alguna? Que los opuestos son imprescindibles para la diversidad en la Creación y para su desarrollo evolutivo. Vuelvo a las preguntas del inicio: ¿Por qué no

fue creado lo humano, desde el origen, solamente con el Bien? ¿Por qué la aparentemente poderosísima Creación aceptó la existencia del Mal, del dolor? Y aquí no tengo muchas más ideas —rió—. Hay teorías religiosas al respecto. Algunas sostienen que el Mal es posterior a la Creación original. Otras, como el dualismo gnóstico, afirman que el Bien y el Mal son fuerzas poderosísimas, iguales y contrapuestas, en lucha permanente desde el inicio de la Creación. Yo no tengo otra hipótesis sobre el Mal que la misma que he arriesgado sobre los opuestos, es decir, un aspecto más de esa fuerza evolutiva imprescindible para el movimiento continuo de la Creación.

—No se decepcione, Ilya, lo que ha planteado no parece incoherente —opinó Clisteneo riendo.

—Muchas gracias, señor moderador. Las últimas preguntas entonces… ¿Está todo predeterminado o todo depende del libre albedrío?

Este punto me interesaba.

—Algunos piensan que todo está predeterminado. Es la posición del determinismo. Otros dicen que nada está predeterminado y que todo depende de las elecciones que voluntariamente realizamos, el libre albedrío. Y aquí, nuevamente, solo reflexiones: es evidente que muchas cosas están totalmente predeterminadas, por ejemplo, los factores genéticos. También el lugar de nacimiento, la familia, su lugar en la escala social. Diferente si nacimos en Occidente o en Oriente, diferente si fuimos educados como cristianos, judíos, musulmanes, budistas o hinduistas. ¿Y el libre albedrío? También es evidente que continuamente estamos tomando decisiones que determinan nuestro futuro: estudio esta carrera u otra, me caso con esa persona o no, etcétera. ¿Entonces? Si ambas fuerzas son igualmente ciertas, ¿en qué punto se intersectan? ¿Existe ese punto? Quiero decir que todo este gran problema podría limitarse a discernir en qué situaciones gravitan los factores predeterminados y en cuáles influye el libre albedrío.

Personalmente, he hecho una síntesis basada en el pensamiento oriental y en la ciencia. Les cuento: la filosofía oriental sostiene que nada sucede porque sí. Todo depende del Karma, del que ya se ha

hablado en este encuentro. El Karma determina lo que nos toca vivir, lo que debemos enfrentar para aprender. Lo que nos corresponde. Lo mismo creen quienes aceptan el fenómeno de la sincronicidad. Sin embargo, ante cada situación de vida, elegimos una entre una variedad de alternativas. El químico Ilya Prigogine demostró que en fenómenos de la naturaleza estables, con una solución única, de pronto se produce un punto crítico, al que denominó "punto de bifurcación". En ese punto, se tome una u otra dirección, se abren dos o más universos. A esto lo llamó "soluciones múltiples". Pienso que la vida nos coloca en situaciones determinadas por el Karma o por lo que fuera. Por analogía, esas situaciones serían puntos de bifurcación en los cuales optamos, elegimos cómo actuar con nuestro libre albedrío. Y así hasta un nuevo predeterminado punto de bifurcación, completamente distinto al que se habría presentado si hubiésemos tomado otra decisión. En cada punto de bifurcación, entonces, estaríamos creando nuestro propio universo personal, nuestro destino —hizo una pausa liberando una enorme sonrisa—. Espero no haberlos aburrido y, mucho menos, confundido.

Fue la primera vez que el auditorio aplaudió de pie a un orador. Tal vez por sus palabras, por la sencillez con que había planteado sus ideas, por su simpatía.

—¡Excelente!, muchas gracias —tomó la palabra Clisteneo—. Ya son las seis, y seguramente estarán cansados. Nos reunimos a las siete para el cocktail de bienvenida, a orillas de la piscina. ¡Gracias a todos por estar aquí!

Después de una reconstituyente y relajadora ducha, y de pasar unos cuantos minutos frente al espejo decidiendo cómo vestirme, bajé al lugar asignado para la velada.

Langostinos, salmón ahumado y champagne con hielo fue lo que más consumimos con mis dos amigos. La música clásica de fondo, la vista de aquel extraordinario estrecho, la conversación con Vicky y Juan armaron un momento muy agradable.

Cerca de las nueve, Sebastián le acercó un micrófono a Clisteneo.

—Creo que ha sido una tarde más que productiva, y esperamos que hayan disfrutado del cocktail. Hay un pequeño problema… ¡No se

asusten, por favor! —dijo riendo—. Se trata solamente de un problema de índole climática que nos obliga a modificar el cronograma. Se había elegido la tarde del 25, pasado mañana, para el imperdible paseo en barco por el Bósforo. Sucede que han pronosticado lluvia. Por tal motivo, haremos el paseo mañana por la tarde. De tal manera que el programa de mañana queda así: mañana libre para turismo, de 14 a 16 nos reunimos en el salón de conferencias y luego haremos un trabajo grupal. A las 16.20 saldremos para tomar el barco. Sigan disfrutando y que tengan un excelente descanso.

Terminado el cocktail, los tres decidimos irnos a dormir. Estábamos exhaustos. Al esfuerzo intelectual insumido por las sesiones de la mañana y de la tarde se seguía sumando todavía el jet lag. Tampoco entonces me animé a sugerirle a Vicky pasar la noche juntos. Me estaba comportando peor que en mis más tímidos tiempos de la adolescencia.

49

Tercera mañana que despertaba, lamentablemente solo, en la mágica Estambul. Después de desayunar con Vicky y Juan frente al romántico Bósforo, habíamos planeado salir de excursión. Nunca olvidaré aquel 24 de mayo. Eran las nueve. Juan se excusó nuevamente: "Johannes me pidió reunirnos para discutir algunos puntos. No me extrañen".

—¿Y tú? ¿No te conviene quedarte? —me preguntó Vicky ya en camino para encontramos con Abdulgani—. ¿No te preocupa que te pidan tus comentarios?

—Solo un poco —le respondí—. Ahora prefiero aprovechar este maravilloso entorno y a vos. Cuando me toque hablar, decidí decir lo que sienta en ese momento. Ser lo más espontáneo e intuitivo posible. Y pienso que no me va a tocar intervenir hasta pasado mañana, en la sesión de la tarde, día de "Conclusiones y Diseño final del objetivo", según el programa.

El amable Abdulgani dijo que antes de comenzar las visitas quería invitarnos con un té de manzana, en un lugar muy especial. Aceptamos encantados.

Un taxi nos llevó hasta el lugar que Abdulgani había elegido, un antiguo colegio reconvertido en cafetería. Bajo el suave sol matinal tomamos asiento en una de las mesas esparcidas en un enorme patio central, con piso de piedra, circundado por árboles. Disfrutamos mucho aquel silencio solo empañado por el sonido de la suave brisa entre las grandes hojas de los árboles.

Después de pedir las bebidas, Abdulgani sacó nuevamente su famosa bolsita de frutos secos.

—Más como los de anteayer —nos ofreció. Aunque su sonrisa era de complicidad, se abstuvo de preguntar qué efecto habían tenido los previos. Se habría decepcionado con la respuesta.

—Quiero hacerle una pregunta —cambié adrede de tema.

—Encantado —respondió Abdulgani.

—¿Circulan en la actualidad historias sobre complots del crimen organizado relacionados con el gobierno turco? —pregunté. Tal vez estaba un tanto temático, pero quería saber si STRAPP podría estar operando bajo cobertura oficial.

—No muchas, pero algunas se han comentado bastante. Nos alarmó especialmente una que alcanzó estado público —comentó extremadamente serio.

—¿Nos la puede contar? —insistí.

—Encantado, a pesar de que a nosotros no nos gusta mucho divulgarla. Ya saben, nos desacredita frente al turismo, del cual vivimos. Pero ya que me lo pide…

—Por favor —le suplicó Vicky.

—En noviembre de 1996 se produjo un accidente de tránsito en la gran autopista de Estambul. Un camión de carga chocó con un Mercedes-Benz de color oscuro que iba a alta velocidad. Hasta ahí parecía un simple choque, como tantos otros. La situación comenzó a cambiar al poco tiempo, cuando se supo que los ocupantes del auto eran personas importantes.

—¿Qué tenía eso de malo? —esgrimí.

—No había una explicación lógica para que esas personas estuviesen juntas. Tampoco para lo que encontraron dentro de aquel Mercedes-Benz.

—¿Qué? —preguntó Vicky, intrigada.

—Armas automáticas y aparatos para escuchas clandestinas.

—¿Y los ocupantes? ¿Quiénes eran? —lo interrumpió Vicky ya notablemente sobresaltada.

—Una extraña mezcla de personajes. Un ex jefe de policía, un terrorista de extrema derecha, un miembro del Parlamento del partido Verdadero Camino y una reina de belleza. Cuando comenzaron a investigar, descubrieron que la señorita se había involucrado sentimentalmente con el matón.

—¿Entonces? —volvió a preguntar Vicky.

—El ministro del Interior trató de obstruir la investigación. Una acción muy torpe que lo obligó a renunciar. El escándalo fue tomando

dimensiones gigantescas, hasta llegar al Parlamento. Fue allí donde se terminaron esclareciendo las conexiones del gobierno con el crimen organizado.

Cuando Abdulgani concluyó, nuestras facciones se habían transformado.

—¿La ciudad es insegura? —cambié rápidamente de tema.

—La policía aquí es muy estricta —aseveró—. No hay robos a mano armada. Solamente algún ladronzuelo que quiera arrebatarle la cartera. Téngala siempre asegurada, cerca de su cuerpo. Con eso alcanza —le recomendó a Vicky—. La policía siempre ha sido estricta, históricamente, aunque comparada con la de la antigüedad, y vistos con los ojos actuales, aquellos sí que eran despiadados y brutales. Voy a contarles lo que sucedía en la prisión de Las Siete Torres. En el año 390 se construyó la Porta Aurea, un arco del triunfo por donde los emperadores ingresaban a la ciudad. Siglos después, el otomano Mehmet le añadió cinco torres a la que hoy es conocida como la Fortaleza de las Siete Torres, más tarde convertida en prisión. No está en nuestro itinerario, pero si andan por la zona no dejen de visitarla.

—¿A quiénes encerraban allí? —preguntó Vicky.

—A embajadores extranjeros, a políticos otomanos disidentes y hasta llegó a albergar a algún miembro de las dinastías reinantes. Si van a visitarla, en una de las torres podrán ver la celda en la que estuvo encarcelado en 1622 el sultán Osmán II. Lo ajusticiaron con un método habitual en aquellos días: estrangulamiento, pero al mismísimo tiempo que le reventaban los testículos.

—¡Qué dolor! —exclamé. Vicky, riendo, palmeó suavemente mi omóplato a modo de compasivo consuelo.

—Según los relatos de la época, el tormento era insoportable —añadió.

—Si eso le hacían a un sultán, no quiero imaginar lo que le sucedería a un simple ciudadano —comenté aún sensibilizado.

Supuse que por la mente de Vicky navegaría el mismo pensamiento que en la mía. Si STRAPP tenía alguna conexión clandestina con las autoridades turcas, y si estos últimos habían heredado su afición por los métodos antiguos, si nos atrapaban no tenía dudas de que

estaríamos en serios problemas.

—Bueno, vamos. Es hora de trabajar —propuso mientras tomábamos los últimos tragos de aquel exquisito té.

Caminamos hasta el Hipódromo, en medio de incontables transeúntes.

—Este anfiteatro llegó a albergar a cien mil personas. Originalmente se corrían aquí carreras de carruajes, según la tradición romana.

—¿Quién lo construyó? ¿Constantino, Justiniano? —pregunté.

—Fue construido antes, allá por el 203, por el emperador Septimio Severo —corrigió—. Para la época de Justiniano, el protagonismo de los bandos de los corredores había ido creciendo. Los más importantes eran los Verdes y los Azules. Tanto se habían politizado esos grupos, que en el 532 protagonizaron una revuelta contra el emperador. En represalia, un general llamado Belisario asaltó el Hipódromo. Treinta mil muertos —añadió.

—¡Uouu! —exclamé.

—Pero siguió siendo magnífico hasta que durante la Cuarta Cruzada, en 1204, soportó un terrible saqueo, e incluso fue destruido. Pasados los siglos los otomanos volvieron a desvalijarlo. Con los materiales que se llevaron construyeron la mezquita de Sultanahmet, la famosa Mezquita Azul. Esa que ven ahí —dijo señalando con la mano.

—Viendo las ruinas no llego a imaginar cómo era entonces —quise saber.

—Cuentan que muy imponente. La pista circundaba una plataforma central elevada, repleta de estatuas y monumentos.

—¿Y ese obelisco? —señaló Vicky.

—Es de lo poco que queda de entonces. Un obelisco egipcio traído por el emperador Teodosio en el 390. Desde aquí también pueden ver las dos columnas que han sobrevivido, la Columna de la Serpiente y la de Constantino Porfirogeneto. Si tienen ganas aún nos queda tiempo suficiente como para visitar la Mezquita Azul.

Incluso antes de entrar nos sentimos deslumbrados por aquella famosa y romántica mezquita. Sus tres cúpulas, de menor a mayor, denunciaban su majestuosidad. Su nombre proviene de la luz que se

reflejaba en los azulejos azul cobalto de aquel gran recinto de oración. Nos contó que más de veinte mil azulejos decoraban aquellas paredes y galerías. Fue construida en tan solo siete años por el sultán Ahmet en 1609. Tal era su majestuosidad, que a partir de entonces se convirtió en el polo de atracción de las actividades religiosas en Estambul. Cada viernes, la procesión del sultán salía del palacio de Topkapi hacia allí, al tiempo que dieciséis muecines llamaban a la plegaria desde sus seis altísimos minaretes.

Al salir de la mezquita, el aire que cubría Estambul, bañado por el sol que lo había ido calentando, fue invadido por un sonido conmovedor. Impresionantes voces amplificadas por los altoparlantes de los minaretes hacían sonar un cántico ritual, un impactante llamado a la religiosidad que erizaba la piel de cualquiera.

—Es el canto del muecín llamando a la oración —explicó Abdulgani.

—¿Qué está diciendo? —pregunté tremendamente conmovido.

—*Allaah-u-ekber* —sonó la pronunciación—. "Alá es grande."

—¿En qué horarios llaman a oración? —preguntó Vicky.

—De alguna manera la vida de los musulmanes está marcada por esos llamados. Cinco veces al día. Al amanecer, a mediodía, por la tarde, a la caída del sol y, finalmente, la quinta llamada después del ocaso. Y ya que hablamos del atardecer, se afirma que una de las experiencias más inolvidables de Estambul es navegar a esa hora por el Cuerno de Oro. El sol anaranjado-rojizo se vuelve enorme en su despedida hasta el próximo día. Un efecto incomparable al reflejarse y esconderse detrás de las incontables cúpulas y minaretes de las mezquitas. Y como si eso fuera poco, en ese momento el aire es rasgado, igual que ahora, por el llamado a la oración —describió Abdulgani—. Una experiencia que los impactará.

—Así debe ser —convine—. Tenemos programado un paseo en barco por el Cuerno de Oro hoy por la tarde. Para ver la puesta del sol.

—¡Qué bien! Pero les voy a confesar algo, sin ánimo de desmerecer su programa…

—¿A ver? —lo animó Vicky.

—A pesar de lo que todos dicen, a mí me gusta más ver caer el sol desde el Café de Pierre Loti, colgado de la ladera de la montaña. Verán lo mismo pero, a mi entender, es mucho más romántico. Un tiempo y un espacio ideales para ustedes dos —sugirió sonriendo cómplice.

—¿Qué hacemos? —me susurró Vicky al oído mientras Abdulgani caminaba unos pasos adelante—. ¿Vamos al barco o nos escapamos a ese café?

50

Llegamos algo retrasados de la excursión, por lo que nos limitamos a comer unos sándwiches para no llegar tarde. Ya estábamos ubicados en nuestros lugares cuando Clisteneo abrió la sesión.

—¿Cómo les ha ido? Espero que magníficamente y que no hayan gastado dinero de más en compras —rió—. En mi caso me he quedado con un par de ustedes para evaluar lo que hemos escuchado hasta ahora, y hemos delineado un esbozo, un primer intento de nuevo paradigma. Lo discutiremos en la última sesión después de escuchar lo que nos resta, ya que seguramente se incorporarán nuevos aportes. Les hemos pedido a los disertantes que abrevien en lo posible sus charlas para alcanzar el barco. Empezaremos con el comportamiento del agua. Julia, por favor.

El personaje en cuestión era una mujer joven de agradables rasgos orientales, japoneses, de alrededor de cuarenta años.

—Buenas tardes —saludó con dulce sonrisa—. Espero que estén disfrutando tanto como yo de lo que se está planteando en el foro y de este lugar tan exótico como fascinante —expresó en su forzado y algo deformado inglés—. Sobre el sobrenombre que escogí: Julia Leigh y David Savold escribieron un libro en el que formularon una pregunta sencilla pero extremadamente inteligente. Se dice en Oriente que cuando se logra formular la pregunta perfecta, o casi perfecta, ya contiene la respuesta. En este caso no fue perfecta pero sí muy iluminadora. Se preguntaron algo tan simple como novedoso: si existen dos copos de nieve iguales. Motivado por esta pregunta y por los trabajos del doctor Lee Lorenzen, Masaru Emoto, con un analizador de resonancia magnética y un microscopio, comenzó a congelar agua extraída de diferentes sitios para observar sus cristales. El resultado fue sorprendente. Todos tenían formas distintas, algunas más bellas y complejas que las mejores joyas talladas. Acotación al

margen, los talladores deberían copiarlas —comentó riendo—. Sorprendido con el hallazgo, Emoto comenzó a experimentar con pequeños frascos de agua sometiéndolos a diferentes estímulos: música de Bach o Mozart, etiquetas rotuladas con simples palabras como “amor”, “odio”, “ángel”, “demonio” y tantas otras. ¿Qué encontró? Que de acuerdo con lo que se “impregnase” el agua, es decir, el tipo de sentimiento o emoción de esa impregnación, los cristales podían adquirir formas maravillosas, como en el caso de “amor”, o formas disgregadas y rotas, sin belleza alguna, en el caso de palabras como “odio”. ¿Qué significa todo esto? Hasta que se conocieron los estudios de Emoto, ignorábamos que podíamos modificar la calidad del agua con nuestros sentimientos y emociones. Que el agua responda a estímulos, transmutándose, nos permite pensar que, de alguna manera, el agua está un poco, o mucho, más “viva” que lo que suponíamos.

—En nombre de todos, muchísimas gracias, Julia —dijo Clisteneo.

Supuse que si hubiera estado en funcionamiento el analizador de coherencia de la cordillera, habría virado al blanco casi perfecto.

—Escucharemos ahora una nueva hipótesis sobre el funcionamiento del alma en el plano cuántico. Carl, por favor.

Se puso de pie un setentón erguido, con bigotes a lo Dalí y larga barba, completamente canos. Su imagen resultaba impactante.

—Buenísimas tardes. He escogido mi seudónimo por Carl Gustav Jung. Tan precozmente como a los 22 años, expresó que el alma era una inteligencia independiente del tiempo y del espacio. ¿Qué estaba afirmando con eso? ¿Que el alma no depende de las dimensiones que conocemos en el mundo físico? ¿Entonces? ¿Qué leyes rigen el alma? Su desconcertante idea chocaba de plano con el dominante paradigma newtoniano-cartesiano. Según este paradigma, todas las cosas basan su funcionamiento en las leyes conocidas. Enumeraremos sus características. Localidad: no se puede influir más allá del espacio en el que estamos. Por caso, lo que estamos haciendo y diciendo aquí no puede tener efecto alguno más allá de este recinto. No podría, por ejemplo, estar afectando a alguien que se encuentre a distancia, en París. Causalidad: toda causa produce un efecto. No existe efecto sin

causa previa. Además, la intensidad de la causa y la intensidad del efecto que produce deben ser proporcionales. El choque de dos bolas sobre una mesa de billar no puede ser la causa de un terremoto. La causalidad nos lleva indefectiblemente a la noción de predictibilidad. Conociendo las condiciones iniciales, se puede predecir el sistema. Si se conoce la duración de un día se puede predecir la de los siguientes. Otro ejemplo podría ser la predictibilidad del paso del cometa Halley cada 75 a 76 años como promedio. El cuarto componente del paradigma es el tiempo. Es lineal, en un solo sentido, rítmico e imparable. En base a este principio, nada existiría siguiendo el sentido contrario, del futuro al pasado. El siguiente concepto se refiere a la individualidad o unicidad y, derivada de ella, la separatividad. Somos únicos. Así lo expresan tanto nuestro ADN como nuestras huellas dactilares. Por considerarnos únicos sentimos que estamos separados, que somos distintos del resto de las cosas y los seres. ¿Cómo vamos? —quiso saber.

—Creo que bien, adelante —opinó Clisteneo.

—El siguiente componente es la dualidad. Como ya ha sido dicho en este foro, vivimos en un universo plagado de opuestos con una gama tal vez infinita de matices entre ambos polos. El blanco y el negro, el amor y el odio, el Bien y el Mal, y así con casi todo. Esta dualidad crea diferencias que nos llevan también a la separatividad. Creo que estos son los conceptos más significativos derivados del paradigma newtoniano-cartesiano. Por aprendidos y por creencia en ellos, "impregnan" el funcionamiento de nuestras almas, nos llevan casi indefectible e intransigentemente a la defensa de ciertas ideas como si fueran absolutas.

—Al comienzo usted dijo que Jung afirmaba que el alma era independiente del tiempo y del espacio. Entonces, ¿cómo es la cosa? ¡Ah!, se me pasaba por alto, ¿dijo antes usted que con estos conceptos podíamos "impregnar" el alma?

—Comenzaré respondiendo esto último. Creo que sí, con estos conceptos pero también con otras ideas, con otras leyes. Las del reino cuántico por ejemplo; Jung decía que esas leyes son independientes de nuestras creencias sobre tiempo y espacio.

—¡Qué bueno! A ver…

—Para eso tendríamos que cambiar la sintonía del dial, como si en lugar de sintonizar FM Materia sintonizásemos FM Alma —nos hizo sonreír—. La ley de la energía pluripotencial dice que todo es posible por su pluripotencialidad, desde lo muy probable hasta lo casi absolutamente improbable, o si quieren verlo desde otra de sus facetas, por su multiprobabilidad. Nada está definido hasta que una entidad consciente decide medirlo. Cuando lo hace, la medición convierte lo multiprobable, las casi infinitas probabilidades, en una solución igual a 1. Y es lo que todos continuamente hacemos con todo, como ya se ha explicado respecto de los puntos de bifurcación.

—¿Puede darnos algún ejemplo que grafique este concepto? —pidió Clisteneo.

—A ver… —pensó por un instante—. Supongamos que alguien quisiera definir, en este preciso momento, dónde está mi persona ahora. En el mes de mayo, un día de semana y a esta hora de la tarde. Si nos atenemos a la ley de probabilidades, lo más probable es que me encuentre en mi universidad, en las cercanías de Londres, dando clase o corrigiendo exámenes o tal vez hablando con algún colega o alumno. Un poco menos probable es que hubiera tenido que abandonar la universidad por algún trámite en el centro, que hubiera tenido que asistir a algún entierro o permanecer en casa en cama por estar enfermo. Pero para concretar la medición se necesita saber dónde está realmente mi persona. A pesar de que hay situaciones y lugares más probables que otros, si alguien hiciera la medición en este instante descubriría que me encuentro en un lugar poco probable, en Estambul. Es así que solo luego de que alguien lo confirme a través de una medición, las variadísimas posibilidades regidas por lo multiprobable se convertirán en una solución igual a 1. ¿El resultado? Poco probable pero posible en un universo multiprobable. Mi persona está en Estambul. Y este concepto de lo pluripotencial puede ser aplicado a nuestra vida diaria y a nuestra alma. Está todo abierto, hasta que de alguna manera actuamos, hasta que hacemos una "medición". Otro factor importantísimo en el reino cuántico, de lo que todo está formado, es la no causalidad o acausalidad. ¿Qué implica

este concepto? Que no todo responde a las leyes de causa y efecto conocidas. Que un suceso puede no ser la causa del otro por las leyes clásicas, aunque sus comportamientos estén correlacionados o coordinados. Se trata del descubrimiento de relaciones entre conceptos que parecían no tenerlas. Pero lo cierto es que algo es considerado acausal hasta que se descubre la causa, cuando superamos la ignorancia sobre la causa.

—Me parece que necesitaremos un ejemplo.

—Bien… Si analizásemos un puntero de rayo láser, esos que hasta venden en la calle por poco dinero, afirmaríamos que se trata de un tipo muy particular de luz en fase coherente, generalmente roja o verde, con casi nula dispersión de sus haces a pesar de la distancia. Podemos describir su funcionamiento, su causa. Supongamos ahora que se pudiese enviar objetos al pasado. Supongamos que decidimos poner el láser frente a Godofredo de Bouillon aquel día de julio de 1099 en el que estaba frente a las murallas de Jerusalén a punto de conquistarla. Sorprendido, Godofredo lo toma entre sus manos, lo investiga y aprieta el botoncito. Experimentando con aquel rayo lumínico finalmente logra dirigirlo a la frente del jefe enemigo que se encuentra sobre las murallas. Les dejo a ustedes el ejercicio de lo que pudiera haber pensado Godofredo y quienes lo rodeaban. ¿Qué significaba? ¿Quién lo enviaba? ¿Qué auguraba? Lo único importante es que, por desconocimiento de ciertas leyes y su tecnología derivada, para Godofredo ese láser era absolutamente acausal.

—Muy simpático ejemplo, Carl. Para una película de ciencia ficción —comentó Clisteneo.

—Otro factor es la no linealidad. ¿Qué implica este concepto? Que no todo es gobernado por el tiempo lineal. Que el tiempo puede ser circular, como lo han descripto los chamanes o, incluso, podría considerarse que retrocede, que viaja hacia el pasado. Como aparentemente sucede con esas partículas llamadas taquiones, que por ser más rápidas que la luz, viajan hacia atrás. Hacia fines de la década de los sesenta los científicos se dieron cuenta de que a pesar de que podían predecir el paso del cometa Halley dentro de diez siglos, no podían anticipar el clima con más de tres o cuatro días de

anterioridad. Sucede que uno de los componentes de la no linealidad, como en el caso del clima, es la realimentación positiva, la magnificación de los efectos más pequeños. Y fue eso lo que dio lugar a la Teoría del Caos y su famoso efecto mariposa. Todo está conectado con todo lo demás. Cualquier cosa que cada uno de nosotros haga, por trivial que parezca, puede tener cierto impacto, aunque sea infinitesimal, sobre el resto del mundo. Un poema en un libro de Gleick explica el efecto mariposa:

Por falta de un clavo, se perdió la herradura;
Por falta de la herradura, se perdió el caballo;
Por falta del caballo, se perdió el jinete;
Por falta del jinete, se perdió la batalla;
Por perder la batalla, se perdió el Reino.

—¡Qué bueno! ¿Qué más?

—Deberíamos familiarizarnos con otro de los conceptos del reino cuántico, la incertidumbre o incerteza, derivado del principio de incertidumbre descripto por Werner Heisenberg. Este principio dice que no se puede determinar con exactitud en un mismo instante dos propiedades distintas de una misma partícula, velocidad y posición. O medimos la velocidad y desconocemos la posición o viceversa. Es imposible medir ambas cosas a la vez. Me anticipo a su pedido con un ejemplo… —rió—. En nuestro mundo físico podemos determinar exactamente a qué velocidad avanza y dónde se encuentra un automóvil. En el reino cuántico debemos optar por una de dos opciones, medir la velocidad al lado y a nivel del auto sin saber con precisión dónde nos encontramos, o establecer con exactitud la posición desde un satélite, pero ignorando con exactitud su velocidad.

—¿Cómo interpretar esto, si se puede? —quiso saber Clisteneo.

—Podríamos inferir que cuando tratamos de separar una unidad para medir una de esas partes, indefectiblemente se pierde la real dimensión de las otras partes. Siempre nos va a quedar un resto de incertidumbre.

—Nos quedan quince minutos —comentó Clisteneo—. Luego confirmaremos quiénes se suman a la excursión en barco. Esperamos

que todos puedan venir. ¿Qué más nos puede decir sobre el funcionamiento cuántico del alma?

—Podría detenerme en algunos conceptos un tanto complejos como la virtualidad, pero considerando el poco tiempo que nos queda voy a referirme a un fenómeno, a mi entender, el más maravilloso del funcionamiento del universo. El más representativo del reino cuántico. Contiene factores como la no localidad y la acausalidad, combinándose como una asombrosa demostración de cómo, en el universo, todo está mágicamente —y uso esta palabra porque no encuentro otra para describirlo— interconectado. Creo que sucedió en 1935. Erwin Schrödinger, el mismo que había descripto el colapso de la función de onda que convierte lo multiprobable en una solución igual a 1, afirmó que la medición en una partícula afecta a su gemela instantáneamente aunque esta última se encuentre en el punto opuesto de la galaxia. Y que lo hace instantáneamente —remarcó.

—¿Es eso posible?

—Personajes como Albert Einstein opinaron que era inaceptable, ya que implicaría que existe algo más rápido que la luz.

—¿Qué pasó entonces?

—Por décadas los científicos no tuvieron la tecnología idónea para demostrar si lo que había dicho Schrödinger resultaba o no cierto. Quienes lo discutieron murieron sin conocer el resultado de sus especulaciones. En 1982, un investigador del Instituto de Orsay en París, Alain Aspect, demostró que la hipótesis de Schrödinger era cierta. A partir de entonces muchos Premios Nobel han sido otorgados por investigaciones sobre el “entanglement”, como se denomina el fenómeno. Una especie de entrelazamiento que interconecta el universo. Hoy una enorme cantidad de experimentos, como la teletransportación y la inminente computación cuántica, se basan en este fenómeno.

—¿Puede explicarnos cómo funciona?

—Cómo no. Supongamos dos entidades. A una la llamaremos blanca y a la otra azul. Podrían ser partículas, pero también, por qué no, seres humanos. Dos entidades que jamás han tomado contacto entre sí, que son independientes una de la otra. Sus respectivas direcciones los

llevan a cruzar sus caminos. Cuando se encuentran pasan a compartir una propiedad, la que caracteriza el encuentro, que llamaremos propiedad roja. Cuando se separan, ambas cargan esta nueva propiedad. Ahora bien, esa propiedad de alguna manera puede permanecer "dormida" o en estado latente, hasta que una entidad consciente decide medir la propiedad roja en una de esas entidades. Ni se preocupa por la otra. En el momento que lo logra aparece el resultado de la medición, pero no solo en la que está siendo medida sino que, como por arte de magia, también "salta", o aparece, la medición de la otra.

—¡Impresionante! ¿Qué ejemplo práctico puede darnos?

—Sabía que me lo iba a pedir… —todos reímos—. Imaginemos dos mazos de cartas que están "entanglados". Usted, Clisteneo, se lleva uno a Alemania y yo el otro a Inglaterra. Los mazos quedan guardados en cajones por cierto tiempo, hasta que un día a mí se me ocurre tomar el mazo y extraer una carta, por ejemplo la dama de corazones. Sucede que en su mazo, Clisteneo, ese que sigue en el cajón y usted ni siquiera tocó, la dama de corazones también se separa del resto de las cartas.

—¡Basta para mí! —bromeó—. ¿Es esto aplicable a los humanos?

—Todos conocemos historias de gemelos humanos, lo frecuente que es que cuando alguno de ellos siente o padece algo el otro siente lo mismo o sabe lo que le está pasando al otro. En mi caso, lo llevo un poco más allá. Levanten la mano quienes alguna vez han experimentado algo similar a lo que voy a plantear. Tal vez les ha pasado pensar de repente, y sin razón causal alguna, en alguien a quien hace años que no ven. Como por arte de magia, al poco tiempo, a veces inmediatamente, se lo cruzan por la calle, lo encuentran en un bar o reciben un llamado de esa persona.

La mayoría, incluyéndome, levantamos la mano.

—Vieron… —sonrió—. En esas circunstancias, tan habituales, podría estar funcionando el fenómeno.

—¡Sorprendente! ¿Y qué conclusiones derivaría usted del entanglement?

—Que el entrelazamiento es real, una prueba absoluta de la realidad

no local del universo. Con una interconectividad instantánea. Dos entidades que han interactuado nunca más serán independientes una de la otra… Muchas gracias.

51

Después de mucho dilucidar, decidimos con Vicky optar por el paseo alternativo que nos había sugerido Abdulgani. En aquel momento ni por asomo establecí relación con ciertas palabras guardadas, olvidadas, en algún lugar de mi memoria.

Después de excusarnos a la salida del auditorio por no sumarnos al resto del grupo, y luego de una ducha, tomamos un taxi camino del Café Pierre Loti.

En el hotel nos habían dicho que estaba colgado del cerro, a buena altura. Luego de bajar del taxi tuvimos que ascender por angostos senderos por aquella escarpada ladera de montaña. Nos agitamos durante el ascenso. Para ser sincero, yo más que ella. Tras un par de detenciones para renovar el aire, finalmente llegamos. Abdulgani tenía razón. La magia flotaba en el aire.

Escogimos una pequeña mesa redonda de hierro y nos sentamos en aquella elevada terraza mirando hacia el Bósforo. Ordenamos té de manzana, agua mineral sin gas y una porción de torta de chocolate para compartir.

La vista resultaba majestuosa. Transitaban el Cuerno de Oro innumerables barcos de todo tipo y tamaño. Como telón de fondo, una incomparable postal de Estambul, coronada por las erguidas agujas de los minaretes de las mezquitas que se elevaban hacia el cielo a modo de plegaria.

—Durante el tiempo que pasaste en Chile, ¿pudiste averiguar algo sobre STRAPP? —le pregunté después de que comentamos el inigualable paisaje y repasamos algunos temas tratados en el encuentro. Habíamos llegado temprano, faltaba aún para el tan esperado ocaso.

—No. Ese nombre, STRAPP, no aparece en ningún lado. Seguramente es un nombre reciente, un nombre mutante de una

organización anterior. Tal vez mañana decidan llamarse PEVOM.

—¿Y eso que querría decir?

—PEVOM, "Por El Viejo Orden Mundial" —aclaró riendo—. Quizá han cambiado muchas veces de nombre, cada vez que se ha sabido algo de ellos. De cualquier manera encontré historias relacionadas con ese supuesto Gobierno Invisible que me provocaron indignación pero también fascinación por su audacia y su enorme capacidad para complotar.

—¿Por qué indignación? —le pregunté con esa inocencia casi infantil que detestaba. Seguramente me sucedía por hablar antes de pensar.

—Por la manipulación a la que estamos sometidos, nosotros y la historia de la humanidad. Si lo que dicen es cierto, la humanidad ha sido engañada vilmente. Y creo que seguimos en peligro —aseveró manifiestamente preocupada.

—No me llamaría la atención. Ya lo he vivido personalmente en el caso de Jeremy y también en la cordillera.

—Leí algunas historias que me erizaron la piel. Desde hace mucho existe un terrible plan oculto para controlarlo todo.

—¿Te estás refiriendo a algunas sociedades secretas? —le pregunté recordando lo que Guillermo me había contado, especialmente sobre los Illuminati.

—Sí, pero también a algo mucho más a la vista y que te pone los pelos de punta.

—¿Qué?

—Las declaraciones públicas de algunos personajes descollantes y determinantes de nuestra historia.

—Un amigo me habló sobre eso hace un tiempo. Prometió enviarme material. Es una lástima que aún no lo haya recibido.

—Tengo algunas de esas declaraciones aquí conmigo. Me he tomado el trabajo de seleccionarlas. Si quieres te las puedo leer.

—Te desafío a que me cuentes alguna a ver si a mí también logra ponerme los pelos de punta.

—¿Y si lo logro? —me desafió.

Esa pregunta llevaba, enmascaradamente, a otro tipo de juego.

—Podrás pedirme lo que quieras.

—¡Desafío aceptado! —respondió desbordante de sensualidad—. He traído frases que se les han escapado —hizo con sus manos el gesto para las comillas— a ciertos personajes poderosos. Algunos pensarán que si debajo o detrás de ellas vislumbras conspiraciones es producto de tu fantasiosa imaginación. Sin embargo los acontecimientos posteriores demuestran el cumplimiento de tramas ocultas homologables a esas declaraciones públicas. Seguramente te producirán lo mismo que a mí. Repugnancia al percibir tanto egoísmo y ambición.

—Lo comparto. Pero no demores mucho, el interés me carcome.

—Amado amigo —dijo en voz suave y sonriendo sensualmente—, vas a tener que a aprender a ser paciente.

—Tendré tanta paciencia como el yin y el yang hasta que lograron ser complementos perfectos.

—¿No te has planteado que a lo mejor ya lo somos? —sugirió Vicky mientras que con su mirada traspasaba mis ojos. Sentía que con enorme facilidad podía penetrar hasta la profundidad de mi alma.

—¿Y si lo dejamos para después? —le propuse luego de aquellos intensos segundos. Si descartaba el contacto físico, no se me ocurría cómo seguir.

—Tienes razón, ya tendremos tiempo. Tengo muchas ganas de acariciar tu corazón. Ese que está detrás de tantos caparazones, frágil e inocente como el de un niño. Dueño de una gran dulzura. Sé que llegaré a verlo al desnudo y en toda su dimensión.

—Mejor volvamos a lo anterior —le propuse sintiéndome en apuros. No supe qué contestar.

—De acuerdo —dijo, mientras se acercaba lentamente y, con mucha suavidad, me daba un beso en la mejilla.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos contemplando el deslumbrante paisaje. Tomados de la mano, con suaves caricias de dedos.

—¿Otro té? —le ofrecí.

—¿Qué te parece champagne?

—Magnífica idea.

A medida que el sol, metódico, se iba dirigiendo lentamente a su descanso diario para permitirnos a los humanos observar un universo plagado de estrellas, los minaretes iban paulatinamente tiñéndose de un dorado cada vez más intenso.

Era una de las tardes más magníficas de mi existencia. Y eso llegaba a preocuparme.

52

Con las copas de champagne en las manos le propuse un brindis:

—¡Por la magia!

El brindis desembocó en un nuevo choque de miradas. Ella destilaba sensualidad mientras su figura era bañada por el mismo dorado que teñía los minaretes y los techos de la ciudad.

—Aún falta un rato para el momento cumbre. ¿Qué tal si me leés las citas que seleccionaste? Me cuesta creer, como dijiste, que estén involucrados gobiernos.

—Mi amor —dijo con dulzura protectora y sorprendiéndome—. Eres demasiado inocente.

—Antes de empezar. ¿Por qué alguien que forma parte de un complot diría públicamente palabras que podrían delatarlo? No tiene lógica.

—Te estás olvidando de la condición humana.

—¿A ver?

—Hay algo que desagrada y desafía tremendamente al ego. El sentirse brillantes y poderosos y al mismo tiempo verse obligados al secreto y el anonimato. No soportan tener en sus manos el destino de la humanidad y no recibir la admiración que creen merecer por eso.

—¿Entonces?

—Entonces, de vez en cuando el ego los desborda haciéndolos soltar alguna clave, aunque no definitivamente delatora. Tanto como para generar sospechas, pero tan poco como para que no se los pueda inculpar. Deslizar que manejan los hilos del mundo los hace sentir incluso más poderosos.

—Acepto tu hipótesis tentativa, pero vas a ganar tu premio después de analizar lo que hayan dicho —le respondí desafiante.

Sin dilación alguna Vicky sacó de su mochila una carpeta, seleccionó algunas hojas y me las extendió. Mientras disfrutaba el

champagne, comencé a leer.

> *1913, previo al pasaje a manos privadas de la Reserva Federal de Estados Unidos, el presidente Wilson publicó* New Freedom. *Allí expresaba:*
> *"Desde que ingresé a la política, he tenido confidencias de hombres que me han contado en privado sus visiones. Algunos de los más grandes hombres de los Estados Unidos en los ámbitos del comercio y la industria están asustados de alguien, están asustados de algo. Saben que en algún lugar hay un poder tan organizado, tan sutil, tan vigilante, tan unido, tan completo, tan penetrante, que no se atreven a hablar más alto que su respiración cuando lo condenan".*

—Esto lo dice nada menos que un presidente. Es muy significativo.

Vicky no emitió comentario alguno. Solo me miró de soslayo, volviendo de inmediato a observar el paisaje.

> *21 de noviembre de 1933. Carta del presidente Franklin Roosevelt a Edward Mandell House, consejero del presidente Woodrow Wilson:*
> *"La única verdad es, como tú y yo sabemos, que un grupo que actúa en los grandes centros financieros ha sido dueño del gobierno desde los días de Andrew Jackson".*

—Me estás convenciendo —le dije esbozando una sonrisa.

—Si lees el siguiente, verás que hablan de un grupo de brokers que ha controlado el gobierno de los Estados Unidos —me anticipó impávida.

> *El profesor Carroll Quigley fue el mentor de Bill Clinton en la Universidad de Georgetown. Clinton le ha rendido homenaje público por la influencia que ha ejercido en su vida. En* Tragedy and Hope *(1966), Quigley afirma:*
> *"Esta red, que podemos identificar como Grupos de la Mesa Redonda, no tiene problemas en cooperar con los comunistas o cualquier otro grupo, y frecuentemente lo hace. Conozco las operaciones de esta red porque las he estudiado por veinte años y me permitieron, por dos*

años, a principios de los sesenta, examinar sus papeles y registros secretos. No me opongo a ella ni a la mayoría de sus propósitos, y he estado cerca de ella y de la mayoría de sus instrumentos durante gran parte de mi vida. He objetado, tanto en el pasado como recientemente, algunas pocas de sus políticas, pero mi mayor discrepancia es que desea permanecer anónima, y yo pienso que su rol en la historia ha sido suficientemente significativo como para ser conocido".

Mi arraigada incredulidad estaba siendo vencida, como un caño de plomo doblándose casi al punto de quiebre. Lo que seguía en las anotaciones de Vicky era un texto vinculado con el Council on Foreign Relations. Le pedí que me lo leyera para agregar algo de atractivo a aquel asunto tan desagradable y poder admirar el efecto que el reflejo del sol producía en sus maravillosos ojos.

En lugar de leer comentó el contenido del texto.

John Mc Cloy, Chairman del CFR, afirma que la conspiración que pretende el gobierno global está suficientemente documentada. Según dice, no parece un complot tradicional al estilo de hombres demoníacos juramentados, reuniéndose clandestinamente. Lo ve como una red de individuos de mentes similares que ocupan altos puestos para consolidar un proyecto común.

—Estoy casi a punto de darte la razón. Parece existir un plan que se está llevando a cabo, aparentemente desde hace mucho, en absoluto secreto, detrás de una fachada engañosa. Como un cartel publicitario que al observarlo habla de otra cosa. A pesar de eso, si obviamos la aseveración del presidente Wilson, el resto no parece tan tétrico.

—¿No te parece tan tétrico? —dijo con marcado tono de desaprobación—. Te voy a cambiar la palabra. En lugar de tétrico me parece patético. Un grupo de poderosos conspirando desde hace siglos para dominar el planeta. Un grupo de iluminados soberbios que desprecia al resto de los mortales convencidos de que poseen la verdad.

—¿No estamos nosotros haciendo lo mismo? —pregunté haciendo de abogado del diablo.

—No. Creo que la diferencia está en el bien común. La otra gran

diferencia radica en que nosotros no lo hacemos por intereses económicos ni por poder, no es para nosotros sino para la humanidad. No es poca diferencia.

—Puede ser —respondí decidido a no contrariarla más—. ¿Tenés más citas?

—Algunas más. Veamos… Seguramente sabrás quién fue Benjamin Disraeli.

—Sí. Me corrijo —reconsideré—. Un poco. He escuchado su nombre citado entre los grandes estadistas. Creo que es británico y un experto en política.

—En efecto, llegó a ser primer ministro de la reina Victoria durante dos mandatos. Un pez gordo que promovió la política imperialista de Gran Bretaña, expandiendo sus colonias en la segunda mitad del siglo XIX.

—¿Qué dijo Disraeli?

—Dijo: "El mundo está gobernado por personajes muy diferentes de lo que creen quienes no ven más allá de sus ojos".

—Bastante claro —esbocé parcamente.

—Tiempo más tarde, Churchill dijo algo parecido: "Aquel que no vea que en la Tierra se está llevando a cabo una gran empresa, un importante plan en cuya realización nos es permitido colaborar como siervos fieles, tiene que estar ciertamente ciego".

—Parece reconocer que él formaba parte de ese plan, aunque también podría estar hablando que se sigue el plan de Dios.

—Bueno, tengo entendido que Churchill era masón. En el polo opuesto del espectro ideológico se decían cosas parecidas. Voy a leerte palabras de uno de los máximos revolucionarios de la historia.

—¿El Che Guevara?

—No, otro. Nada más y nada menos que Lenin: "Detrás de la Revolución de Octubre hay personajes mucho más influyentes que los pensadores y ejecutores del marxismo".

—Y si no eran marxistas quienes organizaron la revolución, ¿a quiénes se refería?

Estaba jugando sucio, ya que recordaba que Guillermo me había hablado de la casi segura participación de los Illuminati en la

Revolución del 17.

—Todos los datos apuntan a un plan de los Illuminati —confirmó—. ¿Qué te parece? —quería escuchar mi rendición.

—Bueno… Lograste erizar mi piel, a medias. ¿Estás de acuerdo en que declaremos un empate? —propuse aparentando ser magnánimo y compasivo.

Frustrada aunque sonriendo, hizo un gesto de "qué le voy a hacer" que me causó gracia.

—Acepto. ¿Tenemos entonces ambos el derecho a pedir premio? —ironizó.

Consentí mientras nos mirábamos. Vicky extendió su mano hasta tomar la mía.

Faltaba poco para la puesta de sol. Estaba irradiando, o eso sentía yo, energía a todas las criaturas hasta el próximo despertar, cuando volviera a vencer a la oscuridad.

—¿Cómo fue tu matrimonio? Bueno, siempre que no te moleste hablar de eso…

—Algo ya te conté el otro día en el restaurante —comenzó respondiendo con cierta resignación. Me di cuenta de que no esperaba hablar de eso, aunque pensé que le gustaría que me interesara por su historia personal—. Duró cinco años. Al principio fuimos muy felices y a los dos años de casada quedé embarazada. De un varón. Lo amábamos profundamente y la relación con mi marido, Matías, seguía intacta. Pero ya sabes cómo es el destino… Marcos, un bebé divino de ojos azules, nació con sufrimiento fetal, falta de oxígeno en el cerebro. Le causó lesiones irreversibles en el sistema nervioso central —le caían algunas lágrimas mientras hablaba—. Hicimos todo para que sobreviviera, pero no lo logramos.

El llanto, cargado de angustia, se desató finalmente. Me limité a tomarle la mano, intentando contenerla.

—El golpe fue demasiado fuerte —continuó con dificultad—. Lo que siguió no fue para nada fácil. Cada uno sintiéndose injustamente culpable. Nos fuimos retrayendo, tomamos caminos distintos, compartíamos poco o nada. En algún momento nos dimos cuenta de que nos habíamos convertido en extraños el uno para el otro.

Finalmente decidimos separarnos. Sin peleas. Esa es mi desafortunada historia matrimonial.

Conmovido con su relato, no sabía qué comentar. Tampoco podía cambiar de tema como si nada. Después de unos segundos llenos tristeza compartida, le dije:

—Lo lamento mucho y te pido disculpas por preguntar. Me produce una enorme congoja verte triste. Quiero que sepas que estás al lado de la persona que menos desea verte sufrir —le confesé mientras volvía a tomar su mano entre las mías. Se mostró agradecida, pero su sonrisa seguía siendo triste.

Su mirada se había perdido en el Cuerno de Oro, tal vez recordando aún el pasado. Pero de repente noté, a través de su mano y su semblante, un cambio abrupto. Como si su energía corporal se hubiera reactivado. Me intrigaba.

—¡Mira, allá están nuestros amigos! —señaló, ya sonriente, en dirección al mar—. Aquel barco con la chimenea verde con rayas rojas a los costados. Es el barco del folleto.

—Tenés razón. ¿Preferirías estar con ellos?

—De ninguna manera. Prefiero esto. Los dos aquí solos, disfrutándonos.

Y entonces me besó.

Tomados de la mano, recostó su cabeza sobre mi hombro. En silencio observamos la puesta de sol que majestuosamente se reflejaba sobre el Cuerno de Oro.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que en algún momento tomé con mi mano libre el menú que estaba sobre la mesa. No soportaba permanecer quieto por más tiempo en semejante situación, en aquel lugar que me impedía hacerle el amor.

Abrí el menú en la primera página. Relataba una breve historia del fundador de aquel café: “Pierre Loti, escritor francés autor de obras de estilo romántico. En uno de sus viajes se enamoró de Estambul. Abandonó sus raíces para afincarse en esta mágica ciudad donde continuó su producción literaria”, decía.

Una corriente eléctrica, de pronto, recorrió mi cuerpo.

Vicky se sobresaltó al percibir que algo me había sucedido. Me miró

extrañada, pidiendo una explicación. Mi semblante se había desfigurado por el miedo.

—¿Qué te pasa?

—Acabo de leer algo aquí… —le dije extendiéndole el menú.

—No entiendo —dijo Vicky sonriendo y más tranquila al saber qué me había sobresaltado tanto.

—Tiene que ver con algo que sucedió cuando todo esto comenzó… El otro día, en la cena de Ortakoy, te conté mi encuentro con Segismund y Jeremy en aquel café de Buenos Aires, y cómo terminó todo aquello. ¿Lo recordás?

—¡Cómo no voy a recordarlo!

—Hay algo que no te conté…

—¡Ah! —exclamó decepcionada, como si le molestara que no le hubiera contado todo.

—Cuando nos separamos me dieron un sobre con instrucciones que debía leer en mi casa —apenas pude balbucir.

—¿Y? —me animó.

—Entre los papeles había una profecía hecha por un misterioso Oráculo. Nunca más, hasta hace un minuto, volví a darle importancia —hice una pausa para pensar.

—¿Un oráculo? ¡Qué gracioso! ¿Te acuerdas qué decía la profecía? —quiso saber con curiosidad y ternura.

—Estoy tratando… —dije con los ojos cerrados intentando recordar lo que hacía meses me había esmerado tanto en memorizar—. ¡Ya está! Decía así:

Todo no es otra cosa que una partida de ajedrez.
Jugadores suprahumanos y piezas humanas a la vez.
Escogido, usted ya está en el juego.
Una pieza más sobre el tablero.

Tarde la luz, las torres brillan doradas.
El mal envía a las blancas a sus eternas moradas.
El agua, turbulenta, acoge a la mayor parte de las piezas vencidas.
Jaque mate al rey blanco, las negras seguirán siendo temidas.

Había además unas líneas aparte bajo el título “Paradoja complementaria”

Después del jaque mate, baja probabilidad de poder seguir en juego.
Ahora, por inexistencia de reglas, incierto y complejo se torna el ruedo.
Los alfiles del mismo bando, complementarios, el secreto de la vida.
Solo ubicando al romántico escritor, podrán seguir la partida.

Ya no tenía dudas. La profecía describía ese mismísimo momento que estábamos viviendo, y además como parte del juego entre el Bien y el Mal.

Vicky también quedó paralizada.

—¿Te das cuenta? —la conminé horrorizado—. Si el Mal logra su cometido llevará a la muerte a las piezas blancas, acogiéndolas en las aguas turbulentas bajo las torres doradas. ¿Nuestros colegas? ¿Se refiere al barco? ¿Jaque mate al rey blanco? —la bombardeé.

La posibilidad de que Segismund, Juan y el resto de nuestros compañeros murieran era inminente.

—¿Será cierta? ¿Qué hacemos? —me preguntó en estado de tremenda desesperación.

—No sé —le respondí desconcertado—. Tal vez sea una fantasía.

Intentaba serenarme. Sabía perfectamente que me equivocaba cada vez que tomaba decisiones apresuradas.

—¿Cómo no me contaste esto antes? —después de unos instantes de silencio, se rectificó—. Perdóname, no quise hacerte sentir culpable.

Ninguno supo qué agregar. Nos limitamos a mantener nuestras vistas clavadas en aquel barco de chimenea verde. Angustiosamente, pensando a toda velocidad. A medida que el sol bajaba, la visión del barco se iba volviendo cada vez menos nítida.

¿Cuánto tiempo permanecimos en ese estado? ¿Segundos? ¿Minutos? No lo sé.

Hasta que sucedió.

Súbita y violentamente, el barco se transformó en una enorme bola

de fuego. El estruendo de la explosión nos alcanzó unos segundos después de aquella imagen fatídica. Horrorizados, nos tomamos intensamente de las manos. La gente sentada en las mesas vecinas comenzó a gritar señalando la masa de fuego en el agua.

—¡Juan! —gritó desesperadamente Vicky.

—Tranquila, ¡tranquila por favor! —le rogué.

No tenía idea de qué hacer. Finalmente, decidí.

—¡Vámonos, tenemos poco tiempo! —le ordené mientras me levantaba abruptamente. Ella seguía paralizada. Tuve que tomarla firmemente de la muñeca para arrancarla de su silla.

—¿Adónde vamos?

—¡Tenemos que llegar al hotel antes que ellos!

Desbordando adrenalina bajamos las escalinatas, derrapando en algunas de las curvas de la escalera. Cuando por fin llegamos a la calle traté de encontrar un taxi. Giraba enérgicamente la cabeza hacia uno y otro lado mientras seguíamos corriendo sin dirección definida. Hasta que apareció uno que venía en sentido contrario y a cierta velocidad. Le hice señas con los brazos en alto pero el taxista no me vio. Terminé arriesgándome. De un salto quedé delante de su camino obligándolo a una brusca frenada.

Nos abalanzamos dentro. El conductor, muy enojado, me regañaba en voz alta con palabras que no entendía. Con voz entrecortada por la falta de aire le dije:

—¡Es una emergencia! Discúlpeme por haberlo detenido así. Por favor, al hotel Ciragan, rápido.

53

Vicky, paralizada, se había refugiado en el silencio. También yo, mientras pensaba qué hacer. Cualquier equivocación podía ser fatal.

El viaje me pareció eterno. Le pedí al chofer que nos dejase en la entrada del palacio. Si ingresábamos por la puerta principal, alguien podría reconocernos. Entramos por el área comercial disimulando nuestra urgencia. El primer día en el hotel, al bajar a desayunar, había visto la ubicación del ascensor de servicio. Tenía la esperanza de que no tuviera cámaras de seguridad como las de los ascensores principales.

—Vamos primero a mi cuarto y luego al tuyo. No debemos separarnos.

Tardaríamos el doble de tiempo, pero correríamos la misma suerte.

Subimos. No había cámaras a la vista. Cuando llegamos asomé la cabeza. No había nadie. Corrimos por el pasillo.

Le pedí a Vicky que esperara fuera de la habitación. Si había alguien dentro, ella debía correr y escapar por la escalera. Coloqué la tarjeta magnética con enorme cautela, intentando ser lo más silencioso posible. Abrí suavemente la puerta. Espié sin ingresar. Parecía vacía.

Había muy poca luz debido a la hora, pero pensé que no debía activar el sistema eléctrico de la habitación con la tarjeta magnética. Corrí un poco la cortina para que entrase algo de luz artificial del exterior. Revisé los roperos y el baño. Temiendo que hubieran instalado micrófonos, le hice señas a Vicky para que actuáramos en silencio.

Guardé en mi mochila un suéter, una campera de gamuza y una muda de ropa interior. Creí que debíamos dejar nuestras maletas y huir con lo puesto.

Luego abrí la caja fuerte para tomar el dinero y el pasaporte. ¿Qué hacer con ellos? Los necesitaríamos, pero al mismo tiempo podían

convertirse en nuestros certificados de defunción.

De pronto vi los sobres que nos habían entregado “Para abrir en caso de emergencia”. Uno guardaba mi nuevo pasaporte, mi nuevo nombre falso. Eugenio La Torre. Otro tenía indicaciones escritas. Guardé el papel, sin leerlo, dentro de la mochila. El tercero contenía pasajes de tren, nocturnos, para todas las fechas en las que se desarrollaba el encuentro.

Por señas, le fui diciendo a Vicky lo que pensaba. Convenía dejar los pasaportes originales y las tarjetas de crédito dentro de la caja de seguridad. No podíamos usarlas ya que permitirían localizarnos al instante. Además, como seguramente la policía abriría las cajas fuertes, las tarjetas de crédito y los pasaportes serían firmes indicios de que nosotros también habíamos muerto en el atentado.

El sobre con los boletos era un problema: si nos los llevábamos, la policía lo notaría tras encontrar sobres similares en el resto de las cajas fuertes menos en las nuestras. Si solo tomábamos los pasajes para ese día, se darían cuenta de que nos habíamos escapado por tren y, precisamente, aquella noche. Guardé en la mochila el sobre completo. Si el escape para todo el resto del grupo era también por tren, estábamos perdidos. Pero si nos habían repartido en aviones, barcos, trenes, entonces teníamos una oportunidad de no ser encontrados a tiempo.

Cerré la caja de seguridad. Habría sido un tremendo error dejarla abierta. Salimos de la habitación y bajamos por las escaleras de emergencia los dos pisos que nos separaban de la habitación de Vicky. Repetimos lo que acabábamos de hacer en mi cuarto.

Entre los dos sumábamos catorce mil dólares en efectivo, más que suficiente para el escape y para sobrevivir un tiempo.

Salimos del hotel nuevamente por la puerta del palacio. Caminamos alrededor de diez cuadras a paso acelerado hacia el puente Gálata, tratando de no llamar la atención, observando con disimulo si nos seguían. Cuando pensamos que ya estábamos a una distancia prudencial, quizás a salvo, nos detuvimos. Haciéndole una caricia la invité a sentarnos en un banco de la plaza que cruzábamos, detrás de un árbol. Fue entonces cuando pasaron velozmente cinco coches de la

policía en dirección al hotel. El sonido ensordecedor de las sirenas volvió a estremecernos.

Estábamos demasiado tensos, pero necesitábamos leer las indicaciones y decidir los pasos a seguir. El papel decía:

> *En caso de emergencia llamar al señor Abdulgani. Seguir sus directivas al pie de la letra. Si está leyendo esto es porque se cumplió la profecía del Oráculo:*
>
> *Segismund.*

—¡Segismund creía en la profecía! —dije.

—Si sospechaban lo que podía pasar, ¿por qué hicieron el paseo en barco si era evidente que debían evitar el agua? —se preguntó Vicky, horrorizada.

—Quizá no creían del todo en la profecía. Igual que nosotros. Como sucede siempre. Pensamos que las profecías pueden no ser ciertas, ¡hasta que algunas se cumplen!

—El Oráculo tenía razón. Somos piezas de ajedrez de un maléfico tablero. Una guerra originada en los cielos… —reflexionó Vicky.

—¡Imbécil! ¡Cómo no tuve en cuenta la premonición! ¡Podría haberles advertido! —me recriminé con un gigantesco sentimiento de culpa.

—Tal vez porque estábamos un poco embobados —me corrigió dulcemente, con la primera sonrisa desde la tragedia.

Supe que mi intenso deseo de seguir vivo se debía a Vicky. Sentí que me dominaba una energía similar a eso que denominan la fuerza del guerrero. Nunca antes me había sentido así.

Escapar, sobrevivir, amar, el nuevo paradigma. Me atravesaba una mezcla explosiva de sensaciones e ideas, difícil de manejar por dos simples y desprotegidos mortales.

—Creo que debemos llamar a Abdulgani, ahora —sugirió Vicky al ver que mis pensamientos se perdían en algún brumoso territorio imaginario.

Luego volvió a acariciar suavemente mis labios con el contacto de un beso. Mi combustible.

En medio de aquella trágica y desesperante noche, una cuadra más

adelante logramos encontrar un teléfono público.

—Temía que hubiesen muerto junto con los otros —espetó dramáticamente Abdulgani a través del auricular—. Llegó el momento de confesarles algo: pertenezco a una secta de sufíes. Mi Orden está enterada de todo y ha declarado el estado de Alerta Cuatro hasta sacar con vida de Estambul a los sobrevivientes.

—¿Ya se ha hecho público el suceso? —le pregunté intrigado.

—Los noticieros no hacen otra cosa que hablar y mostrar imágenes de la tragedia. La explosión fue filmada por un turista que paseaba junto a su familia. Y no dejan de repetirla, una y otra vez. Hasta el momento creen que el grupo entero ha muerto.

—¿Qué argumentan como causa de la explosión?

—Dicen que se desconocen las causas, a pesar de que algunos medios hablan de un accidente causado por un desperfecto en la sala de máquinas.

—¡Desgraciados! —los repudié.

—Ya les contaré. No perdamos más tiempo ahora, por favor. ¿Dónde se encuentran? —urgió Abdulgani.

—En algún lugar de una avenida que lleva desde el hotel al puente Gálata.

—Diríjanse entonces a la Torre Gálata. Tienen diez minutos para llegar, no más. Allí los recogeré. ¡Y a toda costa, eviten ser vistos!

Desbordados nuevamente por el pánico, caminamos a paso acelerado hasta el lugar del encuentro. Abdulgani ya estaba esperándonos dentro de un auto viejo, con golpes y la pintura en mal estado. Las luces delanteras eran dos tenues resplandores amarillentos. Subimos rápidamente, Vicky adelante. El estado del interior también era ruinoso. Arrancamos. Abdulgani sobrepasaba autos zigzagueando vertiginosamente.

—¿Fueron al hotel? —fue la pregunta con que rompió el amenazante silencio.

—Sí, pero creemos que no nos han visto —le contestó Vicky—. Dejamos casi todo en nuestras habitaciones, pasaportes, tarjetas de crédito, equipaje, incluso nuestros objetos de baño.

—¡Excelente! Me alegra que en medio de tanta tensión hayan

logrado tener en cuenta detalles tan cruciales como esos. En la situación en que se encuentran, esos factores aparentemente insignificantes pueden terminar salvándoles la vida. Los podrán sustituir fácilmente. Un paquete de pastillas de menta y algún perfume para reemplazar el desodorante. ¡A la francesa! —y soltó una risa descontrolada, solo explicable por la sobrecarga emotiva que nos invadía. Mientras tanto, seguía conduciendo totalmente desbocado, enajenado, por las calles de Estambul—. ¿Encontraron los pasajes?

—Sí, los traemos con nosotros. ¿Todos los escapes iban a ser por tren? —la respuesta nos permitiría evaluar cuán en peligro estábamos ya que sin duda encontrarían el resto de los sobres de emergencia.

—No. Por tren, solamente ustedes dos y su amigo, Wallace, a quien nunca llegué a conocer. Por lo visto él estaba en el barco…

—Lamentablemente —le confirmé—. Entonces, cuando abran la caja de seguridad de Wallace encontrarán pasajes iguales a los nuestros y la indicación de llamarlo a usted —deduje tremendamente preocupado.

—Así es. También, lamentablemente. Sin embargo, entre tantas pistas, supongo que les llevará tiempo hacer asociaciones. La única conexión entre Wallace y ustedes es que son sudamericanos. Pero tengo entendido que también había otros, de Brasil y de Colombia. Estamos convencidos de varias cosas: que todavía tienen unas pocas horas de ventaja; que quienes perpetraron el atentado tienen infiltrados dentro de la policía. Por otro lado debo confesarles que tardarán en dar conmigo ya que mi verdadero nombre no es Abdulgani.

—¿Cuál es la idea? —pregunté después de recorrer un par de cuadras en silencio. Los bruscos volantazos de Abdulgani, o como se llamase, nos asustaban tanto o más que nuestros perseguidores. Nuestra mayor amenaza, en lo inminente, era ese demoníaco auto. Para comenzar a salvarnos era indispensable bajarnos cuanto antes.

—Escaparán en tren. Si ya sospechan que ustedes están vivos, tendremos suerte si lo primero que se les ocurre es buscarlos en el aeropuerto. Saldrán de Istambul Sirkeci, una de las dos estaciones de trenes de la ciudad. De la otra se sale hacia Asia. Su destino, Praga.

Conozco su plan de escape solo hasta esa ciudad. Por razones de seguridad todos, excepto la más alta autoridad, ignoramos qué tendrán que hacer una vez que lleguen. Esto es para ustedes —dijo entregándome una especie de minipostal en color—. Tendrán que descifrar su significado. Como les dije, yo lo desconozco. Si no lo logran no podrán encontrar las siguientes pistas para saber cómo continuar. Ya faltan pocas cuadras para la estación.

Vicky se dio vuelta para mirar la misteriosa imagen de la postal. Se trataba de una dama de intrigante perfil vestida con un vestido azul, probablemente de pana y de otra época. Llevaba tres flores rojas en su mano y unas letras inscriptas: *Malá Strana*.

—¿Qué querrá decir? —preguntó Vicky.

—No tengo idea. Jamás escuché ese nombre —respondí tan desconcertado como ella.

—¿Y la dama? ¿Te dice algo?

—Tal vez las flores sean lirios —intenté adivinar.

—¿Y eso qué querría decir?

—No sé… Dicen que el lirio es el símbolo de María Magdalena. Tal vez tenga algo que ver —divagué.

—Parece que sabe bastante sobre herejías europeas —observó Abdulgani.

—Solo un poco —le respondí escueto, sin ganas de dar mayores explicaciones.

—El tren sale a las veintidós horas —cambió al percibir mi estado —. Por seguridad tienen reservado un camarote. Ciérrenlo mientras duermen. Alrededor de las seis de la mañana pararán en Dimitrovgrad. No bajen, a menos que se lo soliciten para la limpieza. De una u otra forma deben tratar de convertirse en fantasmas. Que nadie los vea. Que sea difícil verlos. Alrededor del mediodía el tren se detendrá nuevamente, en Sofía, por alrededor de media hora. Al llegar a Hungría tendrán que exponerse forzosamente.

—¿Por qué? —preguntó Vicky alarmada.

—El tren llega a una estación, Budapest-Keleti, y una hora y veinte más tarde siguen viaje desde otra estación, Budapest-Nyugati, en el lado opuesto de la ciudad, cruzando el Danubio.

—¿Cómo llegamos de un punto al otro? —volvió a preguntar Vicky.

—En subterráneo. Aproximadamente media hora de viaje. Si todo va bien, llegarán a Praga pasado el mediodía. A la estación Praha Solesovice —hacíamos esfuerzos inútiles para tratar de retener aquellos nombres.

Llegamos a la estación sin contratiempos. Abdulgani bajó del auto para despedirnos. Nos entregó además una pequeña bolsa con monedas "para sus boletos de subte en Budapest y también algo para comer. A esa hora no conseguirán cambiar divisas", nos advirtió.

—Aquí nos despedimos. Siguen solos. Voy a extrañarlos y no dejaré de orar por ustedes.

Nos abrazamos. El brillo de nuestros ojos confirmaba lo que sentíamos.

—Muchísimas gracias —le dije, sin poder poner en palabras cuánto valoraba su ayuda y lo que sentía por él. Vicky le dio un cariñoso beso.

—Cuídense mucho. Los necesitamos. Lamentablemente, como vaticinó la profecía, han quedado solos en el tablero. Las piezas contrarias, todas, aún siguen intactas y en pleno juego. A partir de este momento necesitarán tanto astucia como estar permanentemente alertas. Por favor, no se relajen —nos suplicó.

Comenzamos a caminar hacia la estación, y a unos pasos de distancia nos dimos vuelta para un último adiós de manos. Luego intercambiamos una mirada entre nosotros. Vicky frunció dulcemente la nariz. ¿Me estaría queriendo decir que todo iba a salir bien?

Yo acababa de sumar un nuevo motivo de preocupación. ¿Cómo conocía Abdulgani, incluso su Orden, la profecía del Oráculo?

54

Compramos sándwiches, varias botellas de agua y muchos chocolates. En ningún momento dejamos de mirar a nuestro alrededor. Acordamos evitar el vagón comedor y camuflar otra vez nuestra apariencia física. “Solo pequeños toques, no debemos llamar demasiado la atención”, propuso Vicky, ya notoriamente recompuesta. Compró dos pares de anteojos, unos de cristales transparentes y otros oscuros, una gorra de lana negra como las de los esquiadores —bastante inapropiada para el calor— y algunos anillos de plata y piedras no demasiado llamativos. Para el cuello eligió el clásico símbolo turco para el mal de ojo y la envidia. Cuando salió del baño estaba casi irreconocible. Su pelo había dejado de caer libre para convertirse en un rodete que deformaba la gorra.

Yo compré una de esas boinas con las que habitualmente se caracterizaba a los pintores franceses y anteojos similares a los de Vicky.

El guarda que verificó nuestros boletos al ingresar al tren nos dijo que tendríamos tiempo de sobra para descansar. No habría más controles hasta la salida de Dimitrovgrad.

El camarote era agradable, de alguna manera acogedor. Sentíamos que allí encerrados estábamos a salvo, por un tiempo.

A las 22, como estaba programado, partió el tren para recorrer una de las rutas del viejo Orient Express. Recostados en la misma litera, abrazando a Vicky con mi brazo izquierdo por debajo de su cuello, cada uno leía el libro que había llevado al café Pierre Loti y que seguían dentro de los bolsos. En mi caso no podía leer más que un par de líneas sin que irrumpiese algún pensamiento fatal. Giré la cabeza para contemplarla. Sentía una mezcla de deseo, atracción y admiración. Ella no registró que la miraba, y si lo hizo, disimuló.

A pesar del peligro, me sentía el ser más afortunado del mundo, me

parecía que había encontrado el complemento perfecto. Relacioné la profecía del Oráculo con lo que estaba viviendo. Los dos alfiles del mismo bando participando de una partida de significación cósmica. El eterno juego entre el Bien y el Mal, la Luz y las Tinieblas. Por circunstancias que desconocíamos, estábamos entre las piezas aún activas.

Recordé un cuento de *Las mil y una noches* que encajaba con lo que sentía en aquel momento. Era algo así…

Ella había traído el tablero para jugar una partida de ajedrez. Sharrkan, en lugar de estudiar los movimientos del juego, no podía quitar los ojos de la boca de la mujer. Creo que el cuento decía que él tomaba el caballo y lo movía como torre. Ella se rió. Sharrkan dijo: "Este es apenas el primer juego. No me juzgues por este combate".

En ese momento Vicky soltó su libro y giró su cuerpo hacia mí. Sin darme tiempo a nada tomó mi cara con intensidad, la atrajo hacia ella para atraparme en su cálida boca. Las suaves caricias del comienzo se fueron intensificando.

—Ya estoy contigo —me susurró cosquilleando en mi oído mientras se ponía de pie. Apagó la luz y descorrió la cortina de la ventanilla. Comenzaron a filtrarse, intermitentes, las luces aisladas de los descampados.

Regresó y comenzó a desabotonar mi camisa, muy lentamente. La imité con la suya. El ritual siguió hasta quedar desnudos. Entonces nos confundimos en un firme abrazo, casi feroz, hasta sentirnos uno. Nos besábamos mientras las manos acariciaban espaldas y cuellos y las pelvis comenzaban suavemente a buscarse. Luego necesité reconocer su cuerpo con mis dedos y mi boca. Disfruté sentirla gemir de placer, uno de los sonidos más bellos que he escuchado nunca.

—No he dejado de desearte desde que te vi —le confesé al oído. Ella se estremeció, como si una delicada y burbujeante corriente recorriera su cuerpo.

—¿Y a ti, qué te parece que sucedía conmigo?

Nuestros cuerpos terminaron fundiéndose, intercambiando el inigualable y más íntimo calor húmedo. Durante un tiempo imprecisable nos mantuvimos atados por aquella enérgica y cálida

unión.

Horas más tarde, antes del amanecer, nos despertó la voz del parlante que anunciaba la próxima parada, Dimitrovgrad.

55

Dimitrovgrad-Budapest-Praga

El tren se detuvo, como estaba previsto, en Dimitrovgrad y luego en Sofía. No hubo inconvenientes, rutinarios controles de pasaportes. Nosotros, como cumpliendo el último deseo de dos condenados a muerte, nos disfrutábamos en el camarote.

Antes del amanecer del segundo día llegamos a Budapest, uno de los puntos críticos para el escape. Allí debíamos cruzar la ciudad, vía subterráneo, para abordar la conexión al otro lado del Danubio.

Bajamos del tren aparentando calma. De vez en cuando, alternativamente, girábamos la cabeza para observar si nos seguían. Transitaba poca gente a aquella hora por la estación. Caminamos hacia el metro y luego estudiamos sus recorridos en un mapa pintado sobre la pared.

—Me parece que tenemos que tomar la línea marcada en colorado, la M2. Termina donde vamos, en la estación de tren.

Cruzamos la ciudad bajo tierra sin percibir nada sospechoso. El tren partió a horario con destino a Praga, a las seis y veinticinco de la mañana. Éramos plenamente conscientes de que una vez allí no nos resultaría fácil encontrar pistas para saber cómo continuar. Lo más difícil estaba aún por llegar.

—Tengo una enorme duda —me confesó Vicky, ya ubicados en el nuevo camarote, mientras el tren iniciaba su rítmico e infatigable andar—. ¿De qué sirven los alfiles, es decir nosotros, si no poseemos el diseño final del Plan? —se cuestionó—. Supongamos que logramos escapar con éxito, ¿qué podemos decir y a quién?

—Querría decir que los alfiles han sobrevivido pero para nada.

Asintió. Yo permanecí callado. Después de un silencio obligado por la falta de respuestas, Vicky corrió el cerrojo del camarote. Por su

expresión, al tiempo que se soltaba el cabello, supe que iba a iniciarse una nueva partida. Esperaba, esta vez, no comportarme como el personaje de *Las mil y una noches*.

56

A la una y cuarto de la tarde, con siete minutos de retraso, arribamos a Praha Solesovice, la estación terminal de Praga.

Después de cambiar dinero y comprar un mapa, nos sentamos en un banco de aquella terminal, un gigantesco galpón con aires de gran estación. Acordamos que ella estudiaría el mapa mientras yo controlaba lo que sucedía en los alrededores. Durante el viaje se nos había ocurrido que la clave que mencionaba la postal, aquellas dos extrañas palabras, Malá Strana, podían indicar un lugar.

—¡Mira aquí! —me llamó la atención Vicky con excitación. Señalaba un punto de la ciudad, al otro lado del Moldava.

—¡Excelente!

—Se puede llegar por subte a una estación a pocas cuadras del puente Karluv Most. Supongo que será el famoso puente de Carlos IV. Acá, ¿ves? —me dijo señalando unas letras diminutas—. Parece que cerca hay una iglesia, San Nicolás. Allí aparece el nombre, Malá Strana. Creo que se trata de un barrio.

—¡Excelente ojo! El tema ahora es descubrir en ese barrio qué significa la figura de la mujer de la postal. ¿Divertido, no? —acoté irresponsablemente.

—Tengo el presentimiento de que la fuerza que nos acompaña y que nos ha salvado simplificará la búsqueda. Tenemos dos opciones, o vamos directamente en subte o vamos caminando, disfrutando un poco. Quizá no tengamos otra oportunidad de recorrer esta ciudad mágica.

—Podría ser peligroso —yo recobraba la cordura y ella la perdía.

—Presiento que aún no saben que hemos sobrevivido y no nos vendría mal un poco de distensión. Y si ya lo han descubierto, tardarán varios días hasta determinar adónde nos hemos dirigido. Si no saben dónde estamos tendrán que dar el alerta a sus contactos en

todas las ciudades de Europa y Asia. Supongo que para entonces sería menos peligroso estar en algún pueblito que en una gran capital.

—¿No pensás que ya deben haber mandado nuestras fotos a todo el mundo?

—Pienso que no, mi amor. O por lo menos eso es lo que siento. Relajémonos y disfrutemos de cada momento. Quizá no nos quede mucho tiempo dentro de estos cuerpos. La vida es maravillosa, algo único. Para disfrutarla, para sentirla en plenitud. Me encanta saborearla a cada instante, tal como lo estoy haciendo ahora contigo —expresó amorosamente—. Falte lo que falte para ese último y fatídico llamado…

—De acuerdo, confiemos en la intuición femenina. Vayamos caminando entonces.

Las primeras cuadras no diferían de las calles poco atractivas de la mayoría de las grandes ciudades. Me desalentó aquella visión de la tan mentada "Praga Mágica", pero Vicky me hizo ver que seguíamos en la periferia. Según el mapa faltaban aún varias cuadras para llegar a la zona vieja de la ciudad. Nos detuvimos en un negocio para comprar una guía de Praga y, por suerte, conseguimos una en español. Nos tentamos también con un libro de historia de los países checos, y otro sobre el Golem de Praga y las leyendas judías del ghetto.

Finalmente divisamos lo que la guía consideraba la puerta a la ciudad vieja, la Torre de la Pólvora. Había estado equivocado. Allí apareció realmente la verdadera magia de Praga, habitada y visitada por alquimistas de los más diversos países. Por lo que se contaba, de alguna manera parecían haberse confabulado, siglos antes y todos juntos, para dejar huellas indelebles en sus edificios y calles. Y hasta en el aire. Magia e intriga por doquier. Definitivamente impactante, tan seductora como tenebrosa.

Paramos a tomar un café. Elegimos una mesa sobre la vereda, a la vista de cualquiera, donde nos pusimos a leer la guía.

Narraba leyendas extrañas, de espectros que se habían adueñado de algunas calles. Una de las que me impresionó, no tanto a Vicky, fue la del fantasma de un caballero templario. Contaba que solía cabalgar decapitado en su "brioso corcel blanco" por una de aquellas angostas

calles en medio de la noche. Fue otra leyenda, también siniestra, la que más nos interesó a ambos. La historia del Golem, que también había impresionado a Borges. Una leyenda íntimamente unida a la historia de los judíos en Bohemia. Estábamos en un café de la judería, el lugar adecuado para conocer la historia del misterioso Golem.

—A ver… —dijo Vicky frunciendo la nariz sobre la guía—. Cuando los eslavos invadieron Moldavia expulsaron a la comunidad judía que allí residía. Después de andar errantes por bastante tiempo, llegaron a Bohemia alrededor del año 870. Reinaba por entonces un tal Hostiwit. Cuenta la leyenda que se le apareció su bisabuela en sueños, Libussa. ¡Qué nombre! Una gobernante que era vidente y que tiempo antes había ordenado la construcción de Praga, en el 730…

—¿Bidente, con b larga? ¿Por tener solo dos dientes? —era evidente que necesitábamos reírnos para descomprimir nuestra precaria situación. Aunque el chiste fuera malo, cumplía su propósito.

—No, mi animalito preferido. Vidente con v corta.

—Perdón por la interrupción, contabas sobre la aparición en sueños de la tal Libussa.

—Le anunció que un pueblo que adoraba a un Dios Uno buscaría refugio en los bosques de sus comarcas, y que debía aceptarlos ya que traerían gran progreso a sus campos.

—Y los aceptó.

—Así es. Después de consultar a la nobleza checa les otorgó tierras a orillas del Moldava. Pero parece que no aquí, en la actual Judería —leía salteando párrafos y deteniéndose donde le parecía que podía resumir la historia—. Décadas después, pasado el 900, y debido a que la comunidad ya era muy numerosa, un tal Barijou les dio más tierras del otro lado del Moldava, es decir aquí. En esta zona crearon la mítica Judenstadt, la ciudad de los judíos. Hoy se llama Josefstadt.

—¿Y desde entonces vivieron felices hasta la época del Golem?

—Veamos. Aquí cuenta que de tiempo en tiempo fueron agredidos. El ataque por la secta violenta de los flagelantes para el tiempo de la Segunda Cruzada, en el 1150.

—¿Cómo terminó esa vez? —ese dato me interesaba. Guillermo me había hablado de esa época.

—Los matarifes judíos repelieron un ataque nocturno. Fue una defensa tan heroica que a partir de ese momento se permitió incorporar el león de doble cola al blasón de los judíos.

—Bien hecho, sabían defenderse.

—Otra. En 1388 sufrieron un ataque violento durante el reinado de Wenceslao IV, a quien apodaban El Corrupto. Parece que el hijo del emperador Carlos IV, aquel que había traído la capital del imperio a Praga, era temible.

—¿Por?

—Cuenta aquí que despedazó a la reina con sus perros de presa. Y no solo eso, arrojó al confesor de ella al río.

—A ver si adivino. Me arriesgo. Por un asunto de infidelidad.

—Acertaste, o tal vez por celos enfermizos, a esta altura ya nadie podrá aclararlo. Lo cierto es que durante aquella época tan oscura, una turba amotinada asaltó la judería. O abjuraban de su fe o los mataban.

—Seguramente no renegaron…

—Correcto. Fueron masacrados sin compasión, incluso quienes se habían refugiado en la sinagoga.

—Qué historia tan trágica.

—Y luego de esta introducción, finalmente llegamos al Golem. Todo sucedió aquí, a un par de cuadras. En la sinagoga Altneu. Mira esto… ¿Sabías que Altneu es el santuario más antiguo del judaísmo después del templo de Worms?

—¿En serio?

—Eso dice la guía. Lo construyeron en el 931. Pero parece que en Worms ya había una comunidad judía en el año 70, cuando los romanos destruyeron Jerusalén y el Templo de Salomón reconstruido por Herodes.

—¿Altneu quiere decir algo?

—Antigua Sinagoga Nueva. Cuenta la leyenda —prosiguió— que por una pequeña puerta sobre una de sus fachadas, a una altura importante y sin acceso por escalera, se tiene acceso al cuerpo del temidísimo Golem.

—Aún falta la historia de su origen.

—No seas ansioso. Acá está, la encontré. Corría el año 1580. Por aquellos tiempos se estaban estableciendo aquí muchos judíos que venían de Rusia y de los Balcanes. Aunque tiempo antes, en 1492, también habían recibido a muchos otros exiliados. Los perseguidos por los Reyes Católicos y la Inquisición, también de Portugal y del Sacro Imperio. De esta última región vinieron los famosos talmudistas. Parece que en aquella época el entonces emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rodolfo II, quien por segunda vez había convertido a Praga en capital, nombró Gran Rabino de la Judería a Jehuda Löw ben Bezabel. Parece que manejaba poderes cabalísticos sobrenaturales. Resultó que un sacerdote de nombre Tadeo, acérrimo enemigo de los judíos, los acusó por "crímenes de sangre".

Enterado el Gran Rabino, y anticipándose a lo que se les venía, en sueños dirigió "una pregunta a las alturas": cómo debían defenderse.

—¿Le contestaron?

—Parece que sí. Aunque no te va a parecer una respuesta muy amorosa…

—Vicky, sin más dilaciones, por favor —le demandé riendo. Sentía que estaba haciendo el mismo jueguito que Guillermo. ¿Sería yo quien lo provocaba?

—Está bien, aquí va lo que escuchó en sueños: "Crearás un Golem de barro y exterminarás a la miserable chusma devoradora de hebreos". Lamentablemente no dice más. ¿Y en el libro? —me pidió tal vez deseando un descanso.

—A ver… —me puse a buscar en *Praga Mágica*—. Sí, acá hay algo que parece interesante sobre el tal Löw y Rodolfo II. Dice que este último era un monarca un tanto especial, que admiraba la magia y la alquimia. Dice que durante su reinado se reunieron en Praga legiones de practicantes, la mayoría estafadores. Pero parece que el rabino era diferente. Fue así que el emperador intentó sacarle los secretos de la Cábala para penetrar los secretos del universo, su gran ambición.

—¿Y lo logró?

—Por lo que cuentan aquí, algo pasó. Aparentemente Rodolfo ordenó la expulsión de los judíos. El rabino, para encararlo, detuvo mágicamente su carruaje cuando cruzaba el puente de piedra.

Rodolfo, deslumbrado, lo invitó al castillo para una sesión secreta entre ambos… Dice que Löw aceptó, y que hizo aparecer en la sala a sus ancestros, nada menos que a Abraham, Isaac, Jacob y a sus doce hijos.

—Como tú dices, ¡uau! —exclamó muerta de risa.

—Pero pasó algo más. Cuando apareció el jorobado Neftalí, uno de los hijos de Jacob, el tullido se cayó. La situación desató ruidosas carcajadas en Rodolfo y algunos de los cortesanos, provocando no solo la desaparición de la visión sino que el techo comenzó a derrumbarse sobre ellos. Hay otras leyendas también mágicas sobre el rabino Löw, pero vayamos a lo nuestro. ¿Sabés qué significa Golem?

—Ni idea —me respondió con su habitual dulzura.

—Hombre artificial hecho de barro. Rudimento. Un brote. También sustancia imperfecta.

—¿Algo que ver con Adán?

—Tal vez. Lo más interesante es la descripción de cómo lo crearon.

—¿Por fertilización artificial? —bromeó la bióloga.

—Por un método mucho más natural. Quien iba a crearlo primero debía purificarse. Luego debía formar un muñeco de tierra virgen y caminar en círculos a su alrededor, recitando las letras del tetragrama en sus variadas permutaciones. ¡462 vueltas!

—¿Tan simple como eso?

—No, aún faltaba darle vida. Debía escribir la palabra *emet*, que significa verdad, en su frente, o poner en su boca el *shem*, un papel con el impronunciable nombre de Dios. Así adquiriría vida.

—Y si por alguna razón deseasen destruirlo, ¿qué debían hacer?

—No me la compliques —reí pasando la hoja—. Tenés suerte, aquí dice algo sobre eso. Para destruirlo debían caminar en sentido contrario y recitar lo mismo que antes, pero invertido. Otros dicen que alcanzaría con sacar el *shem* de su boca o borrar el *emet* de su frente. Cuenta que Löw lo creó en 1580 y que le ordenó obedecerlo ciegamente. Pero hay más… —ahora el más entusiasmado era yo—. Sucedía que para el sabbath, cada viernes por la noche el rabino debía remover el *shem* de la boca del Golem para impedir que se moviese durante el obligatorio día de descanso. Pero parece que un viernes se

olvidó. Entonces al Golem comenzó a salirle espuma por la boca y se descontroló, como poseído. Destrozó la casa y después se escapó.

—¡Qué pánico debe haber causado!

—Dice aquí que no paraba de estrangular gallinas y gatos, y de romper todo lo que encontraba a su paso. La gente gritaba: "¡El Golem se ha vuelto loco!". Aquel enorme cuerpo informe avanzaba a través del horrorizado ghetto moviéndose violentamente con los ojos enrojecidos.

—¿Cómo lo pararon? Si es que lo lograron…

—Cuando el rabino se enteró, suspendió el oficio religioso. Salió a su encuentro, y arrancándole el *shem* de la boca, el Golem cayó pesadamente. Inconsciente y manchado de sangre.

—Ni loca me vas a traer a pasear por aquí esta noche —comentó riendo.

—De acuerdo. ¿Tenés ganas de ver la reliquia del reloj astronómico? Dicen que es imperdible…

—Me encantaría, pero ya son las tres de la tarde —objetó después de mirar su reloj—. ¿Qué tal si nos vamos moviendo? Creo que ya es hora.

—Tenés razón. Dicen que las cosas buenas duran poco. Es como si por un rato me hubiera olvidado en qué estamos metidos.

—A mí me pasó algo parecido.

Caminamos unas cuadras hasta toparnos con la calle Karlova. El mapa indicaba que desembocaba en el puente por el que debíamos cruzar para llegar al supuesto barrio Malá Strana. Una multitud deambulaba por Karlova, una calle comercial y exclusivamente peatonal. Era un lugar excelente para que algún agente de STRAPP nos clavara un arma blanca en el abdomen, amparado en el anonimato de la multitud.

Finalmente logramos salir de aquella enmarañada calle para enfrentarnos al monumental puente Carlos IV. Una suave bruma comenzaba a empañarlo todo. Cruzamos a paso lento, por la gran cantidad de turistas que hacían lo mismo. Nos detuvimos en uno de los tantos puestos que vendían cuadros, fotos y algunas artesanías, pues nos llamó la atención una fotografía del puente vacío, envuelto

por una bruma espesa. Una imagen absolutamente misteriosa.

Aquel momento de contemplación duró poco ya que tuve un presentimiento que anunciaba peligro. Cuando nos detuvimos, dos hombres pararon en un puesto de venta de cuadros, a pasos del nuestro. Lo que me alertó fue que uno de ellos giró francamente la mirada hacia nosotros. Una descarga de adrenalina inundó mi cuerpo. Tomé a Vicky fuertemente de la mano y le ordené:

—¡Vámonos! ¡Rápido!

57

—¿Qué sucede? —preguntó asustada.

No le contesté. Casi corriendo, aunque con dificultad por la cantidad de gente, nos alejamos de aquellos personajes. Unos diez metros más adelante me di vuelta para ver si nos seguían. Ya estábamos bastante alejados cuando retomaron el paso. Me hicieron dudar ya que no parecían apurados. Finalmente logramos salir del puente. Una cuadra más adelante nos topamos con una plaza plagada de transporte público. Difícil cruzar debido a los múltiples carriles y en distintas direcciones. Perdí de vista a los hombres, no sabía si estarían observándonos, ocultos, desde algún lugar.

Estábamos parados en una esquina de la plaza sin saber qué dirección tomar para seguir con nuestra búsqueda. ¿Serían de STRAPP o sería paranoia?

—¿A vos qué te parece? —le pregunté a Vicky.

—Lo mismo que te dije hoy. Aunque ahora ya no sé si fue buena idea perder las horas que les llevábamos de ventaja.

—¡Mirá! —le dije parco y de nuevo aterrorizado. Le señalaba el periódico a la venta, en un puesto al lado de donde nos habíamos detenido.

La primera plana del diario checo mostraba la foto del barco totalmente en llamas después de la explosión. Revivir el atentado volvió a conmocionarnos.

—Tenemos que comprar ya mismo un diario en inglés —dijo con voz cargada de angustia y temor—. Ahí hay uno —detectó sobre el mostrador.

Lo compré y entramos al bar vecino. Lo puse en el medio para que los dos pudiésemos leer. Ninguno tenía ganas de leerle al otro.

MISTERIOSA EXPLOSIÓN DE UN BARCO EN ESTAMBUL

Mueren trágicamente alrededor de cincuenta personalidades de la ciencia y de otras ramas del conocimiento. Anteayer, al atardecer, de manera aún inexplicable, explotó un barco de turismo. Lo habían contratado para contemplar el atardecer desde el famoso Cuerno de Oro. La gran mayoría eran renombradas personalidades del mundo de las ciencias, las artes y las religiones. Sin duda alguna, una gran e insustituible pérdida para el conocimiento de nuestra época.

Durante la puesta de sol, una misteriosa explosión abatió el barco que, de inmediato, comenzó a ser consumido por las gigantescas llamas, escorándose rápidamente por proa y hundiéndose a los pocos minutos. Por desgracia, hasta el momento no se han encontrado sobrevivientes.

Fuentes allegadas han manifestado que la policía investiga qué reunía a todas esas personalidades en Estambul. Han descubierto que estaban bajo una cobertura totalmente ajena a sus actividades habituales, la convención de una inexistente compañía de seguros.

La repercusión ha sido mundial. Sociedades científicas y entidades vinculadas con el saber humano han expresado su pesar y desasosiego por la tragedia.

¿Terrorismo internacional?

Una ONG de USA, el Institute for Internacional Research, IIR, dedicada al estudio y análisis de las relaciones internacionales, ha sorprendido al mundo con sus declaraciones. Su presidente, Richard Clover Pendletown, ha expresado que sospechan fuertemente que se trata de una sociedad secreta cuyo objetivo es la desestabilización del mundo organizado. Ha agregado que por información recibida, sin aclarar la fuente, podrían estar relacionados con el terrorismo internacional.

Dicha declaración ha desatado respuestas. La secta de los sufíes de Estambul ha reaccionado defendiendo enérgicamente el buen nombre de los desaparecidos. La posible relación entre los fallecidos y los sufíes es parte del misterio. Las investigaciones no

cesan. Hace pocas horas, y promovido por presiones internacionales, se le ha dado participación en la investigación a la CIA, Interpol y otras agencias de similares características. Algunas fuentes se han hecho eco de la sospecha de que no todos los miembros del grupo estaban en el barco.
Grandes enigmas quedan aún por descifrar.

Ya habíamos terminado los cafés y ninguno atinó a opinar sobre lo que habíamos leído. Vicky era una mezcla de tristeza, angustia, temor y cansancio. No sabía qué decirle y menos cómo consolarla. Finalmente me animé con lo primero que se me ocurrió.

—Parece que todo está un poco más complicado de lo que esperábamos —dije forzando una voz pausada y suave.

—¡Qué locura! —exclamó apoyada sobre los codos. Se llevó ambas manos a la cara cubriendo con sus palmas los ojos, la frente y la parte anterior de su cabellera. A pesar de semejante protección pude ver que brotaban lágrimas de sus ojos—. Encima ahora dicen que estamos relacionados con el terrorismo internacional. ¿Qué hacemos? —preguntó desconsolada—. ¿Entregarnos y explicar todo?

58

Vicky necesitaba mi opinión, pero yo estaba al borde de perder el control.

—Aunque tengamos pocas chances de escapar, no creo que entregarnos sea una buena idea ya que han sembrado dudas sobre nosotros y condicionado a la opinión pública. La única posibilidad que veo es encontrar a la dama de la postal, siempre y cuando no estemos ya abandonados a nuestra propia suerte. Tal vez aún sigue en pie la cobertura que tenían prevista.

Cuando terminaba de decir aquello vi a una joven rubia de ojos azules, muy atractiva, sentada en la mesa próxima. Usaba un aro pequeño, redondo y dorado, que perforaba su narina izquierda. A pesar de estar sentada se notaba que era muy alta. Supuse que podría tratarse de una modelo. Por alguna razón, quizá por las lágrimas de Vicky, nos miró sonriendo, compasiva y amigable. Seguramente había elucubrado que estábamos tristes por alguna fatalidad.

Le devolví una tímida sonrisa y le pregunté.

—¿Sabe hablar inglés?

—Algo, aunque entiendo más de lo que hablo —respondió en mal inglés, siempre manteniendo su amigable sonrisa que delataba unos dientes muy blancos y perfectos.

—¿Dónde? —le mostré la postal, señalando a la dama.

—¡Ah, sí! —exclamó contenta de poder ayudarnos—. Cinco minutos —dijo con esfuerzo mientras con la mano hacía el gesto de caminar—. ¿Mapa?

Me senté a su lado y desplegué el mapa con la zona de Malá Strana abierta en el centro. Gesticuló con las manos, necesitaba tiempo para ubicarse.

—Nosotros, aquí —señaló el punto con la parte posterior de la cucharita de café. A continuación marcó el camino que deberíamos

recorrer. Concluida su explicación me miró sonriendo, evidentemente satisfecha por habernos ayudado.

—Muchísimas gracias —le dije juntando las manos a modo de plegaria delante de mi cara. Ella asintió con una extraordinaria sonrisa.

Mientras tanto Vicky ya había pagado los cafés.

Salimos rápidamente. Como nos había señalado la joven, primero tomamos una avenida transversal y luego doblamos por Trziste, una calle estrecha y adoquinada que se ensanchaba un poco más adelante, con suave cuesta arriba. Nos extrañó que circularan por allí pocos autos, pero la causa, nada tranquilizadora, estaba a la vista. Unos cien metros más adelante la calle estaba vallada, restringiendo la circulación de los automóviles. Nos detuvimos a observar qué sucedía con el auto que acababa de llegar a la zona de detención.

La policía le pidió documentos al conductor y luego inspeccionó el auto, baúl incluido. Además de los tres policías del operativo, fuertemente armados, se podían observar hombres vestidos de negro a la entrada de una magnífica mansión sobre la mano izquierda. En el frente flameaba la bandera de los Estados Unidos.

Pasado el vallado y la casa, en la esquina, había otro hombre de negro.

—¿Viste a aquel de la esquina? —observó Vicky.

—Sí, parece el único que controla a los peatones. Si hay otros, no están visibles.

Por la disposición de las veredas, los transeúntes debían pasar obligatoriamente frente a él.

—¿Habrá cámaras?

—Seguro. El tema es adivinar dónde. ¿Qué hacemos?

—Parece que les importan solo los autos. Nuestro problema es aquel de la esquina. ¿Qué te parece que hagamos?

Seguíamos detenidos y no podíamos permanecer así por mucho más sin levantar sospechas. Saqué el mapa y hacía como que lo miraba, como coartada por si alguien nos estaba observando. Había que pensar rápido.

—Esta gente no tiene que ver con STRAPP ni con sus contactos, se

limita a la seguridad de la embajada. Entonces…

—Pero podrían haber visto nuestras fotos —interrumpió angustiada —. Acuérdate lo que decía el periódico. Nuestro grupo ha sido vinculado con el terrorismo.

—Tenés razón.

—¿Y si volvemos?

Miré el mapa.

—Para llegar a la calle que buscamos, por más vueltas que demos indefectiblemente tendremos que pasar por esa esquina.

—Entonces juguémonos por aquí sin más vueltas. ¿Sí?

—De acuerdo, mi reina.

Fue así como a paso normal, ella del lado de la pared y abrazándonos, yo por el hombro y ella de la cintura, encaramos nuestro incierto destino.

59

Tuvimos suerte con el primero de los obstáculos, pasamos sin problemas el vallado de la embajada. Pero faltaba el punto más crítico. Cuando nos acercábamos al custodio de la esquina, Vicky me dijo:

—Cuando me arrime a hablarte al oído, baja la mirada hacia el piso. Imagínate que te estoy diciendo algo seductor —sonrió.

Así lo hicimos. De ese modo ella solo le mostró la parte posterior de su cabeza y tapaba parte de la mía. El hombre apenas nos dirigió una mirada.

—¡Lo logramos! —exclamó Vicky eufórica y en voz baja.

A los pocos pasos me tomó enérgicamente de la muñeca.

—¡Allá, por aquella callecita que sube! ¿Qué ves?

Era una calle muy angosta por la que, apenas, pasaba un coche. Finalmente lo vi: un cartel no muy grande que sobresalía unos cincuenta centímetros de la pared.

—¡La dama! —exclamé dándole un suave beso en los labios.

“Hotel Costans”, decía el cartel.

—Paremos un momento —sugirió—. ¿Qué hacemos una vez dentro?

—Mmm —pensé por unos instantes antes de dar mi opinión—. Me parece que no podemos hacer otra cosa que registrarnos y esperar. En principio, creo que sería un grave error decir quiénes somos en la recepción. No sabemos si esa persona es nuestro contacto.

—Me estoy dando cuenta de algo… Todavía no memoricé mi nombre falso —dijo Vicky mientras sacaba el pasaporte de su mochila —. María Sánchez Calatrava, de Zaragoza. ¿Qué te parece?

—Muy apropiado. Y yo ahora soy Eugenio La Torre, de Barcelona —dije imitando la pronunciación española—. ¿Vamos, María?

—Encantada, Eugenio —acordó sonriendo, aunque su voz delataba el temor que reprimía.

La recepción no era muy amplia pero era acogedora. Por una gran abertura se pasaba a otro ambiente con mesas, seguramente el lugar para desayunar. Era un edificio de unos cinco pisos, antiguo, reciclado. Un hotel cuatro estrellas, según los carteles. La recepcionista era una joven de unos veinticinco años, por debajo de la estatura promedio según habíamos apreciado en las calles.

—¿Tienen habitaciones disponibles? —la encaró Vicky en inglés.

—¿Cuántos días van a quedarse? —su sonrisa era amigable.

—Uno o dos, aunque tal vez nos quedemos más.

—Tengo una linda habitación pero solo por dos días. Luego el hotel está completo. ¿La desean igual?

—Sí. Si decidimos quedarnos más tiempo, ya veremos. Tal vez cancelen alguna reserva —consideró Vicky.

—Puede suceder, ya saben cómo es esto —respondió automáticamente ya que estaba ocupada con la computadora—. Por favor, completen estos papeles —nos pidió colocando sobre el mostrador las fichas de registro y dos lapiceras.

Había muy poco movimiento a nuestro alrededor. Había visto solamente a una pareja bajando de su habitación, ella una pelirroja de pura cepa, solicitando un taxi.

Le devolvimos los papeles y ella nos entregó un par de tarjetas magnéticas.

—¿Sus equipajes? —quiso saber.

—Hubo una confusión. Nos dijeron que vienen en otro vuelo —esgrimió Vicky rápidamente.

—¡Qué inconveniente! Una tarjeta de crédito, por favor.

—Lamentablemente quedaron dentro de las maletas. Una equivocación fatal haberlas dejado allí. Culpa mía —fue la respuesta de Vicky—. Pero tal vez se pueda pagar la estadía por adelantado…

—Bueno, pero en ese caso tendré que cancelarles todo tipo de extras —aclaró.

—No hay problemas. ¿Está bien en dólares? —preguntó Vicky, que se había hecho cargo de la situación.

—Perfecto. Serían entonces doscientos cincuenta y ocho dólares por noche. ¿Desean que hagamos por ustedes algún trámite por el tema de

las maletas? —se ofreció.

—No, muchas gracias. Dijeron que llamemos recién mañana. Nos advirtieron que tendremos que ir a buscar el equipaje al aeropuerto para pasarlo por la aduana.

—¡Uouu! ¡Qué salvada! ¡Sos muy buena en esto! —le dije en el ascensor, muy pequeño, típico de los edificios antiguos.

La habitación con pisos y techos de madera clara y lustrada tenía una amplia cama con grandes almohadas que llamaban la atención por su blancura, y un televisor. Un cortinado de voile en el ventanal impedía la visión desde el exterior. Había otra pequeña ventana que daba a un patio interno, desde donde se veían los típicos tejados de Praga. La cerré de inmediato.

—Estamos más que bien, ¿no te parece? —comenté tratando de generar tranquilidad sobre un terreno imposible.

—Sin duda. ¿Y ahora? ¿Qué hacemos?

—Tal vez nos llamen por teléfono. Creo que lo mejor será no salir a cenar. Podemos pedir algo para comer aquí.

—Sándwiches y algún omelette. ¿Qué te parece? —leyó en un menú sobre la mesa de luz—. Pero solo dan servicio hasta las 22.

—Yo tengo hambre. Después de un baño podemos comer viendo las noticias. Tal vez aparezca nueva información sobre el…

—¿Un baño? ¿Juntos? —me interrumpió. Indudablemente Vicky era capaz de olvidar nuestra incierta situación, por lo menos por un rato.

Los noticieros no se ocuparon del atentado. Finalmente nos dormimos, muy cansados pero relajados.

Me desperté primero. Eran las nueve de la mañana. Nadie se había comunicado con nosotros hasta entonces, y eso me desalentó. La desperté con un suave beso sobre la frente.

—Buen día, mi amor —me dijo con los ojos aún entrecerrados.

Se levantó para ir al baño. Desnuda era majestuosa. Sabiendo que la observaba, giró solamente la cabeza para tirarme un beso mientras acentuaba el movimiento de las caderas. De pronto se detuvo. Avanzó hacia la puerta de la habitación y se agachó para recoger algo que yo no había visto.

—¡Noticias!

Era un sobre cerrado.

—A ver —dije golpeando la cama, invitándola a que volviese a mi lado. Intentaba relajarme ante la tan esperada novedad. Abrí el sobre, tomé el papel y lo leí en voz alta:

Pražký Hrad, Hradčany
Calle de los Alquimistas, número 22.
(mostrar la postal de la dama)

—¿Y esto?

—Ni idea. Supongo que debemos ir a ese lugar.

Me levanté y recogí del tacho de basura la postal de la dama. Irresponsablemente la había tirado la noche anterior. Vicky no me reprendió, solo sonrió.

Desayunamos liviano y rápido en un bar a la vuelta del hotel. Antes le habíamos preguntado a la recepcionista, una nueva por la mañana, por el primero de los nombres escritos en el papel.

—Es el castillo. Estamos aquí —señaló con una cruz en un mapa que nos entregaba—. Salgan hacia la derecha. En la esquina tienen que doblar a su derecha. Ya entonces podrán ver parte del castillo entre los edificios. Está sobre una colina —nos aclaró, marcando la ruta en el mapa—. Parece cerca pero lleva entre veinte minutos y media hora llegar hasta allí. Es en subida, y además seguramente se detendrán en alguno de los negocios del camino.

Caminamos hasta el castillo sin escalas, sin detenernos en los comercios que tanto atraían la atención.

Finalmente llegamos. El castillo era imponente pero, lamentablemente, estaba colmado de turistas. Casi no se podía andar. Algunos caminaban por su cuenta, pero la mayoría se agrupaba alrededor de los guías de las excursiones. El mapa del castillo que nos entregaron al pagar la entrada indicaba que debíamos caminar casi hasta el final del enorme predio para llegar a la Calle de los Alquimistas. Una calle pequeña y larga, pegada a la muralla sobre la margen izquierda de nuestro camino.

Después de varios minutos de marcha logramos localizarla. La Calle de los Alquimistas se diferenciaba del resto del castillo. Podía

olfatearse allí la magia que aún impregnaba las paredes de las pequeñas casas. La mayoría de dos plantas, y ahora convertidas en comercios. Me habría gustado pasar una noche allí. Tal vez en sueños lograría transportarme a la época de aquellos alquimistas de la época de Rodolfo II.

"Café Kafka", anunciaba el letrero de un acogedor lugar con pequeñas mesas al aire libre. Unos metros más adelante encontramos el número 22, sobre la mano izquierda de la calle. Era una casa adosada a la muralla del castillo.

Había muchos turistas frente a la casa, leyendo sus guías, tomando fotos.

—No parece un lugar que pase desapercibido. Podrían haber elegido uno un poco menos concurrido —ironizó Vicky con cierta tensión.

Tenía razón. La tomé del brazo. Antes de avanzar quería ver qué decía la guía.

—¡Con razón! —exclamé—. Se trata de la casa de Kafka. ¿Qué te parece?

—Turísticamente, maravilloso. Ahora, en cuanto a seguridad…

Como no nos quedaba alternativa, finalmente entramos. Una pareja de hombres jóvenes, aparentemente alemanes, estaban pagando algo que habían comprado.

Detrás del mostrador los atendía un hombre de unos sesenta años. Alto, erguido, cabello color ceniza y arrugas faciales algo marcadas. Vestía un pantalón negro y camisa blanca. Sus grandes anteojos de cristal lo mostraban conservador y anticuado. Una escalera subía a la segunda planta, pero no estaba habilitada al público. Estaba bloqueaba por un cordón grueso de color rojo.

—Esperemos a que se vayan —le dije a Vicky al oído, después de llevarla a una de las vitrinas de exhibición ubicada sobre el lateral contrario a la escalera.

—¿Qué te parece si le pregunto por el precio de ese collar de ámbar? —sugirió cuando vio que el lugar ya estaba despejado.

Asentí. Había que encarar a aquel hombre de alguna manera y darnos a conocer. ¿Y si nuestro contacto no era él? Rogué que no entrase alguien más en aquel momento.

—¿Cuánto cuesta aquel collar? —le preguntó Vicky mientras yo se lo señalaba a la distancia, parado al lado de la vitrina.

Mientras él le respondía, parco y ceñudo, me acerqué hasta llegar a apoyar ambas manos sobre el mostrador. En la derecha tenía la postal de la dama, bien a la vista. La vio recién cuando moví la mano para llamar su atención.

—¡Ah, ustedes! —exclamó en voz baja y cambiando su actitud. Después de mirar hacia el exterior algo nerviosamente, una tímida sonrisa escapó de aquellas duras facciones—. Temíamos que los hubieran atrapado. Me alegro tanto de verlos con vida.

Le devolvimos la sonrisa, ya tranquilos al confirmar que era el contacto tan ansiado. Guardé la postal en el bolsillo del pantalón mientras él buscaba algo detrás y debajo del mostrador.

—Aquí tienen —nos dijo entregándome un gran sobre cerrado de papel madera y bastante abultado—. ¡No lo abran aquí! ¡Deben moverse rápido! Hay mucha gente buscándolos, algunos muy peligrosos. Que la suerte los acompañe. Debo advertirles que a partir de aquí estarán totalmente solos. Yo he sido su último contacto —dijo como despedida y evitando el saludo de manos ya que había varias personas observando las vidrieras de la tienda—. Váyanse ya.

A la salida decidimos detenernos unos minutos en el Café Kafka. Nos sentamos en una mesa exterior, la más alejada, y después de pedir dos cafés abrí el abultado sobre debajo de la mesa. Quería ver su contenido antes de regresar al hotel. Tal vez debíamos hacer contacto con alguien más en el castillo o sus cercanías.

Esperé a que trajesen el pedido y lo pagué en el momento, por si teníamos que partir rápidamente. Mientras Vicky le ponía endulzante al mío y lo revolvía fui sacando, por partes, el contenido del sobre.

—Hay bastante dinero en efectivo. Dos pasajes de avión… Para mañana, destino París, bajo los nuevos nombres de nuestros pasaportes.

—¿Y una vez allí? —quiso saber.

No encontraba nada más. Palpaba, ansiosamente, ya que no quería sacar lo que había dentro. Finalmente lo encontré, un pequeño papel.

Hôtel de Fleurie
32, Rue Grégoire-de-Tours
Saint-Germain-des-Prés

—Saint-Germain. Me encanta ese barrio.

—Morir en París… —agregó irónica—. No me parece la peor de las muertes.

—¿Será cierto entonces que París bien vale una misa?

60

París

Después de temores y tensiones, especialmente al pasar Inmigración en ambos aeropuertos, logramos entrar a París sin inconvenientes. A pesar de la enorme desazón y la incertidumbre que nos embargaban, al menos todavía estábamos vivos.

En el hotel nuevamente tuvimos que alegar la pérdida de las tarjetas. Nos permitieron pagar por adelantado y también entregamos una seña de trescientos dólares para extras.

Y fue así como comenzamos nuestra nueva vida.

Durante los primeros días Vicky padeció aterrorizantes pesadillas. En el medio de la noche y mientras dormíamos profundamente, comenzaba a dar gritos ahogados, desgarradores, o quejidos que parecían provenir del mismísimo infierno. La causa era siempre la misma. Nos veía en Estambul contemplando el atardecer, pero abrazados en la cubierta del barco. Y de repente, la explosión ensordecedora quemando nuestros cuerpos. Era el momento en que gritaba y despertaba sudorosa y angustiada. Yo no podía hacer otra cosa que abrazarla, consolarla y mimarla, hasta que después de largo rato lograba conciliar nuevamente el sueño.

Pasadas algunas semanas, poco a poco, logramos ir transmutando nuestro estado de ánimo. El proceso se inició cuando la ciudad empezó a contagiarnos su romanticismo y encanto o, mejor dicho, cuando pudimos comenzar a percibirlos. Aunque no por eso dejábamos de hablar sobre lo que nos angustiaba: nuestro futuro. Peligros, amenazas y dudas lo enmarañaban todo. No sabíamos cómo continuar, aunque el dinero que nos entregaron, más lo que llevábamos nosotros, eliminó uno de nuestros problemas por cierto tiempo. No obstante, el último contacto en Praga había sido claro: “A

partir de aquí estarán totalmente solos".

Chequeábamos, casi obsesivamente, diarios y noticieros de televisión. Nuestros nombres, junto con los del resto de los integrantes del grupo, figuraron por varios días en los periódicos. Luego, como siempre, la noticia fue pasando al plano del olvido, tapada por otras. A partir de entonces solo se acordarían de nosotros familiares y amigos, y los mercenarios de STRAPP.

Los primeros días nos dedicamos a recorrer la ciudad, deslumbrados. A medida que nuestras inquietudes turísticas se fueron aplacando, nos limitamos a experimentar la atractiva vida local del simpático barrio donde residíamos. Nos sentíamos bastante seguros en Saint-Germain. Pero estábamos solos. Compartiendo nuestro amor, que no era poco, aunque obligados a camuflarnos y escondernos como prófugos. Permanentemente. "Parecemos ratas escapándole a un fumigador", dijo Vicky una noche después de un par de copas de vino.

Aún, algunos factores jugaban a nuestro favor. El cambio en nuestras apariencias y nuestra huida aparentemente no detectada. Me rapé como un monje tibetano y dejé crecer unos gruesos bigotes. Unos anteojos de sol que me acompañaban hasta de noche completaban mi nueva imagen. Vicky también había logrado una apariencia difícilmente reconocible. Solía usar un pañuelo rodeando la frente y la cabeza, a modo de ancha vincha. Junto con aquellos anteojos de cristales transparentes con aires intelectuales y amplias y largas faldas de bambula de la India desde donde apenas lograban emerger sus sandalias, la convertían en una hippie.

Frecuentábamos los cafés y restaurantes de la Rue de Buci, nuestro lugar preferido. Apenas a una cuadra del hotel, que ya era nuestro hogar. A medida que nos fuimos sintiendo seguros con nuestras nuevas imágenes, comenzamos a animarnos a escoger las mesas sobre la acera. Allí cada uno leía lo suyo, conversábamos y compartíamos gestos de ternura. Nos encantaba desayunar en Paul. Ambos ordenábamos lo mismo. Café con leche, una baguette, manteca, mermelada y jugo de naranjas. Raras veces desayunábamos enfrente, en el Café de Paris.

Por la noche íbamos a las famosas Brasserie Lipp y la Brasserie

L'Atlas con sus pescados aún sin cocinar expuestos en la calle, y a algunos otros restaurantes vecinos. Casi nunca salíamos del barrio, aunque una vez por semana cruzábamos el Sena para cenar en Chez André.

Consciente de que podríamos pasar por situaciones muy comprometedoras, se me ocurrió una idea que en caso de urgencia podría ser útil.

—Hagamos un pacto… —le propuse.

—¿Qué pacto, mi amor?

—En caso de desencuentro, se me ocurrió elegir un punto de reunión en un lugar al que habitualmente no vamos. A primera hora de la mañana, cuando abra el local.

—De acuerdo. ¿Dónde quieres que nos encontremos?

—En Le Café Marly, en el 93 de Rue Rivoli. Memorizalo, por favor.

—Ya lo hice, cariño.

Finalmente, después de mucho dialogar y quizá porque no teníamos otra cosa que hacer, intentamos trabajar sobre el nuevo paradigma. Pero resultó solamente un propósito, ya que no solo nos faltaban datos sino también ayuda. Sin la fuerza, cohesión y conducción del grupo, era una tarea imposible.

Y siempre volvíamos al gran nudo gordiano: qué hacer con nuestras vidas. Evaluamos que el camino más sencillo, es decir, reintegrarnos como si nada a nuestras ciudades y trabajos, no era una opción. ¿Qué explicación daríamos? ¿Cuánto tiempo le llevaría a STRAPP encontrarnos y deshacerse de nosotros?

Fue por esta razón que por un tiempo evitamos comunicarnos con quienes amábamos, conscientes de que estarían sufriendo al pensar que estábamos muertos. A principios de agosto, pasados ya dos meses desde nuestra desaparición pública, sentí haber llegado al límite. Sufría demasiado por no contarles a mis hijos que estaba vivo. Vicky quería comunicarse con su maestro, el biólogo Maturana. No tenía más arraigos que el amor y el agradecimiento al ser que la había formado. Sus padres habían muerto hacía pocos años en un accidente automovilístico, y no tenía hermanos.

Pensamos que la manera menos peligrosa de comunicarnos era

hacerlo lejos de París. Después de mucho elucubrar elegimos Barcelona, vía tren. Tras varias horas de viaje, terminamos caminando por el magnífico Paseo de Gracia donde encontramos uno de esos locales que anuncian servicios de Internet. Alquilamos una de las máquinas siguiendo el plan trazado. Lo primero era abrir una casilla de correo. Elegimos un nombre sugerente: existiendo@hotmail.com.

> *Querida Dolores: me he convencido de que la vida transita por caminos impensados. Sé que te has preocupado por el estado de salud de tu pariente. Te escribo para agradecer tu preocupación… El amor y recuerdos de nuestro viaje a Las Leñas, y aquel tan recordado 33, siguen vivos. No respondas a este mail ya que seguiré internado por algún tiempo. Un beso enorme, desde el alma y el corazón. Tu tío segundo.*

Estaba seguro de que Dolores iba a descifrar fácilmente la clave. Siempre recordábamos el viaje a aquel centro de esquí, nosotros dos solos. Fue un momento de gran felicidad que fortaleció nuestra relación. Dolores tenía quince años. Se había inscripto en una carrera para esquiadores intermedios, y le había tocado el número 33. Ganó milagrosamente, por una escasísima fracción de segundo. Jamás olvidaríamos ese día. Comprendería además el pedido de no responder el mensaje, por la seguridad de ambos.

Elegí el mismo estilo para mi hijo Sebastián, solo que cambiando el dato de reconocimiento. “Las plateas Sector B, fila 12, asientos 24 y 25 nos esperan”. Únicamente nosotros dos reconoceríamos aquel código. Sebastián vivía en Los Angeles y visitaba Buenos Aires muy esporádicamente. Compré como sorpresa esas dos plateas para compartir el placer de ir juntos a la cancha a ver al club de nuestro amor, Boca Juniors, rememorando lo que habitualmente hacíamos cuando Sebastián era niño.

Vicky me contó que en el mensaje a su maestro mencionaba aquella “semana en Puerto Octay”. Allí él la había elegido como discípula durante prolongadísimas caminatas por la costa del lago. Desde entonces fue creciendo una relación de mucho afecto, como de padre e hija.

Dormimos esa noche en Barcelona, en un hotelito a tres cuadras de la zona de la ciudad que más le gustaba a Vicky, Paseo de Gracia. Comimos tapas hasta el hartazgo en la Cervecería Catalana.

A primera hora de la mañana retornamos a París, nuevamente por tren. En cuanto entramos al hotel, el conserje nos entregó un sobre cerrado. Ninguna identificación en el anverso ni en el reverso. Estaba dirigida a la "Habitación 21", sin más señales a la vista.

—Lo entregaron hace un par de horas.

—¿Hombre o mujer? —pregunté en mi más que básico francés.

—Hombre. Dijo ser chofer de taxi cumpliendo con el encargo.

Nadie sabía que estábamos allí. Exceptuando, por supuesto, a quienes nos habían dado la directiva en Praga de dirigirnos a aquel hotel. Pero también nos habían dicho que a partir de entonces estaríamos solos.

Llenos de miedo y ansiedad subimos a la habitación. Trabamos la puerta, nos sentamos a los pies de la cama, y solo entonces, ceremoniosamente, abrimos el misterioso sobre. Ninguno de los dos podía sacar la vista del papel que contenía.

61

Era una nota, o más bien un gigantesco generador de desasosiego e incertidumbre:

Encuentro mañana: Café Les Deux Magots, 14 horas.

Fuerzas indeseables volvieron a apoderarse de nosotros, y faltaban muchas horas para la cita.

—No es STRAPP. No me parece que quieran reunirse con nosotros en público. ¿Para qué? Si nos hubiesen localizado ya seríamos cadáveres.

Aquellas palabras de Vicky me tranquilizaron.

A la mañana siguiente dudamos en salir del hotel para ir a desayunar. Nuestros temores persecutorios recargados de ansiedad y angustia no nos dejaban en paz. El acostumbrado "Bon jour Michel", con el que cada mañana saludábamos al recepcionista, sonó apagado. Nos movimos con renovada cautela, vigilábamos el entorno, pero nada raro sucedió.

Durante el desayuno discutimos, algo inusual en nuestra relación, y en algún momento hasta acaloradamente. Vicky se negaba rotundamente a aceptar mi propuesta.

—Te digo que voy a ir solo. Vos te quedás enfrente. Si te hago señas, te acercás. En caso contrario, ¡desaparecés! ¡No vuelvas a pisar el hotel! Si yo también logro escapar nos encontramos en la estación de metro Odeón, en la misma ventanilla donde siempre compramos los boletos.

Con lágrimas en los ojos y un inseguro movimiento de cabeza, al fin cedió.

Se acercaba el momento de la cita. Media hora antes abrí la caja fuerte de la habitación para sacar los pasaportes y todo el dinero.

—Llevalo todo con vos.

Llegamos quince minutos antes. El famoso café literario quedaba a escasas cuadras del hotel, caminando por el Boulevard St. Germain. Vicky, de mala gana, se quedó en la vereda de enfrente, en la puerta de la iglesia Saint-Germain-des-Prés. Tuve suerte, logré sentarme a una mesa sobre la vereda. Desde esa posición podíamos hacernos señas con Vicky, ella podía apreciar lo que sucedía y además era la mejor ubicación para intentar escapar, en caso de ser necesario.

Los minutos pasaban. Me sentía muy tenso y nervioso. No paraba de voltear la cabeza hacia uno y otro lado en busca de la más mínima señal y persistentemente controlaba mi reloj. Faltaban tres minutos para las dos.

Fue entonces cuando una descarga de adrenalina inundó mi cuerpo, paralizándome. Estaba seguro de que eran ellos. Dos miembros de STRAPP se acercaban a mi mesa. Eran altos y robustos. Iban vestidos con camisas sin corbata y sacos que caían flojos, uno turquesa claro y el otro verde agua. Desde detrás de sus anteojos negros escudriñaban las mesas sobre la acera. Cuando me vieron, fijaron la mirada. El pánico se apoderó de mí. No atiné a otra cosa que a bajar la vista, totalmente intimidado por el miedo. Ni siquiera pude advertirle a Vicky.

A punto ya de llegar a mi mesa casi se detuvieron. Entonces uno de ellos me sonrió, seductoramente. Me había equivocado, no eran de STRAPP. Seguramente buscaban una aproximación sexual. Ante mi falta de respuesta siguieron su marcha como si nada. Nunca sabrían la turbulencia que generaron a su paso. Me volvió el alma al cuerpo y sonreí pensando cómo nos reiríamos cuando le contara a Vicky que tenía competencia. Y reí también de su más que probable respuesta: “No son competencia”.

Pero ya eran las dos y cinco y nada sucedía. La tensión volvía a ser insoportable.

Entonces, de pronto, no pude creer lo que estaban viendo mis ojos. Mis emociones se sucedían sin coherencia, una mezcla de sorpresa, dudas, desconcierto y, muy en el fondo, una enorme alegría.

A unos diez metros, con una sonrisa a flor de piel al darse cuenta de

que ya lo había visto, se acercaba Guillermo. ¿Cómo puede ser? ¿Guillermo en París y no se sorprende de encontrarme? Mi mente funcionaba acelerada. ¿Simple coincidencia?

Aceleró el paso y, ya muy cerca, abrió los brazos con exultante felicidad.

—¡Querido amigo! —dijo en voz alta al ver que yo seguía paralizado por el desconcierto.

Después de todo lo que habíamos pasado me parecía un milagro encontrar de manera tan inesperada a un ser querido. Al pararme abruptamente por la alteración, derramé el café. Nos abrazamos con ganas, un largo abrazo. Mientras volvía a preguntarme cómo no se sorprendía de verme con vida.

—¿Qué hacés acá? —le pregunté después de algunos momentos de vacilación.

—Dicen que la casualidad no existe, que todo responde a determinadas causas aunque no logremos comprenderlas —dijo Guillermo, sin responder mi pregunta.

—¿Qué hacés en París y en este lugar? —insistí, dejando en evidencia que esperaba una respuesta. Me enojó aún más que se limitase a sonreír con aires de misterio—. Parece no sorprenderte ver que no estoy muerto…

—Fui yo quien te envió la nota a tu hotel…

—¿Cómo me ubicaste? Si fue tan sencillo significa que también podrían encontrarnos los mercenarios que nos buscan —dije en estado de desesperación.

Guillermo me tomó de la mano, conteniéndome y mirándome a los ojos.

—Vas a tener que perdonarme. Se nos escapó de las manos — comenzaba a insinuar una confesión cuando lo interrumpí abruptamente.

—¿De qué estás hablando? —agregué cada vez más enojado—. ¿Vos tenés algo que ver con toda esta historia?

Guillermo se limitó a asentir con un movimiento de cabeza, bajándola luego, avergonzado.

—¡Hablá! —le demandé elevando el tono de voz.

—Querido amigo, te aprecio demasiado para desearte mal alguno. Vos lo sabés… Continuamente me arrepiento por haberte propuesto…

—¡¿Qué?! ¿Entonces fuiste vos y no aquel Oráculo el que me eligió? ¿Qué tenés que ver con ellos? —lo ametrallé.

—Con respecto a si fui yo quien te eligió, debo contestar que solo a medias —respondió con voz baja y pausada—. A las cabezas en cada país nos pidieron que sugiriésemos nombres para ser sometidos a selección. Yo mandé dos, el tuyo y el de Agustín Simbar. ¿Te acordás? Alguna vez te lo presenté, trabaja conmigo en la universidad.

—Seguí —le ordené. Me embargaba la ira.

—Segismund presentó una considerable cantidad de nombres, y el Oráculo te seleccionó. La misma decisión que habría tomado yo. En nadie confío más que en vos.

—¿Entonces?

—Lamentablemente todo se desvió por caminos absolutamente inesperados y peligrosos. Jamás imaginamos que podría terminar así. Perdoname, de corazón.

Cargado de culpa, había bajado nuevamente la cabeza. Parecía sincero.

—Solo por ahora dejémoslo ahí. Seguí.

¡Vicky! Recién en ese momento tomé conciencia de que no le había hecho señal alguna. La busqué pero no la vi. En la esquina solo se veía un grupo de turistas escuchando las explicaciones del guía. Me desesperé. Guillermo intentó seguir hablando pero lo paré en seco con un vigoroso gesto de ambas manos.

Temí lo peor. Quizá se había asustado y huyó. Tengo que ir a buscarla a la estación ¡ya!, me dije.

62

En ese momento el grupo se desplazó para mirar algo que el guía les señalaba en lo alto de la fachada y el pórtico de la iglesia. Entonces, detrás de uno de los hombres del grupo, uno muy alto, por sobre su hombro, vi asomar la inconfundible vincha colorada y amarilla de Vicky. Sentí que el alma me volvía al cuerpo. Tranquilizándome, le hice señas para que se acercara.

—¡Qué suerte que aún estés con ella! —dijo Guillermo al comprender lo que sucedía.

—¿Pensaban que no estábamos juntos?

—Tuvimos noticias de ustedes hasta Praga. Y aunque suponíamos que no había ocurrido nada malo, nos faltaba la confirmación. Podrían haber decidido separarse, cada uno por su lado…

—Vicky, este es Guillermo, de quien tanto te hablé —dije mientras nos sentábamos—. Te quiero aclarar que estoy sufriendo una de las mayores decepciones de mi vida. Me acabo de enterar de que Guillermo estaba desde el principio en todo esto.

Vicky miró fijamente a los ojos de mi amigo, tratando de registrar qué le indicaba su intuición. Así permaneció durante varios segundos hasta que finalmente esbozó una sonrisa. Parecía sugerirme que debía perdonar el engaño.

—¿Cómo está la situación? —inquirió Vicky endureciendo algo sus facciones abruptamente, sin pausa después de haberle sonreído.

—No tenemos demasiada información sobre lo que está pasando con STRAPP. Después de Estambul parece que han cambiado el foco de interés, por lo menos temporariamente. Y no tenemos indicio alguno de que sepan que ustedes están con vida.

—Mmm —exclamé meneando la cabeza.

—Podríamos estar equivocados pero sospechamos que algo mucho más grande se está cocinando. Suponemos que lo que viene podría

cambiar por completo el rumbo de la historia.

—¿Cómo es eso? —pregunté. Eso mismo me había contado Sebastián.

—No sabemos cómo se vincula STRAPP con lo que vendrá, si están a favor o en contra. Lo que sí podemos afirmar es que ocupa casi la totalidad de sus recursos y su tiempo. Por ahora ustedes parecen estar a salvo, siempre que no los descubran por una de esas casualidades.

—Nosotros… —añadí. No me gustaba lo que estaba diciendo—. ¿Se salvó alguien más en Estambul?

—Desgraciadamente no. Una espantosa tragedia. Seguramente ya se habrán enterado de todas las calumnias que luego se difundieron sobre ustedes.

—Sí —le confirmó Vicky—. Es lamentable la enorme influencia que pueden ejercer sobre los medios. ¿Cómo no pudieron contrarrestarlos? —cuestionó decepcionada.

—Sería muy largo de explicar pero, en resumen, los medios están cada vez más concentrados en unas pocas manos. Se trata de unos pocos holdings que controlan el flujo de la información en Occidente. Y STRAPP, o mejor dicho sus mandantes, parece tener relación o, por lo menos, fácil acceso a ellos.

—¿Cómo va a seguir todo esto? Si es que aún tienen algún plan.

—Desde lo que sucedió en el Cuerno de Oro estamos en algo así como un toque de queda. Hemos barajado mil y una posibilidades. Algunas no los incluyen a ustedes, otras sí, pero siempre tratando de que no arriesguen más sus vidas. Créanme que lo lamentamos profundamente —confesó mientras apoyaba su mano derecha sobre el corazón—. La realidad es que todo se ha desbordado. Descubrimos algo trascendente. Y finalmente hemos decidido seguir por ese camino.

—¿Estamos nosotros incluidos? —quise saber.

—No. Lo que no tenemos claro es cómo protegerlos. Podemos darles dinero y la información que obtengamos, pero estará en ustedes decidir qué hacer. No queremos equivocarnos otra vez. Queremos que sean ustedes quienes decidan su propia suerte.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que estamos a la deriva?

—Si lo miramos de esa manera…

—¡En buena me metiste! ¡Nos metiste! —corregí tremendamente disgustado.

—Ya sabés que teníamos la mejor de las intenciones. El problema es que subestimamos a esa gente. Aunque de alguna manera sabíamos que podía ocurrir, uno desea convencerse, como siempre, de que lo trágico jamás sucederá. El eterno error de los que, supuestamente, estamos del lado del Bien: preferimos terminar defraudados a pensar lo peor del contrario. Me parece que tenemos un problema para asumir la realidad, siempre creyendo que sucederá lo mejor o que nos ayudarán desde lo alto.

—Está bien. ¿Qué nos sugieren que hagamos?

—Ya te lo dije, pensamos que la decisión es de ustedes. Las opciones que hemos considerado no son muchas. Seguramente las mismas que barajaron ustedes. Si querés te las comento.

—Por supuesto —lo conminé.

—Por un lado pueden intentar desaparecer hasta que se calmen las aguas.

—Ya lo hemos pensado —le confirmó Vicky.

—Claro. Otra posibilidad es probar volver a sus trabajos y vidas previas. Les quiero aclarar que esta nos parece la más desaconsejable. Y la última sería que se decidieran por algún acto heroico aunque arriesgado, alguna acción de carácter público para revelar lo que saben. De esa manera quedaría claro quiénes fueron los responsables de lo de Estambul, como también a quién culpar si a ustedes les sucediese algo.

—¿Qué riesgos han evaluado para la primera de las opciones —quiso saber Vicky.

—Tiene sus riesgos. Si por alguna razón los localizaran les resultaría muy fácil deshacerse de ustedes.

—¿Y qué hay de la que llamás “la heroica”? —lo interrumpí cargado de ansiedad.

—Es una excelente opción pero difícil de implementar. No podemos garantizar que los medios lo difundan lo suficiente, de manera tal que resultase una protección suficiente para ustedes. Sin conseguir una

difusión masiva, serían otra vez una presa fácil. Y además, suponiendo que decidiesen intentarlo, ¿qué dirían? No parece haber una solución más segura que otra. Tal vez deban guiarse por la intuición. La decisión depende de ustedes. Ya los hemos manipulado demasiado.

Con Vicky intercambiamos miradas cargadas de incertidumbre y enojo. Nos encontrábamos en un complicado laberinto, sin el hilo de Ariadna. Debíamos resolver qué hacer, pero a solas, así que cambié de tema. No podía evitar mi curiosidad.

—Volviendo a eso que insinuaste, ¿qué es ese hallazgo?

—¿Les interesa? Es sorprendente —continuó sin esperar respuesta —. Un enigma cuya solución estuvo siempre ahí, ante los ojos de todo el mundo. Podría llegar a ser el verdadero nudo gordiano de muchos de los problemas de la humanidad. Como mínimo, obligará a la reflexión y el análisis. Por otro lado exigiría revisar todas las creencias religiosas.

—Como la manzana de Newton —ya podía esbozar una sonrisa.

—Algo así. ¿Quieren que les cuente? —ahora sí esperó nuestra respuesta.

—Yo sí, ¿y vos? —le pregunté a Vicky. Más tarde tendríamos tiempo de sobra para resolver nuestra propia encrucijada.

—Yo también, aunque ya nada puede sorprenderme.

63

—Entonces, y ya que nos va a demandar un buen rato, ¿qué tal si pedimos algo para almorzar? ¿Ustedes ya comieron?

Ni se nos habría ocurrido comer nada antes de la cita.

—Invito yo. Más que justo, ¿no? ¿Qué tal champagne para celebrar el reencuentro?

Vicky ordenó una ensalada verde, Guillermo un plato de salmón ahumado y yo un sándwich de pollo.

—Adelante —dije en cuanto el mozo se retiró luego de tomar el pedido.

—Tengo que hacer un preámbulo para que puedan comprender el problema en su real dimensión. Ustedes nunca supieron, por razones de seguridad, que la Fundación trabajaba con otro grupo. Como bien saben, en el de ustedes la mayoría eran científicos. El otro estaba, y está, ya que continúa funcionando, constituido mayoritariamente por teólogos. Eruditos en religiones comparadas, incluso de las tres religiones monoteístas y sus múltiples derivaciones. Personalidades disconformes que decidieron buscar un camino alternativo. "Disidentes", para sus religiones respectivas. Ese grupo, igual que ustedes, busca diagramar un nuevo paradigma, una salida al embrollo en el que estamos metidos. La única diferencia entre ambos grupos es el enfoque. El de ustedes basado en la ciencia, el de ellos en la espiritualidad y las religiones. Se llama SPIRIT.

—Y el nuestro, ¿tenía algún nombre? —quiso saber Vicky.

—Sí. Internamente lo denominábamos SCIENTIA.

—Mirá vos de lo que nos venimos a enterar… —comenté bastante distendido. Ya no sentía rencor—. ¿Y no tienen miedo de que a ellos les pase lo mismo que a los nuestros?

—Contra nuestras convicciones, tuvimos que reforzar la seguridad. Ahora están muy protegidos, aunque todo puede pasar… Volvamos, si

les parece, al hallazgo de SPIRIT. Aunque muchos afirman que las religiones monoteístas creen en un mismo Dios, el grupo comenzó analizando las visibles discrepancias entre ellas. Llegaron a la conclusión de que lo que las ha llevado a posiciones tan intransigentes e irreconciliables es lo que cada una concibe como "verdad última". El Creador y sus posibles intenciones.

—Parece tener cierta lógica —comenté.

—¿Entonces piensan que no son lo mismo Dios, Alá y Jehová? —preguntó Vicky sorprendida—. Yo creía que sí.

—Son lo mismo solo en los papeles y en el discurso. SPIRIT cree que las tres religiones manejan concepciones del Creador no solo diferentes sino, y más importante aún, demasiado limitadas. En un principio pensábamos que el problema era solo de forma, ritual, pero luego nos dimos cuenta de que las divergencias eran mucho más profundas. Según afirman los dogmas, no hay más que un Único Creador de todo lo que existe en el universo: galaxias, soles, planetas, átomos, luz, vacío, electromagnetismo, y de toda la diversidad de formas conocidas. Si no se tratase de la misma entidad para todas, alguna de las religiones estaría en posesión de la verdad y las otras estarían equivocadas, ¿de acuerdo hasta este punto?

—De acuerdo —aceptó Vicky.

—Bien, entonces… —le costaba el desarrollo del tema o, por lo menos, cómo contárnoslo—. Las tres principales religiones monoteístas le han puesto nombre a ese Creador. Según el orden cronológico lo han llamado Jehová o Yahvé, Dios y Alá. Ahora bien, ¿esos nombres mencionan realmente a la misma y única Entidad Creadora? Todos los análisis de SPIRIT llegan a la conclusión de que no se trata de la misma entidad.

—A ver, ¿cómo es eso? —inquirió Vicky.

—Para el pueblo judío, Yahvé los eligió entre el resto de los pueblos. Los prefiere. Pactó con ellos y no con otros. Los "no elegidos" podrían considerar esta creencia una forma de discriminación de origen divino. Si pasamos a los cristianos, la cosa no parece ser muy diferente. Nosotros, los educados en el cristianismo, no decimos explícitamente que a quien llamamos Dios no es Jehová. Sin embargo

el Dios del Nuevo Testamento, cuyo principal mensaje es el amor, se diferencia del dios en ocasiones iracundo, vengativo y violento del Antiguo Testamento.

—Supongo que a esto último no le habrán visto nada de malo —objeté.

—No obstante esa maravillosa doctrina de amor igualitario, católicos y otros cristianos encontraron justificación para las matanzas de otros hijos de ese supuesto Creador Único, como sucedió en las Cruzadas contra los "infieles" sarracenos, contra los cátaros y la persecución, el aislamiento y la matanza de judíos, sin olvidarnos de la Inquisición. En nombre de Dios y para defender la "Verdad", quien cuestionara el dogma o defendiera otra fe merecía la tortura o la muerte. Infieles… Para esa concepción cosmoteogónica tan particular, el verdadero deseo del Creador parecía ser el exterminio de los infieles, y los infieles no eran otros que quienes creían en Jehová y en Alá. Cosas no muy diferentes hicieron sus hermanastros del islam.

—¿Por qué dices hermanastros? —lo interrumpió Vicky.

—Porque si damos crédito a las Escrituras, y si se lo damos deberíamos hacerlo siempre, no solo cuando nos conviene, las tres religiones descienden de Abraham. Judíos y cristianos de Isaac, el hijo de Abraham con Sara, mientras los árabes descienden de Ismael, también hijo de Abraham pero con la sirvienta de Sara, Agar. Sigo: los musulmanes también están convencidos de que han recibido la verdad revelada. Los demás, fuera del islamismo, también son infieles. Algunos grupos, aunque en verdad poco numerosos, creen que sus actos de violencia o venganza, en cualquier grado, están avalados por el Corán. "Alá lo quiere", igual que los cristianos invocando a su Dios.

—¿Entonces?

—Entonces uno finalmente se enfrenta al verdadero problema de fondo. No se trata del nombre que se le ponga al Creador sino de la imagen que cada uno ha creado de Él, de lo que creamos que son sus designios. Y en este punto no tiene importancia alguna si lo llamamos por el mismo nombre o no. Podría incluso tener un nombre único, pero si lo que creemos que ese Creador quiere y avala difiere tanto, las religiones seguirán induciéndonos a matarnos en nombre de la fe.

—¿Entonces? —reincidió Vicky.

—SPIRIT ha llegado a la conclusión de que ese paradigma sobre la concepción del Creador, fuente de terribles conflictos, es el que más influye sobre la humanidad.

—Por lo tanto, reformular la concepción de lo que Dios significa sería el principal factor a considerar para un verdadero cambio de paradigma —especulé.

—Así es. El segundo punto de estudio de SPIRIT es cómo hemos formado, cada uno de nosotros, esa imagen interior de Dios. La hemos llenado de características humanas y, por ende, de una enorme cantidad de limitaciones.

—No coincido que sea tan así.

—¿Puedo? —me pidió, y asentí—. Si la analizamos sin apasionamiento ni culpa por herejía o blasfemia, el Creador es un ser bastante complicado. Antes mencionamos algunas de esas características: cólera, venganza, discriminación, etcétera.

—Puede ser así por interpretaciones humanas —refuté.

—Es lo que estoy diciendo. En esa imagen que hemos creado se incluyen conceptos como ofensa, premio y castigo. El Dios del Antiguo Testamento deja bien claro y desde el principio, en Génesis, que puede ser ofendido y por lo tanto se ofende, y que castiga. Castigó a Adán y Eva. Castigó a Caín. Tal vez alguno pueda discutir qué causó la ofensa, pero el castigo es incuestionable.

—Pero puede tener un valor solo simbólico —objeté.

—No tanto si nos detenemos a observar los ritos. Creo que la interpretación ha sido bastante literal. Analizá el bautismo de los cristianos. ¿Para qué se hace? Para liberarnos del pecado original. Resulta demasiado trascendente como para ser simplemente simbólico. Culpabilidad como especie, a ser trascendida desde el nacimiento. El pequeño recién nacido debiendo expiar las supuestas culpas y ofensas de sus ancestros. Y así de generación en generación. Al considerarlas sagradas, con el paso del tiempo esas costumbres se vuelven incuestionables. Dudar de ellas, preguntarnos objetivamente por su validez, nos genera culpa. Nos sentimos mal, como si estuviésemos cometiendo una herejía u ofendiendo al Creador.

—Fue por esa razón que surgió la ciencia —insinuó Vicky.

—Correcto, desafiando el dogma religioso. Creemos que debemos tener el coraje de someter a juicio nuestras creencias. Cuestionarlas no significa necesariamente cambiarlas o eliminarlas. Si superan el análisis objetivo, serán más fuertes que antes. Lo que era un mero acto de fe se fortalecerá por franquear el tamiz de la razón.

64

—Entonces, ¿qué hay del perdón y del Juicio Final? —esgrimí.

—Podrían ser simplemente creaciones humanas. Para que exista el perdón es imprescindible una ofensa previa. Alguien ofende pero, más importante aún, alguien luego perdona. Las Sagradas Escrituras de las tres religiones monoteístas presentan a un Creador que puede enojarse, ofenderse, juzgar y castigar. Le asignan características bien terrenales, de orden pasional, que hasta un simple padre mortal trataría de evitar con sus hijos. Pero en términos divinos, si Dios lo comprende todo, no puede haber ofensa y, por lo tanto, no hay nada que perdonar. Porque Dios es, por definición, perfecto. Y como es perfecto, es omnisciente.

—Lo planteás casi como un teorema —bromeé, aunque molesto por su argumentación.

—Si lo planteás en esos términos, diría que desde el origen del universo, desde el Big Bang, ya regían las leyes que gobiernan el universo entero. Leyes que no han cambiado. Leyes inmutables. Toda la creación futura estaba ahí, sapientemente, desde el mismísimo principio. ¿Qué se vislumbra entonces?

—Conocimiento total, sabiduría, anticipación, previsión —consideró Vicky.

—Un incuestionable plan omnisciente para el universo. Amoroso, sin cambios. Regular e inmutable.

—Lo que estás señalando es la contradicción entre esta concepción de Dios y esa otra heredada de las Escrituras… No es muy diferente a como muchos científicos ven el problema. Me estoy refiriendo a quienes hablan de un Diseño Inteligente —opinó Vicky.

—¿De dónde tomaron entonces las Escrituras semejante visión?

—Aceptamos como verdad revelada que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. ¿Cierto? Por ende, si aceptamos esa

formulación, el Creador debe ser pasional y sentir como nosotros. Eso incluye las pasiones más tóxicas como discriminación, ofensa, ira y venganza. Sin duda, esa imagen resulta incompatible con una entidad absolutamente amorosa, creadora de todo lo que existe.

—¿Entonces? —preguntó Vicky.

—Entonces, lo que la "humanidad teísta" debería plantearse es si realmente hemos sido creados a su imagen y semejanza. SPIRIT cree que hemos sido los humanos quienes hemos creado la imagen de Dios a nuestra imagen y semejanza.

La conclusión derivó en una pausa reflexiva.

Luego conversamos sobre la deslumbrante París y su cultura, las particularidades de sus habitantes, los exquisitos quesos y vinos que tanto le gustaban a Vicky.

Cuando terminamos de almorzar Guillermo volvió indirectamente al tema.

—El otro día alguien me hizo un planteo interesante. Me preguntó cuál era para mí la peor injuria que puede infligirse un ser humano a sí mismo.

—Interesante cuestionamiento —dijo Vicky—. ¿Qué contestaste?

—Lo que cualquiera de nosotros habría respondido: tratar mal a nuestro cuerpo. Fumar, comer grasas en exceso, cosas por el estilo, todas relacionadas con la salud.

—¿Y?

—Me dijo que lo pensara de nuevo. Busqué por otro lado hasta que arriesgué que lo peor era no creer en uno mismo.

—Yo habría respondido eso. Pero si lo estás contando es porque no es la respuesta —deduje sonriendo—. ¿Qué te dijo?

—Algo completamente inesperado. Dijo que la peor injuria contra uno mismo es poseer una imagen de Dios pobre y limitante, una imagen demasiado humanizada.

—¿Creen que plantear esto realmente ayudaría a la gente? —pregunté. No me parecía el camino más adecuado para un cambio de paradigma ya que lo sentía un poco violento. A muchos otros podría sucederles lo mismo que a mí.

—Ese es nuestro mayor dilema. No podemos medir las

consecuencias de nuestro planteo. A propósito: ¿puedo preguntarte algo, Vicky? Desde hace muchísimos años conozco la posición religiosa de mi amigo Pedro. Cristiano católico, no practicante. Si no te molesta, me gustaría conocer tu relación con la fe.

Vicky reflexionó unos instantes antes de contestar.

—Creo que no difiere demasiado de la de Pedro. Sin ser practicante admiro y amo a Jesús por su mensaje de amor. No hacer a otro lo que no quieres que te hagan a ti. Amar al prójimo como a ti mismo. El concepto de ofrecer la otra mejilla, aunque lo he podido practicar solo en un par de ocasiones… Ya sabes, todo eso.

—Justo lo que planteaba. Ustedes son excelentes casos para sondear nuestras dudas. Las mismas creencias religiosas han producido resultados muy variados. Para algunos, han servido como justificación de todo tipo de acciones de venganza, muerte y destrucción. En cambio para otros, como ustedes, y como sucede también en las otras religiones, han formado seres de paz. Como le he escuchado decir al Dalai Lama, el verdadero objetivo de cualquier doctrina religiosa debería ser la formación de seres de buen corazón. La fe sostiene a las buenas gentes para ser lo que son.

—¿Entonces? —preguntó Vicky.

—Desearíamos difundir nuestro planteo sin alterar las creencias de los hombres y mujeres de buen corazón.

—Difícil tarea —acotó Vicky.

—Uno de los miembros de SPIRIT imaginó la situación ideal. Un nuevo paradigma funcionando como un "plaguicida espiritual selectivo", trabajando solamente sobre las malezas y las plagas, dejando indemnes los frutos buenos —comentó riendo por la utopía—. A estos últimos les permitiría, incluso, crecer más sanos y fuertes.

—Es un planteo ingenuo —apreció Vicky.

—Ahí el dilema. ¿Se les ocurre algo? —bromeó.

—No, no en este momento al menos. Pero quiero decirte, honestamente, que lo que has planteado, el "hallazgo", no me parece tan increíble como lo anunciaste —dijo Vicky.

—Discrepo. Decís eso porque todavía no les conté lo que han encontrado —sonrió Guillermo en uno de sus clásicos juegos de

intriga. El pez, en este caso Vicky, nuevamente había mordido el anzuelo.

65

—¿Hay más? —se sorprendió Vicky.

—Sí. Se trata de algo tan trascendente que creemos que se armará un gran revuelo si decidimos hacerlo público. Por ahora manejamos esa información en círculo cerrado, en el que, por supuesto, desde hoy también están ustedes. Es una suma de datos aparentemente objetivos, contundentes, imposibles de explicar si les buscamos una justificación que encaje con esa concepción del Creador amorosa y omnisciente de la ya que hemos hablado.

—¿A ver? —lo animó Vicky.

—Antes que nada quiero saber si están seguros de que quieren que se los cuente. Si lo hago generará, como todo lo que hacemos o pensamos, karma. Para ambos lados, y en este caso quienes deben asumir la responsabilidad son ustedes, autorizándome. Ya sabés cómo creo que funciona esto —me miró—. En caso contrario, me abstengo.

—Con ese preámbulo, debe tratarse de algo grave. Por mi parte no tengo problemas en escucharlo. Aunque se trate de un disparate, acepto, ¿y vos?

Vicky también consintió con un suave movimiento de cabeza.

—Autorizado entonces, aquí vamos… Comenzaré por una pregunta sencilla, casi de Perogrullo. ¿De dónde les parece que ha surgido la imagen que hoy se tiene del Creador?

—¿De las Sagradas Escrituras? —dijo Vicky.

—Bien. La siguiente pregunta sería si tenemos dudas acerca de que las Sagradas Escrituras son palabra revelada.

—Supongo que no, por lo menos para la fe de las tres religiones —argumenté.

—Expresaste lo que casi todos contestarían, lo que dicta el paradigma reinante desde hace miles de años. Sin ánimo de faltarle el respeto a nadie, y a partir de aquella premisa de permitirnos

cuestionar con libertad y respeto lo que creemos, analicemos, lo más objetivamente que podamos, cómo se ha llegado a la convicción de que se trata de la palabra del Creador…

—No irás a cuestionar ahora la Palabra de Dios —esgrimí desafiante.

—Por favor, ya lo hablamos. No tengas miedo ni culpa. La verdad siempre triunfa. Si les parece que lo que les plantee se aleja de la verdad, simplemente olvídenlo. ¿Puedo seguir?

—Adelante —lo autoricé ya sin tanta convicción.

—Si analizamos sin prejuicios las Escrituras, se descubre que la Palabra de Dios ha sido siempre revelada a través de mensajeros, exceptuando algunas aparentes apariciones.

—Supongo que es así —coincidí.

—Esos mensajeros han sido ángeles o arcángeles.

—De acuerdo —coincidió Vicky.

—Y aquí la duda: nuestra teogonía acepta como verdad irrefutable que esos seres pertenecientes a un orden superior al humano, por ese solo hecho, tienen acceso a las verdades del Creador. Y por ende a su Palabra, esa que nos han transmitido.

—¿Y no es así? —retruqué algo irritado.

—No digo que no sea así —indudablemente se daba cuenta de lo que me sucedía—. Lo único que te pido es que te permitas reflexionar sobre esa aceptada verdad aparente.

—Está bien, lo intento. Aunque la verdad es que me cuesta horrores.

—Bien. Vayamos entonces primero a los ángeles. Todas las tradiciones aceptan que esos seres espirituales e incorpóreos son los mensajeros de Dios. Se los ha descripto como inmortales, dotados de inteligencia y voluntad. Juan Pablo II explicó alguna vez que el Antiguo Testamento utilizaba la palabra “malak”, que significa delegado o embajador. Las tradiciones coinciden en que su misión es asistir en la salvación de la humanidad. ¿Estamos hasta aquí?

—Hasta aquí —asentí.

—Desde el Antiguo Testamento, los ángeles participan en casi todos los sucesos de trascendencia religiosa para transmitir a los hombres y profetas la voluntad de Dios.

—De cualquier manera, ya no se le da tanta importancia a la existencia o inexistencia de los ángeles —esgrimí tratando de relativizar su argumento—. Tal vez las de las Escrituras sean simples alegorías.

—Es cierto —me respondió Guillermo—. Un tal John Michl, reconocido como autoridad en el tema por los católicos, dice que hemos abandonado la antigua creencia de que los acontecimientos del mundo eran inducidos por seres espirituales. Y Jean Danielou coincide al afirmar que el dogma cristiano de los ángeles ha caído en una zona de penumbra. En cuanto al valor alegórico de los textos sagrados, ya verás que de ser así se trataría de todo un problema —enfatizó Guillermo.

—¿Por qué? —pregunté.

—Juan Pablo II afirmó en 1986 que "si quisiéramos deshacernos de los ángeles tendríamos que rever radicalmente la Sagrada Escritura y con ella toda la historia de la salvación" —leyó textual de una pequeña libreta que había sacado del bolsillo de su chaqueta.

—A ver si estoy entendiendo. Para mí todo esto es un tanto confuso —intermedió Vicky—. Estás queriendo decir que las tres religiones caerían si los ángeles fueran mitos o una fantasía.

—Exacto —exclamó satisfecho—. Son una parte no descartable de la existencia y legitimidad de las tres religiones. El cristianismo afirma su existencia en el Concilio de Letrán, en 1215, y siglos más tarde, en el Concilio Vaticano I en 1870. Pero el problema de fondo no es ese.

—¿Cuál es, entonces? —inquirí.

—Como humanidad creyente estamos convencidos, porque los ángeles así se lo han dicho a aquellos que han elegido, que realmente se nos ha revelado la Palabra de Dios. Ninguna de las religiones lo duda. El problema es que a partir de esa Palabra, con su contenido específico, hemos formado nuestra imagen de Dios.

—¿Es este el hallazgo? —cuestioné desafiándolo.

—No. Perdón por si estoy tardando en llegar al punto. Dame un par de minutos más, a no ser que prefieras que lo dejemos aquí.

—No, ahora terminalo.

—SPIRIT cree que los proyectos de las tres religiones monoteístas

no coinciden con aquella característica del Gran Creador que emerge a partir de tantas leyes inmutables que operan en el universo y de la Omnisciencia Amorosa de la que les hablé hace un rato.

—Esa divergencia puede responder a la participación e influencia de los humanos en todo esto —opinó Vicky.

—Claro. Tal vez los que entendimos mal hayamos sido nosotros —dije interrumpiéndolo nuevamente, culpándonos por un lado y disculpando al cielo por otro. Como debe suceder con la gran mayoría, en mi caso también nos atribuía la culpa.

—Es lo que afirman quienes defienden a ultranza las Escrituras: "Lo que ocurre es que los humanos no hemos sabido comprender la Palabra", "la causa del fracaso no ha sido el mensaje sino nuestro libre albedrío", y argumentos por el estilo.

—¿Entonces? —preguntó ella.

—Trataré de explicarlo —dijo bajando la cabeza y masajeándose los ojos. ¿Dudaba sobre cómo proseguir o estaba cansado? No había duda de que le estábamos dando trabajo, yo en particular—. Ya hablamos de matanzas, venganzas y tantas tragedias sucedidas por cómo los humanos hemos interpretado las religiones, lo que Dios espera de nosotros. Pero ese es precisamente el punto. Esos hechos son incompatibles con un plan omnisciente. Lo contradicen. Un plan estructurado como el de la Creación y la Evolución sabría todo el acontecer hasta el fin de los tiempos. Por ejemplo, sabría que no tendríamos capacidad para interpretarlo, que lo desvirtuaríamos. Es evidente entonces que la historia de la humanidad no responde al plan omnisciente-amoroso de Dios. Para que se entienda mejor: supongamos que supiésemos que el camino por donde estamos conduciendo a nuestros hijos terminará en un desastre. No dudaríamos un instante en cambiar el recorrido, ¿cierto? —no tuve otra alternativa que asentir—. ¿Por qué Él no?

—¿Entonces? —preguntó Vicky desconcertada.

—En-ton-ces —repitió Guillermo—, SPIRIT se puso a evaluar posibilidades acerca de lo que pudo haber sucedido con la especie humana. Fue como un ejercicio de ciencia ficción espiritual. Quizás emulando a Milton en *El paraíso perdido*.

—Interesante. Habría sido magnífico escuchar esas disquisiciones —conjeturó Vicky.

—Lo primero que descartaron, por los resultados, fue la omnisciencia como base de las tres religiones. En ese caso, esas religiones no derivarían realmente del Creador del universo.

—¿De dónde entonces? —interpuse perplejo.

—Ese es el punto. Yendo a las raíces de las creencias, nadie duda de que fueron transmitidas por los ángeles.

—¿Las religiones serían entonces un plan de origen angélico? —dedujo Vicky sorprendida.

—Por lo menos así parece… Puede ser que los ángeles nos hayan planteado lo que les pareció más apropiado para la humanidad. Con la mejor buena fe, incluso hasta amorosa, pero sin omnisciencia. Algunos de SPIRIT opinaron que si en el plano angélico opera el libre albedrío, tal vez estén tan expuestos como nosotros al error.

—¿Cómo se puede estar seguro de que tienen voluntad y libre albedrío? —quise saber.

—Todas las religiones hablan de ángeles "caídos", ángeles que se rebelaron contra los designios divinos, con Lucifer, o como cada una lo llame, a la cabeza. Las autoridades religiosas de todos los tiempos y de todas las religiones monoteístas están convencidas de que esas polaridades entre ángeles han desatado una guerra en los cielos.

—¿Estás insinuando que nuestras religiones podrían ser el resultado de esa guerra? —insinuó Vicky.

Por mi lado no cuestionaba la lucha entre ángeles, ya que así me lo habían inculcado, pero experimentaba un rechazo total por esta hipótesis de SPIRIT.

—Tal vez. Por lo pronto algunos autores, entre ellos Francis Thompson, sostienen que el mundo es un campo de batalla de ángeles.

—Como si fuera un tablero de ajedrez y nosotros sus piezas… —comentó Vicky usando una analogía tan conocida por nosotros.

—Algo parecido. De alguna manera patético, ¿no?

66

Nos quedamos un rato en silencio. Me parecía un desquicio plantear que los ángeles eran los causantes de los problemas de la humanidad. Al fin dije:

—Siento que no es así. No es posible.

—Quizá tengas razón. O no. Lamentablemente todo esto es indemostrable. Excepto por el hallazgo. Eso que SPIRIT acordó en llamar La Gran Falla.

—¿Quiere decir que todavía no nos hablaste sobre la manzana de Newton? —lo cuestioné.

—No —rió—. Después de mucho deliberar sobre todo lo que hemos estado hablando, un holandés sorprendió a todo el grupo con su planteo.

—¿Vos estabas presente? —quise averiguar.

—En todas las sesiones. Así como Segismund los coordinaba a ustedes, yo cumplía la misma función en SPIRIT.

—¡Zorro! ¿De cuántas cosas aún tengo que enterarme?

—Creo que ya de ninguna más, excepto por lo me falta contarles sobre el holandés —respondió con un gesto que expresaba un nuevo pedido de disculpas.

—Seguí entonces con el cuento del holandés no errante —bromeé al verlo compungido y culposo. El afecto me impedía no perdonarlo. Consciente de eso, Guillermo sonrió.

—SPIRIT recopiló un sinnúmero de eventos bíblicos en los que decisivamente participan los ángeles. Son muchos. El holandés se centró solo en los más trascendentes, sin los cuales las tres religiones no existirían. Dato preliminar y necesario: antes del cautiverio del pueblo judío en Babilonia, allá por el quinientos y pico antes de Cristo, las narraciones bíblicas hablaban de ángeles pero sin darles nombres propios. Después de esa época se comienza a

individualizarlos. Miguel y Gabriel con el profeta Daniel, Rafael en el libro de Tobías.

—Esos nombres tienen un significado específico, ¿verdad? —dijo Vicky.

—Sí. San Agustín afirmaba: "El nombre de ángel indica su oficio, no su naturaleza. Si preguntas por su naturaleza, te diré que es un espíritu; si preguntas por lo que hace, te diré que es un ángel". Mica-El quiere decir Quién como Dios. Gabri-El, Poder de Dios, y Rafa-El: Dios sana. Lo interesante es que, luego del cautiverio en Babilonia, la transmisión de la Palabra fue monopolizada, casi exclusivamente, por Gabriel.

—Creo que estoy comenzando a intuir algo —alertó Vicky.

—Lo suponía —le dijo Guillermo.

No era mi caso. Ni remotamente sospechaba de qué estaban hablando.

—El holandés desarrolló su planteo cronológicamente. El primero de los hechos que destacó es parte de la historia de Abraham. Como no podía tener descendencia con su mujer Sara, que era estéril, desde lo alto se le permitió a Abraham tener un hijo con Agar, la sirvienta de Sara. Así nació Ismael, el patriarca de los pueblos árabes. Más tarde ambos, madre e hijo, fueron desterrados. El Antiguo Testamento cuenta en Génesis que tres hombres se presentaron ante Abraham. Según el relato se trataba de Yahvé, en persona, y dos arcángeles. Le auguraron: "Dentro de un tiempo volveré, y para entonces Sara, tu mujer, tendrá un hijo". Un verdadero milagro ya que Sara tenía noventa años, era estéril, y a esa edad, infértil. Esa fue la promesa de la concepción del "pueblo elegido" a través del nacimiento de Isaac.

—Lindo problema en puertas para el futuro —comentó Vicky.

—No te equivocás. Es aquí donde el holandés hizo su primera reflexión, siempre bajo la premisa de la omnisciencia necesaria de un plan divino. Si la idea era elegir un pueblo sobre los demás, y conociendo, Él por omnisciente, los enfrentamientos futuros entre los descendientes de Isaac e Ismael, podrían haber adelantado aquella visita a Abraham antes de que concibiesen a Ismael. Con Isaac, y con mayor razón si de él descendería el "pueblo elegido", habría bastado.

—¿Cómo siguió aquella historia entonces? —pregunté. Me daba cuenta de que mis conocimientos bíblicos eran paupérrimos.

—Con todo lo que le había costado tener a aquel descendiente, me refiero a Isaac, Abraham fue puesto a prueba. Le ordenó sacrificarlo. "Me lo ofrecerás en holocausto", le dijo. Abraham obedeció. Y a punto ya de matarlo, el ángel de Dios lo detuvo. Satisfecho porque le había demostrado "que temes a Dios".

—Hasta la ley humana nos exime de declarar en juicio contra nuestros hijos —objetó Vicky—. Quién osaría pedirte u obligarte a que mates a tu hijo…

—Lo mismo pensó el holandés. Su análisis no dejó al ángel muy bien parado.

—Creo que voy a tener que conocer al tal holandés —bromeó Vicky.

—La historia sigue. Jacob, hijo de Isaac, le arrebató la primogenitura a su hermano Esaú, engañando a su padre, por entonces ciego. Por temor a la venganza de su hermano, Jacob se escapó. En el camino tuvo un sueño: ascendió por una escalera que unía la tierra con el cielo, por la que subían y bajaban los ángeles de Dios. Jacob le dio un nombre a ese lugar: Bethel, casa de Dios. Y le fue confirmada la promesa de una descendencia numerosa, como a su padre y a su abuelo. Una noche, catorce años después, y aseguran que no sucedió en sueños, Jacob luchó con un ángel. No pudo vencer a Jacob. Antes de partir el ángel le dijo: "No será más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido". Israel significa, entre varias acepciones, el que reinará con Dios. El nombre encierra ya la idea de pueblo elegido.

—Lo siento pero no entiendo adónde querés llegar —le recriminé nuevamente.

—Estoy tratando, con el mayor de los respetos, de analizar desapasionadamente los hechos que narran las Escrituras. Si de alguna manera te choca tal vez sea porque en tu fuero interno estás detectando que podría existir alguna anomalía en el paradigma que siempre has aceptado.

—Me pregunto si tiene sentido hacer de todo esto un análisis de tipo científico —traté de justificar mi disenso.

—Un papa ha dicho, y algún otro lo dirá en el futuro, que debemos intentar conciliar la fe con la razón. También que "no actuar según la razón es contrario a la voluntad de Dios". Así, bajo esas consignas, es como SPIRIT ha asumido su investigación. ¿Querés que siga con las otras dos religiones o preferís que lo dejemos acá? —me dio nuevamente la opción ya que no me veía demasiado entusiasmado.

—Por favor —respondió Vicky.

—Si te pusiste así con lo del pueblo judío ni me quiero imaginar cómo vas a reaccionar ahora —intercaló sonriendo—. Como sabemos, el cristianismo acepta como un hecho la encarnación del Hijo de Dios.

—Por supuesto —acoté.

—Sabrán que tres de los cuatro Evangelios, excluyendo el de Juan, han sido llamados sinópticos por contar la vida y obra de Jesucristo de una manera similar. Los teólogos creen que esos tres libros tienen que haber tomado sus datos de un texto previo, común a todos ellos, que se ha perdido en el tiempo y al que llaman fuente Q. De esos tres Evangelios conocidos, el de Lucas fue el último. Y es precisamente el de Lucas el que le da nombre al ángel, luego aceptado por la doctrina, que intervino en el hecho más trascendente de nuestra religión: la Anunciación de la encarnación del Hijo de Dios.

Llegó el mozo con los cafés y la torta de chocolate que habíamos ordenado. Durante la pausa, todos hicimos lo mismo: observar disimuladamente los alrededores. La crisis persecutoria parecía no agotarse. Pero lo que más me sorprendió fue que si Guillermo vigilaba, significaba que él también temía.

—¿Por dónde íbamos? —decidió continuar—. ¡Ah, sí! Hablábamos de la Anunciación, cuando el Arcángel Gabriel le anunció a María el favor de Dios con el hijo que iba a engendrar, Jesús, el Mesías. ¿Recuerdan lo que le dijo? Será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor le dará el trono de su antepasado David; gobernará por siempre al pueblo de Jacob y su reino no tendrá fin. La restauración del reino de David. Algunos afirman que esa era la verdadera misión de Jesús. De hecho, Poncio Pilato ordenó inscribir en la cruz: INRI, Jesús Rey de los Judíos. El holandés sostuvo, sobre este punto, que los planos celestiales no anticiparon el futuro fracaso.

—¿A qué fracaso te referís? —lo interrumpí—. Jesús nos dejó como legado el mayor mensaje de amor de la historia de la humanidad. Amar al prójimo, amarse a uno mismo, cortar el círculo de violencia ofreciendo la otra mejilla, entre tantas otras cosas. Nos mostró ese reino majestuoso del perdón y del amor. ¿Te parece eso un fracaso?

—Coincido plenamente con vos. Creo que nadie puede discutir eso. Visto desde esa óptica resultó un triunfo.

—Yo estoy de acuerdo con lo que piensa Pedro —se sumó Vicky.

—¿Entonces? —lo desafié, ya que se había quedado callado.

—El holandés planteó como fracaso lo que te había empezado a contar. Acordate del anuncio del Arcángel: "Gobernará por siempre al pueblo de Jacob y su reino no tendrá fin". El ángel, seguramente con las mejores intenciones, sin duda ignoraba lo que vendría. A nadie le gusta hacer predicciones sobre lo que no sucederá. Es cierto que de Jesucristo nació una nueva religión pero, como sabemos, fue aceptada fundamentalmente por los gentiles. Sobre los únicos que no reinó, a quien no logró convencer, fue al pueblo de Jacob. Jamás le fue dado el trono de David. En cambio, ese acontecimiento no aceptado por los judíos derivó en enfrentamientos, odios, persecuciones y derramamiento de sangre por siglos. Tanto es así que el cristianismo ha enfrentado y perseguido a los judíos por siglos acusándolos de deicidas.

—Interesante planteo —comentó Vicky.

—El holandés concluyó su análisis del cristianismo planteando una duda. En un plan omnisciente, si el Creador del universo encarnase como humano, seguramente se acabarían las discrepancias religiosas. Convenciendo a todos los humanos implantaría "por siempre", como decía el ángel, el reino de la paz y el amor. Sin más.

—Pero el fracaso podría atribuirse a nuestra necedad y no al cielo —dije contrariado.

—Ese es justo el punto que no estás entendiendo del planteo del holandés. De ser así se habría sabido antes que ese plan fracasaría, como decís vos, por causa de "nuestra necedad" y por lo tanto no lo habría intentado, o por lo menos no de esa manera.

—A ver si estoy comprendiendo —intercaló Vicky—. De manera

similar a lo que nos sucede a los científicos con nuestras pruebas de laboratorio, se sabría anticipadamente qué cosas pueden suceder y cuáles no.

—Parecido pero con una gran diferencia. Los científicos suponen especulativamente, en base a datos, y luego comprueban. No están seguros de antemano del resultado, de ahí la necesidad del experimento. En el caso de la omnisciencia no es necesaria la comprobación y mucho menos la especulación. Solo existe la certeza de los resultados. Y si no están cansados, les cuento la última parte del análisis del holandés, sobre Mahoma y el islamismo.

—A mí me encantaría escucharla —se anticipó Vicky.

—¿Y a vos? Me interesa mucho tu opinión. ¿Cómo lo ves hasta ahora?

—No me parece el camino adecuado para un paradigma que intenta contribuir a la expansión de la conciencia. Produce demasiado choque con creencias muy arraigadas. Nos merecemos una mejor imagen de Dios, como planteaste de entrada, aunque no me parece que se consiga por este camino. Por más sólidos que sean los argumentos del holandés. Pero seguí. Ahora quiero conocer el final.

67

—Bien —continuó lentamente, quizá pensando en lo que yo había dicho—. Ya desde lo alto se habían creado dos religiones. La del pueblo elegido y la de la encarnación del Hijo de Dios. Sin embargo, se había fracasado en lo que parece lógico para un plan de esa naturaleza, esto es, que las dos se convirtieran en una sola religión, y que ese plan de unidad se expandiese a todos los confines y a todos los seres de la Tierra. Unos seis siglos después de los tiempos de Jesús, allá por el año 610, un comerciante llamado Mohamed se retiró a las cuevas de una colina en busca de una conexión espiritual, a la manera ascética. Elegido también desde lo alto, se le reveló la Palabra Divina que le dictó lo que hoy contiene y conocemos con el nombre de Corán. El holandés conjeturó que si se hubiera tenido éxito antes no habría habido necesidad de insistir. Si la Palabra de Dios volvía a revelarse a los hombres, significaba que algo no había logrado en las intervenciones previas.

—Tal vez pretendía aclarar lo que no habíamos entendido.

—Es una posibilidad, pero de ser así no se logró otra cosa que crear más confusión.

—¿Por qué?

—La nueva revelación de la Palabra, su dictado, no se ocupó de lo central en las otras dos religiones: la cuestión del pueblo elegido y la encarnación del Hijo de Dios.

—Pero el islamismo reconoce a Jesús —objetó Vicky.

—Sí, aunque solo como uno de los grandes profetas, entre otros, pero no el más importante. Y en ningún momento como encarnación divina. Tanto es así que dicen, refiriéndose a Alá, el único Dios, que Mahoma es su profeta.

—¿Entonces? —pregunté ya totalmente desconcertado.

—Asombra saber quién le dictó la Palabra Revelada a Mahoma.

—No tengo idea porque jamás leí el Corán —argumentó Vicky—, pero por tu planteo creo que intuyo de quién se trata…

—A ver, animate —le sonrió Guillermo.

—Supongo que se lo dictó un arcángel. Gabriel —arriesgó.

—¡Bingo! —exclamó Guillermo. Mahoma había nacido en Macca, La Meca, aparentemente en el año 571. Su padre murió cuando su madre Amina todavía no había dado a luz; otros afirman que falleció cuando recién había nacido. Algunas crónicas relatan que a los seis años ya tuvo contacto con ángeles. Permaneció soltero más tiempo del habitual según las costumbres de la época, tal vez por su pobreza. Fue entonces cuando una viuda rica, Jadîya, casada dos veces y ya con varios hijos, lo tomó a su servicio para las caravanas de mercancías. Jadîya terminó enamorándose de Mahoma. Cuando se casaron ella tenía cuarenta años y él veinticinco. Mahoma no lograba engendrar herederos varones. Nacieron algunos, número en el que las versiones difieren, pero todos murieron siendo niños, a diferencia de sus cuatro hijas, entre ellas la tan conocida Fátima. No se sabe bien cuándo, pero Mahoma comenzó a retirarse, cada vez más frecuentemente, a una caverna en la colina de Hîra, a pocos kilómetros al noreste de La Meca. Era un buscador de la verdad divina. Cuentan que buscaba al Dios Único de judíos y cristianos del que hablaban los eremitas del desierto. En una de aquellas noches de retiro piadoso, en una caverna de Hîra, escuchó una voz que le dijo palabras que cambiarían el mundo: “Tú eres el Enviado de Dios”. Corría la noche del 26 o 27 del mes de Ramadán del año 610 de la era cristiana, o tal vez un poco después. Relatan que lo aterró la repentina manifestación de lo divino, pero que luego aceptó su destino.

—Perdón que te interrumpa —intercaló Vicky—, antes de que sigas necesito saber algo mucho más básico. ¿Qué significa la palabra Corán?

Yo tampoco tenía idea.

—Después de lo que sucedió en aquella caverna Mahoma recitaba los grupos de palabras inspirados por Alá. Esas revelaciones formaban un recitado, en árabe *qur’án*. El Arcángel Gabriel, en árabe Yibrîl, era su guía —explicó mientras volvía a sacar del bolsillo la pequeña

libreta:

¡No leas el Corán con precipitación!
Grabaremos el Corán en tu memoria enseñándote a recitarlo.
Cuando Gabriel recite los versículos, escúchalo con atención;
Nosotros te daremos sus interpretaciones"

—¡Gabriel nuevamente! —exclamó Vicky—. ¿Dice algo más el Corán sobre el arcángel?

—Hay otras citas…

—¿Por ejemplo?

—Aquí va:

El que posee la fuerza lo ha instruido,
Gabriel la inteligencia sublime,
estaba sentado en lo alto del horizonte;
y vino volando hacia el Profeta;
y descendió a distancia de dos arcos de flecha o menos todavía del sitio en que el Profeta se encontraba, favoreciendo al Servidor del Cielo con una revelación…
Él había visto ya otra vez al mismo ángel.

Otra:

Vuestro conciudadano no está inspirado por Satanás.
Ha visto a Gabriel enviándole luz desde el confín del universo.

—Parece entonces no haber duda alguna sobre quién fue el que se le presentó —opinó Vicky.

—Así es. Establecido entonces ese punto, vuelvo al análisis del holandés, y con esto termino. Repito que de alguna manera los tres planes monoteístas, supuestamente iluminados por el Altísimo, fracasaron en su objetivo último de unidad y amor. Solo convencieron a parcialidades, generando entre ellas luchas y derramamiento de sangre. Si el mensaje proviniera del origen mismo de la Creación, omnisciente y amorosa, habría estado en armonía con las leyes de la

naturaleza, un perfecto ensamble del proceso evolutivo espiritual.

—Podría ser omnisciente y a la vez depender o necesitar de nuestra voluntad y discernimiento —objeté.

—La situación aparenta ser más grave aún —me respondió—. En el caso de que realmente pudiera hablarse de omnisciencia, lo cierto es que no resultaron amorosos —enfatizó elevando la voz para remarcar sus palabras.

—Pero puede que hayan sido amorosos y nosotros, los humanos, los desvirtuamos —opiné manteniendo a ultranza mi punto de vista. Parecíamos encontrarnos en un callejón dialéctico sin salida.

—Supongamos por un momento que tu hipótesis es válida. Que la Palabra era verdadera y fuimos nosotros quienes la deformamos. Los hechos les demostraron a los seres angélicos que, a pesar de su buena voluntad, no se lograron la paz, el amor ni la unidad de la especie humana —me miró buscando consenso.

—Bien —asentí.

—Bien. La gran pregunta sería: ¿por qué no volvió Gabriel para aclararnos lo que malinterpretamos y enmendar así nuestro error? ¿No se siente de alguna manera responsable? ¿Por qué no ha hecho algo para arreglar semejante desquicio?

Algo en mí comenzaba a ceder a su planteo.

—Suponen en SPIRIT que la humanidad necesitaría una especie de careo con Gabriel —agregó Vicky.

—No sería mala idea. El malentendido, si ha existido, se ha originado indiscutiblemente en lo alto. Y nosotros, desde hace siglos, estamos intentando arreglar, sin lograrlo, los malentendidos derivados de la Palabra que nos han comunicado. Lo justo sería, si el problema lo crearon los mensajeros de la Palabra, que sean ellos o él, en caso de que haya sido solo un mensajero el responsable de todo, quienes aporten la solución.

—De tu planteo se podría inferir incluso que hubo mala fe en las comunicaciones —intervine conflictuado.

—No se puede descartar nada. Todas las tradiciones hablan de planos intermedios, angélicos y arcangélicos, entre nosotros y el Creador. Intermediarios. De los textos sagrados se deduce además que

esos planos no conocen por completo los planes del Creador.

—¿Por qué decís eso? —interferí.

—Porque si los conocieran jamás se habrían desviado. Por alguna razón que desconocemos están en guerra, huestes enfrentadas en una batalla celestial que nadie aquí abajo ha negado pero que no comprendemos. El Bien contra el Mal, la Luz enfrentándose a las Tinieblas, los ángeles y los demonios, etcétera. Nuestro compatriota Jorge Luis Borges pensó la trascendencia como un juego de ajedrez en abismo. Su poema "Ajedrez" termina:

Dios mueve el jugador, y este, la pieza.
¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza?

Como hipótesis, la humanidad podría ser el resultado de la lucha en ese plano. Moviéndonos como piezas de ajedrez en un tablero. Nosotros, simples piezas dependientes de una batalla que desconocemos más allá de sus lineamientos superficiales. De ser así, reformulando a Borges, los ángeles motivan las mentes de los jugadores humanos, y nosotros, sin comprender el verdadero juego, movemos las piezas. ¿Qué Dios detrás de los ángeles, por alguna razón que desconocemos, no llega a intervenir? Una fuente considerada por la mayoría de las tradiciones religiosas también plantea el problema humano como derivado de una lucha entre ángeles.

—¿Cuál? —quise saber.

—El Libro de Enoc. Lo pueden conseguir. Les dará tema para discutir. El holandés nos dejó boquiabiertos cuando citó una profecía de San Pablo en la carta a los Corintios —hizo una pausa esperando nuestra reacción—. "¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles?"

Habíamos ordenado tres cafés, dos de ellos cortados. Cuando el mozo los trajo Guillermo le solicitó la cuenta. Amagué con sacar dinero pero me recordó que pagaría él. Tomamos los cafés en silencio.

—¿Quieren escuchar la opinión final de lo que creemos que ha sucedido con lo que llamamos la Palabra de Dios? —retomó al rato.

—Ya que estamos… —le sonrió Vicky.

—Esa Palabra ha sido comunicada por ángeles, advirtiéndonos que provenía del Creador. Les hemos creído porque consideramos a los

ángeles seres espirituales e inmortales, superiores a nosotros. Criaturas cercanas al modelo divino. Pero hemos llegado a un punto que nos asemeja a Prometeo. Desafiándolos —amorosamente— para que nos revelen la verdad. Y en caso de no obtener una respuesta coherente, buscar un nuevo camino.

—¿Cuál? —quiso saber Vicky.

—"Saltear" a los ángeles para continuar con nuestra evolución a través de un contacto más directo, sin intermediarios, con el Creador.

Busqué los ojos de Vicky, pero estaba cabizbaja.

—¡Qué tarde se ha hecho! Me tengo que ir, pero antes tengo la obligación moral de confesarles algo.

—¿Algo más? —preguntó Vicky reconectándose.

—Estamos haciendo pruebas con esto que les acabo de contar. Con conocidos en quienes confiamos y que ya han adquirido determinado nivel de conciencia. Luego sacaremos conclusiones sobre los efectos que les produce conocer la Gran Falla de Gabriel, así la llamamos.

—¡No lo puedo creer. Nos usaste como hámsters de laboratorio! — estaba enojadísimo nuevamente.

—Perdónenme, pero necesitamos hacer evaluaciones. Les adelanto que si se repiten los resultados de esta mesa, supongo que tendremos que dejar todo en la nada. Cincuenta y cincuenta —dijo aclarando su dictamen—. En cuanto a vos —me miró fijamente a los ojos—, seguimos respetando lo que dijo el Oráculo sobre tu función de auditor del nuevo paradigma, sea cual fuere. Tu opinión es más importante que la de cualquier otra persona. Si me baso en tu reacción de hoy, me voy convencido de que tendremos que reconsiderar todo.

Me quedé callado, no le respondí. Seguía alterado por sus manejos. Guillermo se puso de pie para despedirse.

—Una última cosa, Pedro. Ya les advirtieron que a partir de Praga estarían solos. Sin embargo quiero que sepas que podés comunicarte conmigo, en lo posible solo en caso de extrema necesidad. Te debo unas cuantas por todo lo que te he hecho pasar.

Mientras hablaba me entregó un abultado sobre, casi seguramente con dinero.

—Lo único que te pido es que no me llames a casa ni al trabajo, y

mucho menos que te comuniques por e-mail. Lo ideal sería que me llames a la universidad. Estoy allí los miércoles y viernes de 18 a 20, hora de Argentina.

Le dio un beso a Vicky y a mí un intento de afectuoso abrazo que no correspondí del todo. Lo recibí con el cuerpo rígido y sin levantar los brazos. Necesitaba tiempo para reflexionar sobre lo que habíamos escuchado y la participación oculta de Guillermo en lo que seguía siendo un problema exclusivamente nuestro.

Vicky percibió cómo me sentía. Y además sabía que teníamos opiniones divergentes sobre lo que Guillermo había planteado.

Cuando llegamos al hotel nos duchamos y nos echamos desnudos sobre la cama a ver televisión. Hasta que comenzó a acariciarme, primero la cara y luego el resto del cuerpo, buscando sacarme de mis pensamientos, al menos por un rato. Y lo logró. Unirme a Vicky desencadenaba las sensaciones más sublimes e intensas que jamás antes hubiera experimentado.

68

Esa noche, París

Nos quedamos dormidos con la televisión encendida con el volumen bajo. En cuanto me moví en la cama, despertándome, Vicky me dio suaves besos en la frente. Tenía en sus manos aquel libro que me había encantado, *El ocho*.

—Me desperté antes que tú y estuve leyendo un rato. Encontré aquí la leyenda de la cita en Samarra. Tal vez sea para nosotros, por lo que estamos viviendo. ¿Te la acuerdas?

—Poco.

—¿Quieres escucharla? —me preguntó con dulzura.

Sabía que cuando me trataba así no podía resistirme.

—Se trata sobre la muerte, nuestro tema de actualidad —sonrió—. Ahí va:

> *Por casualidad, un criado oyó en la plaza del mercado que la Muerte lo estaba buscando.*
> *Volvió a casa corriendo y dijo a su amo que debía huir a la vecina población de Samarra para que la Parca no lo encontrase.*
> *Esa noche, después de la cena, llamaron a la puerta. Abrió el amo y encontró a la Muerte, con su larga túnica y su capucha negras. la Muerte preguntó por el criado.*
> *—Está enfermo y en cama —se apresuró a mentir el amo—. Está tan enfermo que nadie debe molestarlo.*
> *—¡Qué raro! —comentó la Muerte—. Seguramente se ha equivocado de sitio pues hoy, a medianoche, tenía una cita con él en Samarra.*

—¿Estás convencida de que funciona así?

—No estoy segura, pero si es así no deberíamos preocuparnos.

—Por las dudas vamos a seguir intentando influir sobre nuestro destino. No nos vamos a dejar estar. ¿Te parece?

Me contestó con un beso.

—¿Qué tenés ganas de hacer esta noche?

—Lo que tú quieras. Me da lo mismo.

—Yo tengo ganas de que hablemos sobre la conversación de hoy. Sé que discrepamos en algunos puntos. Nos imagino dialogando divergentes pero comiendo convergentes —bromeé.

—A ver, ¿cómo es eso?

—Compartiendo la misma comida. ¿Qué tal una fondue? Tengo visto un lugar muy acogedor.

—Me parece excelente. ¿Queda lejos?

—No, aquí cerca, a una cuadra del hotel.

Le Boumerang era un local pequeño con pocas mesas, ambientado por la luz de las velas camino a la Rue de Buci. Escogimos la mesa del rincón, sobre el ventanal que daba a la calle. Le propuse compartir una fondue de queso y luego otra de carne, acompañado de un chianti italiano y agua San Pellegrino.

—Bueno. ¿Hablamos ya o esperamos a comer algo antes? —me preguntó.

—No, podemos hacerlo ahora. Hay dos temas que me gustaría tocar.

—¿Cuáles?

—Uno, el camino que está tomando SPIRIT, y el otro, qué deberíamos hacer nosotros.

—Perfecto. Y supongo que por el momento no quieres hablar sobre el papel que ha jugado tu amigo en la Fundación…

—Si no te importa, pero solo por el momento. Necesito tiempo para pensar, necesito reconsiderar los detalles de todo el asunto.

—A mí no me importa que no quieras hablar, pero sé que te ha afectado.

Le di la razón.

Trajeron la fondue de queso. Los primeros bocados, como siempre, estaban un poco calientes. Brindamos.

—Trataré de ser lo más objetivo posible, aunque me va a costar. Estuve pensando y tengo dos sensaciones bien distintas.

—A ver…

—La primera es sobre la imagen de Dios, la personal. Después de la explicación de Guillermo reconozco que debo darle la razón. Coincido con que deberíamos reformularla, creo que como especie nos iría mucho mejor si lo hiciéramos.

—¿Cómo te imaginas esa reformulación?

—A ver… —repetí la muletilla mientras pensaba—. Coincido con él en que las características que atribuimos al Creador condicionan nuestras conductas diarias. Si estamos convencidos de que arriba hay preferencias y se discrimina, poco podemos esperar aquí abajo.

—Hasta ahí estamos completamente de acuerdo.

—Ya no podemos pensar que hay alguien allá arriba a quien podemos pedirle cosas en beneficio propio.

—¿Por qué?

—Porque para concedernos lo que sea que hayamos pedido, en la mayoría de las situaciones necesariamente tiene que perjudicar a otro de sus hijos. Hemos creado un dios personal en contraste con un creador de todo lo que existe. Hemos tergiversado todo.

—Seguimos concordando.

—Se ve hasta en las situaciones más simples. El fútbol, por ejemplo. Es común ver a alguien patear un penal, hacer el gol e, inmediatamente, persignarse y señalar al cielo agradeciendo la ayuda. Ese jugador tal vez jamás se haya planteado que para favorecerlo a él desde lo alto tienen que, indefectiblemente, haber decidido perjudicar al arquero. A ese pobre arquero, otro de sus hijos tan queridos…

—Jaja, buen ejemplo. De alguna manera estás diciendo que después de tantos siglos mantenemos una visión casi homérica sobre la participación arbitraria, a veces caprichosa, de los dioses del Olimpo en nuestros actos cotidianos.

—Con la guerra, igual. ¿Cuántos de los que van a luchar invocan a su dios personal para que los salve? Pero para salvarlos Dios debe permitir que mate enemigos. Como en la historia de Juana de Arco, por ejemplo. Escogida e iluminada por el Arcángel Miguel para derrotar a los ingleses. Un arcángel tomando partido por los franceses que masacraron de manera sangrienta a los ingleses para terminar con

la Guerra de los Cien Años.

—Más que claro. Coincido en que deberíamos trascender esa concepción de Dios hacia una muchísimo más piadosa y que abarque todo el universo —dijo Vicky mientras me ponía un bocado en la boca —. Pero entonces tendríamos que reescribir gran parte de la historia. ¿Y el otro punto?

—El otro tema es el del Arcángel Gabriel y la Palabra de Dios. Me pareció que coincidías con el planteo del holandés.

—Así es, me pareció lógico. ¿A ti no?

—Ya te habrás dado cuenta de que me cuesta alejarme de las creencias de mis antepasados. ¿Sabés? Recuerdo a mi madre rezándole a la Virgen y tantas otras cosas. Me cuesta creer que tanta gente de la Iglesia y los santos pudieran equivocarse tanto.

—¿Y si han trasladado la "Guerra de los Cielos" aquí a la Tierra? Si los ángeles son inmortales, tal vez se hayan cansado de pelear entre ellos sin resultado alguno. A lo mejor decidieron trasladar su campo de batalla a un lugar donde los jugadores de uno y otro lado realmente mueren. Nosotros como piezas de su juego. ¿No dejas ni un pequeño lugarcito para la duda? —me preguntó extremando su dulzura.

—Si me lo preguntás así, sí. Le dejo un lugarcito —le contesté haciéndole un mimo en la punta de la nariz—. De cualquier manera, y aunque fuera así, creo que los de SPIRIT están cayendo en el mismo error que tanto critican. No me parece que estén tomando por un camino amoroso.

—¿Por qué te parece eso?

—Rompería creencias profundamente arraigadas en el alma. La conexión íntima de cada uno con lo divino, aunque alguna o todas esas historias religiosas no fueran ciertas. ¡No! Creo que el camino hacia una expansión de la conciencia no debería crear resistencia alguna en ninguno de los seres, crea en lo que crea cada uno de ellos.

—Perdóname amor —me dijo tomando mi cara con sus manos—, pero lo que planteas es imposible. Te diría que estás proponiendo la utopía de las utopías. Todo, cualquier cosa, genera algún tipo de resistencia. Para que lo nuevo ocupe un lugar debe necesariamente

desplazar a aquello que lo ocupaba previamente.

Me quedé pensando. Tenía razón. Comimos en silencio por un rato.

—A ver, jovencita —volví bromeando—. ¿Y si se pudiese encontrar un concepto totalmente nuevo? ¿Un factor común a todo el mundo, sin creencia previa, que no generara resistencia?

—En ese caso… pero sería como descubrir la pólvora —bromeó—. Otra superutopía, mi amor. No hay nada nuevo bajo el sol.

—No perdemos nada con intentarlo. ¿Qué otra cosa tenemos que hacer?

—Nada. Perdón: sí tenemos algo que hacer. Disfrutarnos hasta que nos cite la Parca.

69

Fines de agosto, París

Nos levantamos a las nueve ya que la atrapante película de la televisión había terminado tarde. Desayunábamos en Paul.

—Tengo ganas de ir a visitar el Museo de la Medicina —me dijo—. ¿Te divierte venir?

—No tanto. ¿Dónde queda?

—Acá cerca, a media cuadra de Odeón.

—Si no te molesta prefiero ir a Shakespeare & Co. a buscar algún libro y al mediodía nos juntamos para almorzar.

—Acepto. ¿Dónde nos encontramos?

—¿A la una en el puente de la Isla de San Luis?

—Perfecto. Y si te portas bien durante el almuerzo te contaré la historia de una mujer, una reina que vivió en ese siglo que a tu amigo le gusta tanto, el siglo XII.

—¿Y qué hizo de interesante? —quise saber.

—Desafiar todas las reglas. Estoy leyendo un libro sobre ella. Eleonor de Aquitania, la gran reina de los amoríos.

—Me divierte. Espero tu relato.

Me dio un beso de despedida y se fue.

Caminé lentamente hasta la librería observando a la gente. Me atrajeron dos libros. Uno sobre la Orden de los Templarios y el otro sobre los Hospitalarios. Me senté a orillas del Sena y al comenzar a hojearlo recordé una parte no registrada de la conversación con Guillermo, ya hacía casi un año, sobre la época de la Primera Cruzada. Me había contado que antes del establecimiento de su reglamento o Regla en 1127, los hasta entonces ignotos templarios casi con seguridad habían descubierto alguna información u objeto trascendente en sus excavaciones en las caballerizas del antiguo

Templo de Salomón. Según Guillermo, a partir de entonces se produjo el gran cambio en la historia. Incluso afirmó que de ellos hemos heredado el diseño del mundo moderno.

Me contó que a partir de 1127 su poder y sus riquezas aumentaron exponencialmente. Por medio de importantísimas donaciones, se convirtieron de la noche a la mañana en los más ricos de Francia. Un año después ya poseían propiedades en Francia, Inglaterra, Escocia, Flandes, España y Portugal. Tierras, castillos y dinero. Ya estaba en marcha el mito. Fue entonces cuando estrecharon su relación con los masones. Un par de décadas después ya se habían expandido a Italia, Austria, Alemania, Hungría y Tierra Santa. Ya eran los más ricos no solo de Francia sino de toda Europa, muy poderosos en posesiones y riqueza, como en fuerza militar.

—Me interesa saber cómo hicieron para administrar y controlar tanto poder.

—De la manera más creativa de la historia. Crearon modelos de organización que han sido imitados hasta la actualidad. En mi opinión fueron ellos quienes diseñaron el verdadero modelo del mundo moderno, al menos en cuanto a organización económica. Se podría decir que la Orden fue la primera multinacional. Operaban en un montón de áreas. Por ejemplo, garantizaban seguridad a quienes querían viajar a Tierra Santa. Quienes elegían a los genoveses o a los venecianos solían terminar como esclavos de los sarracenos. A principios del siglo XIII ya habían desarrollado una poderosa flota propia que anclaba en puertos de casi exclusiva propiedad, como el de La Rochelle.

—¿Qué más?

—Financiaban viajes a través de préstamos prendarios e hipotecarios. Para darles servicio completo a los peregrinos crearon el sistema bancario globalizado, idearon las famosas transferencias. Uno depositaba su dinero en Francia y le extendían una letra de cambio, como un traveler check, que cambiaba por efectivo al llegar a destino. ¿Te cuento más? Diseñaron cheques endosables a terceros. Fabuloso, ¿no?

—Jamás lo habría imaginado.

—También ofrecían el servicio de cobros a nombre de particulares y llevarles la contabilidad. La gente podía atesorar sus caudales, joyas y documentos como en los bancos. Las depositaban en arcas que tenían dos cerraduras, una llave para el cliente y otra para el tesorero.

—¡Cajas de seguridad!

—En las tierras que recibían en donación fundaron las famosas encomiendas. Organizaron el cultivo, la cría de ganado, el artesanado y todo lo que te puedas imaginar. Además, construyeron rutas en territorio francés, totalmente vigiladas. ¿Qué se te ocurre que hacían con quienes las transitaban?

—¿No les cobrarían peaje?

—¡Bingo! Pero ofrecían albergue a los viajeros, en posadas distanciadas a una jornada de camino.

—Fueron prestamistas de los reyes, a veces endeudados en cifras impagables.

—Como sucede hoy con el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial.

—Fueron los custodios del tesoro real en Francia e Inglaterra, donde llegaron a emitir moneda como un Banco Central. Y por el lado del Vaticano, se convirtieron, nada menos, que en los asesores financieros del papa.

—¡Qué fabuloso! ¡Y en aquella época!

—Como ya te dije, a mi entender los templarios inventaron gran parte los modelos y sistemas de organización aún vigentes.

—Hace un rato anticipaste que me contarías sobre un complot para la época de la Primera Cruzada.

—Si querés sorprenderte entonces te lo cuento —había dicho sonriendo.

—Esta sí que no me la pierdo.

70

—Como su nombre lo indica, “el complot de Champagne” comenzó en el condado de Champagne, específicamente en la ciudad de Troyes. ¿Qué eran Troyes y Champagne, donde habían decidido establecerse los misteriosos monjes de Calabria? La región gobernada por el conde Hugues y el mismísimo lugar de origen de Godofredo de Bouillon, el primer rey de Jerusalén; de Hugues de Payns, el primer gran maestre de los templarios, y de Bernardo de Claraval, el futuro San Bernardo. La mayoría de los historiadores e investigadores afirman que el conde Hugues de Champagne era pariente próximo del primer maestre templario, Hugues de Payns, primos tal vez. A su vez, el templario Hugues de Payns era primo de Bernardo. La madre de Bernardo, Aleth, era hermanastra de un tal André de Montbard, segundo en importancia en la orden del Temple. El punto que me interesa establecer es que las Cruzadas se cocinaron en el seno de una familia que se había relacionado con unos misteriosos monjes —explicó Guillermo.

—Bien.

—En 1070, casi treinta años antes de la Primera Cruzada, ocurrieron dos acontecimientos significativos. En aquel año, unos caballeros de Amalfiobtuvieron permiso de los musulmanes de Jerusalén para construir un hospedaje y hospital para peregrinos cerca de la iglesia del Santo Sepulcro. Aparentemente lo construyeron donde el Arcángel Gabriel anunció la concepción del Bautista. Esos caballeros, inicialmente llamados Hospitalarios de San Juan y hoy conocidos como Caballeros de la Orden de Malta, dedicaron un segundo hospital, para mujeres, nada más ni nada menos que a María Magdalena. Y por lo que he podido investigar, ellos fueron los primeros que escogieron a Juan Bautista como patrono, un hecho significativo ya que pocas décadas más tarde proliferó en Europa la

Herejía Juanista con el Bautista y María Magdalena como figuras centrales. Luego ese patronazgo fue copiado por templarios y masones. Ya vas a ver enseguida cómo se ensamblan todos estos datos.

—Se está poniendo interesante.

—En el mismo año, 1070, unos monjes de Calabria, vecinos de los de Amalfi, no se sabe por qué, decidieron establecerse en Champagne. Inmediatamente obtuvieron el mecenazgo de una gran dama, Matilde de Toscana, duquesa de Lorena, tía y madre adoptiva de Godofredo de Bouillon quien, como ya sabés, sería el primer rey de Jerusalén. Parece que el conocidísimo Pedro el Ermitaño, el gran predicador y promotor de la Primera Cruzada y uno de los monjes de Calabria, fue designado especialmente por la madre de Godofredo, la futura Santa Ida, como tutor personal del niño. Matilde les concedió tierras a los monjes en Orval, cerca de Troyes, un lugar misterioso donde fundaron la abadía de nombre homónimo.

—¿Por qué misterioso?

—Tal vez debería haber dicho lugar de intrigas por excelencia. En ese sitio, en el año 679, asesinaron de un lanzazo a Dagoberto II, el famoso rey merovingio que, según algunos aunque yo no lo creo, portaba el linaje de Jesús y María Magdalena.

—Conocía ese dato. ¿Por qué no lo crees?

—Porque nadie explica cómo fue que los merovingios llegaron a portar esa sangre. Los merovingios se instalaron en la Galia, donde aparentemente se había establecido la Magdalena con su supuesta descendencia. ¿Con quién se emparentaron los merovingios para poder afirmar eso? Hay un solo dato a favor de esa hipótesis que encontré hace muy poco tiempo. Dice que del sagrado matrimonio entre Jesús y María Magdalena nació Sarah, y que ella se casó con un príncipe urso, gobernante de Aebhé, dando origen a la dinastía merovingia. Pero volviendo a Dagoberto II: a pesar de que se afirma que con su muerte terminó la dinastía merovingia, parece ser que la dinastía perduró, ya sin tanto poder, a través de su hijo Sigisberto IV. Muchos creen que Godofredo de Bouillon y su hermano eran descendientes de Sigisberto.

—Comienzo a pensar que no por casualidad los monjes calabreses se

mudaron a Champagne.

La respuesta de Guillermo fue una sugestiva sonrisa.

—Godofredo, casi con certeza formado y tutelado por la Orden, junto con otros nobles, reconquistó Jerusalén. Para entonces se habían desatado grandes discusiones entre los monjes para decidir quién gobernaría la Ciudad Santa una vez que la reconquistasen. Muchas fuentes mencionan que la decisión final la tomó una orden, creada inmediatamente después de la reconquista, la Orden de Sión, conformada por monjes de Calabria…

—¡Uou!

—La orden eligió a Godofredo.

—¿Qué pasó con el enfrentamiento entre monjes?

—Los de Orval, que según lo que investigué estaban relacionados con la Orden de Sión, desaparecieron de la Galia en 1108. ¡Tan misteriosamente como llegaron! Y sin dejar rastro alguno.

—Tal vez porque ya habían cumplido su misión.

—Así parece. Su desaparición coincidió con el retorno del influyente conde Hugues de Champagne de su viaje a Tierra Santa, y con la irrupción en esta trama de los monjes cistercienses.

—¿Hay más?

—Tal vez lo importante. La Regla de los templarios les impedía casarse, pero eso no se aplicó en el caso de los nueve primeros, los fundadores. El caso es que algunos ya estaban casados cuando se creó la orden. El matrimonio del primer gran maestre es, probablemente, la demostración más clara del nexo entre templarios y masonería. A ver, un pequeño ejercicio… ¿Dónde se desarrolló la masonería de la que deriva la actual?

—Creo que en Escocia.

—¡Excelente! La mayoría de las crónicas dicen que en 1307, cuando apresaron en masa a los templarios, un gran número de ellos logró escapar de Francia a Escocia. Quizá cruzó a las islas toda la flota anclada en el puerto de La Rochelle. En Escocia los acogieron y les brindaron protección. El 24 de junio 1314, el día de San Juan Bautista, patrono de templarios, masones y hospitalarios, los templarios fueron decisivos en el triunfo escocés contra el rey inglés

en la batalla de Bannockburn. Un poco más de un siglo después, en 1440, un tal Saint Clair ordenó construir la capilla de Rosslyn, cerca de Edimburgo. La que puso de moda Dan Brown en su libro. Esa capilla es considerada el máximo legado de simbología masónica de aquella época, una obra totalmente alejada de la ortodoxia católica. En sus paredes puede verse la mismísima ceremonia de iniciación masónica de la actualidad, entre tantas otras cosas.

—¡Uou!

—Hay autores que afirman que Rosslyn es una copia exacta del Templo de Herodes, la reconstrucción del antiguo Templo de Salomón, y que bajo sus cimientos se encuentran enterrados los papiros encontrados por los templarios bajo el Templo de Jerusalén. Algunos hasta sospechan que también permanece oculta el Arca de la Alianza.

—Falta la conexión con los templarios.

—Henry Saint Clair fue parte de la Primera Cruzada, y a partir de 1314 los Saint Clair fueron quienes protegieron a los templarios, los padres protectores de la masonería en Escocia.

—Falta el matrimonio comprometedor.

—Tenés razón, falta todavía ese dato. Hugues de Payen, el primer Gran Maestre Templario, estaba casado con Catherine Saint Clair, sobrina de Henry. Y la dote de aquel enlace fueron las tierras de Blancradock, cerca de Edimburgo y hoy conocidas como Temple.

—¡Tremendo!

—Tal vez ya te haya convencido sobre cómo se armó todo en aquella época, pero todavía no te he dicho cómo esa historia puede haber pervivido, tras bambalinas, hasta la actualidad. ¿Has estado en Washington?

—Sí, dos veces.

—Bien. Imaginate que estás en Washington DC y cruzás el río Potomac…

—Listo.

—¿Cómo se llama la zona que está justo al norte del Pentágono y del cementerio de Arlington?

—Ni idea, no recuerdo. ¿Saint Clair?

—¡Aunque no lo creas, casi acertaste! Se llama nada más ni nada

menos que Rosslyn. Con doble s e y griega. A mi entender es llamativo que le hayan puesto justamente ese nombre a esa zona en Washington.

—¿No podría estar simplemente evocando la región homónima de Escocia?

—No —respondió terminante—. Ese es justo el punto. La capilla de la que hablamos en Escocia, Rosslyn, se encuentra en una región que se pronuncia igual pero tengo entendido que se escribe distinto, Roslin, con una s e i latina. Para nada evoca la región en Escocia. Se refiere, por cómo se escribe, a la misteriosa capilla de los Saint Clair y a la masonería.

—¡No lo puedo creer!

—¿Te resulta suficiente para aceptar que existió el complot de Champagne? Pero hay algo que todavía no te dije. Algo de tipo personal.

—¿Personal con quién?

—Con vos. Y tal vez no te guste la coincidencia si te cuento cómo se llamaba quien conducía a los monjes de Calabria que se establecieron en Orval.

¿Por qué razón no me iba a gustar? ¿De qué hablaba ahora?

—¿Cómo se llamaba?

—El nombre del líder de aquellos monjes de Calabria era Ursus, el mismo nombre con que se denomina a la estirpe merovingia de Dagoberto. Y si lo asociás con aquel otro monje, Pedro el Ermitaño…

—¡Ursus! ¡Como yo! ¡Me llamo Pedro Ursus! No entiendo adónde querés llevarme con todo esto —le recriminé. Estaba bastante desconcertado por la relación con mi nombre y alguna asociación que no llegaba a vislumbrar. Por alguna razón no podía controlar mi enfado.

—Perdoname, no quise molestarte. No fue mi intención, pensé que no te iba a perturbar tanto. Aunque si es cierto lo que dicen, que los nombres y las fechas tienen que ver con el destino individual de las personas, hay motivos suficientes para creer que algo relaciona tu destino con aquella historia. Por alguna razón me pediste que te cuente todo esto, pero lo mejor será dejarlo ahí. Más tarde vos y tu alma podrán encontrarle, o no, significado a esta, también supuesta,

coincidencia.

71

Después de haber estado sentado frente al Sena recordando todo aquello, crucé la Isla de San Luis para encontrarme con Vicky. Nos sentamos a una mesa al aire libre con vista al Sena en el restaurante que estaba frente al puente. Ordenamos unos omelettes, agua mineral y una jarra pequeña de vino tinto de la casa. Ya instalados y esperando la comida, retomó su relato pendiente sobre la vida de Eleonor de Aquitania.

—Eleonor tenía interesantísimos antecedentes familiares. La sangre que corría por sus venas era del máximo octanaje —bromeó—. Eleonor, que quiere decir la otra Leonor, era hija del duque de Aquitania y Poitiers. Dicen que su abuelo, Guillermo X de Aquitania, fue el primer trovador de la historia, el iniciador del llamado amor cortés. Su primera esposa había terminado internada por enfermedad mental, y con la segunda no había demasiada pasión. Ella dedicó su vida a los monasterios para monjas, los primeros de la historia. Fue entonces cuando Guillermo comenzó a desbordar de pasión por la esposa de uno de sus nobles vasallos, una tal Dangerosa.

—¡Qué buen nombre, Dangerosa!

—¿Viste? Dangerosa querría decir peligrosa… Tal vez la historia haya reservado ese nombre solo para ella, jamás escuché que otra mujer se llamara así. Lo cierto es que Guillermo se la robó a su marido y vivieron pasionalmente. Él escribiendo y recitándole versos de amor. Para una novela. Cuenta la leyenda que tenía pintada la imagen de ella en el escudo que usaba para las justas de caballería. Algunos dicen que desnuda, aunque tal vez exageren.

—¿En la Edad Media? ¡No lo puedo creer!

—¿Viste? Por entonces Aquitania era quizás el feudo más avanzado de toda Europa, culto y liberal. Tanto amaba Guillermo a su Dangerosa que quiso que su hijo se casase con la hija de su amante. Y

de ese matrimonio nació la nieta preferida de Guillermo, Eleonor, heredera de todos sus dominios. Te cuento todo esto para que sepas de dónde provenía la sangre caliente de Eleonor —rió—. Se casó con Luis VII cuando ambos eran muy jóvenes. Creo que tenían catorce y quince años. Ella había aportado sus territorios al reino de Francia. Extensos y riquísimos, duplicaban en extensión a los del propio rey.

—No sabía que las mujeres pudieran heredar en aquella época…

—Aún no sucedía ni en Francia ni en Inglaterra. Pero en Aquitania la mujer tenía derecho a heredar, gobernar, administrar sus propiedades. El otro lugar donde la mujer también tenía esos derechos era Jerusalén. Si te acuerdas, Melisenda fue la sucesora de Balduino II.

—Otro buen nombre, Melisenda. Por lo que me contás, Eleonor debió ser muy poderosa.

—Sin lugar a dudas. Fue una de las mujeres más importantes de la historia. Produjo cambios y conductas impensables para aquella época. Quizás una de las grandes precursoras del feminismo moderno.

—Seguí.

—Por aquel entonces se produjo el llamado a la Segunda Cruzada. Eleonor tenía unos veinticinco años y era considerada la mujer más bella de Europa. Como ya te conté, se había casado con Luis VII hacía diez años. Aquella Cruzada incluyó una experiencia que, por trágica, nunca más volvió a repetirse. Se admitieron mujeres, reina y cortesanas incluidas. Y parece que la tan desdichada cruzada tuvo un poco de pimienta: la aparente infidelidad de la reina.

—¿Aparente?

—No te adelantes —rió a sabiendas de que, ella también, me llevaría a fuego lento—. Primero algunos datos sobre su situación matrimonial.

—Adelante.

—Dicen que Luis VII se tomaba muy a pecho las rígidas recomendaciones de la Iglesia. Para decírtelo de manera figurada y algo exagerada, si alguien respetaba todas las fechas religiosas, hasta las más sutiles, probablemente no le quedase más que un día al año para tener relaciones sexuales con su esposa.

—¿Y la reina cómo se lo tomaba?

—Parece que muy mal, considerando sus antecedentes y los llamados incontenibles de su sangre —agregó riendo.

—¿Por qué habrá querido Eleonor ser parte de la cruzada?

—No se sabe, pero cuando Bernardo hizo el llamado, uno de los primeros en postrarse ante él fue Eleonor. Para entonces, parece que la bella reina se estaba cansando del casi monje célibe que tenía por esposo. Al mismo tiempo, ella era el tema preferido de los trovadores. Estarás comenzando a imaginar el desenlace…

—Creo que sí —le contesté riendo.

—Sigamos entonces. Eleonor partió con los cruzados seguida por su séquito femenino, ataviadas como amazonas. La reina en un caballo blanco, sandalias doradas y cabellera pelirroja rematada por plumas exóticas. Aunque también blandía espadas y estandartes, como los hombres. Pero eso fue solo al principio… El viaje resultó una verdadera tortura para los del sexo masculino. Las crónicas cuentan que después de pasar Constantinopla, en Asia Menor, o tal vez haya sucedido antes, la reina y el resto de las cortesanas tuvieron que ser transportadas en literas por aquellos desafiantes terrenos. Toda una carga.

—Por lo que contás, una carga casi explosiva, aunque bellísima.

—Tal vez tanto como lo soy yo para ti —con la mano derecha llevó el pelo suavemente hacia atrás, agregando una cuota de sensualidad a sus palabras—. Al llegar a Antalya, Luis, ya agotado, solicitó barcos para seguir por mar, pero solo pudo conseguir unos pocos. Se adelantó así a su ejército por tierra, dirigiéndose a Antioquía con su esposa, cortesanas y algunos caballeros. El monarca allí era el príncipe Raimundo, y aquí viene lo importante —rió nuevamente—. Raimundo era tío de Eleonor, hermano de su padre, y tal vez un tanto pervertido para la visión de hoy. ¡Imaginate un tío manteniendo relaciones con su sobrina!

—¡No lo puedo creer!

—Creelo, mi amor. ¡Un soberano escándalo! Cuentan que quedaron deslumbrados por el recibimiento y por los sofisticados lujos orientales, un estilo de vida opuesto al austero estilo francés. Verás, los reyes de Francia estaban descubriendo un mundo nuevo. Sorpresas

permanentes, como cuando fueron recibidos por el emperador de Constantinopla. En el banquete los hizo comer con un accesorio desconocido hasta entonces en Francia: el tenedor…

—¿Hasta ese banquete los reyes de Francia desconocían el tenedor?

—Creo que sucedió en octubre de 1147. ¿Sigo?

—Por favor. Me encantan los detalles como el del tenedor.

—Estábamos en Antioquía… No se ponían de acuerdo sobre la estrategia militar. La ciudad que habían perdido, y que justificaba esa Segunda Cruzada era Odessa. Tanto Raimundo de Trípoli como Joscelino de Edessa alegaban que se debía atacar Alepo para disminuir las fuerzas de su líder, Nur al-Din. Por su lado el Patriarca, delegado de Melisenda, reina de Jerusalén, se esforzaba por encaminarlos hacia el sur. Y aquí el problema matrimonial. Mientras Luis quería partir a Jerusalén, Eleonor había tomado partido por su tío. Amenazó con quedarse y pedir el divorcio en Roma. Según las crónicas, ya loco de celos, Luis se la llevó por la fuerza. El matrimonio fue anulado cinco años más tarde y con las peores consecuencias para Francia. Creo que para que se concretase aquella anulación influyeron enormemente las muertes del abad Suger y de Bernardo de Claraval. Desapareció el poder que ejercían sobre ella esos personajes que le impedían separarse.

—Supongo que no querían que se divorciara por la pérdida de territorios de Francia.

—Después de pasar alrededor de once meses en Jerusalén, durante los cuales los cronistas casi no hablan de Eleonor, reemprendieron el regreso a Francia desde Acre. Eleonor había conseguido gusanos de seda un siglo antes del viaje de Marco Polo. Regresaron en barco, pero en naves separadas. Tenían planeado hacer escala en Sicilia, donde por entonces reinaba el normando Roger. En el trayecto sufrieron un sinnúmero de peligros y fue la flota siciliana la que los salvó de un ataque de los bizantinos, con quienes estaban en guerra. Luego les tocó una furibunda tormenta. Luis, a duras penas, llegó a Calabria, pero el barco de Eleonor fue arrastrado hasta las costas de África, llegando a Palermo tres semanas más tarde.

—¡Qué lindo viajecito!

—En Italia recibió la noticia de que su tío Raimundo había muerto en combate contra Nur al-Din, y que su cabeza cortada había sido enviada como trofeo al califa de Bagdad. Esa noticia, sumada al tiempo que pasaron separados, parece que suavizó la relación. A principios de octubre de 1149 se acercaban a Roma escoltados por soldados de Roger. El papa Eugenio, un cisterciense, estaba al tanto de lo que sucedía con aquel matrimonio a través de Bernardo y el abad Suger. Los invitó a su palacio de verano en Frascati, por entonces llamado Tusculum, al sur de Roma. Sabía que no mantenían relaciones sexuales pero, como te dije, el plan era lograr que el matrimonio no se rompiera. Política.

—¿Entonces?

—En Frascati, Eugenio habló con ambos por separado. Los conminó a recomponer su amor y, para asegurarse de que así sucediese, los obligó a dormir juntos en una habitación con cama matrimonial en la que colgó sus propios cortinados de seda. Algunos dicen que el mismísimo papa y algunos cardenales espiaron lo que sucedió aquella noche. Tal vez por tratarse de una orden del papa, Luis demostró virilidad. Eleonor quedó embarazada esa noche. Un cuento simpático, ¿no te parece?

—Maravilloso.

—Pocos meses después de divorciarse, Eleonor se casó con quien dos años después sería coronado rey de Inglaterra, Enrique II Plantagenet, por entonces conde de Anjou y Maine, y duque de Normandía. Con esa alianza los extensísimos territorios de Eleonor se anexaron a la corona inglesa. A partir de entonces la región de la que era capital Burdeos permanecería bajo dominio inglés por tres siglos, con continuas guerras entre Francia e Inglaterra. Algunos dicen que la Guerra de los Cien Años fue una consecuencia de los problemas de alcoba entre Luis y Eleonor.

—¡Amores son amores! Como Salomón con la reina de Saba. Como nosotros dos —la hice reír.

72

Pasaban los días y seguíamos disfrutándonos, sin señal alguna de STRAPP.

Era domingo. Bajo un espléndido cielo, salimos temprano por la mañana. Queríamos ver si podíamos dilucidar algo que nos desconcertaba. Como es archisabido, la Revolución Francesa generó gigantescos cambios culturales y sociales. Pero había especialmente uno que no lográbamos terminar de entender. Parecía que a partir de la Revolución se había menospreciado, de alguna manera degradado, la historia de Francia previa a 1789. Hasta casi perder el respeto y la admiración por los monarcas que habían marcado su historia. Notábamos un enorme contraste entre lo que sucedía en el Hotel des Invalides, donde se encuentra la tumba de Napoleón, y la basílica de Saint-Denis.

Alrededor de las diez de la mañana llegamos a la basílica después de un prolongado viaje en metro hasta la periferia de la ciudad. Saint-Denis, un verdadero santuario dinástico. Allí están las tumbas de casi todos los reyes de Francia, desde la Edad Media hasta Luis XVI.

Allí yace, nada más ni nada menos, el primer obispo de París a quien debía su nombre la basílica. El video explicativo decía que había sido martirizado en tiempos romanos antes de Constantino, en el año 250. Y fue Santa Genoveva quien luego construyó el primer santuario en el 475.

Convertido desde entonces en centro de peregrinación, el rey merovingio Dagoberto era su benefactor. Fue el lugar elegido por Pipino el Breve, el padre de Carlomagno, para ser consagrado rey por el papa. Y fue Saint-Denis la primera construcción gótica de la historia, edificada bajo las ideas totalmente innovadoras del abad Suger.

Majestuosas tumbas esculpidas en mármol. Entre tantas otras, las de

Clodoveo, el primer rey de Francia, Dagoberto, Carlos Martel, Pipino el Breve, Hugo Capeto, Eleonor de Aquitania, San Luis, Felipe el Hermoso, Catalina de Médici y un sinnúmero de reyes hasta Luis XVI y María Antonieta. Aunque la tumba que más nos impactó, por su magnificencia, fue la de Luis XII y Ana de Bretaña.

En aquel olvidado pero extraordinario lugar estaban sepultados cuarenta y seis reyes y treinta y dos reinas. ¿Por qué olvidado? ¿Por qué en el presente lo visita tan poca gente? Para ingresar a Saint-Denis, a diferencia de lo que sucede en la tumba de Napoleón, no había que pasar por controles de seguridad. ¿No les preocupaba que alguien quisiera dañar ese lugar? Sin duda alguna la Revolución, basada en los objetivos masónicos, había logrado desplazar no solo a la Iglesia sino también la importancia y la historia de la monarquía.

Pero lo que más nos llamaba la atención era que a pesar del impresionante testimonio histórico que albergaba, no habíamos encontrado referencias de Saint-Denis en ninguna de las guías turísticas que consultamos.

Dejamos aquel barrio un tanto peligroso de la basílica para visitar nuevamente su antípoda, la tumba de Napoleón. La tumba del emperador no solo figuraba en todas las guías sino que el costo de la entrada no era barato. Para ingresar había que dejar bolsos y paquetes y pasar por un detector de metales. Como en los aeropuertos. Dentro, una verdadera plaga de turistas admiraba aquella maravilla.

Al mediodía de ese domingo 9 de septiembre estábamos agotados de tanto caminar. Después de cruzar el Sena por el Pont de l'Alma decidimos hacer un alto. Encontramos una mesa sobre la vereda en el café Chez Francis, con espectacular vista al río. Por detrás y a lo lejos, a nuestra derecha, se erguía la Tour Eiffel.

La perplejidad y la incomprensión que nos produjo el gigantesco contraste entre ambos lugares nos llevó a conversar sobre cómo resuelve la cultura su pasado.

—No sé si conoces ese método cada vez más usado para solucionar problemas que dependen de cosas no resueltas con los ancestros —comentó Vicky.

—Creo que las llaman constelaciones y que fueron descriptas por un

alemán, Hellinger o algo así.

—¡Bien! Parece que suceden cosas increíbles cuando alguien constela. Me parece que los franceses deberían constelar su historia. Evidentemente tienen un problemazo con sus ancestros. Pero, en definitiva, no son otras que las creencias culturales las que determinan la realidad.

—La realidad, ¿qué es para vos la realidad? —quise saber.

—Creo que no es nada fácil definirla y, por ende, saber qué es. Me parece que si queremos hablar del tema deberíamos comenzar con aquellas certidumbres basadas en la demostración en cosas físicas.

—Parece un buen comienzo.

—En el Encuentro explicaron que todo conocimiento proviene de las sensaciones del observador y que, por lo tanto, la objetividad absoluta no existe. Más allá de que hay algunos conocimientos más objetivos que otros: que el fuego quema a un ser vivo es una certeza bastante evidente. Al contrario, es difícil conceptualizar otros conocimientos. Por ejemplo, ¿cuán sólido es un átomo?

—Ni idea.

—Sorprendentemente, y más allá de la sensación de solidez que aparenta cualquier objeto formado por átomos, por ejemplo un solidísimo imán, se trata de espacio casi todo vacío.

—Coincido con que es difícil conceptualizar esa realidad. Pero una cosa que me llama mucho la atención es la mutación de los conocimientos científicos ante nuevos hallazgos.

—Me parece que también lo explicaron en el Encuentro. Dicen que los nuevos modelos o paradigmas chocan con lo aprendido. Las nuevas maneras de describir la realidad al principio parecen antinaturales, distorsionadas, difíciles de concebir y, también, difíciles de aceptar como plantillas o mapas que sirvan para describir la realidad.

—¿Pero no es esa una posición un tanto pesimista?

—¿Por qué?

—Si esperamos rechazo ante cualquier propuesta de cambio, es muy poco probable que se pueda modificar la realidad.

—Ya viviste tu propio rechazo con lo que planteó Guillermo sobre las religiones y lo que llamó Gran Falla de Gabriel. Sin embargo…

—A ver, me interesa —la interrumpí entusiasmado.

—Hay cambios más fáciles de aceptar que otros. Por ejemplo, me parece que sería fácil y aceptable comenzar por el medio ambiente. Ya sabés, el cambio climático, los combustibles fósiles, la escasez de agua potable, el derretimiento de los polos y los glaciares y tantas otras cosas. Tragedias que han dejado de ser hipótesis futuristas para sentirlas hoy en carne propia, cada uno en mayor o menor medida. Con demostraciones físicas. En cambio, nos resultaría muy difícil desprendernos de la religión, de sus dogmas, o de otras creencias estructuradas.

—Me gusta el camino que estás tomando. En cuanto a la ecología y la sustentabilidad de la vida, todo el mundo está convencido de que vivimos una verdadera crisis de paradigma. Creo que es un buen blanco al que el nuevo paradigma podría apuntar —empezaba a intuir y vislumbrar algo—. Seguí, yo no sé por dónde continuar… A ver, decí lo primero que te venga a la mente.

—Mmm… El reino cuántico. ¿Te acuerdas? Esas leyes que rigen el misterioso mundo de los átomos y sus partículas. Y dentro de ese mundo, uno de sus factores más sobresalientes, la intención. Su enorme poder para materializar una sola entre una infinitud de probabilidades. Y el entanglamiento. ¿Recuerdas lo que nos enseñaron en Estambul sobre ese mágico fenómeno?

—Algo. ¿Cómo insertarías el entanglamiento en un nuevo paradigma sobre la ecología? —me daba cuenta de que Vicky estaba en un momento de gran conexión interior.

—Dame unos minutos. Necesito pensarlo ya que estoy improvisando, tirando ideas. Además, muero de ganas de tomar un café —dijo, y me dio un suave beso en los labios.

Vicky tenía razón. El punto de no resistencia para iniciar el salto en la expansión de conciencia de la humanidad podía ser la ecología. Cuando mencionó el reino cuántico recordé algo más de lo que habíamos aprendido sobre la posibilidad, ya concretada, de lograr su manifestación en el mundo físico. Las llamadas fases coherentes. Pero no, lo mejor sería seguir escuchándola. Luego tendría tiempo para pensar en cómo articular lo que Vicky decía con las fases coherentes.

Trajeron los cafés. La mente de Vicky parecía vagar por el entorno, hasta que decidió continuar.

—El "entanglement" o entrelazamiento. La conectividad instantánea entre entidades. Lo que le ocurre a una entidad, siempre que lo que le está ocurriendo sea una propiedad que comparte con otra, influye instantáneamente en lo que le ocurre a esa otra, aun cuando se encuentren separadas por años luz.

—No recuerdo bien qué eran las propiedades compartidas.

—Alguna característica en común, algo que han experimentado o aprendido juntas. Partículas en contacto, con una conectividad instantánea, interconectividad no-local —aclaró—, sin necesidad de enviarse información, y que se activan conjuntamente de manera instantánea, más allá de la velocidad de la luz. ¡La resonancia perfecta! Creo, como muchos, que es el fenómeno más maravilloso de la naturaleza. Tal vez el descubrimiento más importante del ser humano sobre los secretos del universo.

—Ahora recuerdo, pero explicámelo de nuevo, por favor.

—Cuando existe una propiedad compartida por dos entidades, la velocidad o la posición en el caso de las partículas —y debería suceder lo mismo si hay más de dos entidades comprometidas—, al activarse esa propiedad en una de esas entidades instantáneamente se activa en la otra. Aunque estén distantes, una a cada lado de la galaxia.

Yo reflexionaba rápidamente, intentando seguirla.

—No se trata de otra cosa que de la omnipresencia e interconectividad de las partículas que forman la materia toda. Independientemente de la velocidad, la localización o cualquier otro estado. Todo está interconectado.

—¿Y pensás que dicho fenómeno podría trasladarse a la conducta humana? Si mal no recuerdo, alguien comentó que el entrelazamiento no tiene manifestaciones en nuestro mundo físico.

—Que aún no hayan encontrado aplicaciones no es sinónimo de que no existan. Cuando con el tiempo las encuentren, dirán que sí. Como afirmaste hace un rato, todo muta en el conocimiento científico.

—Y vos, ¿encontraste algún ejemplo en la vida cotidiana?

—Si querés te repito los ejemplos del Encuentro: de pronto piensas

en alguien involuntariamente, alguien a quien no ves hace muchísimo y, mágicamente, al rato, o al poco tiempo, te lo cruzas o te llama por teléfono. Mi opinión es que en todas las situaciones en las que se produce entanglamiento en el mundo físico, se asocia íntimamente ese otro fenómeno que en biología llaman resonancia. ¿Te doy otro ejemplo? Los gemelos. Una fortísima unión de alguna manera los ata. Aun separados a distancia, si a uno le pasa algo el otro siente lo mismo. Si uno se lesiona una rodilla, al otro le duele la rodilla en el mismo instante. Si uno se muere, el otro lo presiente instantáneamente. Una vez escuché decir a un pensador, Ervin Laszlo, que si existían gemelos electrónicos unidos por leyes tan particulares como el entrelazamiento, como ocurre con los pares de electrones, por qué no podría suceder lo mismo con los gemelos humanos.

—Curioso fenómeno.

—Una vez leí en un libro sobre genética una historia de gemelos que no pude olvidar. Eran dos gemelos idénticos que habían sido separados al nacer. Por esos avatares de la vida, volvieron a reunirse recién a los treinta y nueve años. Por entonces se llamaban Jim Lewis y Jim Springer. Ambos medían lo mismo, lógico, pero además los dos pesaban ochenta y un kilos. Hasta ahí todo era bastante probable. Lo llamativo fue que descubrieron similitudes en sus vidas paralelas mucho más difíciles de justificar.

—A ver…

—Los dos se habían casado dos veces. La primera vez, ambos con mujeres llamadas Linda. Podía ser una coincidencia… Pero las mujeres con las que volvieron a casarse se llamaban Betty.

—¡Sorprendente!

—Cuando niños, los dos les habían puesto el mismo nombre a sus perros, Troy —rió—. Fumaban la misma marca de cigarrillos y, para rematarla, uno había llamado a su hijo James Allan, y el otro James Allen. ¿Qué te parece entonces? ¿Puede o no ser cierto que así como existen partículas gemelas entangladas haya gemelos humanos que respondan al mismo fenómeno?

—No sería descabellado, habría que demostrarlo con investigaciones serias, pero no llego a comprender adónde querés llegar. ¿Cómo

vinculás el entrelazamiento con un nuevo paradigma, en este caso el de la ecología?

—Por lo que hace funcionar al fenómeno a todo nivel, las propiedades compartidas. ¿No sería maravilloso encontrar algo compartido por todos? Algo que para todos represente lo mismo sin generar resistencia. Sabiendo, cada uno, que el resto de los seres humanos, todos y sin excepciones, comparte con nosotros esa propiedad. Se podría, así, religar la separatividad que caracteriza a los humanos.

—¡Maravillosa utopía!

Nos quedamos en silencio por unos instantes. Fue entonces cuando logré unir lo que Vicky planteaba con las fases coherentes.

—Veo lo que dijiste de alguna manera unido a aquel fenómeno del que nos hablaron en Estambul. La condensación de Bose-Einstein, ¿te acordás?

—Sí —afirmó—, pero dilo igual. Es bueno poner en palabras los pensamientos. No siempre es fácil.

—Para explicar el fenómeno nos dieron el ejemplo de los electrones sobre un metal. En condiciones habituales los electrones sobre la superficie de un metal están, cada uno, en su propio estado. Como si dijésemos que uno está mirando donde desea o puede. Al sur, otro al norte, otro al noreste, otro al sudoeste y así sucesivamente. Con todas las variaciones posibles, incluso en grados. Diez grados al sureste, doce grados al sureste y así de seguido. Podría asimilarse a los humanos, individualidades transitando, cada una, su propio camino.

—Cierto.

—Pero en algún momento, y debido a una causa específica, sucede algo maravilloso: al llevar esos electrones a un estado muy cercano a la extinción, cerca de los -273°C, el cero absoluto, dejan de comportarse como entidades separadas y se alinean todos en una misma fase, eso que en ciencia llaman fase coherente. Se unen todos en una misma dirección por necesidad de supervivencia.

—Y eso mismo se podría producir en los humanos. Una alineación de la humanidad en una misma fase coherente, en pos de un objetivo único. Una experiencia nunca vivida en toda la historia de la

humanidad.

—Sabemos ahora cómo podríamos unirnos, todos interconectados con un mismo fin. Pero nos falta lo más importante. Cómo plasmar esto en la formulación de un paradigma nuevo.

—De cualquier manera creo que es un buen comienzo. No me parece poco haber encontrado el camino hacia una solución innovadora —agregó Vicky mientras yo levantaba la mano llamando al mozo para pedirle la cuenta.

73

Principios de septiembre de 2001, París

Los días transcurrieron apacibles durante agosto y los primeros días de septiembre. Sin sobresaltos, exceptuando algunos originados exclusivamente por nuestros propios miedos. Sospechas y temores que proyectamos sin fundamento. Fueron varios, algunos justificados, como cuando viajé solo a Troyes. Aún no he logrado sacar conclusiones definitivas sobre aquella experiencia, pero en vista de lo que también pasó con Vicky…

Quería investigar in situ algunos lugares determinantes en la historia de los templarios, basándome en los relatos de Guillermo. Había escogido visitar Gisors y Troyes.

Gisors, aquel famoso lugar tan disputado y por tanto tiempo durante la Edad Media. Ubicado justo en la frontera entre Normandía e Île-de-France, en el Vexin, allí se reunían los reyes de Inglaterra y Francia durante el siglo XII para dirimir sus disputas y firmar tratados. Allí se habían enemistado Enrique II y Felipe Augusto en 1188, talando el antiquísimo olmo. Aunque otros autores han atribuido esa tala a la ruptura entre templarios y el Priorato de Sión, disputa originada tras la batalla de Hattin con la consiguiente pérdida de Jerusalén.

En Troyes, en Champagne, fue planeada la Primera Cruzada. Allí había ocurrido aquella historia secreta que relacionaba al conde Hugues, a Godofredo de Bouillon, a André de Montbard y al personaje más influyente de la cristiandad de la época, San Bernardo de Claraval.

Vicky me acompañó a Gisors pero no a Troyes porque no se sentía bien. Discutimos si era conveniente separarnos, pero no encontramos argumentos para no hacerlo. STRAPP en apariencia estaba en otra cosa, seguramente ya nos habían olvidado. En el lobby del hotel

consulté por Internet los horarios de tren. Elegí uno que salía a las 12.14, y otro de regreso a las 16.40. El viaje duraba una hora y veinte. “Supongo que estaré de vuelta por aquí a las seis y media, a más tardar a las siete”, le había dicho a Vicky.

En Gare de l’Est compré un pasaje de segunda, como siempre, en efectivo. La falta de tarjetas de crédito al principio nos había resultado un tanto incómoda, pero nos habituamos. El ser humano es un animal de costumbres.

Cuando llegué a la estación de la ciudad de Troyes, me dirigí a la oficina de turismo. Un cartel informaba que estaría cerrada hasta las dos de la tarde. Igual logré conseguir un mapa de la ciudad que mostraba que si caminaba en línea recta por la Rue de Gaulle llegaría a la plaza central.

Caminando despacio, finalmente llegué. Supuse que iba a encontrarme con un conjunto de casas medievales, pero predominaba la arquitectura de la época renacentista, de alrededor del 1500, una arquitectura más propia del sur de Alemania que de Francia. Cerca de la plaza se encontraba la catedral, de estilo gótico. A diferencia de Gisors, se elevaban varias iglesias a su alrededor. La de San Juan, la de San Pantaleón, la de San José, la de San Nicolás, la de Rémy y la de San Urbano. Esta última, también gótica, concebida por quien, a pesar de provenir de una casa humilde —su padre era zapatero— había llegado al papado en 1261 bajo el nombre de Urbano IV.

No encontré allí nada importante vinculado con aquellas historias contadas por Guillermo. Paré a comer una pizza en un bar a una cuadra de la plaza. Antes de regresar visitaría la iglesia de Santa María Magdalena. Según Guillermo, María Magdalena era probablemente la clave de aquella herejía medieval, la Herejía Juanista. Mientras almorzaba revisé unos apuntes que había obtenido sobre la vida de María Magdalena.

Resultaba evidente que su historia dentro del catolicismo había sido muy cambiante. Inicialmente fue considerada una mujer de mala vida que había sido redimida. Luego, a principios del siglo X, sucedió un gran cambio. Posiblemente comenzó cuando un tal Eudes, abad de Cluny, por entonces el epicentro de la cristiandad monacal, en un

texto que preparó para el 22 de julio, el día de la santa, la describió como "mujer de grandísima largueza —de buena raza, salida de la más alta aristocracia—, con rasgos de las princesas viudas". A partir de entonces, y sustentándose en la imagen redimida de María Magdalena, comenzó a levantarse el oprobio que hasta entonces pesaba plúmbeamente sobre el sexo femenino.

Su imagen siguió creciendo durante el siglo XI. Tanto que algunas comunidades de clérigos ya honraban a la santa en el nombre de las iglesias. Sucedió así en Verdún en 1023 y Besançon en 1048. Pero Vézelay, fundada en 860, se convirtió en un lugar clave de la cristiandad cuando en la primera mitad del siglo XI se difundió que allí reposaban los restos de María Magdalena. ¡Y que hacía milagros! Cuentan las crónicas, o leyendas, que recuperaban la vista los ciegos, la palabra los mudos y el movimiento los tullidos. En el siglo XII, un libro para peregrinos de Santiago de Compostela mencionaba a Vézelay entre los lugares milagrosos de la cristiandad. Y de allí nacía uno de los cuatro caminos de peregrinación a Santiago de Compostela. Vézelay, el lugar que Bernardo escogió para el llamamiento a la Segunda Cruzada en 1145.

De todo esto se deducía que el culto a la Magdalena no había nacido tras la asociación entre Bernardo, los cisterciences y templarios sino que venía de mucho antes.

La iglesia no impresionaba como otras, pero destilaba misterio. Había sido construida en pleno apogeo de los templarios y San Bernardo, a mediados del siglo XII, sobre la típica planta en forma de cruz. El coro me deslumbró, pero dos cosas me llamaron la atención. Un vitreaux y un cuadro.

El vitreaux, con un monograma que aludía a María Magdalena, representaba distintos momentos de su vida. Y ahí estaba la prueba de lo que muchos han afirmado. Ese recuadro sobre vidrio lo demostraba. María junto a su hermana durante la resurrección de Lázaro. Confirmaba que los artistas medievales no tenían duda alguna acerca de que María Magdalena era la misma que María, la hermana de Lázaro y Marta.

El cuadro colgaba a la izquierda de la iglesia. Por más que busqué,

no pude encontrar ninguna referencia escrita. Anónimo y sin título, por lo menos para el público como yo. Pero si estaba ahí, escogido seguramente entre tantas otras posibilidades, debía encerrar algún significado especial.

A la izquierda del cuadro se lo veía a Jesús, sentado. Enfrentándolo, María Magdalena arrodillada sobre su rodilla derecha. Por detrás de la Magdalena, una enigmática mujer, de pie, mira a Jesús con la palma de la mano izquierda extendida sobre el hombro de la arrodillada, como si estuviera ofreciéndola, o tal vez significando "la envía…". La mano derecha de la mujer se eleva a la altura de su hombro para señalar algo o alguien atrás y a la izquierda de Jesús que no fue incluido en el cuadro. Por la altura, ya que no se dirigía al cielo, significaba tal vez que la enviaba algún humano. ¿San Juan Bautista?, intenté adivinar.

Pero la mano derecha de Jesús, en cambio, se eleva al cielo. Su dedo índice apuntando al cielo parece decir en cambio, así lo interpreté, que para él no se trataba de un asunto humano sino de un designio divino, de la voluntad de Dios.

Concluida la visita me dirigí a la estación. Se acercaba la hora del tren en que había planeado volver. Sentía ganas de hablar con Guillermo sobre lo que había visto. Estaba seguro de que le habría encantado saber de ese cuadro. ¿Dónde estaría Guillermo?

Subí al tren de las 16.40. Afortunadamente llegué unos quince minutos antes de la partida ya que pronto se llenó de familias con niños y colegiales, en aparente excursión cultural, de pie en los pasillos. Algunos de los que, como yo, habían conseguido asiento, se dedicaban a trabajar con papeles o computadoras personales sobre las mesitas reclinables. A cuatro asientos de distancia, al otro lado del pasillo, se habían sentado tres hombres de traje negro y maletines. Sus indumentarias no encajaban con las del resto de los pasajeros. Estaba estudiándolos cuando la mirada de uno de ellos, muy serio y de ojos completamente negros, chocó con la mía y la sostuvo. Renacieron mis temores y aumentaron cuando segundos después tomó su celular para hacer una llamada.

Había pasado una media hora de viaje cuando el tren, bajo una

intensa lluvia, se detuvo en medio de un espeso bosque a ambos lados de las vías. Un bosque de eucaliptos y otros árboles de menor altura con cercos periféricos de alambre paralelos a las vías del tren. El cielo era gris oscuro, casi anochecido por las densas nubes de la tormenta. En medio de aquel bosque que remedaba el de Birnam, el bosque móvil de *Macbeth*, me asaltó un escalofrío.

Se escuchó entonces la voz del altoparlante, en francés, explicando algo que no logré entender.

—¿Qué dijo? —le pregunté en inglés a un estudiante ubicado en el asiento delante del mío.

No pudo contestar, no sabía inglés. Pero me respondió la chica que estaba sentada a su lado.

—Que estuvieron obligados a parar y no saben cuándo podremos continuar. Debemos esperar hasta que llegue la policía.

—¿Dijeron por qué? —le pregunté sobresaltado.

—Parece que una persona se arrojó debajo del tren.

¿Cómo podía ser que alguien hubiera llegado hasta ese páramo boscoso en el medio de la nada para suicidarse? ¿Y si era una mentira puesta en boca del guarda?

No parecía fácil escapar de allí, aunque tampoco la llegada de la policía. ¿Por dónde vendrían? Recordé haber visto una ruta un tanto alejada a la derecha de nuestra dirección, minutos antes de parar. Si llegaban en auto, los policías tendrían que cruzar a pie aquel tupido bosque, seguramente ya muy barroso. No parecía lógico. ¿Qué debía hacer?

El cielo cerrado y oscurecido y la lluvia hacían todo mucho más tenebroso. Ya había transcurrido casi una hora desde la detención y nada pasaba. Ni aparecían los policías ni yo me decidía. ¿Esperaba o trataba de escapar a través del bosque? El aire respirable dentro del tren ya se había enrarecido por la humedad que desprendían los cuerpos y las respiraciones de tanta gente. Muchos, al igual que los guardas, habían bajado del tren, por el lado izquierdo, el más plano y donde había más espacio hasta el alambrado. En ese momento la lluvia era torrencial. Algunos se resguardaban bajo paraguas, a otros no les importaba mojarse a cambio de un poco de aire fresco. Los tres

hombres ya no estaban. Me encontraba en uno de los últimos vagones de aquel largo tren y parecía demasiado arriesgado ir hasta adelante para tratar de verificar si era cierto lo del suicidio.

Finalmente me decidí por escapar con la esperanza de que nadie me viese. Bajé por la derecha. No había nadie de ese lado. Permanecí allí algunos minutos, inmóvil, hasta estar seguro de que nadie me había visto a través de las ventanillas empañadas. Luego fui acercándome lentamente al alambrado. Si alguien me veía, supondría que intentaba resguardarme de la lluvia bajo algún árbol. Salté el alambrado y me interné en el bosque, en dirección a la ruta. El suelo estaba muy anegado y además debía esquivar las ramas más bajas de los árboles. Salir de allí me llevó mucho más tiempo de lo que había supuesto. La ruta existía, por suerte no me había equivocado. Caminando lentamente en la dirección del tren, me topé con un pequeño poblado. Allí tomé un ómnibus hasta París. Toda una odisea. Estaba congelado por la mojadura. En París tomé el metro. Había dejado mi llave en la habitación, seguro de que Vicky estaría allí cuando regresara.

Eran las diez menos cuarto cuando golpeé a la puerta de nuestra habitación. No hubo respuesta. Supuse que Vicky estaría dormida por lo que volví a golpear más fuerte. Pero tampoco respondió. Si se estaba duchando no oiría que golpeaba, así que bajé a recepción para solicitar otra llave.

—Perdón, ¿por casualidad ha visto a mi mujer?

—Lo siento, mi turno comenzó recién hace una hora —me respondió.

—Dejé mi llave dentro de la habitación y ella aún no ha regresado. ¿Me podría facilitar una copia, por favor?

Con la nueva llave en mano subí ansioso por saber qué estaba ocurriendo. Abrí la puerta con el deseo de encontrarla en la ducha. Pero no. La habitación estaba vacía y, por lo que parecía, Vicky no había vuelto después de que la arreglaron. Todo estaba perfectamente en orden. Me desesperó no encontrar una nota.

¿Y ahora qué hago? Vicky, mi amor, ¿dónde estás?

Pensaba que había sucedido lo peor. Estaba desesperado. Tenía que tranquilizarme. Decidí darme un baño para calmarme y reponerme de

la mojadura.

Después de mucho elucubrar, la esperanza de que Vicky estuviera sana y salva eran mínimas. Pero igual iba a seguir con el plan que le había propuesto: en caso de desencuentros nos reuniríamos a primera hora de la mañana en Le Café Marly. Esperaba que ella lo recordase.

Empaqué todo en nuestras dos valijas y llamé a la recepción, aunque ya había pagado al contado, para que tuvieran preparado el check-out a primera hora de la mañana.

“Me voy a ir a primera hora de la mañana. Si me voy ahora podría despertar sospechas.”

Pasé la noche angustiado, sin dormir, preguntándome dónde estaría Vicky, qué le habría pasado.

74

Los hechos que se narran a continuación me fueron relatados por Vicky.

Vicky regresaba al hotel unos minutos antes de la hora en que llegaría Pedro. A pocos metros de la entrada y en un momento que no transitaba nadie por la angosta calle del hotel, fue interceptada por un auto negro, con los vidrios ahumados, en el que viajaban tres individuos. Descendió el que estaba sentado atrás. Con habilidad y mucha fuerza retuvo a Vicky tapándole la boca. Le resultó bastante sencillo forzarla a entrar al auto. Con la ayuda del que viajaba adelante le precintaron las manos detrás de la espalda y le colocaron cinta de pintor en la boca. Le encajaron una capucha negra en la cabeza y quien estaba a su lado la tumbó, colocando la cabeza de Vicky sobre sus muslos.

—Quédate quieta o te matamos aquí mismo —le advirtió en un francés con acento extranjero.

El auto arrancó, velozmente solo las primeras cuadras, y comenzó a dirigirse a las afueras de la ciudad, hacia el norte. Vicky se retorcía tratando de liberarse.

—¡Quédate quieta! —le ordenaron nuevamente y recibió un puñetazo en la boca del estómago. Por unos minutos le costó tremendamente respirar.

—¿A qué hora tenemos que entregar este paquete tan molesto?

Los secuestradores hablaban francés, idioma que Vicky ya dominaba bastante bien.

—A las ocho.

Durante más de una hora, que para Vicky se transformó en una eternidad, viajaron en silencio. Después de la sorpresa y el pánico iniciales, tuvo que hacer grandes esfuerzos para calmarse y así evaluar la situación.

“Están trabajando por encargo y me entregarán mañana a STRAPP”, fue todo lo que pudo conjeturar. Más que suficiente. “¡Dios mío, ayúdame!”

Finalmente el auto se detuvo. Le sacaron la capucha para que pudiera caminar por su cuenta, pero con las manos aún precintadas.

Le indicaron que bajase del auto en medio de la noche ya cerrada en un barrio desierto, apenas iluminado. Caminó entre los tres hombres hacia un edificio que parecía abandonado y semiderruido por la cantidad de escombros y basura tirados por todos lados. Subieron dos pisos por una escalera mal iluminada por focos de bajo voltaje y luz amarillenta. Quien iba delante abrió la puerta e ingresaron a un miserable departamento. A Vicky no paraban de caerle lágrimas de los ojos.

—No llores más y cumple con lo que te digamos si no quieres tener más problemas. No quiero que llores y descarta la idea de gritar. Los pocos que te escucharían vendrían a silenciarte para siempre. Aquí nadie quiere problemas. ¿Has entendido?

Vicky asintió con la cabeza. Le quitaron la cinta de la boca.

—Haré lo que me pidan pero por favor no me golpeen.

—Entra ahí —le ordenaron empujándola hacia un mugriento dormitorio sin luz. Cerraron la puerta con llave. Con el correr de los minutos su visión fue adaptándose a la oscuridad y pudo comenzar a reconocer el entorno. Se filtraba una muy tenue luz por dos lugares, por debajo de la puerta y por la ventana de aquella asquerosa habitación con olor a humedad. No había ahí dentro más que una cama destartalada y una silla.

“Tengo que hacer algo. Tengo que escapar esta misma noche. Cuando me entreguen a STRAPP van a matarme.”

Escuchó que los hombres conversaban. Se pegó a la puerta tratando de no hacer ruido. Aparentemente quedaría uno solo de ellos durante la noche para custodiarla. Los otros dos volverían a primera hora de la mañana. A las siete, dijeron. Escuchó pasos y corrió a sentarse en la silla. Enseguida abrieron la puerta para alcanzarle algo de comida.

—Quítale el precinto —ordenó el que parecía estar al mando.

Le liberaron las manos, dejaron la bandeja de comida sobre la cama,

salieron y cerraron nuevamente la puerta con llave. Vicky no tenía hambre, pero para mostrarse obediente dio un par de bocados a aquel sándwich de pan endurecido.

En medio de aquella casi completa oscuridad, se dirigió a la ventana que había logrado observar cuando los secuestradores abrieron la puerta. Se trataba de una pequeña ventana de metal de una sola hoja que se abría con una única manija. El destello de luz que se filtraba se debía a que aquella ventana de mala calidad no encajaba totalmente con el contramarco. Reconociéndola con las manos detectó que uno de los lados del contramarco, de chapa bastante maleable, estaba algo flojo en uno de sus extremos. Con un poco de suerte podría llegar a removerlo. Pero no era el momento, aún estaban los tres allí, y todavía no se imaginaba para qué le serviría quitar esa chapa. La soltó, pero al hacerlo hizo un leve ruido. Volvió de inmediato a la cama.

Acertada decisión, porque casi de forma automática se abrió la puerta y apareció uno de los hombres. Miró por doquier y, luego de no ver nada extraño, le advirtió:

—Duerme. Duerme que si te portas bien nadie te hará daño. Pero si intentas algo te matamos acá mismo.

Por suerte no volvió a atarle las manos. Cerró la puerta y al poco tiempo escuchó que se despedían y se golpeaba la puerta de entrada del departamento.

Tocó la tecla que iluminaba la esfera de su reloj. Eran las 23.15. Siguió recostada intentando pergeñar algún plan. Algo tenía que hacer, o por lo menos intentarlo. Había leído muchas novelas en su juventud y sabía que el momento de mayor distracción de cualquier guardia sucedía entre las tres y las cuatro de la madrugada, por el estado de aletargamiento de los sentidos.

Finalmente decidió que comenzaría a hacer algo a partir de las dos y media. Chequeaba la hora a cada rato en su reloj. El tiempo pasaba demasiado lentamente. A la una y media se relajó y pasó lo que no tendría que haber sucedido. Se quedó dormida. Se despertó sobresaltada por temor a que ya fuera de madrugada y se hubiera pasado su oportunidad. Miró el reloj. Agradeció al cielo, eran las tres

y diez.

Escuchó que su guardián había puesto música, que casi con seguridad salía del televisor. Acercó el oído a la puerta y no pudo detectar otros ruidos. Seguramente estaría tirado en aquel vetusto sofá mirando televisión.

Sigilosamente exploró las patas de la cama y las de la silla, pero eran de madera, inútiles para su escape. Se dirigió nuevamente a la ventana. Por la hendija solo podía ver un renegrido muro.

Volvió a explorar el contramarco flojo. Era una chapa que podía doblarse al hacer fuerza, tal vez de aluminio, de unos cuatro centímetros de ancho y unos veinte de longitud. Para ensamblarse con las otras tres chapas del contramarco, sus extremos terminaban en bisel en un ángulo de cuarenta y cinco grados. ¡Eso podría ayudarle! Tironeando desde su parte floja, la chapa se fue separando. Como los bordes la lastimaban la tomó con su pañuelo. Siguió intentándolo hasta que con varios movimientos repetitivos logró sacarla. Había conseguido un arma, un puñal.

Volvió a la cama. A pensar. La única posibilidad que se le ocurría era engañar a su custodia de alguna manera, lastimarlo y escapar. Aunque no era violenta, el instinto de supervivencia le indicaba que era eso lo que debía hacer. Finalmente se le ocurrió cómo.

“Dios mío, te pido perdón por lo que voy a hacer pero no tengo alternativa. Y, por favor, dame fuerzas.”

Se le ocurrió que la mejor manera de distraerlo era el sexo, pero el asco tal vez no se lo permitiría. Pensó además que la sequedad de su zona íntima le haría doler, y que a él no le resultaría placentero. Debía ocurrírsele algo que le permitiera gozar a su guardián y, por ende, desconcentrarse.

Llevaba en el bolsillo de su campera un pequeño frasco de crema de cacao para la sequedad de los labios. Comenzó a aplicarla en su zona íntima con la esperanza de que produjera efecto. Se sacó el corpiño. Se quedó en bombacha y con la blusa desabrochada, con los pechos casi del todo descubiertos, seductores. Escondió el puñal en la parte posterior de la bombacha. Golpeó la puerta varias veces mientras rogaba:

—¡Por favor! ¡Necesito ir al baño! ¡Hace horas que no voy!

El guardián abrió la puerta. El malhumor de su cara desapareció al instante al ver a aquella maravillosa mujer semidesnuda. Vicky siguió actuando su papel de tonta temerosa.

—Por favor, no me pegues. Haré lo que quieras —le dijo, pero esta vez seductoramente.

—Ve a hacer lo que tengas que hacer —le contestó con una sonrisa socarrona. La llevó hasta el baño y la esperó junto a la puerta.

—Haré lo que me pidas pero no me lastimes. ¿De acuerdo? —le dijo al salir.

—Ven, muñeca, que no te voy a hacer daño —le contestó mientras entraban a la oscura habitación, ahora algo iluminada por la luz del living.

Vicky se tendió en la cama y terminó de entreabrir su blusa. Tremendamente excitado, él le acariciaba los pechos con rudeza después de haberse desnudado. Enseguida le abrió los muslos sin que ella ofreciese resistencia. Era importante que no le quitara la bombacha, por lo que Vicky la corrió hacia un lado con los dedos dejando al descubierto lo que aquel hombre tanto deseaba. Luego comenzó a tocarse para provocarlo.

La penetración le resultó violenta, asquerosa, dolorosa, apenas atenuada por la lubricación previa. Excitadísimo, cerca del orgasmo, el hombre cerró los ojos. Era el momento.

“¡Dame fuerzas!”, volvió a implorar.

Llevó lentamente la mano derecha a la parte posterior de la bombacha y tomó el metal. Estaba decidido. Con un movimiento rápido le clavó la terrible punta en el cuello. El bisel penetró fácilmente. Cortó la yugular, la carótida y parte de la tráquea. Brotó un enorme chorro seguido de un grito ahogado.

Con sus últimos movimientos y manando sangre por la boca, trató de asirla con una mano por el cuello, pero ya casi sin fuerzas, mientras con la otra intentaba tapar la mortal hemorragia.

—¡Maldita hija de puta! —logró vociferar, mientras Vicky hacía un gran esfuerzo para sacárselo de encima. Finalmente, con los ojos casi fuera de sus órbitas, el cuerpo del hombre se desplomó sin vida.

Vicky siguió acostada, mirando el cielo raso en estado de shock, hasta que finalmente reaccionó. Se levantó.

"¿Qué he hecho?", dudó por un instante al ver aquel tenebroso baño de sangre.

Fue al baño. Se lavó lo mejor que pudo. Volvió a calzarse su pantalón y sus zapatos, pero su camisa era toda sangre. Se puso la del guardián. Tomó las llaves y el poco dinero que aquel hombre tenía en su bolsillo. Decidió llevarse también su documento de identidad.

Bajó la escalera. Abrió la puerta de calle, salió y trató de reconocer el entorno para decidir qué rumbo tomar.

Estaba en una calle poco iluminada, en pendiente, en un barrio que a los parisinos seguramente no les gustaba mostrar. ¿Para dónde ir? Tomó pendiente abajo y después de caminar interminables cuadras, muerta de miedo, llegó a una especie de plaza con una imponente iglesia que logró reconocer. La basílica de Saint-Denis. Había estado allí días antes. Recordaba la estación del metro, a una cuadra. Ya comenzaba a despuntar el alba.

Debía dirigirse al punto de reunión. Rogaba que Pedro estuviera allí, esperándola, y que hubiera abandonado el hotel.

75

A las siete de la mañana partí con el equipaje, el dinero y los documentos de ambos dejando, con enorme nostalgia, el pequeño hotel donde pasamos momentos tan maravillosos.

Ya había salido el sol cuando el taxi me llevaba a la zona del Louvre y faltaba menos de una hora para que abriese Le Café Marly.

Llegué a las siete y media. El personal de limpieza estaba terminando de poner en condiciones el local y la vereda. Decidí esperar aquellos eternos minutos de pie frente a la puerta del local. Desde mi ubicación veía a un grupo de hombres montados en arneses limpiando la maravillosa pirámide de cristal del Louvre. A unos metros de allí, me sorprendió la imagen de una mujer sentada en el escalón de entrada de una casa, acurrucada, con la cabeza entre las piernas. Aunque no reconocía la ropa ni podía verle la cara, mi intuición, o quizá mi deseo, me hizo pensar que podía tratarse de Vicky.

Caminando hacia ella. grité:

—¡Vicky! ¡Vicky!

La mujer comenzó a levantar la cabeza lentamente. Ya estaba cerca, a unos quince pasos. ¡Era ella! Cuando terminó de erguirse pude ver su cara. Estaba llorando, pero al verme desató un intenso y desgarrador llanto mientras me extendía desesperadamente los brazos.

Nos confundimos en un intensísimo abrazo.

—Mi amor —le susurré al oído.

—Me raptaron —me dijo mientras seguía llorando sin consuelo.

—Tranquila, ya estamos juntos.

Poco a poco su desasosiego fue mermando. Le ofrecí entonces ir a sentarnos al café. “Te va a hacer bien tomar algo caliente”. Pidió una taza de chocolate y yo un café negro. Entonces comenzó a contarme lo que le había sucedido. Durante el relato tuve que contenerla varias

veces ya que volvía a angustiarse al recordar los incidentes.

—¡He matado a un hombre! —concluyó, desencadenando un nuevo y doloroso llanto.

—Era tu vida o la de él, mi amor —fue lo único que atiné a decir.

—Lo sé, pero lo he matado.

En ese momento no quise mencionar mi miedo y enorme preocupación por nuestra situación. Me limité a decir:

—Vamos a tener que desaparecer lo antes posible de esta ciudad.

Lo primero era buscar un hotel en la zona. Encontramos el Tonic Hotel Du Louvre en la Rue du Roulé.

Durante todo ese día no salimos de nuestra habitación.

No le conté lo que me había pasado en el tren ya que empeoraría la situación. Ni ese día ni el siguiente encontré referencia alguna al asunto del tren en los diarios ni en los noticieros. Jamás supe si ocurrió aquel suicidio o si STRAPP me había localizado también.

76

Aquella primera noche después del secuestro fue terrorífica. Las pesadillas volvieron a atormentar a Vicky, más intensamente que nunca. Se despertó varias veces gritando angustiada y sofocada. La mimaba y la abrazaba hasta que lograba conciliar el sueño. No sabía qué otra cosa hacer.

El día posterior fue como estar perdidos en un laberinto sin salida. Hablamos una y otra vez de lo mismo. Del secuestro, de los secuestradores, de STRAPP y sobre qué teníamos que hacer para tratar de salvarnos.

Al despertarme la mañana siguiente, persistían en mi conciencia los flashes de las imágenes de todo lo sucedido los dos días previos. Si en mi caso era así, deduje que por la mente de Vicky pasaba algo mucho peor.

Por eso durante el desayuno, para distraerla, le conté lo que había visto sobre María Magdalena. El tema la entusiasmó algo, y como no teníamos otra cosa que hacer, y como hablar de la Magdalena era preferible a volver al asunto del secuestro, le expliqué la hipótesis de Guillermo.

—Ya estarás al tanto de lo que plantea el *El Código Da Vinci* sobre el Sagrado Grial.

—Sí, que Jesús y María Magdalena tuvieron descendencia. Creo recordar que lo llamaban linaje real y dicen que ha sido defendido hasta nuestros días por el Priorato de Sión. Linaje que portaban los merovingios y tantas otras cosas… Lo vi en uno de esos canales de divulgación por televisión, no recuerdo si en Discovery Channel o en el History —respondió sin demasiado entusiasmo.

—Bien, entonces paso directamente, sin preámbulos, a la hipótesis de Guillermo. Para él y varios otros investigadores hay algo que no encaja en toda aquella historia. Parece que una sola persona ha ido un

poco más allá, una tal Lynn Picknett, diciendo que el culto aceptado por tantos a María Magdalena y San Juan Bautista se justificaría si ellos hubieran estado casados. Pero ante la imposibilidad de una teoría mínimamente lógica de cómo pudo haber sucedido aquello, ni hablar de demostraciones, queda en pie la hipótesis de que la descendencia pertenece a Jesús y María Magdalena.

—¿Qué dice Guillermo?

—Ha juntado hechos que creo haberte mencionado por separado, al menos algunos, pero en una teoría única. Ya habrás oído hablar sobre la llamada Herejía Juanista, esa que le asigna al Bautista un lugar incluso más importante que a Jesús. Seguramente por algo Juan Bautista ha sido elegido como patrono por el hospital de San Juan en Jerusalén, antes de la Primera Cruzada, y luego por los templarios y los masones. Los templarios quizás a partir de algo que encontraron en sus excavaciones en las caballerizas del antiguo Templo de Salomón, que contradecía el dogma y la ortodoxia. Incluso una de las versiones de Leonardo da Vinci sobre la Virgen de las Rocas parece confirmar esa creencia pues muestra a Jesús reconociendo la supremacía de su primo Juan Bautista sobre él. El 24 de junio se celebra a Juan el Bautista. Ese día, principal festividad de los masones, ha sido deliberadamente escogida por ellos para hechos trascendentes. Por ejemplo, la masonería moderna nació en Londres cuando se juntaron las cuatro logias el 24 de junio de 1717.

—¿Y qué hay de la Magdalena?

—Ella es la otra mitad de la clave en toda esta historia. Fue recién reivindicada a partir de la Edad Media pero, de alguna manera, se ha mantenido velada la verdadera creencia sobre su papel, aunque hay indicios como los templos dedicados a Notre Dame el culto a las vírgenes negras. Hasta llegar a fines del siglo XIX, al misterio del cura Sauniere en ese pequeño pueblo llamado Rennes-le-Chateau. Por algo que había encontrado, no se sabe qué, logró reunir sumas exorbitantes de dinero. Probablemente información que colocaba a María Magdalena en la cúspide del cristianismo y que canjeó por dinero. Con ese dinero construyó, escuchá bien estos nombres, Villa Betania y la Torre Magdala.

—Entonces, la idea de Guillermo es que la Magdalena estaba enlazada con Juan Bautista y no con Jesús.

—Efectivamente, esa es la teoría de Guillermo. Según él, hay un hecho crucial para el desciframiento del enigma. La coronación del rey…

—¿De qué rey estás hablando?

—De Jesús. La historia dice que el pueblo judío esperaba dos mesías y no uno. Uno sacerdote, que podría ser Juan Bautista, y otro rey, tal vez Jesús. ¿Te acordás de la inscripción en la cruz? INRI, Jesús rey de los judíos.

—¿Te parece? ¿No habrá sido una alegoría a alguna otra cosa?

—¿Alegoría a qué?

—Tal vez una humillación a quien iba a morir crucificado.

—No creo. Por lo que sabemos, aquel asunto tuvo gran repercusión en el pueblo, a favor y en contra. Eligieron salvar a Barrabás en lugar de a Jesús. ¿Te imaginás luego a Pilatos dando la orden, irónicamente, de inscribir en la cruz el título de rey a alguien a que iban a crucificar? ¿Y en nombre de Roma? ¿Cómo te parece que habría reaccionado el pueblo, ya tan convulsionado? No parece un acto propio de quien la historia recuerda por haberse "lavado las manos".

—Planteado así, supongo que no… También habría sido una gran afrenta al resto del pueblo judío.

—Más aún si tomamos en cuenta la entrada de Jesús a Jerusalén. Una copia exacta de la entrada de Salomón cuando lo erigieron rey. Montado en una mula o pollino, como te guste, las hojas de palma… Si todo fue así, Jesús, por linaje davídico, entró como rey y luego, crucificado, aclararon que era rey o que algunos lo consideraban como tal. Si fue así, entonces tendríamos que tener en cuenta otro punto.

—¿Cuál?

—¿Quién coronó al rey? Y además, quién estaba legitimado para coronar a un rey.

—No creo que eso conste en ningún lado.

—Es cierto, sin embargo… —lo que estaba explicándole no era mi creencia, estaba reproduciendo los argumentos de Guillermo. ¿Tanto me habían influido sus ideas?

—Sin embargo, ¿qué? —me apuró.

—A María Magdalena, o María de Betania, ya desde la Edad Media las obras de arte la representan siempre con un frasco de ungüento. Para todos los evangelistas, de alabastro. Ese frasco recuerda la unción de Jesús en Betania. Mateo afirma que el ungüento era muy caro. Marcos aclara que se trataba de "puro nardo". En aquella época el nardo, extremadamente caro, se utilizaba para la unción de reyes o de matrimonios dinásticos. Pero, repito, si todo fue así, ¿quién te parece que podía ungir a un rey?

—Indudablemente alguien muy poderoso. Un rey, una reina…

—¡Bien! Por ahí va la locura de Guillermo. Y todo indica que María Magdalena es María de Betania.

—Suponiendo que fuera así, ¿dónde estaría la relación entre Magdalena y el Bautista?

—Esa ha sido la gran incógnita que siempre ha aquejado a Guillermo.

—¿Y logró resolverla?

—Una simple hipótesis. Indemostrable, como sucede con la mayoría de los acontecimientos del pasado. Por lo menos hasta que nuestra especie pueda viajar en el tiempo para confirmar la historia —sonreí —. Lo cierto es que todo esto lo llevó a estudiar las costumbres del pueblo judío en el siglo I, y basado en ellas arriesgó su hipótesis. Por cierto, una teoría bastante estrambótica para esclarecer aquel "secreto ineludible", como él lo llamó.

—¿Entonces?

—Por un lado, era obligatorio para los rabinos de aquella época estar casados. Por otro, la Ley de Levirato dictaminaba qué hacer con las viudas. "Levir", palabra latina traducción de la hebrea "yabam", que significa cuñado. El levirato era un deber, y esa ley mencionada en la Biblia se aplicaba en todo Oriente Medio.

—¿Qué determinaba?

—A las viudas sin hijos la ley les prohibía volver a casarse con alguien ajeno al núcleo familiar. Conminaba a los cuñados a que alguno de ellos la tomase por esposa y, así, asegurarle descendencia al hermano difunto.Lo más interesante es que el primogénito de esa

unión era considerado hijo del difunto.

—Supongo, por cómo has montado la argumentación, que tu amigo sospecha que la Magdalena y el Bautista estaban casados. Y aunque hubiera sido así, Jesús y el Bautista no eran hermanos. No comprendo la asociación de Guillermo.

—A pesar de que la ley se aplica entre hermanos, según Guillermo podría haberse usado también entre primos cercanos. En Oriente Medio cada pueblo establecía un orden particular de candidatos. Los jeteos llegaban a incluir a los sobrinos. Pero su teoría es un poco más compleja. Existía una extensión de la Ley de Levirato, que por aquella época llamaban Rescate. Se aplicaba a otros familiares, cuando el difunto no tenía hermanos. La Biblia menciona el caso de Rut y el rico Boz —según me había contado Guillermo—. Debía haber por medio una propiedad de la viuda que el rescatador debía comprar para adquirir, con ella, a la viuda.

—¿Betania? Me parece una hipótesis bastante rebuscada.

—A mí también. Además, el propio Guillermo reconoce un problema: si el Bautista era un esenio, como afirma la mayoría, los esenios no contraían matrimonio.

—¿Entonces?

—A pesar de todo, según él, es una de las pocas alternativas que explica aquel triángulo tan misterioso. La reina viuda ungiendo al nuevo rey y teniendo descendencia en nombre del difunto.

—Me parece que ustedes están cada día más locos —Vicky rió con ganas.

Cambiar el enfoque de nuestras preocupaciones con esta charla había sido milagroso. Tanto, que me dio un beso en los labios.

—¡No me incluyas! —contesté riendo y feliz con su cambio de ánimo—. El loco es él, yo solo me he limitado a repetir sus extravagantes ideas. De cualquier manera puede llegar a tener alguna lógica si se quiere explicar por qué los elegidos por tantos fueron el Bautista y la Magdalena, y no Jesús. Así se explicaría la elección de patronos, la Herejía Juanista, la unción de Jesús por María Magdalena —concluí lo que parecía no dar para más.

—Sos un loco, pero un loco lindo —dijo antes de darme otro beso.

Si seguía mal lo estaba disimulando muy bien. O tal vez solo era una fachada para no preocuparme.

77

10 de septiembre de 2001, París

Habíamos decidido no escondernos más como ratas hasta decidir qué hacer. Solo algo de camuflaje y el cambio de barrio. Ambos usábamos anteojos negros, ella un sombrero y yo una gorra tipo béisbol.

Sabíamos que debíamos irnos de París lo antes posible. Pero el miedo nos había paralizado y no encontrábamos una solución. Además nos angustiaba saber que el paso del tiempo nos perjudicaba.

Aún sentados al aire libre, habíamos terminado de almorzar y de tomar varios cafés en un bistró.

—¿Estás cansado?

—Un poco, ¿por qué?

—Dos posibilidades. Elige la que más te agrade. Ir al hotel a dormir una buena siesta o hacer una visita a un sitio que se me acaba de ocurrir.

—¿Cuál?

—La iglesia de la Madeleine. Por todo lo que hablamos hace unos días.

—¿Estamos lejos?

Vicky desplegó el mapa de París sobre la mesa.

—A ver… Estamos aquí —señalando con su índice la Place de l'Alma—. Podemos caminar por la orilla del Sena hasta Place de la Concorde y desde allí son unas pocas cuadras hasta la Madeleine. ¿Qué te parece? Tenemos que volver a vivir hasta que nos llegue la hora.

—Vamos —le concedí.

Después de pasar Place de la Concorde caminamos por Rue Royale acercándonos a aquella majestuosa iglesia.

—Seguramente la construyó Napoleón —comenté en la Place de la

Madeleine, frente al imponente edificio de estilo románico.

—Ni idea, sentémonos unos minutos para verificarlo.

—Parece que no fue Napoleón —comentó tras consultar la guía de bolsillo sobre los monumentos parisinos que siempre llevaba en su cartera—. Por lo que dice aquí, su construcción comenzó en 1764. Luego cambió de arquitecto y de diseño en 1777. Parece que la Revolución Francesa detuvo la obra hasta que después sí, en 1806, Napoleón retomó el proyecto en honor de la Gran Armada. Pero no logró finalizarlo. Para 1828 estaba aún si terminar y en 1837 decidieron que iban a usarlo como estación de tren. Recién en 1842 Luis XVIII decidió que iba a ser una iglesia católica, hoy abadía benedictina.

Ya dentro de la imponente iglesia nos llamó la atención el estilo barroco que contrastaba con el románico del exterior. Pero lo que más nos deslumbró fue la estatua de María Magdalena, central en aquella escenografía, elevándose a los cielos asistida por dos ángeles.

Nos sentamos en un banco ya que Vicky quería leer algo sobre la escultura.

—La hizo el barón Carlo Marochetti —comentó en voz baja—. Nació en Turín pero se crió en París. Hizo otras obras importantes. Mencionan uno de los paneles del Arco de Triunfo y una estatua de Ricardo Corazón de León en el exterior del Palacio de Westminster, en Londres.

Nos acercamos a la estatua para mirarla desde todos los ángulos.

—¿Ves lo que veo? —me preguntó excitada—. ¿Qué es lo que ves?

—¿Qué veo? —respondí sin saber qué quería que viera. Tampoco entendía el motivo de su excitación—. Me parece magnífica —respondí dubitativo.

—Entonces estoy demasiado influida por nuestras charlas y las famosas teorías de tu amigo. Debo estar alucinando…

—¿A qué te referís?

—¿No te das cuenta? ¡Está embarazada!

Volví a observarla de costado y tenía razón. El embarazo se evidenciaba a través de la túnica. No lo podía creer ¿Se trataba de otra manifestación de la Herejía Juanista, y tan a la vista?

—Sólo una mujer podía darse cuenta —le dije dándole el crédito por su descubrimiento.

Sonriendo, me dio un beso. Ni en sueños imaginábamos lo que pronto sucedería.

78

Martes 11 de septiembre, París

Aquella mañana, asumiendo un comportamiento más que temerario respecto de lo que debíamos hacer, fuimos a visitar el barrio de Le Marais donde habían vivido tantos políticos influyentes y tantos personajes ilustres, especialmente en épocas de Luis XIV y Luis XV. Nos encantaba el estilo tan particular de la Place Des Voges y las suntuosas construcciones que la enmarcaban. Paseamos, tomamos café y entramos a varias tiendas. Vicky compró un vestido que le había gustado. Negro, bastante escotado y con la espalda completamente descubierta. Muy sensual.

Ya pasado el mediodía decidimos almorzar allí, en un restaurante con mesas en la vereda. Nos inclinamos por lo mismo, pastas y agua San Pellegrino. Fue entonces cuando decidí contarle lo que había diferido hasta estar tranquilos.

—¿Sabés? Anoche tuve un sueño muy especial.

—¿Qué soñaste?

—Sobre lo que hablamos tantas veces, el proyecto de llegar a toda la humanidad con un mensaje aceptable por todas las creencias…

—Y qué soñaste.

Iba a contarle el sueño cuando se desató lo inimaginable. Gritos por doquier. Desgarradores. Gente completamente alterada gritando y moviéndose alocadamente sin sentido. El espanto y el descontrol se iban propagando por el aire, como si repentinamente una locura colectiva hubiera poseído a la mayoría. El griterío parecía provenir de todos lados y cuando parecía terminar resurgía diseminado en nuevas voces de almas heridas.

Vicky me tomó la mano, horrorizada. Su mano fría y sudorosa parecía pedir explicaciones que yo no podía darle. Tomándola

firmemente de la mano la obligué a levantarse.

—Vamos a ver qué pasa.

Entramos al restaurante donde ya se había acumulado mucha gente frente al televisor sobre la barra.

—¡Qué horror! —gritó Vicky espantada mientras pasaban la imagen de un avión de línea chocando contra una de las torres gemelas de Nueva York.

Aquella imagen era repetida una y otra vez y, enseguida, lo totalmente inesperado. Otro avión impactando la segunda torre.

—¡No puede ser casualidad! ¡Dos aviones chocando con las dos torres! —agregó mirándome como un búho, aterrorizada.

Me di cuenta de que Vicky estaba entrando en shock. Dejé el dinero sobre la barra y decidí sacarla rápidamente de allí. Al hotel.

Caminamos unas cuadras hasta la Bastille para tomar el metro, Vicky aferrada a mi brazo, rígida, y su mirada perdida, como la de un zombi. Línea 1 hasta Museo del Louvre. Había decidido no hablar hasta poder decir algo coherente, pero estuve obligado a mantener silencio.

Los que nos cruzábamos en nuestro camino no ayudaban. Algunos hablaban solos, otros lloraban, otros hablaban a los gritos, sin escucharse, claramente descontrolados. Eran pocos los que todavía preguntaban qué estaba sucediendo. Me imaginé al planeta entero padeciendo similares reacciones. ¿Cómo estarían mis hijos y sus familias?

Finalmente llegamos y nos topamos con el empleado de la recepción detrás del mostrador. No atiné a otra cosa que llevarme ambas manos a la cabeza.

—¡Que espanto! —me devolvió juntando las palmas de las manos delante del pecho. Como rogando, a no sé qué entidad, que lo que estaba pasando no fuese cierto.

Vicky seguía perdida, en silencio. La acosté sobre la cama, la acaricié y le daba besos en la frente.

—Todo va a estar bien —traté de consolarla sin convicción.

Ella miraba algún punto del inexpresivo techo.

Necesitaba saber qué estaba pasando ya que, muy probablemente,

debía tomar decisiones urgentes. Interpuse una silla entre Vicky y el televisor y lo encendí, con el volumen muy bajo. ¡Las dos torres se habían derrumbado! La televisión repetía sin cesar aquellas espantosas imágenes, una y otra vez, grabándolas a fuego en la memoria de todos los miembros de la especie. Intercalando los registros de los impactos de los aviones con otros quizá más terroríficos aún, los de las personas que se habían arrojado desde las alturas. Las nubes expansivas de tierra y humo que divergían desde el epicentro de la tragedia resultaban más rápidas que quienes huían.

Por la salud de Vicky bajé del todo el volumen, pero seguí mirando. Luego volví a su lado para seguir acariciándola, suavemente, como a un niño. Cada tanto le hablaba al oído. Ella seguía igual, con la mirada fija y extática. Y así pasaban las horas.

—Te amo y te necesito —le susurraba—. Tenés que reponerte. Muy pronto tendremos que ponernos en movimiento.

Sus ojos finalmente comenzaron a moverse, lentamente. Me miró extrañada, como preguntando qué había pasado. Luego dormitó por espacio de una media hora.

Fue una frase la que terminó por devolverla al mundo.

—Necesito tu opinión. ¡Por favor, mi amor!

Nos abrazamos en silencio y así permanecimos no sé cuánto tiempo. Después de una ducha, parecía reconfortada. Aceptó salir a cenar. Luego de que probó su copa de vino le pregunté cómo estaba.

—¿Te sentís mejor?

—Bastante cansada. Mentalmente. ¡Qué horrible!

—¿Querés que te cuente algo sobre el atentado o preferís evitar el tema?

—Ya estoy bien. Si crees que algo de esto puede ser de nuestra incumbencia, adelante.

—Creo que sí, y sería importante tu opinión. Parece que un tal Osama Bin Laden, el jefe de una organización terrorista islámica, fue el cerebro del ataque.

—¡Qué espanto! —exclamó indignada—. ¿Te das cuenta de lo que somos como humanidad?

—¡Lamentable!

Ya casi completamente repuesta, le habían vuelto las ganas de hablar y desahogarse.

—Por Dios. Hace un año me comentaron que las familias, los Bush y los Bin Laden, ¡son socios en compañías petroleras!

—¿Socios? ¡No lo puedo creer!

—Vamos a tener que buscar los datos. Si llega a resultar cierto tendrás que reconocer tu derrota absoluta en cuanto a conspiraciones —intentó bromear, sin gracia alguna.

—Si resulta así tendré que reconocer tu triunfo y someterme a pagar la apuesta —dije en tono de broma.

—¿A qué te refieres?

—A la apuesta en el bar Pierre Loti, en Estambul. ¿Te acordás?

—Ah, sí —rió—. Ya voy a reclamar mi premio. Si, como parece evidente, se trata de una conspiración en los niveles más altos, lo más probable es que jamás encuentren a ese tal Osama. En un mundo totalmente controlado por los servicios de inteligencia y plagado de satélites, quizá jamás lo encuentren. Tal vez incluso ni siquiera destinen todo el poderío de los Estados Unidos para apresarlo.

—Vamos a ver qué sucede. Lo más lógico sería que no pase más de una semana hasta que lo atrapen o lo maten.

—Eres muy inocente, mi amor. No vas a cambiar jamás —fue su sentencia—. Creo que tu amigo Guillermo tiene razón. Si no se logra cambiar la imagen de Dios, coincido en que no tendremos salida. Todo seguirá igual por siempre. Las Cruzadas, la Jihad, las posiciones extremas de algunos ortodoxos judíos…

Ya habíamos terminado de cenar y estábamos tomando café cuando compartí con Vicky lo que tanto me preocupaba.

—Creo que con este atentado las cosas se nos han complicado aún más.

—¿Por qué te parece eso?

—Lo más probable es que comience una caza de brujas en todo el planeta. Y recordá lo que dijeron de nosotros.

—¿Que estábamos relacionados con el terrorismo internacional?

—Sí, justamente eso. Si llegan a encontrarnos nos resultará muy difícil demostrar lo contrario.

—¿Entonces? ¿Qué propones que hagamos?

—Creo que llegó la hora de tomar la gran decisión. Aparecer en público o desaparecer en serio.

—Mira tú qué fácil lo planteas. Estamos en esto hace meses y jamás hemos podido encontrarle solución.

—Creo que llegó el momento de jugar fuerte.

—Mi amor, el problema es que nosotros no tenemos con qué jugar fuerte.

—Tenés razón, pero debemos confiar en la fuerza que aparentemente nos ha estado ayudando. Sé que es casi imposible, pero tal vez tengamos suerte y lo logremos.

—¿No te alcanza con estar juntos?

—¿Pero así? ¿Por cuánto tiempo podemos mantener esta situación? ¿Qué hay sobre reintegrarnos a una vida normal, trabajar, ver amigos? ¿Cuánto tiempo nos durará el dinero? Estoy seguro de que si no estuviéramos juntos ya habríamos cometido alguna locura. No, mi amor. Creo que debemos intentar algo. ¡Juntos! Juntos creo que podremos lograrlo.

—¿Tienes algún plan?

—Sí. Es descabellado, pero creo que es lo único que podría limpiar nuestros nombres y liberarnos para poder vivir vidas normales.

—Prefiero que no me lo cuentes. Por lo menos hoy no. No estoy aún con ánimo, y mucho menos con valor. Pero haré lo que me pidas. Una sola pregunta.

—Adelante.

—¿Cuándo y dónde?

—Debemos partir lo antes posible, mientras dure este estado de confusión. Antes de que introduzcan sistemas de control más rígidos, que creo que es lo que sucederá muy pronto.

—Falta contestar una parte de la pregunta. ¿Dónde vamos?

Tardé unos segundos en responder. Finalmente decidí decírselo.

—Nos vamos a Washington.

—¿A Washington? ¿A la mismísima boca del lobo? ¡Estás completamente loco!

79

Lo logramos. Cinco días después del atentado contra las Torres Gemelas volamos de París a Miami en un clima humano muy enrarecido. Pensé que en Florida habría menos controles que en Nueva York o Washington. Mucha confusión y tensión reinaba en los aeropuertos. Por fortuna para nosotros, y no para quienes les tocaba en suerte, en aquellos primeros días se ocupaban casi exclusivamente de los musulmanes, elegidos arbitrariamente por sus vestimentas o su origen, para averiguaciones que casi con seguridad nadie sabía adónde debían conducir.

Lo cierto es que nuestro paso, excluyendo los temores interiores, resultó sencillo. Los pasaportes falsos funcionaron a la perfección, las máquinas los reconocieron como originales. Era indiscutible que Sebastián sabía lo que hacía. Y a diferencia de nuestra llegada a París, con nuestras mochilas solamente, esta vez traíamos dos maletas cada uno. Ropa de origen casi exclusivamente francés. Decidimos viajar de Miami a Washington en tren.

Una vez más, uno de los grandes dilemas era el alojamiento y no poder presentar tarjetas de crédito. Elegimos uno que Vicky ya conocía. Había parado ahí en ocasión de un Congreso Mundial de Biología, dos años antes. Un Marriot Courtyard al noroeste de la ciudad sobre Connecticut Avenue.

El argumento para escapar al problema de las tarjetas fue que las habíamos perdido y que las nuevas nos las darían en un par de días. Nos exigieron pago por adelantado de dos días de alojamiento sin posibilidad de extras, pero esta vez hicieron fotocopias de nuestros pasaportes. Sabiendo que tarde o temprano ese asunto nos crearía problemas, al día siguiente alquilamos un departamento.

Ya instalados, alternábamos visitas turísticas con momentos de reflexión. Cada uno necesitaba decantar sus aprendizajes personales.

Aún faltaba para el asalto final. Se me había ocurrido hacerlo en una fecha muy especial, cuando seguramente muchos de quienes podían atraparnos se encontrarían con la guardia baja.

—No me cuentes nada hasta un par de días antes —me había rogado Vicky—. Hasta entonces prefiero estar tranquila, sin pensar en el tema.

Una noche, mientras cenábamos en un restaurante italiano a pocas cuadras del departamento, al tiempo que mojaba un pequeño trozo de pan casero en un platito con aceite de oliva que había condimentado con pimienta, Vicky me dijo:

—¿Te puedo preguntar algo?

—Por supuesto —su dulce sonrisa abría todas mis puertas, con acceso a lo que quisiese.

—Antes un brindis —propuso levantando su copa—. Por la magia entre nosotros, por la magia de la maravillosa vida.

Después de chocar las copas y beber, me preguntó.

—¿Te arrepientes de cosas que has hecho en tu vida?

—Por supuesto —respondí casi automáticamente—. ¿Y vos?

—Yo no. Y no lo digo porque creo haber hecho todo bien.

—¿Entonces?

—Verás… Es evidente que muchas veces podría haber actuado diferente. Si te gusta más, podría haber hecho mejor las cosas. Evitando los traumas y el sufrimiento. Pero sucede que estoy convencida de que las hice de esa manera porque era lo mejor que pude hacer en ese momento. Y aunque salieron mal o produjeron sufrimiento, ese aprendizaje era el que necesitaba para darme cuenta hoy de que se podrían hacer mejor.

—Estamos de acuerdo.

—Pero, por tu respuesta inicial, tal vez nuestras posiciones difieran.

—¿En qué?

—En el concepto que subyace, el arrepentimiento. Querer haber hecho las cosas diferentes parece una forma de arrepentimiento. Y el arrepentimiento, en la mayoría de los seres, está acompañado por el sentimiento de culpa. Una culpa que en algunos puede eternizarse, cargando una pesada cruz de por vida. Por el contrario, si no me dejo

invadir por el arrepentimiento y la culpa, herencia de nuestro origen judeo-cristiano, sino que simplemente acepto que algo pudo hacerse de otro modo, mejor, entonces logro liberarme de esa espantosa carga. Si no pude hacer algo mejor en su momento fue por mis imperfecciones. Fue porque estaba aprendiendo. Si no hubiese aprendido a partir de mi equivocación probablemente hoy no estaría dándome cuenta de que podría haberlo hecho mejor.

Sin duda Vicky había logrado encontrar un modo de justificar lo que había hecho con su secuestrador. Reflexioné sobre sus palabras. Si volviera a nacer no tenía dudas de que haría muchas cosas de manera diferente. Sin embargo, Vicky tenía razón. Para actuar diferente es imprescindible el conocimiento adquirido luego, en el momento en el que se evalúa lo hecho. Pero lo que me impactó fue su reflexión sobre la culpa. Yo estaba lleno de eso.

Ya sobre el café, Vicky inició una reflexión que resultó ingeniosa. Sus ocurrencias eran otra más de las razones para amarla tanto.

—¿Sabes? He estado pensando bastante sobre los paradigmas.

—¿Y?

—Analizándolos, muchos resultan más que curiosos.

—¿Por ejemplo?

—Nos han enseñado que una de las causas que justificaron la colonización de América, con todas sus maldades incluidas, fue que los indígenas americanos se favorecieron con la civilización europea. De algún modo, como una ayuda cultural para la evolución de la conciencia. Resumiéndolo, se dice que los indios eran salvajes. Barbarie que necesitaba ser civilizada.

—Te confieso que no he pensado demasiado sobre el tema.

—¿Qué tal entonces si lo hacemos de otra manera? Te haré preguntas al estilo socrático. ¿Te parece bien?

—Me divierte, adelante.

—La primera pregunta es sobre el mundo actual, después de todos estos siglos de evolución cultural, o tal vez estaría mejor dicho culturizadora. Aquí va: ¿qué es lo que la mayoría anhela después de haber trabajado toda la vida y logrado cierto respaldo económico?

—Tranquilidad, reposo, disfrutar de hobbies, viajar.

—Bien. ¿Cómo y dónde se puede hacer lo que mencionaste?

—Imagino que escapando de las grandes ciudades, reconectándose con la naturaleza en algún sitio que a cada uno le parezca especial.

—¿Puedes mencionar las características genéricas de esos lugares?

—Junto al mar, un lago, un río, el campo, las montañas…

—De acuerdo. Acordamos que esta podría ser la meta para muchos. ¿Te parece que todos los que así lo desean lo logran después de una vida de arduo trabajo?

—No, para nada. Quizá solo lo consiguen por unos pocos días, eso que llamamos vacaciones y que el sistema hace que cada vez sean más cortas. Un grupito, los más ricos, sí logran hacer de eso su estilo de vida.

—Vamos por donde suponía. Ahora, ¿y sobre esos hobbies conectados a ese entorno natural? Trata de nombrar algunos, excluyendo los que necesiten de alta tecnología, como volar.

—Pescar a orillas de un río o un lago, escalar, para algunos cazar. No sé, supongo que habrá otros pero en este momento no se me ocurren.

—No importa, con esos ejemplos alcanza. Llegamos al punto, entonces, que los humanos, o por lo menos la mayoría, buscamos tranquilidad y reposo, y que eso se logra, en muchos casos, reconectándonos con la naturaleza. Y por último, que algunos consiguen disfrutar mejor y por más tiempo.

—Hasta ahora, coincidimos.

—La última pregunta entonces. ¿Qué es lo que hacían aquellos indígenas americanos de vida supuestamente salvaje cuando los conquistaron?

—Jajaja —estallé con una carcajada.

—¿Lo ves? Los paradigmas cambian. Hasta parecerían funcionar en círculos, como un perro tratando de morderse la cola —rió.

—Entonces, ¿qué deberíamos hacer?

—Simplemente replantearnos permanentemente en qué creemos y por qué.

80

Sábado 13 de octubre de 2001, Washington DC

Desayunamos fuera del hotel, bastante temprano para nuestras costumbres, a las ocho de la mañana. Si todo salía como lo había pensado, terminaría siendo el día más importante de nuestras vidas y, también, el momento a partir del cual podríamos liberarnos de la terrible pesadilla padecida durante los últimos meses y que ya no tolerábamos más. Amenazados de muerte y sintiéndonos permanentemente perseguidos, sin posibilidad alguna de vivir en libertad. Si en cambio salía mal, terminaríamos presos o muertos.

Todo lo que se sospechaba que sucedería se había cumplido. El mundo había tomado una dirección de fatalidad inminente y sin precedentes. Parecían avecinarse venganzas que se retroalimentarían hasta la eternidad. Nuevamente el ojo por ojo en su máxima expresión. ¿Cuándo aprenderíamos?

—¿Estás seguro de lo que vamos a hacer? —me preguntó Vicky mientras cada uno tomaba su café.

—¿Quién puede estar totalmente seguro de nada? Es lo mejor que podemos hacer después de haber perdido a quienes iban a elaborar el paradigma. No lo esperábamos, ¿no? ¿O tal vez estaba escrito que sucedería? ¿Estás segura de que no querés conocer el plan?

—No. Confío en ti. Has sufrido una enorme evolución desde que te conocí. Si lo que vaticinó el Oráculo es real, es a ti a quien le ha sido encomendado este momento. Por otro lado, saber me produciría enorme ansiedad y angustia. Prefiero simplemente seguirte.

El plan estaba en marcha. La tarde anterior, después de cambiar billetes por monedas, sin decirle nada a Vicky había salido solo del hotel para hacer una llamada desde un teléfono público. A la vieja usanza.

Una llamada con la que me estaba cobrando parte de lo que creía que Guillermo todavía me adeudaba. “Solo en caso de extrema necesidad y urgencia podés comunicarte conmigo. Te la debo por todo lo que te he hecho pasar… Lo ideal sería que me llames a la universidad… Estoy allí los miércoles y viernes, de 18 a 20, hora de Argentina”.

—¿Quién habla? —preguntó después de un par de minutos que necesitaron para localizarlo.

—Hola. ¿Cómo estás? Soy Pedro.

—¡Pedro! ¿Están bien? ¿Dónde se encuentran? ¿Siguen todavía en París? —me acribillaba a preguntas.

—No. En Washington. Y hemos decidido jugarnos. Vamos a hacer una movida final en este extraño tablero. ¡A todo o nada!

—¿Estás seguro? ¿Lo han pensado bien? ¿Qué hacen en Washington? —no paraba de hacerme preguntas—. No parece el momento más apropiado. Por otra parte la atención pública está en otro lado, preocupada por lo de las Torres. No creo que pueda interesarle lo de ustedes.

Tenía ganas de contarle muchas cosas. Pero rápidamente tomé conciencia del cuadro de situación.

—No hay tiempo para explicaciones. Si llega a salir bien, te darás cuenta de la lógica de todo esto. Si no, te quedarás con la idea de que nos equivocamos, que fuimos temerarios.

—Ya veo… No tenés intención de discutir tu plan. ¿Entonces?

—Necesito la ayuda de ustedes. Me la prometiste. Y es de vida o muerte.

—¿Qué tenemos que hacer?

—No puede haber errores. Exactamente a las diez de la mañana, hora de Washington —y lo enfaticé para que no hubiera equivocaciones—, deberán informarles a todos los medios televisivos, escritos y agencias de noticias norteamericanas e internacionales, que a las doce horas, exactamente al mediodía, dos científicos sobrevivientes del atentado de Estambul darán una conferencia de prensa explicando todo lo sucedido. Tendrá lugar en… —y terminé de contarle el plan.

—¡Estás loco de remate! Pero igual trataremos de ayudarlos.

Con esas palabras concluyó la conversación telefónica.

Esperaba que Guillermo lograra hacer lo que le había pedido la tarde anterior.

Seguíamos tomando el desayuno y leyendo el diario, intentando mostrar tranquilidad, como si fuese un día cualquiera. No quería contagiarle a Vicky la ansiedad que me carcomía, ni tampoco dejaba de plantearme, una y mil veces, si había tomado la mejor decisión.

—Vamos. Es hora de movernos —le anuncié a las nueve y media.

Decidió seguir adelante, sin preguntas, situación que aumentaba mi responsabilidad en caso de fracaso. Caminamos las pocas cuadras que nos separaban del Dupont Circle para llegar al metro. Tomaríamos la Red Line hasta Metro Center y desde allí conexión con la Blue Line dirección a Franconia-Springfield.

Eran las diez en punto, hora en que debía estar poniéndose en marcha el operativo para informar a los medios cuando el subte paró en la estación Rosslyn. Reí para mis adentros. Recordaba lo que Guillermo me había contado. Su teoría de que los constructores de Washington habían usado ese nombre en homenaje a los templarios. Veladamente, o no tanto. Pocos minutos después llegamos a destino, la estación King Street, en Alexandria.

—¿Qué hacemos acá? —finalmente preguntó Vicky algo nerviosa—. No, está bien. No me lo digas —recapacitó.

Tomándola de la mano, cariñosamente pero con firmeza, caminamos unas cuadras hasta enfrentarnos con aquel majestuoso monumento ubicado en lo alto de una pequeña colina. El enorme parque por delante de su frontispicio impactaba por la enorme G diagramada sobre el césped. Una letra muy especial, una clara referencia a quien los masones consideraban el Creador. En honor a ese a quien denominaban Gran Arquitecto del Universo.

Ya estábamos en el George Washington Masonic Memorial.

—¿Por qué elegiste este lugar? —me preguntó intentando controlar sus nervios.

—Porque basándome en lo que hemos analizado, fue lo que me pareció lo más representativo.

—No entiendo…

—El mundo moderno nació en el siglo XII, después de la Primera Cruzada. Y los templarios fueron quienes de alguna manera le dieron su forma, dando origen a casi todo lo que conocemos en nuestro sistema de vida. Sistemas bancarios, transacciones de dinero, y tantas otras cosas —comenté brevemente—. Fueron los masones, o por lo menos un grupo de ellos quienes, incorporando aquellas novedades, y a partir de las revoluciones americana y francesa, las implementaron en todo el mundo. Y eso no es otra cosa que el paradigma reinante. Pero volviendo a los templarios, siguen siendo parte importante en las creencias de las logias masónicas actuales, incluso algunas argumentan ser sus verdaderos sucesores.

—¿Entonces?

—Pensé que si queremos alertar sobre la necesidad de un cambio de paradigma, tal vez sea este uno de los lugares más apropiados para hacerlo —dije, aunque cuando lo hice me pareció que no era un argumento tan sólido como lo había pensado de entrada.

Los gestos de Vicky expresaban claras dudas sobre mi elección. A mí me pasaba lo mismo.

Aunque no se lo dije, la fecha elegida también tenía su razón de ser. Era el día de una de las celebraciones más importantes de los Caballeros Templarios. Había averiguado que ese día, en ese mismo lugar, harían un acto ataviados con las vestimentas características de su orden.

Las diez y veinte.

—La próxima visita guiada al edificio comienza a las diez y media —nos había anunciado el señor sentado tras el mostrador de la boletería—. Y dura aproximadamente una hora.

Perfecto, pensé. Para cuando terminásemos la visita ya serían casi las doce. Pero, además, la ceremonia de los templarios, aparentemente programada para la trece, estaría en plenos preparativos. Había planeado que si decidían bloquearnos la entrada después de enterarse de nuestra conferencia de prensa a través de los medios, no lo lograrían ya que para entonces estaríamos dentro del edificio. Suponía que lo último que se imaginarían era que estábamos en medio de una

visita guiada dentro del George Washington Masonic Memorial. Nos tocó un guía maravilloso, un hombre de unos setenta años que se declaró masón y confesó que amaba sus creencias y se sentía orgulloso de ellas. Era tranquilo y pausado en sus explicaciones y comentarios. Éramos siete los de la visita guiada. Nosotros, dos parejas de brasileños que rondaban los cincuenta y un solitario que dijo ser británico.

Fue guiándonos por los pisos, subiendo por un cerrado y algo tétrico ascensor. En cada uno de ellos se encontraba la sede de una logia diferente.

El piso de la Royal Arch Masonry mostraba una escenografía muy particular. Los dos famosos pilares del Templo de Salomón, Jakim y Boaz, el candelabro de siete brazos, el Arca de la Alianza y grabados de época, en Egipto, con la Piedra Fundamental. Y a cada lado del Arco, Moisés y Salomón.

El piso de la York Rite y Grottos' decía que habían pertenecido a esa logia varios presidentes de los Estados Unidos, entre ellos Harding, Ford, Truman y Roosevelt. Los Grottos' respondían a la Mystic Order of Veiled Prophets of Enchanted Realm. El símbolo de esa Orden era la imagen de un profeta de tez oscura con la cabeza cubierta al estilo árabe. ¿Qué conexión tendrían con los musulmanes?

También nos llevó a recorrer el piso dedicado a George Washington. Nos maravilló la colección de sus efectos personales.

Finalmente llegamos al piso de los Caballeros Templarios. Seguían vivos como logia, o por lo menos quienes frecuentaban ese piso decían ser sus continuadores. Me sorprendió el vitreaux ubicado en el centro de aquel espacio. Tanto me impresionó que me cuesta recordar detalles, considerando además lo que sucedió poco después. Pero creo que era más o menos como voy a describirlo, al menos en su simbología. Jesús en la cruz, aparentemente aún moribundo. Debajo de la cruz una mujer muy triste, supuestamente María Magdalena, creo que arrodillada o en cuclillas y mirando, no a Jesús sufriente, sino a una calavera tirada en el piso. ¡A una cabeza cortada! ¿Sería la de Juan Bautista? El otro personaje representado en aquel sagrado paisaje, ubicado del otro lado de la cruz, debido a su juventud,

seguramente era San Juan. De pie, mirando a Jesús y con un brazo abierto, con la palma de la mano hacia adelante, en dirección hacia la calavera, como señalándola, quizá pidiendo explicaciones. Me pareció que se ajustaba a lo que Guillermo me había contado sobre la Herejía Juanista.

Empecé a ponerme nervioso cuando la visita terminó y, por ende, se acercaba la hora del desenlace.

Bajando por el ascensor hacia el hall de entrada, me carcomía una duda. ¿Cómo seguiríamos si Guillermo no había logrado congregar a la prensa?

81

Aún faltaban veinte minutos para la hora señalada. No tenía idea de lo que sucedía fuera del templo masónico, pero notaba que Vicky estaba cada vez más tensa. Decidí prolongar unos minutos la visita quedándonos con el guía, que seguía contestando preguntas al curioso grupo que integrábamos.

Mi reloj marcaba ya las doce menos cinco. Le hice señas a Vicky para que permaneciese con el grupo mientras yo me dirigía a la entrada. Quería ver qué estaba sucediendo afuera. Podía ser que no estuviera pasando nada si Guillermo no había logrado hacer los contactos pertinentes.

Por suerte el plan se estaba cumpliendo. No como lo había imaginado, pero estimé que la cantidad de gente reunida era suficiente para nuestros fines. Serían cerca de cien personas las que se habían congregado sobre las escalinatas. De pronto me sobresalté al ver entre la gente pancartas que sostenían unos pocos manifestantes ubicados en las últimas líneas. “Prisión para los terroristas de Estambul”, decía una, y un par más de similar significado.

Había alrededor de veinte agentes de policía y muchos periodistas, algunas cámaras de televisión y cinco camiones de exteriores. Además andaban por la zona algunos de quienes participarían en la ceremonia programada para una hora más tarde. Se los distinguía claramente por sus extravagantes atavíos ceremoniales.

¿Los policías iban a arrestarnos sin prolegómeno alguno, sin darnos la oportunidad de hablar con la prensa? La idea me llenó de espanto. ¿Cómo reaccionaría Vicky cuando viese lo que yo estaba viendo? ¿Habría agentes de STRAPP entre la multitud? Con certeza. ¿Y si disparaban? No lo había pensado antes. ¡Tonto!

El guía y el resto del grupo detectaron el alboroto exterior, Vicky incluida. Se acercaron a la puerta y, encabezados por el guía, salieron

a ver qué estaba sucediendo. Vicky me miró realmente asustada. Su expresión me pedía explicaciones. También con gestos, le pedí calma. En cuanto salimos, los periodistas se abalanzaron ya que éramos los únicos que nos estábamos presentando a la hora señalada. Los policías, que habían hecho un intento de adelantarse a la multitud, se replegaron. Seguramente tras alguna orden recibida por auriculares de quien estaba a cargo del operativo.

Desbordados por la ansiedad, los periodistas acosaron equivocadamente al desconcertado guía que había salido encabezando el grupo.

Lo ametrallaron a preguntas. "¿Es usted sobreviviente del grupo de Estambul?" "¿Qué tiene para decirnos?" "¿Cuál es su denuncia?" Aquel pobre hombre, que ignoraba totalmente de qué se trataba todo aquello, abría las manos en señal de "yo no sé nada".

—¡Perdón! —grité adelantándome unos pasos y poniéndome al frente. Había logrado acallar, al menos en parte, a aquel grupo descontrolado de periodistas—. Un poco para atrás, por favor —les pedí—. No se impacienten. Tenemos tiempo y todos tendrán oportunidad de preguntar —intenté tranquilizarlos, nada peor para un periodista que pensar que no va a obtener una nota—. Un poco para atrás, por favor…

Un periodista, compadecido, decidió ayudarme. A los gritos les pidió a sus colegas que se ubicaran escalinatas abajo para permitir el trabajo de las cámaras fotográficas y de televisión. Debía moverme rápido. Ese nuevo orden parecía temporario y los policías se movían intranquilos. Si no decía algo pronto que concentrase su atención, el caos volvería y, posiblemente, nos arrestarían.

Tomé a Vicky de la mano, dimos un par de pasos hacia adelante, y comencé a hablar en voz alta.

—Nosotros somos los dos sobrevivientes del atentado de Estambul. Ella es la bióloga chilena Virginia García Aquitania y yo Pedro Ursus, de Argentina.

—¿Cómo pueden probar que no están involucrados con el terrorismo? —se oyó una voz muy exaltada entre los periodistas. De inmediato se desató un murmullo creciente y voces que iban subiendo

de tono, lo que vaticinaba que mi tarea iba a ser difícil.

—¡Un momento, por favor! —tuve que gritar—. Les pido que primero me dejen exponer lo que tenemos para decirles. Luego tendrán oportunidad de preguntar lo que deseen —las voces cesaron, por lo menos de momento. Continué con la mayor intensidad que mi voz permitía.

—Lo primero que queremos aclararles es que pertenecíamos a un grupo pacífico de científicos y pensadores, de los más diversos orígenes, que se reunía con la sana intención de corazón de intentar diagnosticar qué errores está cometiendo la humanidad, qué pasa con los paradigmas que rigen nuestras conductas y a partir de los cuales interpretamos la realidad. ¿O es que nos parece que todo esto está bien? —había logrado silenciarlos de momento—. ¿Y lo que viene? ¿Quién puede creer que, por este camino, lograremos habitar este planeta ejerciendo la tolerancia, sin odios ni revanchismos? ¿O lo que veremos será violencia y más violencia?

Sorprendentemente, la concurrencia seguía en silencio. Vicky debía pensar que iba bien ya que apretó mi mano como queriendo infundirme coraje y, si era posible, también inspiración.

—Les queremos aclarar que lo único que quería el grupo de Estambul era tratar de pensar un nuevo paradigma que nos ayudase a salir del atolladero en el que nos encontramos. Nada más que eso. Son mentiras absolutas las difamaciones que se han hecho sobre esos seres bien intencionados que fueron asesinados en Estambul. ¡Y dije asesinados! Les puedo asegurar que no los movía otra cosa que un profundo amor a la humanidad. Algunos de ustedes se estarán preguntando entonces quiénes los asesinaron. Trataré de explicárselos.

Sobre mis últimas palabras, quienes portaban las pancartas comenzaron a gritar “Mentiras”, “Asesinos”, “A la cárcel”. El periodista que me había ayudado gritó “¡Déjenlos hablar!”. Otros periodistas lo imitaron pidiendo silencio.

—Desde hace siglos, grupos con creencias muy particulares actúan por detrás de los poderes visibles tratando de ocupar lugares clave para guiar el curso de los acontecimientos mundiales, para controlar el poder político y económico. Su intención última es instaurar un

gobierno único mundial bajo su control para lograr eso que nadie en toda la historia de la humanidad ha conseguido todavía, dominar el planeta entero. Los asesinados estaban convencidos de que debemos cambiar, y rápidamente. La Madre Tierra, la que nos da la vida, nos nutre y nos cobija, está sufriendo. La estamos llenando de enfermedades, algunas quizá ya sin retorno. Las especies animales, nuestras hermanas menores en este planeta, también están sufriendo por nuestra causa. Debemos tomar conciencia de que, entre todas las especies animales, somos los mayores depredadores, y casi siempre despiadados. Logramos controlarnos entre nosotros, y solo en parte, porque así lo dictan las leyes. Pero cuando lo permiten, como en las guerras, emerge lo peor de nuestro interior. Como acaba de ocurrir con el deshumanizado ataque a las Torres Gemelas. El Grupo de Estambul quería encontrar un camino nuevo del cual poder aprender, y que ayudase a la evolución de la conciencia humana. Simple evolución. Pero construyendo. Intentando desplazar nuestro apego enfermizo por la destrucción, la violencia y la ambición desmedida. Iban por buen camino. Lamentablemente, una organización de mercenarios que hoy se llama STRAPP, pero que mañana mismo se llamará de otra manera, y respondiendo a las órdenes de ese misterioso grupo de Superiores Desconocidos, asesinó a ese conjunto de seres que solo buscaba mejorar las condiciones humanas y planetarias. Lo cierto es que no les dieron tiempo. A partir de entonces nosotros —abracé por el hombro a Vicky— hemos estado huyendo de nuestros perseguidores. Tratando de sobrevivir. Lo que nos ha mantenido vivos ha sido nuestro amor. A pesar de las dificultades, a pesar de la pérdida de tanta materia gris y tan calificada, creemos haber hallado una propuesta para el planeta. Un simple intento para una nueva forma de aprendizaje. Aprendizaje bajo un nuevo paradigma. Si nos conceden un par de minutos antes de las preguntas, quisiera al menos esbozar nuestra propuesta.

82

Hice una pausa para tomar fuerza y así poder seguir. Un par de voces quisieron alzarse, pero fueron rápidamente acalladas.

—Casi todas nuestras acciones y reacciones se basan en aprendizajes y experiencias previas y, fundamentalmente, en creencias. Pero no todos creemos lo mismo y, lamentablemente, son esas, nuestras creencias, las que nos separan. Por eso nos distanciamos, nos peleamos, nos odiamos e incluso nos matamos. Este análisis probablemente no se aplique del todo a situaciones como la supervivencia y la procreación, aunque en algunas ocasiones también en estos casos extremos nos dejamos guiar por ese personalismo egoísta que nos hace creer que nuestros ombligos son el centro del universo. Uno de los mayores problemas de la humanidad ha sido no haber logrado encontrar un punto en común a todos los habitantes del planeta. Una bandera que nos contenga a todos. Un principio que pueda ser aceptado y practicado por la humanidad toda sin que genere resistencia alguna. Seguramente estarán pensando que es una utopía más, imposible de concretar. Sin embargo, si consiguiéramos concretar una acción de esa clase, aprenderíamos algo. ¿Qué aprenderíamos? No lo sabemos ya que jamás ha sucedido, pero creemos que ese denominador común sería una fuerza poderosa para la evolución de nuestra conciencia como especie. Se estarán preguntando de dónde sale todo esto y por qué creemos que podría funcionar. La respuesta es: por simple analogía con lo que sucede en el universo. A partir de una ley que se ha demostrado cierta y que es la responsable de desencadenar una fuerza poderosísima. Nuestros científicos demostraron que lo que propusieron Bose y Einstein es cierto. Trataré de explicarlo lo más sencillamente posible, si es que puedo —algunos de los presentes rieron—. Por favor, denme un par de minutos —les rogué.

Los electrones sobre un metal se comportan como nosotros, cada uno con su propia orientación. Cuando de alguna manera se intenta "matar" a esos electrones acercándolos a la temperatura de cero absoluto, eso es a menos 273 grados centígrados, los electrones son afectados por una ley que ayuda a su supervivencia, el último recurso de la naturaleza para salvarlos de la muerte. Haciéndolos funcionar en fase coherente, se alinean en una misma dirección. La corriente eléctrica, que en condiciones normales debe luchar contra la resistencia, ante la inminencia de la muerte, muta. Se transforma pasando a otro estado muchísimo más poderoso llamado superconducción. Se trata de un estado en el que la corriente eléctrica ya no tiene más resistencia. Así funcionan los resonadores magnéticos nucleares con los que los médicos estudian nuestros cuerpos. Pero ese tan particular comportamiento ante el peligro de la desaparición puede encontrarse en muchos otros estados de la naturaleza. Uno de ellos es el llamado superfluidez y hasta ocurre con organismos tan básicos como los hongos del limo. Ahora bien, ¿qué sucedería si encontráramos una forma de hacer entrar a todos los humanos en fase coherente? ¿Qué poderosísima fuerza desataríamos? Un superaprendizaje inédito con connotaciones espirituales. ¿Por qué? Porque podría re-ligarnos a todos tomando, aunque sea solo en un único aspecto de nuestras vidas, una misma dirección. ¿Y si fallamos? ¿Si esto no es posible de lograr entre los humanos? ¿Si haciendo eso no se genera la fuerza que sospechamos? Nada habremos perdido, pero habremos intentado, por primera vez, unir a toda la especie. Terminando entonces —vi que se iniciaban algunos diálogos entre los presentes—, se estarán preguntando en qué consiste nuestra propuesta. Lo que proponemos es una acción simple, sin costo ni dificultad para nadie. Una propuesta aplicada a lo que todos tenemos en común y de lo que todos dependemos. El agua. Bien sabemos que este planeta es setenta por ciento agua y que nuestros cuerpos son aproximadamente setenta por ciento agua. No existiría vida como la conocemos sin agua en este planeta, al que podríamos animarnos a llamar Planeta Agua. ¿Qué mal podría generarnos una buena acción con el agua? ¿Qué creencia religiosa o política podría oponerse a algo

tan inofensivo? La pregunta sería, entonces, si existe alguna manera de mejorar la calidad intrínseca del agua. Y para tratar este punto necesito hacer referencia, brevísimamente, a un investigador japonés que ha demostrado que los cristales que forma el agua pueden modificarse según nuestras intenciones. Ha comprobado que con la simple colocación, sobre un frasco con agua, de una etiqueta con la palabra amor, los cristales del agua se tornan maravillosos, perfectos. Por el contrario, cuando a la misma agua le colocaba una etiqueta con la palabra odio, los cristales se rompían, se tornaban imperfectos, con claros y evidentes signos de destrucción. ¿Qué mal podría hacernos intentar hacer algo con la sustancia que nos da y mantiene la vida? Y he aquí la propuesta para buscar ese supuesto superaprendizaje. Que cada humano, niño, adolescente, adulto, anciano, hombre o mujer, cada vez que vaya a tomar un vaso de agua le dedique mentalmente tres simples palabras: Paz, Amor y Gratitud. Tan simple como eso, tan inofensivo como eso. Si los experimentos son ciertos, estaríamos ingiriendo agua de muchísima mejor calidad para la nutrición de nuestras células. Y suponiendo que no funcione así, habremos hecho algo que la humanidad jamás ha intentado: actuar juntos, sincrónicamente, al unísono, con la misma y única intención, la de unirnos.

Me di cuenta de que ya era suficiente, tal vez que hasta me había extendido un poco. Sin embargo, y para mi asombro, la concurrencia había permanecido en silencio. Hasta el grupo agitador había bajado sus carteles. Los periodistas habían escuchado con atención. Sentí que era tiempo de concluir.

—Estamos seguros de que cualquier propuesta que hubiera nacido del Grupo de Estambul habría logrado mayor repercusión que la que acabo de proponer. De cualquier manera, tan sencilla en apariencia, encierra la misma intención que lo que ellos perseguían. Una acción amorosa de y para la especie humana, absolutamente alejada de esa asociación con el terrorismo que nuestros perversos opositores han esgrimido sobre el grupo:

Si sanas el agua te sanas a ti mismo.

Si sanas el agua y a ti mismo, sanas el planeta.
Si te cambias a ti, cambias el mundo.
Probemos cómo es caminar todos juntos.

Se hizo un profundo silencio. No se desató una ola de preguntas. ¿Qué pasaba? Parecía que el tiempo se había ralentizado, casi paralizado. Después, en algún momento, alguien entre la concurrencia esbozó un tímido aplauso. Intensas palmadas pero separadas. Después el resto comenzó a acompañarlo, contagiándose tímidamente pero de manera progresiva.

Nos miramos fija y tiernamente con Vicky. Estaba seguro de que nos queríamos decir lo mismo. ¡No lo podíamos creer! Para entonces los aplausos ya eran masivos y muy sonoros. En aquel momento ambos juntamos las palmas delante de nuestros pechos, a la manera oriental, agradeciendo.

Cuando cesaron los aplausos una mujer tomó la posta presentándose como periodista de la BBC.

—Nos han dejado sin palabras, por lo menos en lo que a mí concierne. Por mi parte, no tengo preguntas.

Nadie la siguió, ni levantó la mano o tomó su micrófono para interrogarnos. Tal vez estaban desorientados por el contraste entre lo que esperaban que sucediese, unos presuntos terroristas intentando desmentir las acusaciones, y lo que habían escuchado.

—Creo que es hora de irnos —le susurré a Vicky al oído. Coincidió con un gesto. Antes de retirarnos le di un beso en la mejilla. Al acercarme a su cara vi que de sus ojos completamente humedecidos, una tímida y solitaria, pero fortísima lágrima, comenzó su lento descenso abriendo el camino para que rebalsasen sus compañeras. Por contagio emocional sentí que la visión de mis ojos también se nublaba y perdía enfoque.

Pero de pronto, en cuestión de décimas de segundo, comenzó a desarrollarse el drama más horroroso de mi vida. Acompañada de un ruido sordo y seco, vi la cabeza de Vicky impulsada hacia atrás, a la que siguió, algo diferida, la caída de su cuerpo. Trastabillé ya que tenía mi brazo izquierdo sobre sus hombros. Con asombro, tristeza y

desgarro infinitos vi una mancha roja en su entrecejo. Estaba inmóvil en el piso con sus enormes ojos entreabiertos y una extraña expresión de sorpresa.

—¡Vicky, no me dejes! ¡No te mueras! —grité desahuciado mientras la abrazaba con la más grande de mis penas.

Algunos gritos de terror emanaron de quienes estaban a nuestro lado al tiempo que un charco de sangre se agrandaba detrás de su cabeza.

Lloraba desconsoladamente. Intenté moverla para ver si reaccionaba, pero seguía siendo un peso muerto.

—¡Perdoname! ¡Perdoname por haberme confiado! —le dije completamente desgarrado.

A nuestro alrededor, entre gritos de pánico, se formó un bullicioso torbellino, como cuando las abejas abandonan juntas el enjambre. Muchos trataban de huir agazapados, unos pocos se acercaron intentando ayudar. Escuché un grito para que llamasen una ambulancia.

No sabía qué hacer más que abrazarla y llorar.

—Dios mío, ¿por qué permitís esto? ¿Por qué no me llevaste a mí? ¡Qué difícil me resulta entender tus designios!

Con gran esfuerzo, un par de personas me tomaron de atrás y me separaron del cuerpo de mi amada.

En medio de una tristeza incontenible se llevaron el cuerpo de Vicky en una ambulancia y a mí, en un patrullero, al precinto policial de Alexandria. Permanecí allí un par de horas hasta aclarar mi situación. Me dijeron que aún no sabían nada sobre el disparo asesino. Había llegado el cónsul de mi país, con quien me reuní al terminar las indagatorias policiales.

Estaba muy compungido y me ofreció su ayuda. Le dije que no tenía idea de qué iba a hacer. Me comentó que el cónsul de Chile, de quien era amigo, ya se había comunicado con él. Se acordó que el cuerpo de Vicky debía volver a Santiago de Chile después de la inevitable autopsia. Me desgarraba imaginar semejante violación de su cuerpo. La embajada chilena se encargaría del cajón y su traslado.

Al día siguiente fui un rato antes de la hora programada para que la

ambulancia llevase sus restos al aeropuerto y estuve sentado en el banco de una plaza solo, acompañado por dolorosos recuerdos y totalmente desconcertado por aquella jugada del hado.

Llegada la hora, y con la presencia de ambos cónsules, acompañé el cajón con sus restos al aeropuerto de Dulles. La mezcla de tristeza e ira que sentí al ver ingresar el cajón a la bodega del avión fue de tal intensidad y magnitud que me resulta imposible ponerla en palabras. Arreglé con el cónsul chileno que lo llamaría para saber dónde quedaría enterrada. Tal vez algún día decidiese ir a visitar su tumba.

Al carretear el avión sufrí el colapso de toda fortaleza aún remanente. Un nuevo llanto, tan desgarrador como amargo, conmovió tanto al cónsul argentino que decidió consolarme con un abrazo.

Volví al hotel en un taxi con la mente totalmente ida. No podía dejar de preguntarme por qué no había sido yo el elegido para morir. Era la peor de las venganzas que podría haber sufrido. Y si lo habían pensado así, no se habían equivocado.

Habría dado cualquier cosa por diez minutos más a su lado. Ya no tenía dudas, es el amor lo que salvará al mundo. Cuando el amor al poder sea vencido por el poder del amor. Cuando la máxima moral de todos sea “no hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti”.

Y aquí mi última carta a Vicky, que nunca podrá leer:

> *No fuiste la primera pero sí la mejor y más valiosa de mis historias. Adiós, amada mía. Guardaré entrañada tu sonrisa y ternura como la mejor de las joyas en el mismísimo centro de mi alma.*

En el ajedrez ni las blancas ni las negras pueden jugar solas, ni puede existir el juego sin las otras. Pero tampoco se puede jugar faltándonos el resto de nuestras piezas. Tal vez ha llegado el momento de cambiar de juego.

Epílogo

Hasta aquí el manuscrito que, como ya conté al principio, no sé a través de qué misteriosa fuerza me tocó en suerte recibir.

Indudablemente Pedro debe haber vivido al menos algunos días más, o quizá semanas, para haber completado el escrito de su diario o al menos la última escena en el George Washington Masonic Memorial.

Angustiante, o muy angustiante, es no haber conseguido información sobre qué sucedió con él. Mis investigaciones revelaron muy poco.

Al presentar este diario esbocé que "Tal vez al final me decida a opinar de lo que supongo le sucedió. Tal vez no".

Finalmente, y aunque algunos de ustedes se sientan defraudados, he optado por el silencio, aunque creo que muchos deben sospechar lo mismo que yo.

De lo que sí creo estar seguro es de que jamás estuvo en los planes de esa pareja lo que en definitiva sucedió con su propuesta. No sabemos si Pedro pudo experimentarlo en carne propia, en cambio ustedes y yo hemos podido comprobarlo. Resultados que ellos desconocían y que ustedes, al leer este libro, han tenido en suerte saber cómo se originaron.

Supongo que, de alguna manera, confirma los alcances del efecto mariposa.

En honor a Vicky y a Pedro

Paz. Amor. Gratitud.

Agradecimientos

A Florencia Cambariere, quien creyó en este libro, y a Magalí Etchebarne, de Penguin. ADiego Mileo y Verónica Podestá, mis agentes literarios.

A Alberto Garay, gran amigo, médico y novelista, quien leyendo el manuscrito original aportó grandes ideas.

A Miguel Lambré y también a Enrique Mariscal que me dieron la oportunidad con mi primer libro: *El misterio de las coincidencias*.

A Deepak Chopra, amigo a quien tanto admiro, por su elogioso prólogo para mi primer libro.

A Mercedes, mi esposa, que me siguió respetando y dando tiempo para seguir escribiendo.

A mis hijos, mis maestros, que nunca han objetado lo que he decidido hacer.

A quienes también fueron leyendo el manuscrito y devolviéndome opiniones y críticas. A Eduardo Gálvez que dio una solución para un nuevo montaje. A Marta Harriague, Carmen Amorín de Polledo, Ana Pueyrredón, Pancho Alconada Aramburú y Rita Agote. Muy agradecido a todos ellos por las utilísimas observaciones y retroalimentación.

A Lucía Trotz, quien de manera entusiasta y desinteresada me asistió en la búsqueda bibliográfica de una parte importante de la información durante la primera parte del libro.

A la Vida, que me ha regalado este nuevo hobbie, escribir.

A todos los autores citados en la bibliografía por sus enseñanzas.

A los autores que por alguna indeseada omisión pueda haber excluido de la bibliografía pero que fueron formadores de las ideas que se han expresado en este texto. A ellos también mis disculpas.

Y a tantos lectores de *El misterio de las coincidencias* que me han regalado comentarios estimulantes que me han motivado para seguir

escribiendo.

Mi más profundo agradecimiento a la Vida Toda. Esperando que estas líneas puedan contribuir, aunque sea un poco, a la evolución de la conciencia de nuestra especie.

Bibliografía

Baigent, Michael; Leigh, Richard; Lincoln, Henry: *El enigma sagrado*, Colección Enigmas del Cristianismo, Ediciones Martínez Roca Argentina, Buenos Aires, 1982, 1985, 1989.

Cabanés, Dr.: *Las muertes misteriosas de la historia. Segunda serie: Reyes, reinas y príncipes franceses de Luis XIII a Napoleón III*, Ediciones Mercurio, Madrid, 1927.

Chandelle, René: *Más allá de ángeles y demonios: el secreto de los Illuminati y la gran conspiración mundial*, Ediciones Robin Book, Buenos Aires, 2004.

Comby, Jean: *La historia de la Iglesia. 1. De los orígenes al siglo XV*, Editorial Verbo Divino, Pamplona, Navarra, 1985.

Comby, Jean: *La historia de la Iglesia. 2. Del siglo XV al siglo XX*, Editorial Verbo Divino, Pamplona, Navarra, 1987.

Emoto, Masaru: *Messages from Water*, Hado Publishing BV. Amstel, The Netherlands, 1999.

Freud, Sigmund: *Moisés y la religión monoteísta: tres ensayos*, Sigmund Freud: *Obras completas*, en Freud Total, 1.0 (versión electrónica).

Fulcanelli: *El misterio de las catedrales*, Plaza & Janes Editores, Barcelona, 1967, 1990.

Glinka P., Luis: *Ángeles en el pensamiento de teólogos y filósofos contemporáneos(Romano Guardini; Juan Pablo II; Jean Danielou; H.U. von Balthasar; J.M. Escrivá; Anselm Grün; Jean Guitton; Fulton Sheen; y otros*, Editorial Distribuidora Lumen, Buenos Aires, 2003.

Hindley, Geoffrey: *Las Cruzadas*, Ediciones B.; Javier Vergara Editor, Barcelona, 2004.

Jerez Riesco, José Luis: *Los Protocolos de los Sabios de Sión. Más allá de la ciencia.* Número monográfico: *¿Quién mueve los hilos del mundo?*, director: José Antonio Campoy. J.C. Ediciones, Madrid, 1993, pp. 136-146.

Koch, Paul: *Illuminati: Los secretos de la secta más temida por la Iglesia Católica*, Editorial Planeta, Barcelona, 2004.

Kuhn, Thomas S.: *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1971, 1988.

Lamy, Michel; *La otra historia de los templarios*, Ediciones Martínez Roca, Madrid, 2005.

López de Rojas, Gabriel: *Por la senda de Lucifer (confesiones del Gran Maestre de los Illuminati)*, Ediciones Martínez Roca, Madrid, 2004.

Picknett, Lynn: *María Magdalena*, Editorial Océano de México, México D.F., 2005.

Rodinson, Maxime: *Mahoma, el nacimiento del mundo islámico*, Ediciones Península, Barcelona, 2002.

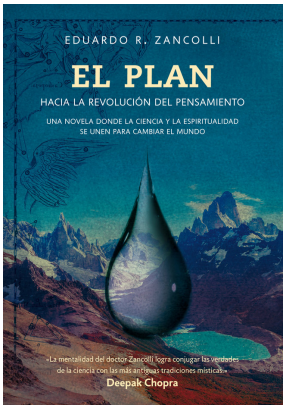
Schwartz, Marco: *Los amores en la Biblia*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1997.

Sheldrake, Rupert: *El renacimiento de la naturaleza*, Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 1994.

Weir, Alison: *Eleanor of Aquitaine*, Pimlico, Random House, Londres, 2000.

Yates, Francis A.: *La filosofía oculta en la época isabelina*, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires, 1982.

Ziólkowski, Zenon: *Ángeles mensajeros de Dios*, Editorial Bonum, Buenos Aires, 2004.



Un hombre es elegido por un enigmático oráculo y convocado a un encuentro secreto en la cordillera de los Andes junto a un grupo de científicos y religiosos. Unidos intentarán delinear un plan para liberar el pensamiento y acercarlo a una verdadera revolución epistemológica. Entablarán una peligrosísima lucha entre paradigmas —uno por mantenerse y el otro por emerger— y se desatará una aventura que los llevará por distintos lugares alrededor del mundo. Mientras tanto STRAPP —una organización de mercenarios que aparentemente responde a los intereses de los temibles Illuminati— hará lo imposible por impedirlo.

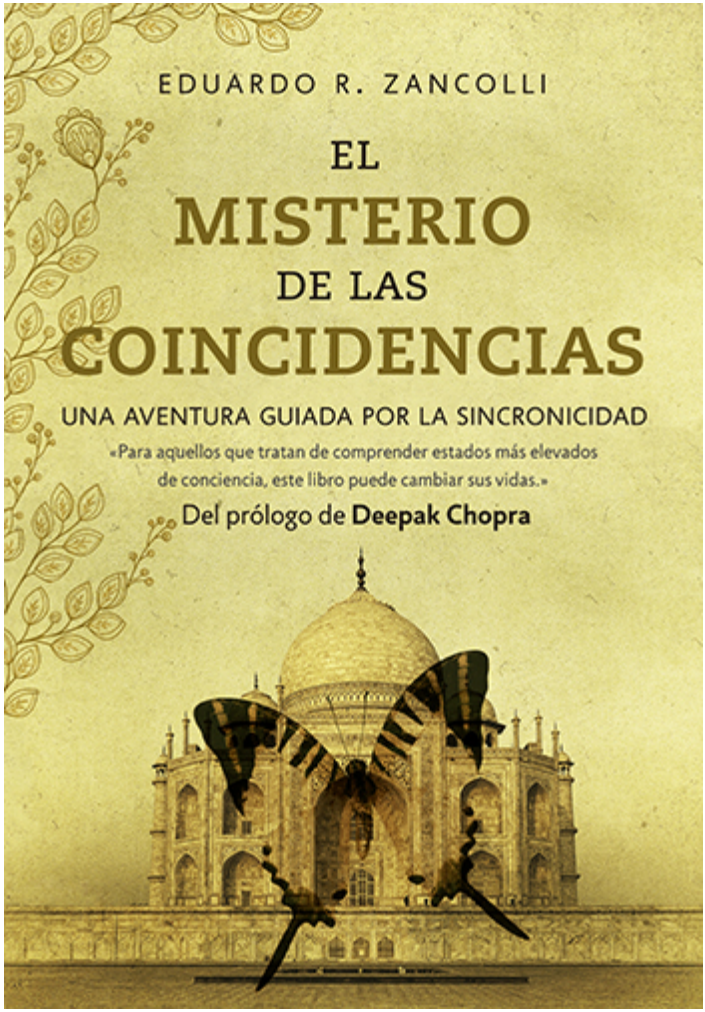
Un thriller apasionante sobre las creencias que han determinado, y determinan, nuestro presente. Sobre los modelos mentales con los que fuimos y somos educados y gobernados, y que obstaculizan cualquier otra manera de decodificar la realidad y la espiritualidad.

¿Seguirá triunfando este paradigma reinante, fundamentado en antiguas e indemostrables creencias? ¿O logrará emerger uno nuevo, alineado con las fuerzas y las leyes de la naturaleza?

EDUARDO ZANCOLLI

Nació en 1952. Se licenció en Medicina en 1976 en la Universidad de Buenos Aires y se especializó en cirugía de la mano y el miembro superior. Desde su adolescencia se interesó en religiones comparadas, filosofía, biología, física cuántica y diferentes aspectos de la búsqueda espiritual. En ese camino ha tomado contacto personal con celebridades como Deepak Chopra, Rupert Sheldrake, Humberto Maturana, Peter Senge y Su Santidad, el Dalai Lama. Estas vivencias, junto con su formación científica, le han permitido profundizar en las teorías de los distintos campos del nuevo paradigma.

Foto: © Alejandra López



Otro título del autor en megustaleer.com.ar

Zancolli, Eduardo R.
El plan. - 1a ed. - Buenos Aires : Grijalbo, 2016
(Autoayuda y Superación)
EBook.

ISBN 978-950-28-0899-4

1. Autoayuda. I. Título
CDD 636

Diseño de cubierta: Raquel Cané

Edición en formato digital: julio de 2016
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires.

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-28-0899-4

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

El plan
Epígrafe
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68

Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Epílogo
Agradecimientos
Bibliografía
Sobre este libro
Sobre el autor
Otro título del autor
Créditos